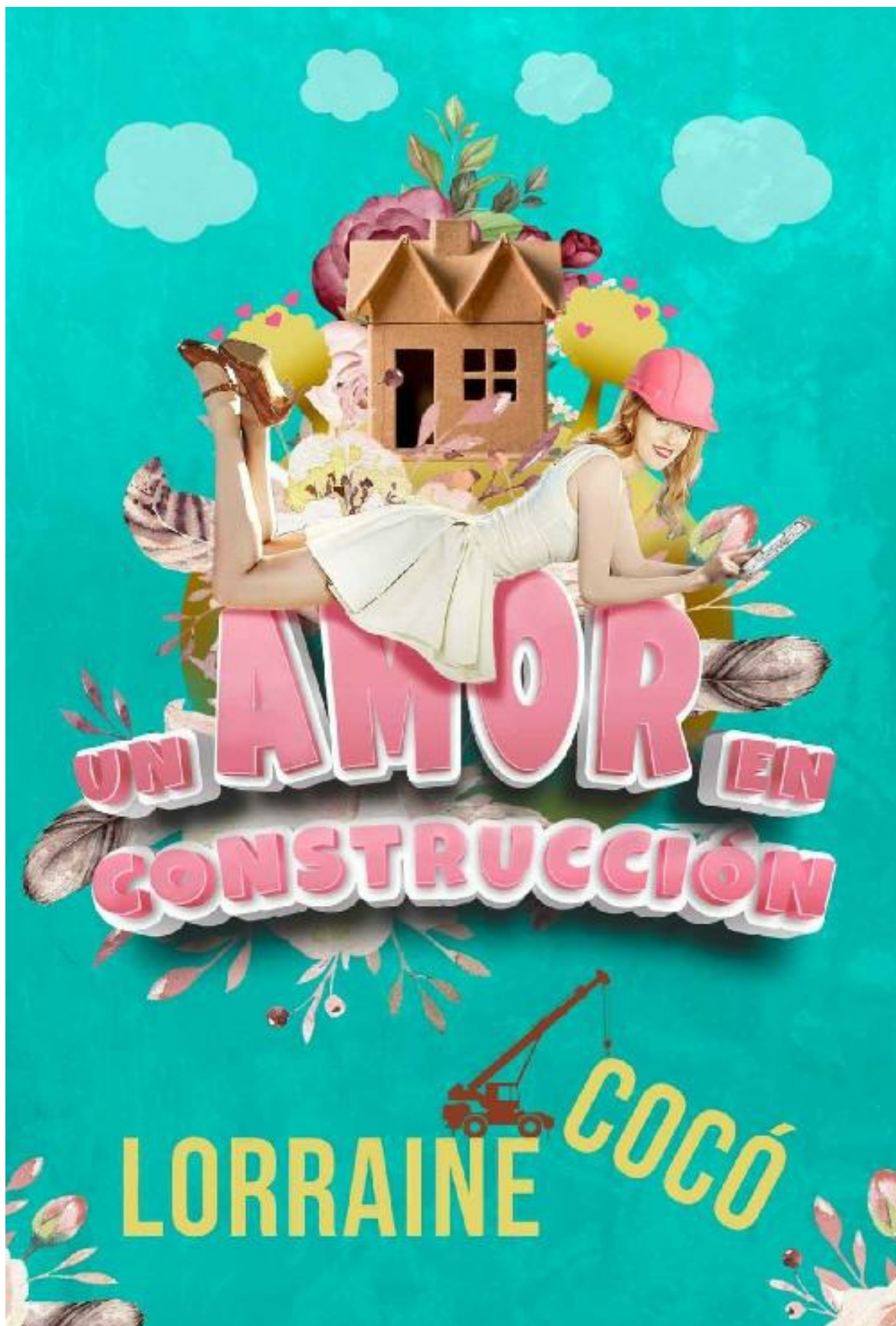




LORRAINE  COCÓ



UN AMOR EN
CONSTRUCCIÓN

LORRAINE COCÓ

©2021, Un amor en construcción © Lorena Rodríguez Rubio

Maquetación: Valerie Miller

Diseño portada y contraportada: Nune Martínez

Corrección: Anabel Botella

Web de la autora: www.lorrainecoco.com

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, alquiler o cesión de la misma sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora.

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LORRAINE COCÓ](#)

[OTRAS OBRAS DE LA AUTORA](#)

Para Josephine Lys, mi Jenna. Por su enorme corazón, por pensar siempre en los demás antes que ella misma. Porque sabes que te quiero, niña.

Y por eso siempre seré tu Krysten.

CAPÍTULO 1

—¡Jenna!

La cabeza de Krysten asomó por la pequeña apertura de la puerta mientras esperaba una respuesta, pero esta no llegó. Golpeó con los nudillos la madera un par de veces con impaciencia antes de decidir entrar sin esperar. No tenía tiempo para cortesías. Y aunque su amiga le hubiese dicho un millón de veces que llamase antes de invadir su hogar, no era culpa suya si estaba sorda como una tapia. Aun así, nada más adentrarse, y mientras cerraba la puerta tras ella, volvió a llamarla a gritos.

—¡Jenna! ¡Vamos! ¡Si estás tirada en la cama, ya puedes levantarte!

Entornó la mirada al no recibir respuesta. El amplio y estiloso apartamento parecía desierto, pero sabía que era imposible que no estuviese allí. Llevaba recluida en su casa doce semanas, desde *el incidente*. Y no había conseguido que saliese ni tentándola con extravagantes planes, cenas succulentas o sesiones de tratamientos de belleza que antes le habrían hecho estallar la cabeza. Incluso hacía dos semanas hizo saltar la alarma de incendios del edificio, a la desesperada, pero ni siquiera así logró que abandonase su auto impuesta prisión.

Esa mañana, sin embargo, iba con un nuevo plan, una idea a la que llevaba una semana dando forma. Se le había ocurrido mientras ojeaba las noticias en su móvil, en el metro, en el transcurso del trayecto desde su casa en Little Italy hasta el Upper East Side, donde residía su amiga. Normalmente empleaba ese tiempo en ver vídeos en Tik Tok y ojeando las últimas novedades de lo que se cocía en Instagram. Pero ese día un idiota la empujó cuando estaba a punto de tomar asiento, y al recoger su móvil del suelo debió tocar la pantalla sin querer. Estuvo a punto de desechar la página de noticias rápidamente en cuanto se acomodó en su sitio, pero entonces se fijó en el protagonista del artículo y detuvo en seco su dedo antes de deslizar la pantalla a la derecha.

Una lectura rápida del artículo, tres minutos de cavilaciones y un par de conexiones neuronales más tarde, tenía el plan perfecto para devolver a la vida a su amiga. Y por muchas excusas que esta le hubiese preparado ese día, no iba a dejar que su plan fracasara. Había tenido que cometer un par de delitos para asegurarse de que así fuera, pero la necesidad apremiaba y ambas se jugaban mucho.

Necesitaba recuperarla urgentemente. Odiaba tener que ponerse dura cuando sabía que estaba sufriendo, pero no podía seguir viéndola en ese estado. No soportaba a la gente triste y amargada. Lo llenaban todo de un halo gris y deprimente que se cargaba sus buenas vibraciones. Además, en el caso particular de su amiga/jefa, el tema se convertía en una cuestión de supervivencia. Llevaba tres años trabajando para Jenna, los mejores de su vida laboral, pero parecía que todo lo que había conseguido en ese tiempo peligraba con cada día que pasaba, hasta el punto de ver que en pocas semanas se vería en apuros para pagar el alquiler de su apartamento y tendría que volver a pedir asilo en casa de su hermana, su cuñado y los cuatro terroristas de sus sobrinos.

Sacudió los hombros al sentir un escalofrío que le atravesó la espalda solo con imaginarlo. Ya estaba frente a la puerta del dormitorio de Jenna, y el ansia que la carcomía por contarle su plan hizo que abriese sin llamar, con una energía que estuvo a punto de hacerla puerta giratoria.

—¡Jenna! ¡Te juro que como te pille en la cama...!

Había imaginado que la encontraría como tantas otras veces durante las últimas semanas: allí tirada, sobre el colchón, en pijama y con una pinta desastrosa. Pero en lugar de eso se vio imbuida por la más absoluta oscuridad. Achicó los ojos cuando advirtió una pequeña luz azulona que se movía de un lado a otro con rapidez, y sacudió la cabeza justo antes de presionar el interruptor de la luz, esperando tener que enfrentarse a un intruso, armada solo con su mini bolso.

—¡Mierdis! —exclamó Jenna despojándose de una visera de plástico transparente que cubría su cara. Elevó las cejas y apretó los labios después, como una niña pequeña a la que han pillado robando en una tienda de chuches.

—¿Qué diablos estás haciendo? ¿De qué vas disfrazada?

La respuesta de su amiga fue intentar ocultar tras su espalda la linternita que le había advertido en la mano un segundo antes. Como si con aquel gesto infantil ella fuese a obviar lo rocambolesco de la escena. Jenna, la más sensata, centrada y juiciosa de sus amigas (hasta hacía doce semanas) llevaba una especie de mono blanco, como los que usaban los del Centro para el control y la Prevención de Enfermedades en las series de médicos que devoraba los jueves por la noche.

—Tienes exactamente diez segundos para explicarme qué está pasando aquí antes de que llame a tu madre para que te ingrese en algún sitio de esos a los que vais los pijos cuando sufrís una crisis nerviosa —le dijo sacando el móvil del bolsito y mostrándoselo para que viera que iba en serio.

Jenna se mordió el labio inferior y puso ojitos de cordero antes de alzar las manos y despojarse de la parte superior del traje, liberando su cabeza.

—No es para tanto... ¡Lo juro! Solo estaba... estaba... —Apretó los dientes y los puños al tiempo. Estaba tan roja como si hubiesen abofeteado su pálido rostro sin piedad. Abrió los labios —... buscando muestras biológicas —escupió las palabras a la carrera, como si no quisiese escuchar su propia declaración.

La que abrió los ojos desorbitadamente en ese momento fue Krysten.

—¿Muestras biológicas? —Ladeó la cabeza mientras pronunciaba la frase, sin poder creerlo, pero Jenna afirmó repetidamente con energía mientras su gesto se contraía en una mueca avergonzada.

—¡No estoy loca! ¡No he perdido la cabeza! Es que después de encontrar unas braguitas que no son más en un cajón, yo...

Con mirada desquiciada, empezó a negar con la cabeza, como si estuviese sufriendo un ataque. Y tenía que haber sido así porque entre las muchas peculiaridades de su amiga estaba la fobia a los gérmenes. Imaginarla tocando la ropa interior de otra persona era surrealista.

—Tenía que comprobarlo. Ese... ese pedazo de... se acostó con esa... con esa...

—Con ese zorrón —terminó por ella, viendo que la furia que había empezado a dominarla, y que hacía que su rostro pareciese ahora incandescente, se le atragantaba en el gaznate.

—Sí, con... esa. ¡En mi cama! ¡Mi casa! ¡Mi hogar! El que he estado pagando con mi esfuerzo, con mi programa, mientras él se hacía un nombre a costa del mío y vivía de gorra porque supuestamente respetaba y admiraba mi independencia, mi autonomía, mi capacidad de emprendimiento y mi carrera. ¡El muy hijo de...!

—Perra, cielo. Hijo de perra. Puedes decirlo abiertamente —apuntó posando una mano sobre el hombro plastificado de su amiga. Apartó la palma al instante, repeliendo el contacto gomoso, y aleteó los dedos al tiempo que arrugaba la nariz.

Jenna empezó a sacudir los brazos con rabia, como un pajarillo enfundado en un preservativo blanco y brillante, mientras hacía pequeños ruiditos que pretendían ser gruñidos, pero que en la finolis de su amiga no eran más que quejidos lastimeros. No lo iba a negar, verla disfrazada con ese mono, la cara enrojecida, el cabello largo y rubio pegado al rostro perlado de sudor, en medio de la escena de CSI que se había montado, era rocambolesco. Pero por fin la veía estallar y hacer algo más que llorar como una mema. Tenía que dejar que sacara su ira, frustración y dolor. Ella, de haber estado en el lugar de Jenna, le habría rajado las ruedas del coche a su ex, le habría tirado en plena calle un cubo con restos de pescado putrefacto, y subido a las redes sociales las fotos de aquel viaje a las islas griegas en las que tuvo la ocurrencia de ponerse un tanga verde fluorescente. Pero su amiga y ella no se parecían en nada.

Se habían criado en lados opuestos de la ciudad. Jenna había nacido en el seno de una familia adinerada, mientras que ella había aprendido en su barrio que el que la hace, la paga. Y su mente retorcida había imaginado cientos de escenarios en los que humillaba a su exjefe hasta convertirlo en el hazmerreír y la comidilla de todo el mundillo televisivo. Pero Jenna se lo había impedido alegando que ellas eran mejores personas, estaban a otro nivel y no iban a rebajarse a su juego sucio.

Sabía que creía aquella afirmación palabra por palabra, pero también que Jenna evitaba a toda costa alimentar el escándalo en el que se había visto envuelta cuando su novio, su

prometido, su compañero en el programa de reformas más famoso del momento, la había dejado delante de toda la audiencia nacional, en directo, en un programa especial de recaudación de fondos. Era un programa en el que su amiga había deseado participar durante meses, en el que se subastaban sus demandados servicios como diseñadora de interiores. Se había hecho eco del evento en todas las redes sociales, prensa y televisión. La audiencia había sido la más alta del mes y ante toda aquella gente, el asqueroso de Kevin la había ridiculizado, avergonzado y dejado en directo, por una de las presentadoras del programa, con la que al parecer hacía meses que mantenía una relación.

Desde entonces, la humillación no la había dejado salir siquiera de casa. Primero, intentando evitar a la prensa sensacionalista que se había apostado las primeras semanas, cámara en mano, en la puerta de su edificio, deseosa de conseguir la instantánea de la destrozada y hundida Jenna Hopper. Y después, cuando las aguas se calmaron, tampoco quiso salir temiendo ser reconocida y vuelta a ridiculizar por cualquiera que hubiese visto el programa o se hubiese reído con alguno de los innumerables *memes* que se habían hecho a su costa tras el incidente.

Había sido durísimo para ella. Las cosas que había dicho el asqueroso delante de todo el país... Entendía que hubiese necesitado un tiempo para reflexionar, lamerse las heridas y recuperarse. Pero el período de autocompadecerse había terminado. Se lo decía su instinto, su preocupación de amiga, y su cuenta bancaria, que estaba tiritando tras estar tres meses sin ingresos del programa que Jenna había cancelado al romperse la pareja.

—¡Está bien! No puedo seguir viéndote de esa guisa, y tampoco oliéndote, para ser sincera... —dijo tras aproximarse a su amiga y olisquearla como un sabueso. Jenna abrió los ojos, espantada—. ¿Te extrañas? Eso es plástico y estamos a más de treinta grados. Sudas y hueles como una gorrina.

Jenna introdujo la nariz por el cuello del traje y casi se puso azul.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó espantada—. ¡Voy a darme una ducha!

—Me parece una idea estupenda. Yo me ocupo mientras de quemar el colchón. —Cuando su amiga, que ya iba en dirección a la puerta, se giró alzando las cejas como si de repente la

hubiese iluminado con la mejor de las ocurrencias, añadió—: ¡Era una broma, loca! Pero me desharé de él sin testigos y haciendo que parezca un accidente. —Le guiñó un ojo y Jenna sonrió, iluminando sus facciones dulces y elegantes.

—Eres la mejor amiga del mundo —declaró de repente—. No sé si te lo he dicho mucho últimamente, pero sabes que te quiero, ¿verdad?

Sus palabras la emocionaron, y estuvo tentada de ir a abrazarla, pero luego recordó queapestaba y se limitó a asentir, tocarla con la punta de los dedos y hacerla girar para guiarla hasta el baño de la *suite*.

—Perfecto, recuerda lo que acabas de decirme hasta que salgas de la ducha porque... ¡tengo un plaaaaaan! —dijo en tono cantarín.

Jenna le brindó una mirada entornada desde el interior del baño, pero antes de que pudiera preguntarle qué se le había ocurrido, cerró la puerta en sus narices y gritó:

—¡Primero la ducha! —Y cuando oyó segundos más tarde el sonido del agua correr, se mordió el labio volviéndose a preguntar qué clase de arma usaría para matarla cuando descubriese lo que había hecho.

CAPÍTULO 2

Jenna salió de la ducha y se envolvió en la mullida toalla blanca que cogió del toallero. La anudó sobre su pecho y tomó otra más pequeña para hacer lo mismo con su cabello, dejándolo recogido asemejando un turbante. Era una operación mecánica, algo que repetía sin la necesidad de pensar en sus pasos. Y durante unos segundos se dejó llevar por esa inercia apaciguante, hasta que se detuvo en el reflejo del espejo y se contempló como lo harían los demás si la viesen en ese momento: como una loca desquiciada y hundida.

Apartó la vista y se concentró en el resto de tareas mecánicas que hacía al salir de la ducha cada día, como su ritual de cremas, desenredar su cabello largo y dorado, y perfumarse. Cualquier cosa que le impidiese pensar en lo que acababa de hacer. Porque había que estar muy loca para haberse disfrazado de esa forma y buscar durante horas pruebas biológicas por toda su casa. ¿Qué habría hecho de haberlas encontrado? ¿La habría ayudado eso a superar el dolor, la traición, el sentimiento de fracaso o la vergüenza?

El pulso le tembló al darse cuenta de que si alguien la hubiese visto, la situación no habría hecho más que confirmar todo lo que había dicho su ex de ella. La lista de adjetivos para calificarla ante todo el país había empezado por loca, maniática, perturbada y... Se negaba a repetirla al completo en su mente, como las cientos de miles de ocasiones en las que se había dejado llevar por el punzante recuerdo en aquellas semanas. Lo curioso era que nunca se había considerado una persona con esos problemas hasta que él la vejó públicamente. Y entonces la vergüenza y el sofoco de verse juzgada y abochornada le hicieron perder la cabeza.

Hasta ese momento se había considerado una mujer fuerte, a la que no le importaba la opinión que tenían los demás de ella. Se había sentido segura de sí misma, pero las últimas semanas habían sido clarificadoras en ese sentido, pues descubrió que siempre le había importado la opinión de cuantos la rodeaban, darles lo que esperaban de ella, ser complaciente y

perfecta. Imaginaba que era algo que le habían inculcado sus padres desde niña, pues así habían sido ellos, o al menos la imagen que daban de puertas para fuera. En consecuencia, siempre se había esforzado por ser la hija perfecta que encajase en la fotografía familiar. Su cometido había sido sacar las mejores calificaciones en sus estudios, destacar en cuanto hacía y buscar la excelencia.

«No es mala idea. Vales lo que la gente está dispuesta a pagar por ti». Eso le había dicho su padre hacía unos días cuando le confesó que ya no estaba segura de querer seguir con su empresa de diseño. Creyó que él, un importante empresario del sector joyero, la habría animado a no desistir, a luchar, que a lo mejor le habría brindado las palabras que la animarían a salir de la espiral de vergüenza y autocompasión en la que estaba perdida.

Pero no había sido así.

Elevó la vista y dejó que su mirada se clavase en la de su reflejo, y se preguntó cuánto estarían dispuestos a pagar por ella ahora. Hacía tan solo unos meses era Jenna Hopper, la más cotizada y valorada diseñadora de todo el país. Los clientes esperaban hasta dos años para que ella pudiese hacerse cargo de su reforma o la redecoración de alguna de sus propiedades. Todos buscaban su esencia, su sello y estilo. Pero ahora... Ahora los que la habían llamado lo habían hecho para acribillarla a preguntas sobre el programa, interesarse falsamente por su estado o cotillear sobre las últimas noticias que había publicado su ex en las redes sociales. Como si saber que era súper feliz, que ahora sí tenía a la novia perfecta y que acababa de comprometerse y firmar para tener su propio programa de televisión sobre parejas que se enamoraban en directo en dos citas, fuese a hacerle algún bien a ella.

La única persona que se había mantenido a su lado, inamovible y siempre intentando salvarla de la oscuridad en la que se sentía inmersa, era Krysten. Su alocada, divertida, excéntrica y especial amiga. Había sido una suerte que hubiese sido ella la que la había pillado haciendo de CSI, porque sabía que jamás la vendería ni contaría sus más humillantes secretos. Los había guardado desde que se conocieron hacía siete años, cuando se los confesó completamente borracha durante una fiesta universitaria.

Krysten no se parecía en nada a las amigas que había tenido hasta ese momento; las que había conocido en el club de campo del que era socio su padre, en su escuela privada o las hijas de los amigos que frecuentaban la mansión familiar. Ella era descarada, insolente, hablaba sin tapujos ni dobleces. No había una gota de falsedad en su larguirucho cuerpo. Y desde el minuto uno fue estimulante para ella, como aire fresco que llegaba a su vida para abrirla la ventana a un mundo que hasta entonces había estado vetado para ella.

Por eso le había pedido que se convirtiera en su ayudante cuando decidió emprender y crear su propia empresa de diseño. Necesitaba su dosis de realidad, su facilidad para simplificar las cosas, para olvidarse de las apariencias y su capacidad de trabajo y honestidad. Tenía que haberla escuchado cuando le dijo que no le gustaba Kevin, que le parecía artificial y prepotente. Que escondía un halo de falsa modestia y una hostilidad maquillada de seguridad. Con frecuencia lo había acusado de ser un aprovechado, una especie de parásito que se alimentaba de su éxito. También decía que era un interesado y manipulador. En definitiva, un cuadro. Nunca le había caído bien. Y la animadversión era mutua, pues Kevin tampoco había soportado la presencia de Krysten en su vida. La tachaba de vulgar, descarada y teatral. Decía que le daba mala imagen y que tenía que deshacerse de ella, como si fuera un cachorro que había decidido adoptar para después aburrirse de él.

La guerra entre ambos siempre había añadido tensión a la dinámica de trabajo, pues se sentía en la obligación de defender a uno y a otro delante del contrario para mantener la paz. Creía que merecía la pena conservar a ambos en su vida y ahora veía que cuanto le había intentado mostrar su amiga era cierto. Aun así, aun estando acertada en todo lo que había dicho de su ex, desde la ruptura ni una sola vez le reprochó habérselo advertido. Aunque sabía que, en su fuero interno, se carcomía por hacerlo.

Sonrió al imaginarla estallando y soltando por esa boquita todo lo que guardaba desde hacía casi tres meses en uno de sus apabullantes ataques de sinceridad brutal. No iba a negarlo, esa era una de las cosas que echaba de menos de trabajar con ella. Los momentos en los que se divertían juntas y conseguían que una situación caótica, como las muchas que se daban en una

obra, se convirtiese en una anécdota que atesorar.

Suspiró desolada posando una mano sobre el pomo de la puerta antes de abrirla. Temía que esos momentos ya no se volviesen a repetir. No se sentía ni con fuerzas ni capaz de enfrentarse al mundo, a los juicios y las críticas. Se imaginaba más desapareciendo en mitad de la noche, tomando un avión a algún recóndito lugar del mundo donde nadie la reconociese y donde pudiese dedicarse a alguna causa humanitaria.

No era ninguna locura, se dijo saliendo del baño para empezar a cubrirse con un vestido fresco y holgado, de largo por encima de la rodilla. Y tampoco sería la primera vez que se embarcaba en una aventura así.

Durante la universidad, varios veranos los había dedicado a viajar a países como la India, Etiopía o Camerún para participar en las causas en las que colaboraba su madre recaudando fondos en las muchas asociaciones en las que participaba. Para el grupo de mujeres elitistas con las que se codeaba, no eran más que una forma de entretenimiento y competencia entre ellas. La que más recaudaba era *mejor* persona. Y por eso, cuando ella decidió apuntarse personalmente a una de esas causas, ayudando en la construcción de viviendas en la India, su madre no pudo poner objeción, pues aquello le hizo subir puntos frente a su grupo de amigas.

Ella, sin embargo, vio la oportunidad de hacer algo más que sonreír y figurar en el ambiente falso y edulcorado en el que había crecido. Descubrió que podía ser útil de verdad, que sus ideas sobre estructuras y aprovechamiento del espacio eran valoradas, y descubrió que quería ayudar a los demás haciendo lo que más le gustaba.

De ahí nació la idea de su empresa, y ahora todo lo que había conseguido crear se había destruido. No quedaba nada, salvo los contratos de disolución de la empresa que llevaban dos semanas sobre la mesa de su despacho, y que debía firmar y enviar a su ex para no volver a tener nada que ver con él.

No sabía por qué aún no lo había hecho, tal vez porque esa firma ponía fin a una etapa muy importante de su vida. Una en la que creyó ser feliz y haber alcanzado sus sueños. Pero tenía que hacerlo, afrontar la situación y terminar con todo aquello. Contarle a Krysten su plan de

marcharse de allí y dejarlo todo no iba a ser fácil tampoco, pero en aquel lugar ya no le quedaba nada más por lo que luchar.

Se puso unas sandalias bajas y salió al pasillo en busca de su amiga, sopesando la forma de darle la noticia de su marcha. No lograba imaginar cuál sería su reacción. Si la abrazaría y le daría ánimos para emprender su viaje o la tcharía de loca e intentaría retenerla. Daba igual, se intentó convencer echando un vistazo en el salón; tenía clara su decisión.

Se repitió aquellas palabras, mentalmente, cuando la encontró en la cocina, sentada en uno de los altos taburetes que rodeaban la isla, y sobre esta, una buena cantidad de papeles esparcidos que observaba con interés mientras sorbía su humeante café.

—Bien... ya has salido —le dijo bajando la taza para dejarla sobre la superficie blanca de mármol de Carrara, sin haber puesto un platillo debajo para no dejar mancha. Suspiró sacudiendo la cabeza, pero decidió no decirle nada en esa ocasión, porque la conversación que debían tener era mucho más importante.

—Sí, además de la ducha... necesitaba pensar cómo decirte que he estado reflexionando y, tal y como me has estado aconsejando, he decidido tomar de nuevo las riendas de mi destino... —comenzó a decir caminando hasta la barra de desayuno, y dándole la espalda, empezó a servirse ella también una taza de café.

—¿No me digas? ¿En serio? ¡Joder! ¡Qué alivio! Y yo pensando que iba a tener que llevarte drogada hasta Nevada...

—¿Nevada? —repitió girando sobre sus talones con la taza a medio llenar en una mano y la jarra en la otra.

—Sí, nuestro nuevo destino —replicó Krysten con una sonrisa tan enorme que pudo apreciar cada una de sus piezas dentales.

—¿Qué se me ha perdido a mí en Nevada? No era eso lo que te quería decir...

—Ya supongo que no imaginabas que nuestro siguiente proyecto sería tan lejos...

Jenna hizo una mueca pensando que no lo suficiente, pero antes de que pudiese intervenir, Krysten siguió argumentando, vomitando palabras, enfebrecida e ilusionada con su plan.

—Pero es que la oportunidad es única. Es un proyecto fantástico, lleno de desafíos que afrontar, en un nuevo ambiente, con nuevos retos, un nuevo programa de doce semanas, doce capítulos, y contigo en solitario a la cabeza.

Estiró los brazos como si visualizara su nombre en un gran cartel publicitario. Y Jenna sintió un escalofrío enfermizo que le recorrió la espalda desde el final de la columna hasta la nuca.

—En cuanto leas las condiciones que he negociado para el contrato —dijo levantándose y acercándole algunos de los papeles que segundos antes estaban esparcidos por la isla—, verás que es una oportunidad insuperable de regresar a la palestra, olvidar todo lo que dijo el imbécil de Kevin y volver a hacer brillar tu nombre, demostrando que eres la mejor.

—Pero yo no quiero... no quiero... volver a ser el centro de atención.

—Eso es una estupidez, eres una estrella. Una persona de esas que brilla e ilumina la vida de la gente, cambiándosela por completo. Es lo que has querido hacer siempre. Y esta es la oportunidad —volvió a insistir Krysten haciendo que parpadeara varias veces al verse acosada por los documentos que colocó a escasos centímetros de su rostro.

Estaba a punto de apartarlos de un manotazo cuando reparó en el garabato que había en el lateral de la primera hoja. Dejó la taza y la jarra en la barra y tomó el taco de folios rápidamente. Fue pasando las hojas con ligereza, tan solo comprobando que cada una de las páginas estaba firmada con la misma rúbrica. Después clavó la vista en su amiga con el rostro desencajado y tan blanco como el papel.

—¿Has... has firmado el contrato en mi nombre?

Krysten sonrió afirmando repetidamente, sin el menor atisbo de arrepentimiento en la mirada. Y ella sintió que se mareaba y el mundo se abría bajo sus pies.

CAPÍTULO 3

—¿Te vas a desmayar? ¿Vomitara? ¿Ambas cosas? —le preguntó Krysten inclinándose sobre ella.

Pero Jenna solo era capaz de ver una nube gris aproximándose a toda velocidad para engullirla como si fuese un tornado amenazando con devorarla y partirla en dos.

—¡Joder, Jenna, háblame! ¿Estás enfadada? ¿Me he pasado?

—Has falsificado mi firma en un contrato, Krysten —repuso enfocándola por primera vez tras parpadear repetidamente, como si quisiese despertar de una pesadilla.

Jenna vio a su amiga alzar las cejas mientras apretaba sus carnosos labios con fuerza, después encogerse de hombros y fruncir el gesto en una mueca, mientras ladeaba la cabeza sopesando sus palabras, para terminar por morderse el labio inferior con fuerza hasta temer que se haría sangre. Cuando Krysten se ponía nerviosa era así, como una feria con todas las atracciones al máximo de revoluciones. Y no podía parar.

—Joder... dicho así... —farfulló la morena con gesto desencajado.

—¿Y cómo quieres que lo diga? ¡Es lo que has hecho! Has falsificado mi firma y me has comprometido a hacer un trabajo para el que no estoy preparada —dijo casi sin resuello.

Jenna dejó caer los papeles al suelo y posó una mano en su frente. Krysten entonces se llevó el pulgar a los labios y empezó a morderse la uña con ansiedad. Una manía que hacía tres años que había conseguido superar y que en ese momento, apareció espontánea, fruto de la culpa.

—Lo he hecho, ¿verdad? Es lo que he hecho. ¡Joder! ¡Voy a ir a la cárcel! ¡Merezco ir a la cárcel! Soy la peor amiga del mundo, la peor del ranking de peores amigas que existen. ¿Cómo me ha podido parecer siquiera una buena idea? A ver... es... es que no quiero perder mi piso y quedarme en la calle, irme a vivir con mi hermana y terminar mis días en su sótano mohoso que está lleno de muebles viejos y la colección de mi cuñado de rascadores de espalda, que atesora en

vitricas como si fueran las joyas de la corona.

Jenna arrugó la nariz ante aquella visión.

—¿Stuart colecciona rascadores de espalda? —No pudo evitar preguntarle Jenna, alucinada.

—Sí, y patitos de goma. Pero eso no es lo importante. Es que he sido egoísta, manipuladora y la peor clase de persona del mundo. Quería sacarte de una vez de la depresión de la ruptura y volver a trabajar juntas, pero no lo tenía que haber hecho así, por muy desesperada que estuviese. Es que cuando vi que no salías de casa ni haciendo saltar la alarma de incendios del edificio...

—¿La alarma de incendios? ¿De qué estás hablando?

Jenna la miró con gesto de no entender una palabra, y Krysten se dio cuenta de que su amiga ni se había enterado del suceso. Tampoco era el momento de reafirmar lo loca que estaba contándoselo en ese instante, así que sacudió la mano como si con aquel gesto borrara su última frase y siguió hablando.

—No tiene importancia, créeme. Lo único que cuenta es que voy a arreglarlo, ¿vale? Llamaré a los productores y hablaré con los responsables del proyecto, asumiré mi culpa y las consecuencias de haber cometido este delito...

—Espera, fiera. ¿Qué es eso de que ibas a irte a vivir con tu hermana? Odias a tu hermana.

—Odiar... odiar... no es que la odie. Es que me cae muy mal, pero habría podido con ello. Mira, lo bueno de todo esto es que ya no voy a tener que irme con ella porque tendré una celda para mi solita en Rikers.

—¡No hagas locuras! No vas a ir a ninguna prisión. Y deja de hablar atropelladamente, que no consigo entender nada de lo que dices. Explícame qué es esa locura de irte con tu hermana.

Krysten resopló y miró a otro lado. No tenía que haber dicho nada. No quería que Jenna se sintiese culpable por su situación. Ella tenía todo el derecho a cerrar su empresa y cesar la actividad, sin darle ningún tipo de explicación. Pero sabía que en cuanto le contase su estado, eso sería exactamente lo que conseguiría.

—Ni se te ocurra mentirme. Tú no. Nunca lo has hecho y espero que no empieces ahora —
le dijo Jenna con gesto serio.

Krysten bufó. Su amiga acababa de entrar en el modo jefa y era mejor obedecer.

—No es nada, tarde o temprano lo habría conseguido solucionar...

—Por favor, intenta ser breve —la interrumpió.

—Está bien... Estoy sin blanca —declaró a bocajarro.

Jenna la miró perpleja y frunció el ceño sin entender.

—Arruinada, sin un céntimo, a punto del desahucio, de que me pongan de patitas en la calle...

—Ya lo he entendido. Pero ¿cómo?

—Cariño, llevo tres meses sin ingresar un dólar en la cuenta. Hacía poco que había cambiado de apartamento. Uno mejor, más grande y mucho más caro. Era cuestión de tiempo que terminase con mis reservas.

Krysten, tal y como había temido, vio transfigurarse el rostro de su amiga, que se descompuso volviendo a parecer que se había quedado sin una gota de sangre.

—No pasa nada. Ha sido culpa mía, he estado esperando a ver si las cosas se solucionaban, cuando me tenía que haber dado cuenta de que necesitabas más tiempo y haber buscado otro trabajo. Y eso será lo que haga desde hoy mismo. No tienes que preocuparte por esto...

Krysten siguió hablando, pero Jenna había dejado de oírla porque su mente empezó a unir piezas, recordar que su amiga había estado yendo al menos dos veces al día para estar con ella, llevarle comida, proponerle planes, o simplemente acompañarla mientras ella lloraba sin parar. La había cuidado y en ningún momento ella había caído en que, con la cancelación del programa, la dejó sin sustento. Krysten podía argumentar lo que quisiera para no hacerla sentir responsable de su situación, pero lo era. Había sido una egoísta, solo centrada en su dolor, como si fuera el maldito ombligo del mundo. Como si lo peor que te pudiera pasar en la vida fuera que un imbécil integral te abandonase.

Se sintió como una estúpida.

—Y en cuanto al contrato, tampoco tienes que preocuparte por eso. —La oyó decir con voz ahogada. La observó agacharse para recoger los papeles que ella había dejado caer al suelo —. Hoy mismo lo solucionaré. Llamaré a...

—No llamarás a nadie —le dijo con determinación quitándole la documentación de las manos.

—Jenna, ¡no! —Krysten intentó arrebatarlos, pero ella los alejó de su alcance.

—Déjame ver al menos lo que he firmado. Con tu olfato es muy probable que hayas conseguido mejores condiciones que si lo hubiese hecho yo misma.

Krysten bajó el brazo y la observó clavar la vista en los papeles. De eso podía estar tranquila. En los tres años que llevaba trabajando con su amiga, había repasado mil veces los contratos que redactaba para sus servicios y los vinculantes con la cadena de televisión. Sabía lo que debía evitar y lo que tenía que exigir. Y por encima de todo, lo que más le preocupaba era el bienestar de Jenna y mantenerla a salvo.

—¿Es una causa benéfica? —preguntó pasando un dedo por las líneas que describían el programa.

—Sí, es un proyecto para ayudar a la reinserción en la vida civil de soldados y exmilitares tras volver de servir en zonas de conflicto. Para muchos es complicado conseguir una vivienda, establecerse y lograr reencauzar sus vidas laborales.

—Interesante... —Fue la respuesta de Jenna, que siguió leyendo con atención.

—Una empresa local, junto al Centro de Veteranos del Ejército de Nevada, ha recaudado fondos para el proyecto de minicasas. Necesitaban el último empujón, pues no habían conseguido todo el dinero que precisaban para ejecutar todos los proyectos. Y entonces pensé que nosotras podíamos negociar con la cadena televisiva que ellos asumieran la financiación de la mitad del proyecto a cambio de los derechos para la filmación de las reformas. Serían un total de doce semanas, y tú colaborarías con la empresa local en el diseño y supervisión de la construcción de las minicasas.

Jenna seguía alucinada leyendo cada detalle, lo bien atados que estaban todos los puntos

del contrato, cuando escuchó a Krysten carraspear antes de querer intervenir de nuevo, pero alzó una mano para detenerla, pues por primera vez en meses se sintió atraída, casi podía decir que ilusionada, con un proyecto. Los dedos empezaron a hormiguarle con impaciencia. Si hubiese tenido su Ipad a mano, con total seguridad habría empezado a esbozar algunas de las ideas que surcaban su mente, mientras leía los perfiles de las familias a las que podrían ayudar.

Krysten solo consiguió mantenerse en silencio apenas diez minutos más antes de interrumpir su lectura y cavilaciones.

—Sé que nunca has hecho algo parecido. Lo tuyo son los grandes proyectos, no las minicasas. Es un trabajo sencillo, sin la repercusión mediática a la que estás acostumbrada. No hay *celebrities*, ni presupuestos abrumadores, pero es un reto. La oportunidad...

—¡Lo haré! —proclamó interrumpiéndola.

No lo iba a negar, estaba aterrada. Una parte de ella seguía aferrada a la idea de mantenerse en un perfil bajo en redes. No quería exponerse ni volver a ser enjuiciada, que hablasen de ella y le recordasen todas las cosas de las que la había acusado Kevin, pero no era una cobarde. No podía seguir escondiéndose si tenía la oportunidad de ayudar a toda esa gente. Volvió a recorrer los rostros de las fotos que adjuntaba el informe del proyecto y sonrió. Después elevó la mirada decidida.

—Lo haremos. Tú y yo.

—¿En serio? —respondió Krysten dejando que la ilusión hiciese brillar sus expresivos ojos verdes.

—Totalmente. Solo me queda por saber una cosa —dijo sintiendo que, de repente, le sudaban las palmas de las manos. Ignoró el hecho de estar a punto de sufrir una crisis de ansiedad, parecida a la que se debía sentir a punto de tirarse en paracaídas frente a un desfiladero, y preguntó—: ¿Cuándo nos vamos?

CAPÍTULO 4

—Señor Dalton, ¡no puede entrar ahí! ¡No lo haga! El coronel está en una reunión...

Las palabras angustiadas de la secretaria no tuvieron efecto alguno en Dylan, que no se lo pensó y, asiendo el pomo de la puerta del despacho del presidente de la asociación de veteranos, irrumpió como un toro desbocado. Allí, tal y como le había advertido la secretaria, lo encontró frente a su mesa, acompañado de otras tres personas.

—¡Dalton! No esperaba verlo hoy, ¿teníamos una cita? —le dijo el hombre apenas sorprendido con su presencia.

No le extrañaba, el coronel Jenssen y él eran viejos conocidos. Si había hecho lo que le habían contado, tenía que estar esperando que fuese hasta allí a pedirle explicaciones.

—Coronel, ya sabe que no. Pero también intuyo que aguardaba mi visita. ¿O creía que aceptaría que vendiera mi proyecto a cualquiera, quedándome de brazos cruzados?

Jenssen clavó en él su mirada oscura como la noche, en contraste con su cabello tan blanco como la nieve, y el gesto le hizo retroceder en el tiempo más de una década. Aun así, no pensaba retirarse. El tema era demasiado importante para él, y ya no estaba bajo su mando en el ejército. Al parecer, su exsuperior también pensó en ese detalle, pues tras dejar salir el oxígeno de sus pulmones lentamente por la nariz en un gesto de resignada aceptación, asintió.

—Está bien. Señores, necesito unos minutos con el Mayor Dalton. ¿Nos dejan a solas?

Como si sus palabras fuesen el pistoletazo de salida en una carrera, los presentes se levantaron al instante y con diligencia abandonaron la pequeña mesa de juntas y el despacho. En cuanto estuvieron solos, el coronel le señaló una de las sillas desocupadas, invitándolo a sentarse. Y él aceptó, aun con las mandíbulas apretadas. Estaba tan furioso, que no tardó en devolver la mirada pétrea al hombre ante él, y expresar su enfado.

—¡No puede hacerlo! ¿Cómo ha podido pensarlo si quiera? ¡Es mi proyecto! —Su tono

fue cortante, áspero y cargado de frustración. El coronel no tuvo más que advertir el brillo endiablado de sus ojos grises para saber que apenas lograba contener su enfado.

—Dalton, sé que lleva meses trabajando en esto, que ha sacrificado tiempo, recursos y muchas horas de sueño para sacarlo adelante, pero no ha sido suficiente...

—¡Lo será! Solo necesito un poco más de tiempo. Conseguiré el respaldo de más empresarios de la zona, del ayuntamiento... Lo que haga falta. Pero no venderé las vidas y tragedias de esas personas al mejor postor.

Jenssen se llevó una mano a la barbilla, cubierta con una pulcra y bien cuidada barba, y volvió a clavar en él su mirada oscura antes de levantarse de la silla y acercarse a su escritorio, del que tomó una carpeta de cartón marrón. Dylan la reconoció al instante como la que él mismo le había entregado hacía once meses. Era la idea y plan estratégico para la puesta en marcha de su proyecto de ayuda a veteranos del ejército.

—Hijo, siento tener que decírselo, pero este no es su proyecto —hizo una pequeña pausa antes de lanzar la carpeta a la mesa. Esta aterrizó frente a él, abierta, esparciendo sobre la superficie de madera las fichas de las familias a las que quería ayudar—, es el de ellos. De cada una de esas personas. Familias que llevan meses esperando para poder comenzar una nueva vida.

Dylan recorrió los rostros de aquellas fotografías que tenía memorizadas al milímetro. Tal y como el coronel había reconocido, había pasado el último año trabajando sin descanso para ayudarlos. No había nada que le importase más que esas personas y el inicio de la nueva vida que les había prometido. Por eso no podía aceptar que esa vida comenzase exponiendo sus experiencias y dolor. No lo iba a consentir.

—Me niego a pensar que esta sea la única forma. No los exhibiré como si fueran atracciones de feria —señaló apartando la mirada del informe y levantándose de la mesa.

—No puedes negarte —lo tuteó, hecho que dio más énfasis a sus palabras—. Está hecho. Firmé el contrato con la cadena ayer mismo.

La incredulidad y enfado transformaron el gesto de Dylan, que bajó el rostro y cabeceó, pasándose una mano por el cabello corto, hasta llegar a su nuca, que presionó para liberar la

tensión.

—No puede estar hablando en serio —dijo furioso— ¿Cree que sigo estando bajo su mando? ¿Que puede tomar todas las decisiones así, sin más?

Jenssen volvió a reconocer ese brillo en su mirada, mientras le lanzaba las preguntas como dardos. Y tuvo la certeza de que cada una de esas palabras estaba teñida de reproches del pasado que habían compartido. Sentía que siguiese llevando esa pesada carga, que no hubiese conseguido superar las heridas de su alma, pero no estaban hablando de ellos, de lo que habían vivido, o de las consecuencias de sus actos. Ya no estaban en guerra, ni defendiendo a su país, no luchaban por sus vidas, sino por las de otras personas. Entendía que quisiera protegerlos. Estaba en su misma situación. Se sentía responsable de cada uno de sus veteranos, hubiesen estado bajo su mando o no. Y si para ayudarlos tenía que hacer algunas concesiones, lo haría.

—¿Ni siquiera se le ocurrió preguntarme a mí o a las familias antes de venderlos de esta forma?

—¡No los he vendido! Me he asegurado de que todos vayan a ser tratados con respeto. Ninguno se verá obligado a hablar de nada. Pero no pueden esperar más. Y eso es algo que parece no entender. Siempre has sido terco, orgulloso y...

—No se corte coronel. Sabe que lleva muchos años deseando repetirme esas palabras.

El duelo de miradas se reinstaló entre ambos, mientras los recuerdos más dolorosos de sus historias compartidas se filtraban en sus mentes, devolviéndolos al pasado por unos segundos.

—No —sentenció finalmente el coronel—. Le reitero que no se trata ni de usted, ni de mí. Se trata de ellos. De todos ellos. De mantenerlos a salvo. Necesitan esas casas, hogares, esperanza...

La mirada del coronel se tiñó de tristeza y Dylan entornó la suya.

—¿Qué me está ocultando?

—Me pidió que no le dijera nada... —dijo en un susurro mientras negaba con la cabeza, regresando a su silla en el escritorio—. Pero necesito que entienda que la decisión que he tomado era inaplazable. Esos hombres y mujeres me importan tanto como a usted. Ya no estamos en

guerra, y si para mantenerlos a salvo hay que hacer concesiones, las haremos. He revisado a conciencia el contrato con la cadena televisiva...

—¿Quién? —lo interrumpió Dylan.

El coronel apretó los labios antes de volver a pronunciarse.

—Sullivan.

Dylan se frotó los ojos con el índice y el pulgar, mientras su gesto se contraía en una mueca. No hacía falta que le explicase nada más. Tras su regreso de Afganistán, Sully había estado luchando con su trastorno de estrés postraumático. Lo había superado, pero ahora se enfrentaba a otra batalla mucho más importante, la recuperación de la custodia de su hija de doce años. La niña había sido entregada a los servicios sociales durante su servicio, cuando la madre la abandonó. Él le había prometido ayudarlo a rehacer su vida y cumplir los requisitos para que la jueza viera favorable su petición de custodia. Sullivan había sido uno de los principales motivos para iniciar aquel proyecto. Y si el coronel había acelerado las cosas, solo podía ser porque el soldado había estado a punto de hacer algo irremediable, movido por la desesperación.

Le estaba fallando. Y la sola idea de hacerlo, le atenazó las entrañas, dolorosamente.

CAPÍTULO 5

Antes incluso de llegar a la barra, Dylan se encontró en su sitio una jarra de cerveza. Agradeció el gesto a su hermano con una leve inclinación de cabeza. Bobby le brindó una mirada expectante, pero él no dijo nada. Aún estaba asumiendo la nueva situación. Y se limitó a aferrar el asa y, acercándola a sus labios, vaciar el contenido en su garganta hasta apurarlo por completo. Ya vacía, la dejó de nuevo en la barra con un golpe seco y tomó asiento en uno de los altos taburetes de madera que él mismo había construido cuando decidieron hacerse cargo del bar familiar, tras la muerte de su padre.

La cueva de los Dalton, que así se llamaba, solía ser un lugar apaciguante para él, y solo por eso había querido ir hasta allí tras la reunión con el coronel, en lugar de volver a su empresa de construcción. Pero para apagar el fuego que le consumía el pecho, necesitaría un barril de cerveza helada, en lugar de una sola jarra.

—¿Dónde está Carter? —preguntó mirando a un lado y a otro buscando al menor de sus hermanos—. ¿No iba a trabajar hoy en el bar?

—Eso me dijo ayer cuando le pedí que se pasase para ayudarme a recepcionar los pedidos de bebidas, pero ha debido olvidársele.

—Este chico siempre tiene la cabeza en las nubes. —Bufó—. No sé qué hace todo el día por ahí. Apenas le veo el pelo.

—Es joven. Tiene quince años y estamos en verano. El pueblo está lleno de chicas que vienen a disfrutar de las vacaciones. ¿Crees que le apetece estar estas semanas en el bar?

Dylan volvió a bufar en respuesta. Pasar más tiempo con su hermano pequeño era una de las cosas que tenía en su lista de pendientes, pero aquella parecía otra misión imposible. Hablaría con él cuando regresase a casa esa noche sobre la importancia de cumplir cuando se comprometía a ayudar. Nunca antes había imaginado que se vería en el papel de padre, pero

definitivamente él también debía asumir que era uno de los principales motivos por los que había vuelto a casa tras la muerte de su padre.

—¿Y bien? ¿Son ciertos los rumores? ¿Te vas a convertir en una estrella de la televisión? —le preguntó Bobby con su habitual sonrisa pícaro bailándole en los labios, rompiendo sus cavilaciones. Pero él se limitó a negar con la cabeza.

Su hermano hizo una mueca, y tras echarse al hombro el trapo con el que había estado sacando brillo a las copas, recogió la jarra vacía de la barra y la colocó en el fregadero.

—No me digas que no es irónico —insistió—. Yo me vuelvo de Los Ángeles, tras fracasar en mi intento de convertirme en actor, y tú, el Dalton solitario, el que odia las cámaras y el espectáculo, estás a punto de salir en la tele.

—¡No digas estupideces! Yo no voy a salir en ningún maldito programa. Ni siquiera entiendo el interés que pueda encontrar alguien en la construcción de minicasas.

—¿Estás de broma? Hoy en día se hacen programas de todo: Montañeros, supervivencia, restauraciones de coches, forjadores de armas, reformas de casas... Es lo que está de moda. No lo entiendes porque ni siquiera tienes un televisor.

—Sí que lo tengo —protestó—. Pongo sobre él los planos que me llevo a casa —dijo recordando el aparato de los setenta que había heredado de su padre y que por supuesto ya ni conseguía encender.

—Y esa respuesta lo dice todo —apuntó su hermano con otra sonrisa socarrona.

—Déjalo. Que no pierda el tiempo en banalidades, no me convierte en un hombre de las cavernas.

—Claro... claro... —indicó su hermano dándole la razón como a los tontos.

Solo tuvo que echarle una mirada de las de *no estoy para bromas*, y al instante Bobby alzó los brazos en señal de rendición.

—Esto no me gusta —farfulló para sí Dylan entonces. Apoyó los codos en la barra para frotarse el rostro después con frustración—. Entiendo que las cosas han cambiado y que no tenemos más tiempo. Pero... ¿un programa de la tele?

—No tiene por qué ser algo tan malo. Hay programas muy buenos, algunos son bastante serios. Todo depende de los responsables. ¿El coronel te ha dicho quién lo hará?

Dylan bufó antes de hablar.

—La responsable. Una tal Jenna... no se qué. La verdad, me he centrado más en repasar las condiciones del contrato y...

—¿Jenna Hopper? —El tono entre fascinado y asombrado de su hermano, hizo que levantase la cabeza para observarlo. Bobby tenía los ojos tan abiertos que parecían a punto de salirse de las órbitas.

—Sí... creo que sí —repuso sin entender a qué venía tanto alboroto.

—¿Lo crees o estás seguro de que la famosa Jenna Hopper se va a hacer cargo de tu proyecto?

—Espera, no sé quién es esa mujer, pero no se va a hacer cargo de nada. De nada en absoluto. Este proyecto es mío. Son mis casas, mis familias, mi...

—Su dinero.

—¡No todo el dinero! He recaudado más de la mitad —dijo arrugando el gesto en una mueca—. Y tú, ¿de parte de quién estás?

—De la tuya, de la tuya, hermanito. ¡Pero es la maldita Jenna Hopper! Esa mujer no hace nada a medias, no creo que venga a pasear sus tacones por tus obras y limitarse a sonreír. Si ha decidido volver a la palestra después del escándalo con su ex, es para hacerlo a lo grande y llevar tu proyecto a otro nivel.

—¿Palestra? ¿Escándalo? ¿De qué narices estás hablando? —preguntó sintiendo que volvía a tensársele el cuello y cada músculo de la espalda.

—¿Ves cómo tienes que ver más la tele? —apuntó su hermano y él solo pudo apretar las mandíbulas, con impaciencia—. Si lo hubieses hecho, sabrías que Jenna Hopper es la reina de las reformas y la decoración. Ha hecho proyectos para las personalidades más relevantes: políticos, deportistas de élite, diseñadores de moda, artistas... Todo el mundo se la rifaba. Su programa de reformas ha sido el más visto durante los últimos tres años. Es la Jet de la Jet de los reformadores

de casas. Una de las mujeres con más influencia, y más queridas de la televisión. La llamaban la novia de América. Hasta hace aproximadamente tres meses...

Dylan, que había escuchado toda aquella parrafada estupefacto, preguntó en tono cauto.

—¿Qué pasó entonces?

—¡Puf! Una bomba. No puedo creer que no lo recuerdes. Todo el mundo habló del tema durante semanas. En esta barra hemos escuchado cientos de conversaciones sobre el escándalo. Al parecer, todos tenían algo que opinar sobre el suceso, que por supuesto fue *Trending Topic*. Salió en prensa, en internet constantemente se hacían eco de la noticia y las redes estaban que echaban humo.

—No, no recuerdo nada de eso. Yo no hablo de la vida de los demás, no me interesa lo más mínimo. Tengo cosas mejores que hacer, como trabajar en mi proyecto. Ese que parece que ahora pende de un hilo. Así que dime de una vez qué pasó y qué tengo que temer de la incursión de esa mujer en mi trabajo.

—Bueno, en realidad ella no hizo nada. Su novio la dejó en directo, en el programa, delante de toda la audiencia nacional. Y por otra mujer. Una presentadora que estaba allí mismo como invitada.

Al escuchar aquello, Dylan creyó recordar comentarios en la obra en la que trabajaban por aquel entonces, y puede que en el bar o en algún otro sitio. Pero eran solo recuerdos vagos que había descartado por no tener la menor importancia. Ahora se arrepentía de no haber prestado más atención. Pues de haberlo hecho, sabría a qué se enfrentaba exactamente. Aunque empezaba a hacerse una idea. Habían vendido su proyecto para que lo convirtieran en un *reality show* de esos. Justo lo que había temido al escuchar las palabras *programa de televisión*. A esas personas no les importaban las familias, ni la ayuda que podían ofrecerles. Solo querían carnaza y audiencia. Y por lo que le había contado su hermano, esa mujer era muy probable que usara su proyecto para resurgir y limpiar su imagen. ¿Por qué sino iba a acceder una decoradora de celebridades a participar en un proyecto modesto como aquel?

—Pobre mujer... Menudo bochorno. Solo había que ver la cara que se le quedó cuando su

novio empezó a decir todas aquellas burradas sobre ella, para saber que quería que se la tragara la tierra.

Las palabras de su hermano lo sacaron de sus propias cavilaciones y volvió a escucharlo.

—Y fue lo que hizo. El programa se canceló y ella ha estado desaparecida desde entonces. —Bobby, que se había quedado con la mirada perdida mientras recordaba el suceso, sacudió la cabeza y volvió a prestarle atención—. ¡Y va a reaparecer aquí! ¡Es alucinante!

—¿Qué tiene de alucinante? ¡Me parece una maldita pesadilla!

—¿Bromeas? Si ella viene, tu proyecto será el centro de atención de todo el mundo. Tendrás publicidad de sobra, para ti, para tu constructora, para el pueblo. Todo el mundo querrá invertir en tus proyectos futuros para que puedas seguir construyendo casas para veteranos. Puede que incluso consigamos algo de publicidad para el bar... ¿Crees que os seguirán cámaras a todas partes? —dijo con gesto esperanzado.

La mirada de Dylan se oscureció de manera peligrosa.

—¡Joder! —exclamó levantándose del taburete con tanta energía que este cayó al suelo haciendo un gran estrépito. Se agachó a recogerlo con un gruñido y la mente ya muy lejos de allí.

Bobby, sorprendido, vio a su hermano dirigirse hacia la puerta sin dejar de maldecir, con los puños apretados y un halo furioso y devastador que le hizo tragar saliva.

CAPÍTULO 6

Jenna escuchó la voz del piloto del avión informando a los pasajeros del inminente aterrizaje en el aeropuerto internacional Reno Tahoe y se despojó del antifaz con el que se había cubierto los ojos durante el viaje de siete horas treinta y cuatro minutos, a excepción de los cuarenta y cinco que habían hecho escala en Dallas.

Desde que embarcaron, sabía que no iba a conseguir pegar ojo. Al ponerse el antifaz tampoco había querido ocultarse de las posibles miradas de otros pasajeros que la pudiesen reconocer, solo pretendía encerrarse en su mundo interior, contar unos miles de latidos e intentar que volviesen a su ritmo habitual, el de antes, antes del *incidente*, antes de que le doliesen, antes de que la ansiedad y la angustia los impulsaran a acelerarse cada dos por tres, recordándole que había perdido el control de su vida.

La mala noticia, que no lo había conseguido. Había estado nerviosa durante todo el vuelo. Solo tenía que pensar en el nuevo programa en el que se iba a embarcar y la mezcla de excitación e incertidumbre la paralizaban. No como a Krysten. Su amiga no tenía problemas para relajarse. Nada más embarcar, había ladeado la cabeza y al segundo estaba inconsciente. Cómo la envidiaba. Se hubiese cambiado por ella sin pensarlo, aunque el hacerlo implicase despertar al final del vuelo con el hombro empapado de sus propias babas.

Sonrió al ver a Krysten arrugar su naricilla respingona y moverla de un lado a otro antes de frotársela con el dorso de la mano. Al hacerlo, sintió la humedad de su mejilla y abrió los ojos de repente. Al comprobar que había babeado, su gesto tornó a una mueca de asco, y empezó a limpiarse con rapidez.

—¿Estamos llegando? —le preguntó somnolienta.

—A punto de aterrizar —repuso mirando por la ventanilla, aunque aún no se veía mucho—. ¿Te confirmó Leo que estaría esperándonos? —Quiso asegurarse una vez más.

—Ya te dije que sí cuando cogimos el primer avión. No te preocupes, está todo controlado. Leo nunca nos ha fallado, es un tío legal —dijo sin pensar—. Aunque si le cuentas que lo he reconocido, lo negaré —le advirtió elevando un dedo al darse cuenta de que se le había escapado un halago hacia el que consideraba su grano en el culo particular.

Los labios de Jenna esbozaron una leve sonrisa. Leo era su cámara casi desde que empezó con el programa. Conectaron ya en la entrevista, pues era un hombre responsable que se tomaba muy en serio su trabajo, aunque grabar programas de televisión no fuese su sueño y prefiriese dedicarse a viajar por el mundo para filmar documentales o vídeos de denuncia social. En un principio iba a estar con ellos solo un par de meses, sustituyendo a su cámara, que estaba de baja. Pero para su sorpresa, cuando necesitaron que se quedara fijo en el programa, aceptó sin reparo. Casi demasiado rápido, y eso que discutía con Krysten constantemente.

Como ayudante suya, su amiga tenía que tratar no solo con el personal de la grabación, también con contratistas, empleados de las obras, proveedores, catering y cualquiera que se relacionara con ellos. Sin embargo, excepto por su ex, que era un caso aparte, Krysten se llevaba genial con todo el mundo excepto con Leo, que por otra parte era el hombre más afable y tranquilo que conocía. Sin embargo, cuando ambos estaban el uno frente al otro, parecía que las chispas saltaban y no podían evitar criticar sus decisiones, discutir por cada pequeño aspecto, o simplemente bufar cuando se cruzaban, lanzándose miradas incendiarias.

Aquello no era normal en su amiga. Todo el mundo la quería por su frescura, su vivacidad, lo accesible que era y lo bien que hacía sentir a los demás, y no tuvo más que prestarles un poco más de atención, para darse cuenta de que a él lo trataba de manera diferente que al resto porque le gustaba. Aunque las veces que había intentado hablar con ella sobre el tema, esta había negado dicha atracción, de plano. Declaraba que no podía estar más equivocada, pues jamás se fijaría en un hombre tan chulo, engreído, soberbio y cabezota. Aquellas palabras no hicieron más que confirmar sus sospechas. Pero sabía que insistir con Krysten no serviría de nada. Si lo acusaba a él de cabezota, lo de ella era de otra galaxia.

—Hemos tenido mucha suerte de que estuviese disponible justo ahora...

—Si tú lo dices... —la cortó Krysten antes de que pudiese terminar la frase.

—Mujer, él nos conoce, sabe cómo trabajamos. Si hubiésemos tenido que buscar a otro cámara con tan poco tiempo, igual tendríamos que habernos conformado con alguien que no compartiera nuestra ética de trabajo. Además, ha sido muy amable al ofrecerse a recogernos y estar con nosotras en Riverbrook estos días para reconocer el terreno antes de que llegue el resto del equipo y empiece la locura.

—Sí, sí, muy amable... sobre todo teniendo que dejar a la amiguita con la que estaba grabando en La Pampa Argentina —farfulló entre dientes Krysten mientras guardaba sus cosas en la mochila que llevaba como equipaje de cabina.

—¿Su amiguita? ¿Leo tiene novia? —preguntó sorprendida.

—Ni lo sé, ni me importa. Pero vamos, que en Instagram se le ha visto muy cariñoso las últimas semanas con una rubia... —Cuando su amiga se dio cuenta de que la miraba con curiosidad, escrutando sus gestos molestos, apretó los labios y muy digna elevó la barbilla para concluir—. Pero como he dicho, ni lo sé, y mucho menos me importa lo que haga con su vida. Que se limite a hacer su trabajo, no darne quebraderos de cabeza, ni convertirse en un grano en el culo.

—Ya... bueno, como también has dicho, es un tío legal. Seguro que esta vez todo va como la seda. Ojalá que así sea. Me pone nerviosa este programa, necesito que todo salga bien. Tú eres la mejor, él es el mejor y lo vamos a bordar —indicó más por convencerse a sí misma, repitiéndose el mantra que se había estado diciendo durante todo el viaje.

Antes de que pudiese girarse para ocultar el gesto de preocupación de la vista de su amiga, Krysten posó la mano sobre la suya y la presionó con suavidad.

—Todo va a ir bien. Y no te preocupes por Leo y por mí, que solo vamos a ayudarte. Este es un buen proyecto, vamos a hacer mucho bien, hemos venido a rescatarlos, porque se habían quedado sin fondos, y estoy segura de que nos recibirán con los brazos abiertos.

Jenna le sonrió queriendo creer cada palabra. Y sorprendentemente el latido de su corazón se ralentizó hasta dejarla tomar una gran bocanada de aire completa, que le supo a esperanza.

—¡No voy a recibirlos con una pancarta! ¿Nos hemos vuelto todos locos? —preguntó Dylan estupefacto mirando horrorizado el cartel impreso que, Tom Felton, el alcalde de Riverbrook, había desplegado delante de él.

No había tenido un minuto de paz en todo el día. Desde que llegó a la obra había pasado todo su tiempo al teléfono, contestando llamadas de curiosos que habían escuchado la *gran noticia*. Y así había sido toda la semana, apenas dejándole realizar su trabajo. Ese hecho y la inminente llegada de los responsables del programa, hicieron que estuviese de un humor de perros. Mucho más cuando apareció el alcalde por allí, algo insólito en los años que hacía que lo conocía. Y con ayuda de su ayudante, desplegó aquel inmenso cartel del demonio que pretendía que colgase en su obra.

Cuando había pedido colaboración al alcalde para su proyecto, este se había negado con una ristra de argumentos excesivamente elaborados para decir que se encontraba atado de pies y manos y que no le quedaba un céntimo del presupuesto para más causas. Sin embargo, el muy gusano sí había encontrado fondos para hacer imprimir aquella monstruosidad de cartel en el que se lo veía en gigante, a todo color, con su falsa sonrisa y gesto artificial, aparentando ser el principal promotor y apoyo del proyecto.

—¿Qué demonios estás haciendo en mi obra, Felton?

—¿No es evidente? Dando todo el apoyo de la alcaldía a tu proyecto. Me vanaglorio de ser un alcalde preocupado por las necesidades de sus ciudadanos y...

—Jamás te he visto preocuparte por algo más que por tu descomunal vanidad —lo interrumpió, no estando dispuesto a perder un solo minuto de su tiempo en aguantar sus tonterías —. Así que márchate, y llévate esa monstruosidad de mi vista, antes de que la quemé.

—Señor Dalton, no creo que esas sean formas de hablar a nuestro ilustrísimo alcal...

—Y tú, Jeremy Hopkins, será mejor que cierres el pico o te sacaré de mi propiedad de una patada en el culo. No sería la primera vez que tengo que hacerlo y con suerte no será la última — le recordó la noche que tuvo que echarlo del bar, completamente borracho, por estar molestando

a unas clientas.

Las mejillas del joven ayudante del alcalde se tiñeron de rojo, aún más cuando las risas de sus trabajadores, que se habían ido acercando para presenciar la escena, tiñeron el aire de burlas.

—Eres un animal —lo acusó el alcalde entre dientes tras mirar en derredor y comprobar que estaban siendo el centro de las mofas de los presentes.

—No te lo niego. Es exactamente lo que soy. Y por eso, no te interesa jugar conmigo. Eres un hombre ridículo. Tuviste la oportunidad de ayudar a unas buenas personas y no lo hiciste porque estabas más interesado en organizar fiestas y promover causas que te asegurarían los votos para la reelección. ¿Y ahora que viene la televisión nacional, pretendes ponerte una medalla por nuestro trabajo?

Mientras pronunciaba su discurso, Dylan se fue acercando a él con deliberada lentitud, dándole la oportunidad para huir de allí antes de tenerlo demasiado cerca y no pudiese reprimir las ganas de cumplir su promesa de echarlos a ambos a patadas.

Tal y como esperaba, el alcalde y su bufón dieron un par de pasos hacia atrás mientras recogían el cartel con premura.

—No importa. Como alcalde, no podrás evitar que dé la bienvenida esta tarde al pueblo a los responsables del programa. Esta es una gran oportunidad para todos. Y no permitiré que la echés a perder. Por el bien de *tu* proyectito, tendrás que ceder, sonreír y aguantarte —le dijo casi en la entrada de la obra.

Un brillo centelleante, azuzado por las palabras de Felton, iluminó peligrosamente los ojos de Dylan, y este bastó para que los dos gusanos decidieran marcharse definitivamente.

—En cualquier caso —hizo que se detuviesen ante la puerta—, tendrás que esperar hasta mañana. La señorita Hopper llamó ayer para avisar del retraso de su llegada. Entonces podrás hacerle todas las fiestas que quieras, fuera de mi propiedad— apuntó.

Los vio mirarse entre ellos, y tras sonreír, marchar con premura. Él siguió observando a la pareja hasta que se subieron a su coche y abandonaron el camino que llevaba hasta su constructora.

—Entonces, jefe, ¿no habrá ni fiesta ni confeti para recibir a los de la tele? —le preguntó riendo Liam, un enorme y afable irlandés que hacía un año que trabajaba con ellos.

—No. No es exactamente lo que tengo pensado —dijo en tono indescifrable.

Y más que sus palabras, lo que dejó boquiabiertos a sus empleados, fue la sonrisa lobuna que se paseó por los labios de su jefe, que ya caminaba hacia la caseta de dirección de obra, dando por zanjada la conversación.

CAPÍTULO 7

Jenna sintió que su corazón se desbocaba en cuanto empezaron a recorrer el pasillo de salida hacia la terminal. Acababan de abandonar el avión y ya percibía sobre ella, las miradas de algunos de los pasajeros del vuelo que hacían el mismo recorrido. Se había puesto sus enormes gafas de sol para ocultar todo lo posible su rostro, pero desde el inicio había sabido que sería inútil. Fue tras su primer año de programa cuando descubrió el peso de la fama. Sabía que estaban haciendo un buen trabajo, que era un éxito de audiencia, pero no se había percatado de las repercusiones de que así fuera hasta que empezaron a detenerla en la calle cuando la reconocían para pedirle fotos, firmas o incluso consejos sobre decoración. Para una persona como ella, a la que no le gustaba ser el centro de atención, había sido abrumador y desconcertante, pues jamás se había creído merecedora de tantas atenciones.

La avalancha de cartas y emails al programa no se hicieron esperar, y la atención del público y prensa fueron aumentando hasta el punto de no poder caminar por la calle sin ser detenida cada pocos pasos. Al principio no había sabido bien cómo gestionar toda aquella atención. Intentaba huir, esconderse, incluso había llegado a disfrazarse para no ser reconocida por la prensa, cada vez más interesada en su vida personal, pero tanto los responsables de la cadena como Kevin habían insistido en que debía exhibirse y afrontar su creciente popularidad, por el bien del programa.

Su ex jamás había tenido problema alguno con esa parte de su trabajo. En cuanto veía un objetivo, desplegaba su sonrisa como el pavo real sus plumas, y la rodeaba con su brazo en un gesto que ella había confundido con afán de protección. Ahora sabía que solo había buscado la foto de la pareja perfecta, convertirse en parte del objetivo, ya que durante los primeros meses, toda aquella atención se había centrado en ella y en su trabajo. El programa llevaba su nombre y él era solo un colaborador eventual en algunos de los proyectos. De hecho, se habían conocido

durante el transcurso de uno de esos primeros programas. Ella, que jamás había podido compartir su pasión por el trabajo antes con una pareja, se había creído una mujer con suerte. De repente, tenía a su lado a un hombre que la valoraba por su talento, la colmaba de atenciones y parecía compartir sus inquietudes. Solían pasar horas hablando de los proyectos con una copa de vino, y él se había adaptado a ese mundo de fama mucho mejor que ella.

Entonces había creído que era una suerte que él se adelantase a contestar por ella cuando los detenían para preguntar por el programa, y más tarde, cuando se volvió asiduo de las cámaras, por su relación. Ni siquiera sospechó que él no era más que una polilla atraída por la luz de su creciente popularidad cuando declaró a la prensa que eran novios, antes incluso de haber tenido ambos esa conversación. Había sido tan ilusa e inocente... Había confiado de una forma tan estúpida y ciega en él, que ahora se sentía una mema. Una persona ridícula, que había cedido gran parte del control de su vida y su trabajo solo por creerse querida por primera vez en la vida por lo que hacía y no por quien era o por pertenecer a la familia a la que pertenecía.

Allí, en su propia familia, Kevin también había parecido encajar mejor que ella. Sus padres habían estado encantados con él desde el inicio. Era como si de repente hubiese ganado puntos al estar con un hombre. A menudo, su madre le recordó la suerte que había tenido al encontrar a alguien como él, lo afortunada que era al haber acertado con una pareja que no se sentía amenazada por su éxito, y que para que eso siguiese así, debía darle el protagonismo que merecía en su programa, para que ese éxito no se convirtiese en un problema en su relación.

—¿Estás bien? —le preguntó Krysten de repente, tocándola en el brazo cuando la vio sujetarse el puente de la nariz. Una habitual y espantosa migraña había empezado a martillearle la cabeza hacía unos segundos, complicando aún más su estado de nerviosismo. Cuando Krysten, que la conocía demasiado, sacó de su bolso un par de comprimidos y se los ofreció, ella los aceptó por pura inercia, mientras se recriminaba mentalmente haber caído de nuevo en el recuerdo de su relación con Kevin.

Suspiró y miró a un lado y a otro, dándose cuenta de que habían llegado a la zona de recogida de equipajes sin haberse dado ni cuenta. Al menos, su distracción le había servido para

dejar de pensar, por unos minutos, en las miradas que seguían clavadas en ella y en los cuchicheos sobre su persona que las acompañaban. Ahora que volvía a ser consciente de ellos, el corazón empezó a desbocársele y un calor creciente se apoderó de su rostro.

—No tienes buena cara —insistió su amiga, perspicaz.

—Estaré mejor cuando salgamos de aquí —apuntó abanicándose el rostro con la mano, mientras agachaba la cabeza, ocultándolo de las miradas, con la excusa de buscar su maleta.

—Cielo, dudo que vayas a sentirte mejor fuera, sin aire acondicionado, con el calor que hace en Reno en pleno mes de agosto —replicó Krysten en tono ligero, sin percatarse de su creciente ansiedad, por ver por el rabillo del ojo que se aproximaban dos mujeres a ellas.

—No importa. ¿Podemos salir de aquí ya?

—Pero si aún nos falta una maleta...

—Da igual la maleta. Vámonos rápidamente —dijo en tono tenso, y Krysten se dio la vuelta, preocupada, justo a tiempo de ver a la pareja que había llegado hasta ellas acorrallar a su amiga.

—¿Señorita Hopper? —preguntó la mayor de las dos posando una mano en su brazo, para hacerla girar. En cuanto comprobó que efectivamente era ella, esta pareció sufrir una crisis nerviosa— ¡Oh, dios mío, es usted de verdad! ¿Has visto hija? Tenía razón. ¡Es Jenna Hopper! —exclamó elevando la voz lo suficiente como para que varias personas se giraran hacia ella, dedicándoles sus miradas curiosas.

Jenna percibió que el aire se espesaba al instante y que una vez más, como en los últimos meses, sus oídos empezaban a zumbiar y se le nublaba la vista.

—Lo siento señoras, se están equivocando... —empezó a decir Krysten, interponiéndose entre las mujeres y ella con la evidente intención de evitarle el mal trago.

—¡Oh! ¡Pero si se le parece muchísimo...!

Jenna escuchó a la mujer, atónita, empezar a debatir con Krysten. Y a esta, insistir en que estaba equivocada. Por su mente volvió a pasearse el recuerdo de Kevin hablando por ella ante las cámaras y los fans del programa. Y algo despertó en su interior. Era evidente que la intención

de Krysten no era acaparar el protagonismo de su éxito, como había sido el caso de su ex, pero se sintió como una niña a la que tienen que proteger por no poder tomar las riendas de su vida.

Volvió a sentirse patética.

—Solo queremos un autógrafo. —Oyó decir a la más joven—. Somos súper fans de su trabajo. La seguimos desde que empezó el programa...

Jenna inhaló cuanto oxígeno pudo atesorar y, aunque su cuerpo temblaba como una hoja, salió de detrás de su amiga, sin querer pensar en el paso que iba a dar. Solo consciente de que quería dejar de sentirse una estúpida.

—Por supuesto que sí —dijo colocándose frente a las mujeres—. Gracias Krysten, estoy bien —apuntó hacia su amiga en tono bajo—. Díganme, ¿dónde quieren que les firme? —Apenas reconoció la voz que salió de su cuerpo. Como si la persona que tomaba el bolígrafo de múltiples colores que le ofrecía la chica y firmaba con una sonrisa tensa el papel que le dio la mujer mayor fuese otra y no ella. Su mente estaba en una nebulosa, mientras escuchaba todos los halagos de ambas y lo ilusionadas que estaban de conocerla. Sabía que debía sentirse halagada de que valorasen su trabajo, pero no podía dejar de pensar que esas mujeres habían presenciado, como el resto de personas que comenzaban a aproximarse a ellas, el momento más vergonzoso de su vida.

—¡Muchas gracias! —Oyó que le decían ambas en tono emocionado—. No, por favor, quédese el bolígrafo, es mi favorito —le dijo la joven.

Jenna miró a la chica, que no debía de tener más de quince o dieciséis años. Sus ojos brillaban con ilusión y asintió sin pensar, aceptando el obsequio. Una vez más se sintió turbada por el cariño que acompañaba a ese tipo de gestos. Pero la sensación cálida que había empezado a inundarla se esfumó en cuanto se vio rodeada por al menos una decena de personas reclamando nuevamente su atención.

La masa apartó a ambas mujeres y ella tragó saliva. Los siguientes minutos se vio firmando más autógrafos y posando de forma mecánica para las fotos que le pedían, mientras sus labios dibujaban una sonrisa que no llegaba a sus ojos. Aun así, todo fue más o menos bien, hasta que

comenzaron las preguntas curiosas de los presentes y sus móviles grabándola, que iban aumentando en número.

—Señorita Hopper, ¿va a hacer un nuevo programa?

No tuvo tiempo de contestar.

—¿Qué opina de las últimas declaraciones que ha hecho su ex sobre usted en las redes sociales?

Jenna, que se había prohibido así misma, desde hacía semanas, estar pendiente de las mismas, se tensó al instante.

—¿Es verdad que su ex la dejó estando embarazada?

—¡Vaya! Esa es nueva. —Oyó a Krysten exclamar a su lado—. Ya tengo las maletas —le dijo señalándolas.

—Disculpen, pero tengo que marcharme —acertó a decir, y tras tomar su maleta, la arrastró hacia la salida, dejando que su amiga fuese abriendo paso como podía ante ellas.

Tardaron algunos minutos en cruzar los apenas quince metros que restaban hacia la puerta y, cuando vio a Leo esperándolas tras ella, el alivio aligeró su pecho. Mucho más cuando este, viendo la escena, se apresuró en ir hacia ellas y las ayudó a salir.

CAPÍTULO 8

—Leo, ¡qué alegría verte! —dijo con evidente alivio. Le dio un rápido abrazo y este le brindó una de sus sinceras y francas sonrisas.

—Bienvenida, jefa —apuntó él manteniendo el gesto hasta que Krysten tosió molesta. Entonces, se limitó a mirar por encima de su hombro mientras alzaba una ceja.

—¿A mí no me das la bienvenida? —interrogó su amiga cruzándose de brazos.

Leo aderezó sus labios con una pizca de burla, satisfecho por haber conseguido molestarla.

—Bienvenida, pesadilla —dijo él usando ese apelativo poco cariñoso que había ingeniado para ella.

La morena bufó y entornó la mirada cuando él pasó por su lado para guardar el equipaje en el maletero, sin prestarle más atención.

—Niiiños, no empecéis ya —los reprendió Jenna como era habitual, al tiempo que sacaba un bote de gel hidroalcohólico con olor a moras y vertía una generosa porción en sus manos. Necesitaba desinfectarse antes de entrar en el coche y tomar asiento, pues había saludado y tocado a tanta gente en el aeropuerto que ya sentía que las palmas le hormigueaban por la necesidad de ser higienizadas.

—Pesadilla, ni se te ocurra sentarte atrás, que no soy tu chófer —apuntó Leo cuando vio que Krysten iba a acompañarla en la parte trasera. Su amiga la miró buscando una vía de escape, pero Jenna solo pudo asentir y gesticular con los labios un «Tiene razón, lo siento».

En realidad no lo sentía, pues sabía que no sería una tortura para Krysten hacer aquel viaje de casi treinta minutos al lado del hombre que le hacía perder los papeles y la cabeza. Aunque ella se empeñase en ese momento en poner los ojos en blanco y resollar como un caballo tras una carrera para dejar patente su malestar mientras se acomodaba en el asiento del copiloto.

Segundos más tarde, con los cinturones ya puestos, arrancaban. Y fue entonces cuando

Jenna se dio cuenta de que aún tenía en su poder el bolígrafo de ocho colores que le había regalado la chica del aeropuerto. Lo observó con cierta añoranza. Ella había tenido un par como ese en su época de estudiante, en la escuela elemental. Al parecer, habían vuelto a ponerse de moda a pesar de no ser muy cómodos debido a su grosor. El primer clic al cambiar de azul a verde la trasportó a aquellos tiempos más dulces y menos complicados, cuando todas sus preocupaciones se centraban en sus estudios y sus clases de piano, esgrima y dibujo.

Aquellos recuerdos la engulleron proporcionándole cierta paz y haciendo que olvidase por unos minutos la ansiedad y estrés que había pasado en el aeropuerto. No quería pensar en las insinuaciones sobre lo que podía estar diciendo Kevin sobre ella, ni caer en la tentación de volver a mirar las redes sociales y dejar que echase sal a su herida. Se negaba a darle ese poder sobre ella. Tenía que centrarse en su nuevo proyecto. Y decidida a que así fuese, se colocó los auriculares, puso su *playlist* de inspiración en el móvil y miró por la ventanilla, empezando a imaginar cómo sería volver al trabajo.

Krysten miró hacia atrás al escuchar el ruido machacón del clic que provenía del asiento de Jenna. La vio sumida en sus pensamientos mientras realizaba repeticiones de trece clics, separadas por una pequeña pausa. Al parecer, su amiga había encontrado, sin pretenderlo, un nuevo sistema para relajarse. Y aunque no iba a negar que era molesto, no podía decirle nada. Era muy consciente de que su creciente nerviosismo y ansiedad eran culpa suya por haberla empujado a embarcarse en aquella aventura para la que no parecía estar preparada. Así que no le quedaba otra opción que inhalar, aguantarse e intentar disfrutar de aquel viaje. Aunque dudaba que fuese posible teniendo que estar junto al irritante de Leo. Ya llevaba más de quince minutos a su lado, respirando el aroma de su piel dorada bañada por el sol, su loción para el afeitado y el olor a limpio de su camiseta blanca que se ajustaba a sus fuertes brazos y pecho poderoso. Su mirada se deslizó hasta más abajo de su cintura y sintió que le entraban los calores.

No iba a soportarlo ni un minuto más.

Al menos, remediaría ese silencio incómodo, condimentado por irritantes clics. Estiró el brazo para sintonizar algo de música y se encontró con la mano de Leo, que había tenido la

misma idea que ella. El contacto fue eléctrico, sorprendente y turbador, como la primera vez que se tocaron hacía exactamente un año. Se negó a caer en ese recuerdo y apartó la mano como si la piel masculina la quemara.

—Perdón, solo quería poner algo de música.

—¿Cualquier cosa que distraiga de eso? —le preguntó en un susurro señalando con la cabeza hacia atrás—. Veo que algunas cosas no han cambiado.

Krysten miró por el espejo del parasol de su asiento a Jenna, que seguía abstraída, armada con su boli, pendiente del paisaje. Tenía razón, algunas cosas seguían igual. En el pasado, Jenna canalizaba su estrés y ansiedad carraspeando repetidamente o tocándose la nariz en repeticiones de trece veces. Leo había hecho un gran trabajo siempre evitando grabar esos momentos, o eliminándolos en el proceso de edición de los programas, porque Jenna se avergonzaba de esa debilidad. Pero Kevin había destapado sus tics en el programa, dejándola en evidencia.

—Está muy nerviosa. Es un gran reto —susurró al tiempo que las primeras notas de un temazo de *The Weeknd* salía por los altavoces del vehículo. No lo iba a negar, Leo tenía buen gusto para la música. Y eso también la irritaba.

—Sí que lo es. La verdad es que me ha sorprendido mucho su vuelta. Pensé que se tomaría más tiempo. Fue un golpe demasiado duro.

Krysten se mordió el labio inferior, sabiéndose culpable de que hubiese tomado esa precipitada decisión. A Leo no se le escapó su gesto y giró el rostro para mirarla con una ceja alzada. Esa ceja oscura e inquisitiva que ella parecía tener un don especial para despertar.

—¡No me digas que has tenido algo que ver! —No dejó que contestara y siguió—. Tenía que haberlo imaginado. —Sacudió la cabeza como si no pudiese creerlo. La hizo sentir aún más ruin y eso provocó que contuviese el aire en los pulmones—. Eres como una maldita locomotora, ¿verdad? Tienes que ir arrasando, sin importarte nada ni nadie. ¿Te has parado alguna vez a pensar en los sentimientos de los demás?

El comentario la hirió como si le hubiese clavado una lanza en el corazón y luego la hubiese retorcido en su interior. Y sintió la necesidad de defenderse, tras comprobar por el espejo

que Jenna seguía sin prestarles atención.

—No tienes ni idea de cómo soy, ni de lo que necesita ella. Es mi mejor amiga, como mi hermana, y jamás le haría daño. Tengo un plan, quiero que se recupere, y no lo iba a hacer llorando en casa pendiente de las redes y lamiéndose las heridas. Y la finalidad de una locomotora no es arrasar, tío listo, sino tirar del tren. Esta vez hacía falta darle un gran impulso y eso es lo que hago. Aunque no espero que una mente estrecha como la tuya lo entienda.

Tras soltar su discurso, los dejó boquiabiertos a Jenna y a él, soltándose el cinturón en plena marcha. Y aún más cuando pasó al asiento de atrás, gracias a sus piernas largas y flacas.

Él la miró estupefacto, con el ceño fruncido.

—Haz el favor de atender a la carretera, no quiera dios que nos mates. Además, aquí no hay nada de tu interés.

Leo obedeció, maldiciendo, pues en ese momento debía tomar la salida hacia Riverbrook. Pero durante toda la maniobra se preguntó cómo había que estar de enfadada para pasarse atrás en plena marcha. Su reencuentro había sido un desastre. Pincharla un poquito siempre era un placer, pero entre sus planes no estaba dejar que se volviese a alejar de él. Muy al contrario, si había aceptado volver a trabajar para Jenna, no era solo porque admiraba su trabajo, sino para tener la oportunidad de pasar tiempo con Krysten y aclarar definitivamente lo que había pasado entre los dos hacía un año. Ahora, por su boca, había conseguido el efecto contrario y sabía por experiencia que Krysten no era de las que olvidaban fácilmente una discusión como aquella. Él se había dejado llevar por sus sentimientos de frustración. Esa desilusión de la que la culpaba desde que pasaron juntos la mejor noche de su vida. Y ahora tenía que pensar cómo solucionarlo.

—¿Este es el sitio? ¡Es precioso! —exclamó Jenna admirada, despojándose de los auriculares y el cinturón de seguridad cuando el coche se detuvo.

Sabía que iban a estar cerca del lago Tahoe, pero no había imaginado que sería en el mismísimo lago. Tampoco la belleza de aquel lugar. A pesar de que al salir del coche y abandonar el frescor del aire acondicionado se vio envuelta por el sofocante calor y la humedad,

toda su atención se centró en la visión del lago: El color turquesa de sus aguas, el verde vivo de los árboles y la vegetación que lo enmarcaban y el ambiente bucólico de los bungalós pintados en colores pastel que tenían a su espalda.

—¿Por qué no hay nadie para recibirnos?

La pregunta de Krysten la sacó de su ensimismamiento. Y miró a un lado y a otro, dándose cuenta de que así era.

—¿Sabían a qué hora llegábamos? —preguntó también extrañada. Su amiga le había dicho que tanto los promotores del proyecto como el ayuntamiento del pueblo esperaban su llegada con entusiasmo, y ellos estaban acostumbrados a los grandes recibimientos.

—Sí, lo confirmé varias veces para que no hubiese confusiones —indicó Krysten sacando su móvil y revisando rápidamente su bandeja de entrada del correo electrónico, por si le habían notificado un cambio de planes. Pero solo localizó los que ya había leído, en los que le habían confirmado que todo estaba preparado para su llegada.

—¿Y? —le preguntó Leo encargándose ya del equipaje.

—No lo entiendo. No me han dicho nada nuevo.

Jenna no quiso pensar que aquello era un mal augurio. Acababan de llegar a un sitio con una belleza y magia especial e iba a ser un gran proyecto, se dijo a sí misma, como tantas otras veces cuando le habían querido asaltar las dudas. Kevin habría montado un numerito de no haber tenido el recibimiento que creía que merecía, pero a ella ese tipo de agasajamiento la ponía nerviosa. Sacudió la cabeza al darse cuenta de que nuevamente estaba pensando en su ex y decidió ponerse en marcha.

—Está bien, sea como sea ya estamos aquí. Lo mejor será ir hacia la recepción e instalarnos. Es tarde y ha sido un largo viaje. Cenar algo y descansar es lo que necesitamos. Mañana nos reuniremos con los promotores del proyecto y empezaremos a trabajar.

—Como tú digas, jefa —le dijo Leo ya con las maletas fuera del coche.

—Leo, ¿cuántas veces tengo que decirte que no me llames así?

—Cuando dejes de firmar mis cheques, dejaré de hacerlo —repuso él como tantas otras

veces, acompañando sus palabras con una enorme sonrisa.

El momento quitó tensión a la situación de desconcierto, y los tres se pusieron en marcha. No tardaron en encontrar el camino de piedra que llevaba hasta el edificio de recepción. Pero una vez llegaron, solo Leo y Krysten entraron para hacer el *check in*. Su amiga insistió para evitar una situación parecida a la del aeropuerto y Jenna no tuvo problema alguno en esperar allí fuera, a pesar del calor, pero disfrutando de las vistas.

A los pocos minutos de estar aguardando, sin embargo, sintió que las aguas cristalinas del lago la llamaban y se levantó del banco de madera en el que se había sentado a esperar. Caminó trastabillando entre la zona arbolada y, al llegar a la arena y sentir que se le hundían los tacones, decidió quitárselos. Se agachó para despojarse de ellos y, al volver a incorporarse, la brisa revolucionó su flequillo y la falda de su vestido, que se le enredó entre los muslos. Era una sensación agradable y cerró los ojos elevando el rostro e inhalando los olores de la vegetación, el agua y las rocas bañadas por las mismas. Disfrutó entonces de la sensación de llenar sus pulmones de una sola y lenta bocanada.

Abrió los ojos fascinada por esa emoción revitalizante que hacía meses que no sentía y casi se ahogó con su propio oxígeno. Del agua, en ese momento, salió el espécimen más perfecto de hombre que hubiese visto jamás. Como un dios emergiendo desde las profundidades. De repente, fue como si el mundo se ralentizase. Todo iba a cámara lenta, incluso el latido de su corazón, que cambió de ritmo sin necesidad de hacer sus respiraciones para relajarse. Todos sus sentidos se paralizaron para centrarse en un solo objetivo: Él.

Ni siquiera tuvo tiempo de procesar lo que le estaba pasando. Solo pudo atender a la forma en la que el agua resbalaba por su rostro, su cuello, sus hombros, los poderosos bíceps, los pectorales, por cada centímetro de piel dorada hasta guiarla por las hendiduras que marcaban sus músculos abdominales. El agua lo hacía brillar de forma hipnótica, y en su mente se recreó la escena protagonizada por Daniel Craig en *Casino Royale*. Su manera de caminar, la confianza de sus movimientos, la energía vigorosa e imponente que emanaba la hicieron creer que había vuelto a la adolescencia. Cuando aún se impresionaba al mirar al más guapo del instituto. Se

percató de que estaba desnudo, completamente desnudo. Y aun así, no pudo apartar la vista, absolutamente seducida.

No se dio cuenta de que lo miraba como si fuera comestible hasta que él reparó en ella. Su mirada gris se enlazó con la suya y se vio prendida sin remedio. El calor que se había arraigado en su vientre subió trepidante hasta sus mejillas núbidas, coloreándolas inmediatamente. Y su corazón se precipitó en una carrera dolorosa. Al instante quiso que la engullera la tierra, y cuando uno de los lados de la comisura de sus labios masculinos se elevó de improviso, sus piernas despertaron y salió huyendo de allí.

CAPÍTULO 9

A las seis de la mañana, Jenna estaba ya cansada de dar vueltas en la cama. No había conseguido pegar ojo desde poco después de las cuatro, cuando despertó tras su tercer sueño, tan caliente, excitante y húmedo como inesperado. Por supuesto, el protagonista de sus fantasías no había sido otro que el hombre que estimuló sus aletargados sentidos la tarde anterior. No le había pasado algo semejante en los últimos siete años, y mucho menos lo esperaba en ese momento de su vida, pues la ruptura significó para ella, entre otras cosas, la desaparición total de su libido. Hasta ese instante, se creía muerta de cintura para abajo. Y no entendía cómo la simple visión de un cuerpo masculino la había excitado tanto como para haber querido retenerlo en su mente toda la noche.

Era algo insólito en ella. Y lo último que necesitaba en ese momento. Tenía que estar concentrada en su nuevo trabajo, en hacerlo de forma impecable, en ayudar a las familias del programa, en...

«Vaya... ya se le había agotado la lista otra vez, como todas las ocasiones que se había ordenado a sí misma, sin éxito, durante la noche, que dejara de fantasear». Definitivamente, estaba perdiendo la cabeza. Por suerte, había hecho el ridículo de devorar a ese hombre con la mirada en privado. Nadie presenció su momento de embobamiento salvo él. Y afortunadamente no creía que volviese a verlo.

La luz dorada de ese nuevo día ya entraba tímida por las ventanas, proporcionando una calidez acogedora dentro de su bungalow de paredes de madera blanca. El resto de la estancia, sin embargo, estaba lleno de notas de color. La decoración *Shabby chic* era una de sus preferidas, y esta estaba diseñada con especial buen gusto, sin ser sobrecargada. Los muebles *vintage* de madera, cerdas naturales y tejidos de suaves estampados contrastaban con otros de cuero turquesa, como la maleta con patas que hacía las veces de mesa auxiliar o el tocadiscos del

mismo color, sobre el que reposaba una antigua caja de frutas de madera que contenía algunos discos. Los había inspeccionado durante sus horas de insomnio y descubrió un par de joyas. Todo en aquel lugar la había sorprendido, incluyendo la nevera de diseño retro SMEG en color rosa empolvado, repleta con una selección de zumos, frutas y aguas. La cesta, con amenidades típicas de la zona, también la había enamorado y dado la oportunidad de picar varias veces desde que despertó. Se había preguntado si todos los bungalós estarían decorados con el mismo esmero. Sería lo primero que preguntaría a Krysten y Leo en cuanto se reuniesen en dos horas frente al edificio de la oficina de recepción. Pero para eso aún faltaba mucho, así que decidió volver a levantarse de la cama. Apartó las suaves y níveas sábanas y posó los pies en el suelo. Había comprobado que este estaba impoluto, como el resto de la estancia, y prefirió caminar descalza sobre la madera. Se encaminó a la ventana y descorrió el visillo que le impedía ver con nitidez el exterior. La imponente imagen del lago, sobre el que pululaban infinidad de luces doradas, llenó sus retinas. Inmediatamente recordó la escena de la tarde anterior y, como si hubiese la posibilidad de encontrarse de nuevo con los ojos grises y burlones que la habían atrapado en sueños, cerró la fina cortina y se ocultó tras ella.

Lo mejor era darse una ducha fresquita, elegir su atuendo para ese día, revisar su carpeta con las notas que había tomado ya para el proyecto, y meditar unos veinte minutos, insuflándose la seguridad que necesitaba para enfrentarse a aquel primer e importante día, que marcaría el ritmo del programa.

Tenía esa teoría: un buen comienzo garantiza una buena obra, sin grandes problemas, con fluidez en el trabajo y ambiente distendido y agradable. Sin embargo, cuando las cosas se torcían desde el inicio, parecía que todos los acontecimientos se convertían en una serie de catastróficas desdichas. Como una bola de nieve que durante la caída por la montaña va creciendo hasta llegar a la base y lo arrasaba todo. Pero eso no iba a pasar, se negaba a pensar así. Iba a ser un gran día. Un fantástico y brillante día, lleno de emociones y mucha positividad, volvió a repetirse.

Una hora cuarenta y cinco minutos más tarde, seguía convencida de ello. Aún faltaba un poco para su encuentro con los chicos, pero decidió salir ya del bungaló. Aprovecharía ese

tiempo para preguntar en información si conocían al promotor del proyecto y dónde podría encontrarlo. Cogió el maletín en el que guardaba su Ipad y carpeta de trabajo, el móvil, el bolso y las llaves y salió con una espléndida sonrisa.

El gesto se había derretido de su rostro, incluso antes de llegar al edificio de información, a tan solo cien metros de su cabaña. La temperatura no era exageradamente cálida, pero la humedad hacía que el ambiente fuese bochornoso y casi opresivo. La brisa del día anterior brillaba por su ausencia y cuando llegó al edificio, solo podía pensar en entrar en él para poder respirar y dar a su espalda la oportunidad de secar el sudor que descendía por ella a chorros.

—Buenos días —la saludó una chica rubia de bonitos y enormes ojos castaños. Llevaba un pantalón corto azul marino y un polo blanco con el logotipo del complejo bordado en rojo en el pecho, por lo que supuso que formaba parte del personal.

—Sí, buenos días —repuso ella dándose unos segundos para inhalar el aire fresco de la recepción, que entró en sus pulmones como el más maravilloso de los regalos.

La chica aprovechó para dar la vuelta al mostrador y colocarse tras él.

—Hace mucho calor, ¿verdad?

—Mucho —admitió ella, ondeando las solapas de su *blazer* en color crudo, para hacerse aire.

Miró a un lado y a otro, recorriendo el espacio, regalándose un minuto más. Tal vez, con aquel calor, tenía que haber prescindido de esa prenda y haberse quedado con la minifalda, tan solo cuatro dedos por encima de la rodilla, y la blusa fina sin mangas color champagne con la que completaba el conjunto. No tenía problema con llevar tacones todo el día, y había elegido unos en ese mismo tono dorado que estilizaban sus piernas. Pero la *blazer*, aunque fuese de verano, no había sido una buena elección. Optó por ponérsela porque le parecía mucho más profesional vestir de manera formal, sobre todo el primer día, cuando se hacían las presentaciones. Además, con total seguridad, tendría que tomarse fotos para la prensa junto a los promotores del proyecto y los representantes del ayuntamiento. Pero ahora que sentía cómo las prendas se le pegaban a la piel, solo podía pensar en lo incómoda que iba a estar cada minuto de

esa larga e importante jornada.

—Es usted... es usted, ¿verdad? —le preguntó la chica de repente, tras reconocerla.

La miró forzando una sonrisa.

—Bueno...

—¿Se hospeda aquí? —le preguntó emocionada revisando el libro de registro.

No la iba a encontrar. Krysten siempre la registraba con nombres falsos y pomposos, pues era su forma de sacar algo de humor a aquella situación. Con esa ventaja, sopesó la idea de mentirle, pero luego se dio cuenta de que, en un lugar pequeño como aquel, en el que no tardarían en averiguar su paradero, mucho menos cuando llegasen los cámaras en cinco días y empezasen a seguirla por todas partes, no tenía sentido mentir. Además, se le daba fatal. Por eso decidió aproximarse al mostrador y acortando la distancia con la chica, le dijo en tono de confidencia:

—Sí, me hospedo aquí, en el bungaló número trece. Pero... Susan —añadió viendo su nombre, también bordado en el polo, sobre el logotipo—, me harías un gran favor si lo mantuvieras en secreto, al menos por el momento.

La chica abrió los ojos desorbitadamente.

—Claro, por supuesto, señorita Hopp... —En ese momento debió darse cuenta de que iba a pronunciar su nombre real y, a pesar de estar solas en la recepción, bajó la vista hasta el libro de registros y luego volviendo a centrar su atención en ella con una sonrisa cómplice, continuó: —
... señorita Magnolia de la Plata.

Jenna asintió, apretó los labios y los cubrió con su mano, para no prorrumpir en carcajadas al oír su sobrenombre. Krysten agudizaba cada vez más el ingenio. Y cuando pensaba que ya no la podría sorprender, daba un paso más y la dejaba sin palabras.

—Muchas gracias, Susan. Eres un encanto —dijo tras aclararse la voz. Su comentario debió agrandar a la chica, que sonrió sonrojada—. Y ahora, quizá podrías ayudarme con una cosita más...

—Por supuesto, lo que necesite. Dígame, dispare —apuntó llena de entusiasmo.

—Pues, en unos minutos me reuniré con mis compañeros. Tenemos una cita hoy con un constructor de la zona, con el que vamos a grabar un programa, pero no sabemos dónde lo podemos localizar. Tenía que habernos recibido ayer, pero hubo algún tipo de malentendido y no lo hizo.

—¡Oh, qué emocionante! ¡Un programa aquí en Riverbrook! —dijo aún con más entusiasmo. Cuando vio su gesto apurado añadió rápidamente—: ¡Y qué inconveniente! —terminó por exclamar Susan, solidarizándose con ella—. Pero si me dice la empresa, o el nombre del constructor, seguro que le puedo dar alguna indicación. Este es un sitio pequeño y nos conocemos todos.

—Eso había pensado. El nombre de la empresa es Construcciones Dalton.

—¿¡Dylan!? ¿¡Va a hacer un programa con Dylan!? —Su gesto, más que de sorpresa, fue de estupefacción.

—Eh... sí. Vamos a colaborar juntos en un proyecto de minicasas. ¿Lo conoce?

—¡Por supuesto! ¡Todo el mundo conoce a los Dalton! Y Dylan se ha encargado de que todos también sepamos de su plan. Ha hecho grandes recaudaciones, hablado con los empresarios de la zona, con los centros de Veteranos...

—Ya veo. Un hombre persistente y apasionado.

—¡Ooooh, sí! Todo eso y mucho más.

Ambas cualidades le parecían muy importantes a Jenna. Era imposible llevar a cabo una empresa con éxito, si no se disponía de las dos, y en grandes cantidades. Pero lo que más llamó su atención fue la última frase de Susan. Y aunque le hubiera gustado aprovechar la oportunidad para interrogarla un poco más, no pudo hacerlo, pues en ese momento la puerta de la recepción se abrió y el calor que entró de la calle, vino acompañado de más huéspedes.

Se hizo a un lado del mostrador, para pasar desapercibida mientras Susan les atendía, pero entonces escuchó la voz de su amiga.

—¡Señorita de la Plata! ¿Qué hace usted aquí? Llevamos diez minutos abrasadores esperándola fuera.

Jenna volvió a apretar los labios al escuchar su nombre falso.

—Krysten, no hace falta que uses mi nombre en clave. Susan es de confianza y ya sabe quién soy —dijo sonriendo a la chica cuyo pecho se hinchó como el de un pavo orgulloso.

—Qué bieeen... —apuntó Krysten con una sonrisa incrédula.

Definitivamente, su amiga era mucho menos confiada que ella.

—Entonces, señorita Jenna Hopper, dime, ¿qué hacías aquí dentro mientras el pesado este y yo te esperábamos solos en el exterior?

«¡Ups! Así que el malestar de Krysten era por eso, por estar a solas con Leo», pensó.

—Siento haberos hecho esperar. Susan y yo nos estábamos conociendo. Y he aprovechado para pedirle indicaciones para encontrar al señor Dalton, que al parecer es muy popular en la zona.

Krysten cambió el gesto a uno que le resultó intrigante. La vio cambiar el peso de pierna y ladear el rostro como solo hacía cuando intentaba disimular algo. Le brindó una mirada entornada, pero su amiga la ignoró para dirigirse a la chica.

—Entonces, ¿puedes decirnos dónde encontrarlo?

—¡Claro! Todos los días desayuna en el Dalton Cave, el bar de los hermanos. Allí está todas las mañanas hasta que se va a la obra.

—Contratista y dueño de un bar... ¡Qué hombre tan polivalente! —apuntó Krysten.

Jenna había pensado lo mismo, pero le llamó la atención el tonito apreciativo de su amiga. El mismo que usaba cuando le quería vender una idea.

—No tiene pérdida. Solo tienen que seguir el camino de piedra hacia la izquierda, en dirección contraria al lago. A poco más de cincuenta metros, llegarán a la carretera. Allí tienen que girar a la derecha otros quinientos metros, hasta llegar al pueblo, pasar la tienda ecológica de Luna, que tiene un toldo color berenjena, y volver a girar a la derecha. Sigán caminando entonces hasta ver el letrero colgante de madera que les anuncia el bar.

—¿Y ya habremos llegado? —preguntó Leo esperanzado.

—Nooo, allí sigan el camino que les indica el cartel hasta llegar al bar. Es una construcción

grande de madera oscura, con un *parking* de tierra. Como digo, no tiene pérdida.

El entusiasmo de Susan, al parecer, no tenía límite, pues terminó su explicación con una radiante sonrisa mientras ella solo podía pensar en lo lejos que estaba para caminar bajo ese sol abrasador.

Se giró hacia sus amigos y el primero en pronunciarse fue Leo para declarar:

—Bien. Iré a por el coche. Si no, cuando consigamos llegar, el señor Dalton ya irá por el postre de la cena.

CAPÍTULO 10

Cuando entraron en el bar, lo primero que tuvieron que hacer fue acostumbrarse a la diferencia de luz con el exterior. Al primer vistazo, el local hacía honor a su nombre, pues toda aquella madera oscura en sillas, mesas, taburetes, barra y paredes, solo decoradas con cuadros de bebidas, enseres de pesca y una canoa naranja que colgaba del techo, le daba esa estética inconfundible de «cueva de hombres». Algo que a ella sus clientes masculinos le habían pedido que les hiciera en sus sótanos en innumerables ocasiones durante las reformas que había llevado a cabo. Sonrió. Ella le habría dado algún toque de color, más luminosidad y detalles personalizados, pero era un buen espacio y tenía un ambiente acogedor.

Lo siguiente que percibió fue el aroma a café recién hecho, huevos revueltos, bacón, salchichas y pan caliente. Al instante se le hizo la boca agua, pero no creía que dispusieran de tiempo para desayunar. Recordó que tenían una importante tarea que realizar, y registró en su mente a las personas que había allí, sentadas en las mesas y en la barra, intentando identificar al constructor. Por experiencia, sabía que solían ser fácilmente reconocibles por su ropa y botas de trabajo. Pero tras ese primer vistazo, no supo decir quién de aquella media docena de hombres sería el que se había convertido en su nuevo compañero.

—Será mejor que preguntemos en la barra —apuntó cuando vio que sus amigos se habían detenido junto a ella con el mismo problema. También quería apartarse de la puerta, pues como recién llegados llamaban la atención de todos los presentes, que los miraban con interés.

—Sí, será lo mejor. Y mira qué camarero más guapo y simpático —dijo Krysten echándole el ojo al susodicho, que los observaba como el resto, pero con una amplia sonrisa de bienvenida en los labios.

Mientras Leo y ella seguían a su amiga hasta la barra, pudo comprobar que también tenía razón en lo de guapo. El hombre, de unos veintisiete o veintiocho años, como ella, tenía uno de

los rostros más hermosos que había visto en un hombre. Sus facciones eran varoniles, pero finas y elegantes. El cabello castaño oscuro, pulcramente peinado hacia atrás, salvo por un par de mechones que caían sobre su frente estratégicamente, acentuaban una mirada de color turquesa apabullante. El mentón fuerte, los labios definidos y la nariz recta lo hacían parecer el modelo de un anuncio de perfumes para hombres.

Sintió a Leo moverse incómodo a su lado y enseguida supo el porqué. Krysten, que había llegado ya a la barra, se apoyaba sobre ella para acortar la distancia con el camarero y, con una de sus mejores y pícaras sonrisas, lo saludó.

—¡Hoooola, guapo!

Leo carraspeó con fuerza cuando llegó a su lado. Pero Krysten solo giró el rostro un milímetro antes de volver a centrar su atención en el hombre, que amplió la sonrisa para ella.

—Hola...—repuso algo ruborizado.

—Krysten... —la reprendió Jenna en tono bajo por haberlo incomodado, pero su amiga también ignoró su insinuación, completamente hipnotizada con la sonrisa de anuncio del camarero.

—¡Oh, vaya! Eres Jenna Hopper... No puedo creer que estés en nuestro bar. Aunque imaginaba que en algún momento pasarías por aquí, no creí que fuera tan pronto.

Sus palabras la sorprendieron, y el hecho se notó en su rostro.

—Lo siento, no me he presentado —dijo él limpiándose las manos con el trapo que llevaba en el hombro. Después extendió el brazo hacia ella, ofreciéndosela—. Soy Robert Dalton, o como todos me llaman aquí, Bobby D.

—¡Oh! Entonces debe ser usted hermano del hombre al que estamos buscando, el señor Dylan Dalton —apuntó ella mientras le devolvía el saludo. Tenía unas manos suaves, cuidadas y cálidas, como la mirada acogedora que les ofrecía, e inmediatamente se sintió bienvenida.

—Sí, así es. Dylan es mi hermano mayor —anunció con un gesto que ella no supo descifrar. Por un lado parecía orgullo, pero también veía cierta incomodidad con la declaración. Cambió radicalmente la expresión para seguir hablando—. Por favor, tutéame. Vas a trabajar con

mi hermano y sin duda nos veremos a menudo por aquí.

—Claro, Bobby D. Te presento a mi equipo más cercano. Esta es Krysten, mi ayudante y mejor amiga.

—Encantado, Krysten —dijo Bobby viendo que esta le ofrecía la mano junto a un insinuante aleteo de pestañas. La estrechó, como había hecho con ella, aunque su amiga se demoró tanto en soltarlo que dio tiempo a que Leo se interpusiese entre los dos para presentarse él mismo.

—Yo soy Leo, el jefe de cámaras.

Leo también le ofreció su mano, y por la lividez que observó en sus palmas enlazadas, supo que estaba ejerciendo más fuerza de la habitual. Aun así, la calidez en la mirada de Bobby no mermó un ápice. A Jenna también le sorprendió que Leo se hubiese presentado declarando su cargo, cuando no lo hacía jamás. Sacudió la cabeza. Estaba claro que a su equipo no le sentaba bien tanto calor.

—Bienvenido Leo. Estoy seguro de que encontrarás en nuestros paisajes, marcos inigualables para vuestras grabaciones.

Su respuesta afable hizo que Leo soltase su mano, sintiéndose incómodo por haberse mostrado tan enérgico. Y los cuatro volvieron a mirarse entre ellos, hasta que Bobby rompió el silencio.

—¿Entonces habéis venido buscando a mi hermano? Acaba de irse. De hecho, no sé cómo no os habéis cruzado con él en la puerta. Ha debido ser por segundos.

—¡Vaya, qué pena! Conocerlo se está convirtiendo en un desafío. Pensamos que lo haríamos ayer, pero nadie nos recibió a nuestra llegada. Y tampoco hemos conseguido dar con él aquí. ¿Serías tan amable de decirnos dónde lo podemos buscar, llegados a este punto?

—¿No fueron a recibirlos? —preguntó sorprendido, pero cuando ellos negaron con la cabeza, su gesto cambió. Lo vio soltar el aire por la nariz, molesto.

—Disculpadlo. Tiene... muchas cosas en la cabeza. —«Y un gran problema de actitud», se dijo para sí mismo—. No os preocupéis, yo mismo os llevaré hasta la constructora.

—Te lo agradezco de corazón. Estoy entusiasmada con el proyecto y tengo muchas ganas de empezar a trabajar —le dijo Jenna con sinceridad.

—Pues trabajo hay mucho. Son muchas casas, aunque imagino que eso ya lo sabréis — señaló Bobby saliendo de la barra. Hizo señales a una camarera para indicarle que se marchaba y ella asintió—. Solo... le aconsejo que tenga paciencia, Dylan puede ser...

—¿Qué es lo que puedo ser?

La pregunta surgió tras ellos de una voz grave y profunda. El rostro de Bobby, frente a Jenna, se llenó de tal nerviosismo que este la atravesó, instalándose en su pecho. Inspiró con fuerza, sabiendo que ese era el momento en el que empezaba todo realmente, y giró sobre sus talones, pintando una sonrisa en sus labios. Extendió el brazo, dispuesta a ofrecer su mejor primera impresión.

CAPÍTULO 11

—Bueno, bueno, bueno... ¿A quién tenemos aquí? Si es... la mirona —dijo el recién llegado, y sus últimas palabras las pronunció con más gravedad aún, como si fueran un gruñido sedoso.

Y ella, que se había quedado petrificada con el brazo estirado, sintió que él, tras repasarla de arriba abajo, atrapaba su mano en un apretón firme, áspero, caliente y turbador.

Todos la miraron alucinados, esperando una respuesta ante semejante comentario. Tragó saliva sabiendo que debía hablar, pero necesitó unos segundos para procesar lo que estaba pasando. Él era Dylan Dalton, el hombre al que estaba buscando y con el que debía trabajar codo con codo doce semanas. Y también el tipo con el que había compartido los sueños más tórridos, calientes y extenuantes de su vida. Algunas de las escenas vividas en su mente quisieron abrirse paso y tuvo que cerrar los ojos con fuerza durante un segundo para impedirlo. Consciente de que todos seguían aguardando, aunque él seguía sin soltar su mano, haciendo que sus pulsaciones hubiesen subido a un ritmo alarmantemente peligroso que estaba a punto de provocarle un infarto, decidió que era hora de abrir la boca.

—Vaya... —empezó con un tono mucho más bajo y menos contundente del que le habría gustado usar, lo que hizo que él diese un paso hacia ella, acortando la distancia para oírla mejor. Se sintió abrumada por su imponente presencia, pero no era momento de salir corriendo como había hecho el día anterior. Al recordarlo, la vergüenza hizo el efecto de un revulsivo y consiguió que levantase la vista para encararlo—, el tío del lago. El... exhibicionista.

Él enlazó la mirada con la suya, como lo hizo la tarde anterior, pero esta vez pareció registrarla, rastrearla y querer desentrañarla, como si buscara algo en ella. Se sintió incómoda y dio un paso atrás. Su movimiento provocó que le soltara la mano, gesto que agradeció.

—Exhibicionista... —repitió él tras mostrar una leve sonrisa, tan solo elevando la

comisura derecha de sus labios. Y volvió a inspeccionarla con descaro—. ¿Cómo se baña la gente en su pueblo, con abrigo de visión?

Krysten rio de manera espontánea con la pregunta. Ella siempre hacía bromas sobre el entorno adinerado en el que creció Jenna y las extravagancias que le contaba que había presenciado. Y su comentario le pareció algo que ella misma podría haber dicho en otro momento hablando sobre el tema. No lo podía negar, Jenna exudaba elegancia y clase por todos los poros de su piel hasta con unos vaqueros gastados. Pero no debía reír las gracias a ese tipo que, a todas luces, se estaba equivocando con su amiga, pensó Krysten.

Todos giraron sus rostros hacia la morena, sorprendidos por la interrupción. Y cuando ella se sintió el centro de todas las miradas, apretó los labios con un gesto de disculpa.

—¿Ya os conocéis? —Fue el momento de Bobby de intervenir. Y Jenna respiró aliviada, pues no habría sabido qué contestar al señor Dalton.

—No, en absoluto. No nos conocemos —intervino ella rápidamente.

—Cielo, no seas tan categórica. Has visto partes de mí que no son de dominio público.

Las mejillas de Jenna adquirieron el color de las fresas más jugosas. Y Krysten abrió sus expresivos ojos azules desorbitadamente, preguntándose qué se le estaba escapando. ¿Cómo era posible que Jenna y Dylan Dalton, el hombre que había elegido para ella como compañero en su siguiente proyecto, ya se conocieran? Los miró alternativamente y se quedó pasmada. Su amiga quería que se la tragara la tierra y estaba... ¿azorada? Y él... Bueno, él, además de estar más bueno que en las fotos o cuando lo vio en la entrevista que le hicieron para el telediario, exhibía la seguridad del gato a punto de comerse al ratón.

—Hermano, creo que te has confundido. La señorita es... Jenna Hopper.

Dylan, que no había dejado de escrutarla, entornó entonces la mirada. Las llamas de hacía unos momentos desaparecieron por completo y sus ojos parecieron los filos de dos cuchillos plateados, fríos y hasta amenazantes. Su gesto se tornó pétreo y la postura tensa. El cambio, tan apabullante como radical, puso a Jenna en alerta.

Una idea pasó por su mente y resopló con cautela. Se acomodó con gesto nervioso el bolso

en el hombro y abrazó el asa de su maletín con ambas manos.

—Me parece que el hecho de que nadie nos fuese a recibir ayer, no fue un error.

De nuevo se hizo el silencio entre los presentes.

—¿Me equivoco, señor Dalton? Usted no nos quiere aquí ni a mí, ni al programa.

—¡Por supuesto que no! Ni usted encaja aquí, ni voy a dejar que haga lo que pretende con mi trabajo —dejó salir su malestar abiertamente.

Dylan volvió a repasarla de arriba abajo lentamente, fijándose en ella con detenimiento. Era una pena. Aquella mujercita había llamado su atención el día anterior cuando la vio, al salir del agua, tras su baño refrescante. Además de su evidente belleza, encontró un misterio en su rostro, en su mirada, que lo dejó intrigado. Si no hubiese salido corriendo de allí, como un cervatillo asustado por los faros de un coche...

Resopló.

Nunca su instinto se había equivocado tanto con una mujer como en ese momento. No la quería allí y no pensaba hacer ningún papel fingiendo lo contrario. Cuanto antes le dejara las cosas claras, mejor para todos.

—¿No quiere que ayudemos a esas familias?

¿Se atrevía a hablarle de ellos, de los que quería convertir en sus víctimas? Se preguntó furioso.

—No, no quiero que piense que porque viene con un maletín lleno de pasta puede aprovecharse de las tragedias de sus vidas, de los peores momentos que han vivido, de los traumas que algunos aún tienen que superar, solo para conseguir audiencia. Usted estará acostumbrada a los circos, pero mis chicos no van a ser sus payasos —le escupió él las palabras como lanzas acusatorias.

Todas dieron en la diana, hiriéndola.

Su programa nunca había sido un *Reality Show*. Siempre se aseguraba de que no se contara la información más personal de sus clientes. Había huido de ese tipo de cosas, incluyéndose a sí misma. Nunca quiso ser un objetivo. Se había visto arrastrada y expuesta a serlo, y sabía lo

horrible que era. Que él la acusara de algo así era doloroso y humillante. ¿Pero acaso podía culparlo por pensar de esa forma, cuando había sido la protagonista del momento más grotesco de la televisión en años?

—¡Oye tío! ¿De qué coño vas? —oyó que exclamaba Krysten a su lado entre dientes, dispuesta a enfrentarse a ese hombre.

Tuvo que estirar el brazo para impedírselo. Krysten era impulsiva y visceral, y para verla encendida solo había que meterse con ella. Le pidió con la mirada que se calmase. Y su amiga, tras bufar, volvió a mirar al señor Dalton, alzó la mano y estirando los dedos índice y corazón, le hizo la señal de «Te estoy vigilando». Lo que provocó que el tipo se cruzara de brazos y sonriera burlón.

No dudaba que podría partir en dos el cuerpecillo de su amiga con uno solo de esos brazos que lucía bajo la camiseta gris de manga corta, pero él también subestimaba las capacidades de su amiga de piernas flacas y sus años creciendo en su barrio.

Aun así, la que debía defenderse a sí misma y dejar las cosas claras era ella.

—Usted no sabe nada de mí, de mi forma de hacer las cosas, de mi ética y de mi trabajo. No se ha molestado en conocerme siquiera antes de decidir trabajar conmigo y darme la oportunidad de ayudar a toda esa gente. Si lo hubiese hecho, habría sabido que ponerles en esa situación sería lo último que pasaría por mi cabeza. No me interesa la audiencia, ni hacerme rica a costa de las desgracias de otros. Sé lo que es convertirse en el objeto de mofa de todo el mundo sin haber hecho nada para buscarlo. Y no se lo deseo ni a mi peor enemigo. Podíamos haber ayudado a muchos... Pero bueno, eso ya no lo sabremos. Siento haberle ocasionado tantos trastornos y haberle hecho perder el tiempo. — Y dicho esto, pasó por su lado con la cabeza bien alta y se dirigió a la salida.

Durante unos segundos, lo único que se oyó en el bar fue el repiqueteo de sus tacones contra el suelo de madera. Después, el chirrido de la puerta, y esta cerrándose tras ella.

—Tío, la has cagado, pero bien. —Krysten miró a Dylan y rompió el silencio en cuanto vio desaparecer a su amiga. Y tras echarle una mirada castigadora y negar con la cabeza, se dirigió

también a la puerta.

Leo no tardó en ir tras ella.

Solo cuando los tres se hubieron marchado, Dylan relajó los hombros. Y lo primero que vio fue la mirada, entre decepcionada, incrédula y acusatoria, de su hermano.

—¿Por qué demonios me miras así? Solo he hecho lo correcto. ¡Tengo que protegerlos! —le dijo elevando la voz, y fue hasta la barra queriendo deshacerse del escrutinio de su hermano menor. Jamás lo había mirado así y era inquietante.

—Señoras y señores, el bar acaba de cerrar. No se preocupen por sus consumiciones, están todos invitados —oyó Dylan que decía su hermano a los clientes. Y se quedó estupefacto.

No quiso ni girarse a mirarlo mientras este los despedía a todos, incluida a la camarera temporal que habían contratado para ayudarlo, ya que Carter estaba siempre desaparecido. Tampoco se volvió cuando lo oyó tras él regresar a la barra. Pero entonces él le dirigió la palabra con el mismo tono furioso de antes.

—¿Protegerlos? ¿De quién? ¿De ella? —dijo señalando hacia la puerta—. Eres un maldito cabezota, igual que lo era papá.

Aquella acusación hizo que Dylan elevara el rostro y lo encarara con mirada incendiaria.

—Puedes mirarme como quieras, pero lo eres. Asímelo de una vez. Ella tiene razón, no te has molestado en darle una oportunidad. Decidiste que era el enemigo desde el primer momento, como si fuera una de tus malditas misiones. No la conoces, no has visto como trabaja, lo que hace, cómo cambia la vida de la gente...

—Ni lo difícil que ha sido para ella venir hasta aquí en este momento —oyeron que dijo una voz femenina desde la puerta.

Ambos se giraron y vieron a Krysten aparecer. Dylan se dio la vuelta en el sitio para encararla.

—Tranquilo, grandullón, no vengo a partirte la cara, aunque podría —le dijo con gesto de suficiencia—. Y lo haré, si vuelves a hablarle en ese tono —añadió cambiándolo por otro tan frío que habría helado la sangre en las venas a cualquier otro.

Sin embargo, el comentario hizo gracia a Dylan, que esbozó media sonrisa.

—¿Qué eres, su guardaespaldas?

—No, peor. Soy su mejor amiga. Y la persona que tiene la suerte de conocerla mejor que nadie en este mundo. Y ahora, por tu bien, vas a quedarte ahí sentadito mientras te explico un par de cosas.

Su orden dejó a ambos hombres estupefactos y no pudieron más que guardar silencio mientras ella se aproximaba a la barra con los andares de una leona, que tiene intención de dar una lección al león.

CAPÍTULO 12

—Jefa, ¿quieres que me quede contigo? —le preguntó Leo cuando regresaron a las cabañas.

Durante todo el trayecto se había mantenido en un silencio sepulcral. No quería ni compañía, ni hablar. Necesitaba procesar lo que acababa de pasar. No solo por haber descubierto que había estado fantaseando con un auténtico zoquete, también tenía que asumir la realidad de que no podrían hacer el proyecto. Quería ayudar a esas personas de verdad. Había leído sus expedientes, los retos a los que se enfrentaban, su necesidad de encontrar esperanza y empezar una nueva vida, y ya no podía marcharse y fingir que no le importaban. Pero ¿cómo iba a poder ayudarles cuando el encargado del proyecto la despreciaba de esa manera? Hacía unos meses la gente se peleaba por trabajar con ella, y ahora... Ahora la trataban como a una apestada.

—No es necesario, muchas gracias. Prefiero dar un paseo y luego esperaré en la cabaña el regreso de Krysten. No sé por qué se ha empeñado en formalizar la resolución del contrato ahora, podíamos haberlo hecho mañana, cuando todos estuviésemos más calmados.

—Es muy cabezota, ya lo sabes. No ha querido que la espere, pero ahora iré a recogerla.

—Sí, te lo agradezco. Me quedo más tranquila.

—¿Crees que ese tipo podría hacerle daño? Parecía furioso.

—No, no. En absoluto. Tiene él más que temer de ella que al revés.

El comentario hizo que ambos compartieran una pequeña sonrisa.

—Además, todos los problemas que tiene ese hombre son conmigo —dijo sintiendo nuevamente el dolor lacerante que él había provocado en su pecho al acusarla de aquellas cosas—. Estará aliviado de librarse de nosotros y firmará sin problemas. Siento que hayas dejado tus planes en La Pampa Argentina por un programa que al final no va a realizarse—le dijo saliendo del coche.

Leo la imitó y apoyó los brazos en el capó para preguntarle:

—¿La Pampa Argentina?

—¿No estabas allí? Krysten me dijo que había visto unas fotos tuyas en Instagram, con una chica... —Al instante se dio cuenta de que con el batiburrillo de cosas que tenía en la cabeza, había dado información de más. Empezó a sentir que le latían las sienes y se presionó el puente de la nariz.

—¿Eso te dijo? —preguntó sonriendo—. ¿Y parecía molesta?

Jenna suspiró y le brindó una mirada cargada de cariño.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella? No sé qué os traéis los dos entre manos, pero es evidente que tenéis cosas pendientes que solucionar. Y ahora que nos vamos antes de tiempo, quizá debas darte un poco de prisa.

—Tienes toda la razón —farfulló.

La expresión de Leo cambió por completo al darse cuenta de que así era. Y lo vio apurado al volver a subir en el coche, lleno de resolución. Jenna lo despidió con la mano y esperó hasta verlo desaparecer por el camino. Entonces abrió el bungaló y entró, sintiendo que toda la energía positiva con la que lo había abandonado hacía poco más de una hora, se había esfumado por completo. Ahora solo tenía ganas de llorar de frustración, pero no pensaba dejarse llevar por ese sentimiento. Estaba cansada de que los acontecimientos la vapulearan, golpearan y hundieran. Siempre había sido una luchadora y no podía volver a caer, cuando apenas hacía unos días que se había levantado. Aun así, sentía un nudo de congoja en la garganta del que necesitaba deshacerse.

Dejó su maletín sobre una silla que había junto a la puerta, se quitó los tacones y el conjunto de ropa, para cambiarlo por un vestido más fino y cómodo. Recogió su melena rubia en una coleta alta y, ante el espejo del tocador, se colocó el flequillo. Buscó en su maleta unas sandalias planas y decidió salir y airear sus pensamientos.

Con ese propósito, abandonó la cabaña en dirección al lago. En cuanto atravesó la zona arbolada que lo circundaba y sus retinas se llenaron de azul, su pecho se aligeró lo suficiente

como para dejarla respirar con normalidad. En aquella zona no había arena, sino piedras, y fue sorteándolas hasta encontrar una lo suficientemente grande como para sentarse en ella. Desde allí solo tenía que inclinarse para, con las puntas de los dedos, tocar el agua fresca y cristalina. Unos minutos más tarde, decidió también despojarse de las sandalias y mojarse los pies. El agua estaba fría, pero con aquel calor era refrescante y agradecía poder bajar la temperatura de su cuerpo abochornado, ya no solo por el acuciante calor, sino por el ciclón de emociones que azotaban su corazón y su mente, que empezaba a embotarse.

Tenía mucho en lo que pensar. Debía hablar con la cadena de televisión, explicar la situación y esperar que las cosas fueran bien. No era la responsable de la ruptura del acuerdo, pero ellos intentarían que asumiera parte de esa culpa y comprometerla para otro proyecto que, con seguridad, no le iba a interesar. Si había aceptado aquel, además de por Krysten, había sido por la causa benéfica, la ayuda que podían dar a todas esas personas. Como proyecto de reforma y decoración era tentador y un reto tener que volver a los espacios reducidos, buscar la doble utilidad de los muebles y áreas, y la organización. Ya había hecho cosas parecidas en la India en un proyecto de viviendas para familias sin recursos. Esos trabajos que requerían de usar su ingenio para solventar los problemas eran los mejores para ella.

Las reformas de grandes propiedades con presupuestos casi ilimitados eran divertidas, pero no suponían un desafío. Solo tenía que poder satisfacer los caprichos de sus clientes, adelantándose incluso muchas veces a sus peticiones o haciéndoles ver que podía darles aún más de lo que habían imaginado que conseguirían.

Esa era una de las cosas que la habían llevado a la fama. El boca a boca de un cliente satisfecho era oro puro en su profesión. Con el tiempo se había visto aceptando proyectos cada vez de mayor presupuesto y envergadura, hasta que su trabajo se hizo tan popular que empezaron a lloverle las propuestas para grabar un programa de televisión. *La llave de tu corazón* había sido su proyecto televisivo. Fue cuando decidió montar su empresa y convertirse en una marca. Todo había sido muy rápido. El éxito le proporcionó una reputación inmejorable y aumentar su fortuna considerablemente. Sin embargo, ninguno de esos trabajos millonarios le habían reportado tanta

felicidad como los que realizó como ayuda humanitaria en África y la India.

Resopló y movió los dedos de los pies dentro del agua. Había intentado ayudar a Krysten y también en eso había fracasado. A su amiga le iba a costar aceptar su ayuda, pero no dejaría que se fuese a vivir con su hermana cuando podía quedarse en su apartamento. Eso la ayudaría a rehacer su carrera sin agobios. Y le daría la mejor de las recomendaciones para que encontrase trabajo rápidamente.

En cuanto a ella, volvería a su plan inicial de marcharse del país y dedicarse a las causas que la habían hecho realmente feliz. Algún día regresaría, pero cuando ya no tuviese el corazón roto, hubiese conseguido reconstruirse a sí misma y tuviese un plan para dirigir su empresa en una nueva dirección.

Cerró los ojos y se inclinó hacia atrás, dejando que el sol calentase su piel. Solo quería permanecer unos minutos en silencio. Lo justo para acallar sus pensamientos y dejarse mecer por el sonido del agua, el cantar de los pájaros, el ulular de la brisa entre los árboles y una guitarra.

«¿Una guitarra?», se preguntó incorporándose. Miró a un lado y a otro buscando de dónde provenía el sonido y no tardó en encontrarlo. Entre los árboles había un chico acariciando las cuerdas de una guitarra, haciendo que de estas saliese una melodía preciosa. Tenía la cabeza inclinada sobre el instrumento y solo pudo ver el flequillo largo castaño claro que caía sobre su rostro. Parecía tan concentrado que dudaba que se hubiese percatado de su presencia. Giró el torso para observarlo tocar, embelesada con la melodía. Y durante los siguientes quince minutos casi se olvidó del dolor que empezaba a instalarse en el puente de su nariz y se centró en su música. Descubrió que tenía mucho talento, aún más cuando añadió letra a la canción y empezó a cantar como los ángeles. Jenna llegó a conmoverse e incluso se sorprendió al sentir una sonrisa dibujada en sus labios, mientras él describía los sentimientos que provocaba un primer amor.

No lo pudo evitar, ni siquiera lo pensó y, cuando terminó la canción, aplaudió emocionada. El chico la miró entonces, sorprendido y se levantó inmediatamente. Lo vio inquieto empezar a recoger sus cosas y ella sintió que le debía una disculpa.

—No por favor, ¡no te vayas! —le dijo levantándose también, y haciendo equilibrios sobre

las rocas intentó acercarse a él—. No lo hagas por mí, siento si te he molestado, pero no he podido evitar oírte, y me ha encantado.

Él la miró de lado, y se pasó una mano por el pelo, apartándolo de su rostro. Era muy guapo. El cabello un poco largo le caía en mechones que iban desde el castaño hasta el rubio. Sus ojos eran claros, aunque desde allí y con el brillo del sol, no podía apreciar el color exacto. Lo que sí advirtió fue su mirada entornada y la forma de fruncir las cejas. Un gesto que le recordó enormemente al del hombre que acababa de hacer añicos sus esperanzas de trabajar en ese lugar las siguientes semanas. Sacudió la cabeza al darse cuenta de que estaba delirando al encontrar algún parecido entre un chico cualquiera y el hombre que a partir de ese momento pasaría de ocupar sus sueños más tórridos a convertirse en protagonista de sus pesadillas.

—¿De veras que te ha gustado? —le preguntó el chaval de repente.

—Me ha encantado, te lo aseguro. Tienes muuucho talento.

El chico desplegó una sonrisa perezosa, al tiempo que repetía el gesto de pasar la mano por el flequillo, y ella creyó que volvía a alucinar al ver la forma en la que se curvaban sus labios. Estuvo a punto de abofetearse a sí misma por seguir pensando en el cavernícola que la había echado del proyecto.

—¿Es tuya? ¿La has escrito tú? —le preguntó queriendo centrarse en la conversación.

—Sí, la terminé hace unos pocos días. Quiero pulirla un poco más y después ahorrar para grabarla en un estudio.

—¿Vas a hacer una maqueta?

—No, en realidad no. Había pensado más bien, subirla a plataformas como Spotify, Amazon, iTunes, YouTube music... ya sabes.

Jenna se quedó impresionada. No solo tenía talento, sino que era valiente y no buscaba quien apostase por su talento, porque ya lo hacía él. Ella conocía personalmente un par de casos muy sonados, dentro de la música, de jóvenes cantantes que se habían arriesgado de esa forma y que ahora copaban las listas de los artistas más vendidos.

—¡Me encanta! Seguro que tienes muchísimo éxito. Me alegro de haber tenido la

oportunidad de oírte hoy. De hecho, me has alegrado el día.

—Gracias —repuso él encantado. Y volvió a desplegar esa sonrisa que a ella la ponía nerviosa. Supo que era el momento de marcharse.

—Voy a tener que irme, pero si pasas por la recepción del Mystic River mañana, habré dejado un sobre para ti. Vivo en Nueva York y tengo algunos contactos de gente que trabaja en la música, algunos han recorrido el camino que quieres hacer tú, y seguro que pueden darte algunos consejos valiosos.

—¡Uau! ¡Eso sería fantástico! Muchas gracias —le dijo, alucinado.

—No es nada, de veras. En recepción pregunta por Jenna. Dime tu nombre para que lo ponga en el sobre.

—Claro, claro... Carter, Carter Dalton. ¡Oh! No me lo puedo creer, no suelo dejar que nadie escuche lo que escribo, y ahora estoy... alucinando.

Alucinando estaba ella, pensó Jenna, intentando disimular su desconcierto frente al chico que se movía nervioso como si le hubiese tocado un coche en un sorteo. Ella, mientras, tuvo que tomar aire lentamente y dejarlo salir contando hasta tres. ¿Cuántos hermanos Dalton había? ¿Y por qué tenía que encontrarse ella con todos? Una punzada aguda volvió instalarse entre sus ojos. Tuvo que apoyarse en un árbol para no caer.

—¿Está bien? ¿Necesita que la acompañe? —Se ofreció gentil el chico, que al parecer no compartía la escasez de modales de su hermano mayor.

—Sí, sí. Estoy perfectamente. Ha sido solo un mareo, pero estoy bien —aseguró enderezándose, mientras se apartaba el flequillo de los ojos—. Me voy, pero ha sido un placer conocerte, Carter. No olvides pasar mañana a por el sobre. Y te deseo muchos éxitos —le dijo casi a la carrera, empezando a alejarse.

El chico le dio una respuesta amable, pero ella ya solo podía oír el latido de su corazón zumbándole en los oídos, mientras se preguntaba si encerrándose en el bungalow hasta el momento de su marcha, conseguiría no tropezar con otro miembro de esa familia. No quería pensar en ello, porque ahora solo podía ocuparse de la horrible migraña que empezaba a

instalarse en su cabeza.

CAPÍTULO 13

Jenna salió de la ducha, y se tuvo que sujetar al lavabo al sentir que se mareaba de nuevo. Estaba harta de aquellas migrañas que habían empezado a atormentarla después del *incidente* con su ex. El médico le había dicho que era algo tensional, por el estrés, y le había recetado unas pastillas que evitaba tomar en la medida de lo posible, porque la dejaban aturdida al menos ocho horas. Cuando el dolor se hacía insoportable, ingería algún analgésico menos fuerte que le daba Krysten, pero ella aún no había regresado y sentía que le iba a estallar la cabeza. La ducha, que esperaba que la relajase y despejase la mente, tampoco había servido de mucho. Tal vez si intentaba otra vez descansar, echándose un rato... sopesó, envolviéndose en una de las mullidas toallas blancas, colgadas en el perchero.

Sujetándose a las paredes, caminó descalza hacia el espacio diáfano que formaba el resto de la cabaña. Casi había llegado a la cama, que veía como un oasis que prometía algo de paz, cuando sonó el timbre de la puerta. Solo de pensar en ir hasta allí a abrir, el dolor se acentuaba en el puente de su nariz. Y cerró los ojos dejándose caer sobre el colchón.

—Pasa, está abierto —dijo a Krysten, y hasta su propia voz le molestó.

Oyó abrirse la puerta y estiró la mano, como el náufrago que ve llegar una embarcación para salvarlo.

—Por favor, dame algo para el dolor. No lo aguanto más —pidió a su amiga en un susurro.

—Lo siento, me parece que esperaba a otra persona —dijo esa voz, esa voz masculina que llevaba dieciséis horas atormentándola, y gimió sobre la cama.

—¡Nooo, ahora nooo! No puedo soñar contigo ahora, me estoy muriendo. Además, por bueno que estés, eres un zoquete, irritante y cabezota y...y un idiota. Desaparece de mi mente, ya está bien por hoy —dijo y se giró en la cama para hundir el rostro en la almohada, segura de que estaba alucinando.

Dylan se quedó pasmado en el sitio sin entender nada. ¿Acababa de decirle que soñaba con él, que estaba bueno y después le había soltado una ristra de insultos? La vio allí tirada sobre la cama, tumbada boca abajo, envuelta en una toalla que le llegaba hasta la mitad de los muslos, como un canelón. Tenía el cabello mojado y parecía realmente perjudicada. ¿Estaría borracha? Eso explicaría que hablase sin sentido, sopesó.

Lo mejor era irse. Regresaría al día siguiente, cuando ella volviese a ser persona. Estaba a punto de hacerlo, cuando la oyó gemir contra la almohada de forma lastimera, y decidió entrar y cerrar la puerta tras él.

—Mire, no quiero molestarla, pero me preocupa dejarla en este estado...

Jenna oyó la voz casi junto a ella, abriéndose paso en su mente, entre la nebulosa que la imbuía. Y se dio cuenta de que sonaba diferente a la de sus sueños. Más... real. Abrió los ojos de repente, contra la almohada.

—Dime que eres una alucinación —ordenó sin moverse y su voz sonó amortiguada por la ropa de cama.

—Vaya, ¿qué ha bebido? —preguntó él inspeccionando la habitación, pero allí no había ni botellas, ni vasos, ni nada que hiciera sospechar que se había dado una fiesta.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡No! ¡No! ¡No! —dijo girando y apartándose el cabello del rostro, abrió los ojos lo justo para aclarar su visión.

Al encontrarse con su cara a pocos centímetros, se tapó los ojos con ambas manos, rezando para que se la tragara la tierra. Luego fue consciente de que solo la cubría una escueta toalla, y se sujetó la tela de rizo contra el cuerpo. Quiso levantarse y poner distancia, pero eso ya fue demasiado para ella.

—¿Se puede saber qué demonios hace en mi cabaña?

—Usted me ha invitado a entrar.

—No, no lo he hecho, pensaba que era Krysten. Jamás lo habría dejado pasar a usted.

—¿Aunque esté así de bueno? —preguntó él con una sonrisa indecorosa.

Jenna sintió como sus mejillas ardían al instante.

—No crea las palabras de una persona enferma que alucina por el dolor —consiguió decir. Y se presionó el puente de la nariz con fuerza buscando un momento, tan solo un segundo de alivio, que le permitiese tener fuerzas para echarlo de allí.

Sintió el peso a su lado en la cama y las manos masculinas apartando las suyas de su rostro. Y todas sus alarmas se encendieron, con su festival de luces y sonidos estridentes.

—¿Qué le ocurre? Ahora que la veo mejor, no parece una borrachera —le dijo a pocos centímetros.

—¿Borracha? ¿A media mañana? Pero ¿qué se ha pensado usted que soy? Por favor, váyase ahora mismo. Solo tengo una migraña. En cuanto vuelva Krysten me dará la medicación y todo pasará.

Lo oyó y sintió suspirar, porque su aliento llegó hasta ella acariciándole el rostro y los labios. Las fuerzas le fallaron y creyó que caería de nuevo sobre la cama, pero él la sujetó con fuerza por los hombros desnudos, impidiéndolo. Él empezó a hablar, pero ella solo era capaz de pensar en una cosa: El hombre que le había hecho el amor esa noche, una y otra vez, en su mente, estaba sentado en su cama, tocándola.

—Lo siento, pero no voy a dejarla así. Déjeme que la ayude. Se lo debo por lo de hace un rato.

El tono, su tono, había cambiado a uno más suave y casi preocupado. Tampoco tenía fuerzas para obligar a aquel hombre enorme y fuerte a marcharse, así que simplemente asintió, esperando que no hubiese ido hasta allí para matarla.

Cuando Dylan fue a disculparse con la señorita Hopper, jamás imaginó que terminaría sentado sobre su cama, masajeándole las sienes. Solo había querido disculparse por la escena del bar e impedir, antes de que fuera tarde, que se marchara. No solo porque la señorita Grey, su ayudante, fuese de lo más persistente y lo hubiese obligado, bajo amenaza a escuchar toda la lista interminable de las bondades de su jefa, sino porque en medio de su apabullante exposición, había llegado Sully para agradecerle lo del programa. El gusano del alcalde se lo había contado

antes de que él pudiese hacerlo, sin duda con el propósito de presionarlo. Y el soldado estaba tan emocionado como para que se le hubiesen saltado las lágrimas hablando ante ellos de la posibilidad de vivir pronto con su hija.

Verlo así, sencillamente hizo que se desarmara.

Miró al hombre que había combatido a su lado y el brillo en sus ojos esperanzados, cuando hacía solo unos días, en ellos solo se advertía desesperación. Y supo que no podía fallarle. No podía seguir creyendo que sería capaz de hacerse cargo del proyecto él solo, a tiempo. Necesitaba a la mujer que acababa de echar y, aunque odiase claudicar, también la financiación del programa. Aceptar, no significaba que no siguiese vigilando, lo haría, pero no podía arriesgar el éxito del proyecto solo por sus recelos.

La necesitaba.

Resopló frente al rostro encogido de dolor de la mujer que sostenía con sus manos. El tacto de la piel de sus hombros era extremadamente suave bajo sus manos grandes y curtidas. Advirtió una peca en forma de corazón sobre su hombro izquierdo y sin pensarlo deslizó el pulgar sobre ella con cuidado. La piel femenina se erizó en respuesta y pensó que para ella sus manos debían ser como una lija, por lo que las apartó. Pero entonces el cuerpo femenino volvió a languidecer, como si se tratase de una muñeca de trapo.

—Está bien, lo primero es acomodarla. Deme un segundo —le dijo levantándose de la cama mientras le sujetaba la espalda con una mano, con la otra puso cojines tras ella para mantenerla recostada. Después la colocó con cuidado sobre los almohadones. Pero ella volvió a encoger el gesto.

—De veras, no hace falta que se quede, Krysten tiene que estar a punto de llegar...

—Yo no contaría con eso. Cuando he salido del bar, estaba discutiendo acaloradamente en el aparcamiento con el hombre que estaba con ustedes antes.

—¿Discutir? Eso no es... no es... lo que le he dicho que haga. —Ella frunció el ceño, confundida, e hizo un gesto muy gracioso con la nariz.

—Shhh... Será mejor que se mantenga en silencio, ahora tiene que relajarse y centrarse en

el ritmo de su respiración.

Jenna pensó que ese hombre estaba loco si creía que se podía relajar con él allí, a escasos centímetros de su cuerpo, mientras posaba ambas manos a los lados de su cabeza. Lo sintió colocar los dedos en distintos puntos de su cráneo, sienes y cuello.

¿Así era como la iba a matar? ¿Aplastándole la cabeza?

Ese hombre era como un armario ropero de tres puertas, con unos brazos más anchos que sus muslos, y estaba claro, por lo que decía su ficha en el informe que le habían dado con la información para el programa, que tenía entrenamiento militar...

Y de repente sus divagaciones fueron interrumpidas por el gemido ahogado que salió de su propio pecho, sin previo aviso. Sorprendida, quiso abrir los ojos, pero tan solo pudo atisbar el rostro de Dylan antes de que él le ordenase que los volviese a cerrar. Un segundo después ya no quería protestar, porque empezó a sentir pequeñas vibraciones, diminutas descargas, murmullos placenteros que se desplazaban por su cabeza, aliviando el horrible dolor que la había estado consumiendo. Un rayo de luz se abrió paso en la tormenta de su mente. Lentamente, mientras sus manos se movían de un lado a otro, presionando distintos puntos de su cráneo, deshaciendo las conexiones del dolor. Se sintió derretir entre esas manos que le empezaban a proporcionar un alivio, una paz, que hacía meses creía imposible para ella.

Dylan incidió en los puntos de presión que sabía que aliviarían su dolor y al momento oyó su reacción, un gemido cargado de placer, más parecido a un jadeo ahogado que escapó de sus labios llenos. Estos se abrieron un poco más y su vista quedó fija en esa boca del color de los pétalos de una rosa. Se le antojaron suaves y tentadores y durante una fracción de segundo quiso probarlos. Descubrir a qué sabían, indagar en las profundidades de su boca y arrancarle más de aquellos jadeos contenidos hasta hacer que se desbocasen. Se inclinó sobre ella sin dejar de masajearla, pero su mano derecha comenzó un camino dibujando una línea que recorrió su mandíbula, su barbilla y comenzó a descender por su cuello, igual de suave, hasta el hueso de su

clavícula. Allí pudo sentir bajo su piel, el latido acelerado del corazón femenino. Ese latido apresurado, urgente y necesitado, igual que el suyo. Ella inclinó la cabeza levemente hacia atrás, extasiada, rendida y al ver su cuello suave y elegante, estirarse para él, solo quiso descender, hundir los labios en su piel y besarla, devorarla, mordisquear cada centímetro expuesto...

—¿Qué demonios estás haciendo, grandullón? ¡Quita esas manos del cuello de mi amiga! ¿Intentas estrangularla? ¡Voy a llamar a la policía!

Ambos oyeron los gritos alarmados de Krysten y el momento se redujo a cenizas.

CAPÍTULO 14

Jenna, Krysten y Leo llegaron a la constructora a la mañana siguiente, con la puntualidad de un reloj suizo y los nervios a flor de piel. La escena del día anterior se seguía reproduciendo en las mentes de los tres como la más rocambolesca de sus vidas, pues después de que Krysten irrumpiera en el bungalow de Jenna como un alma vengadora dispuesta a salvar a su amiga de un supuesto estrangulamiento, no se le ocurrió otra cosa que saltar sobre la espalda de Dylan cual araña de patas flacas, desquiciada, colgándose de su cuello. El hombre se levantó de la cama, atónito, con la morena aferrada a su espalda, y empezó a dar vueltas por la estancia intentando deshacerse de ella mientras la chica lo amenazaba con toda clase de suertes. Jenna se levantó también, tambaleante, e intentó explicarle que era solo un malentendido mientras Dylan gruñía por el forcejeo. Y por si todo eso no fuera suficiente, Leo entró en el bungalow, alarmado por los gritos, y cuando vio que Krysten intentaba reducir al hombre que le sacaba cuatro cuerpos, intervino para ayudarla. Y sin ton ni son, le dio un puñetazo al constructor en el estómago con todas sus fuerzas.

Dylan bramó furioso. Jenna gritó incrédula por la sorpresa e intentó, impotente, hacer entender a todos que se trataba de una equivocación. Leo se encontró con la mirada furibunda del hombre al que acababa de golpear y supo que se había metido en un buen lío. Y en medio de todo, Krysten seguía sin soltarlo, completamente desquiciada.

Jenna, a la desesperada, se metió en medio de los cuerpos, al grito de: «¡Parad, por favor!». Y cuando tocó la espalda de Leo, todos se giraron, y la mala suerte hizo que uno de los pies de Krysten la golpease en la cara.

Un segundo después, estaba en el suelo y su cabeza rebotaba contra la superficie de madera, como una pelota de goma. Lo siguiente que vio al abrir los ojos con pesadez, fue a los tres arrodillados, rodeándola e inspeccionándola con idénticas miradas de preocupación.

Por suerte, las consecuencias de toda aquella locura se resumieron en tener que recibir la visita de la doctora del pueblo, una buena dosis de analgésicos y un día completo perdido metida en la cama. En cuanto a las toneladas de vergüenza y arrepentimiento de su equipo, eran algo que debían solucionar esa misma mañana, de hecho, en ese mismo momento, ya que acababan de aparcar el coche dentro del recinto de la constructora. Krysten se había pasado la tarde disculpándose mientras vigilaba que no tuviese ninguno de los signos de alarma que le había indicado la doctora. Jenna sabía que lo de la patada había sido un accidente, y lo de saltar sobre su nuevo socio, un exceso de protección bienintencionado hacia ella. Se lo perdonaba porque era su mejor amiga, pero las disculpas con el señor Dalton no iban a ser tan sencillas. Debía pensar que estaban todos locos. Y no le extrañaría nada que los volviese a echar del proyecto, su propiedad e incluso del pueblo.

Por eso, Jenna salió del coche casi con impaciencia, llevada por la necesidad de pasar ya por ese mal trago. Solo quería tener la oportunidad de explicarse y, fuese cual fuese el resultado de la reunión, poder salir con la cabeza lo más alta posible de allí. Se sentía doblemente mortificada, pues lo habían agredido cuando intentaba ayudarla con la migraña. Un gesto que no esperaba de Dalton y que por unos minutos le había devuelto la vida. Ni siquiera había tenido la oportunidad de agradecerse antes de que la doctora le ordenase reposo y él se marchara de allí.

Junto al coche, tomó aire, contemplando la construcción hecha con enormes contenedores, en cuyo cartel podía leer: OFICINA. Enderezó la espalda y empezó a caminar hacia ella. Pero antes de llegar a los escalones, Dylan abrió la puerta, y desde lo alto, la observó por encima de la humeante taza de café de la que bebía. En la taza blanca se podía leer la palabra JEFE impresa en negro. Y la imagen no podía ser más imponente. No supo si la visita le molestaba mucho, o enormemente, hasta que bajó la taza y pudo ver más allá de su ceño fruncido.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó en tono serio, sin contemplaciones.

Jenna tragó saliva, pero ya había imaginado que no la recibiría con confeti, así que se mantuvo en el sitio.

—Creo que deberíamos hablar. Si nos diera un minuto y la oportunidad de disculparnos...

Él echó un vistazo tras ella a Krysten y Leo, cuyas miradas suplicantes parecían dignas de dos personajes de dibujos animados. Durante un segundo eterno se mantuvo en silencio y Jenna estuvo segura de que solo los quería torturar antes de mandarlos a freír espárragos. Sin embargo, la sorpresa fue mayúscula cuando se pronunció:

—Vosotros, esperad ahí fuera —les dijo a sus amigos. Y como si su tono glacial no hubiese sido suficiente, estiró sus dedos índice y medio y le hizo la señal de: «Te estoy vigilando» a Krysten, como hizo ella con él el día anterior.

Después se volvió hacia Jenna y la invitó a acompañarlo.

—Será mejor que suba —le dijo apartándose a un lado de la puerta. Obedeció y, pasando a escasos centímetros de su cuerpo, se adentró en la oficina.

No tuvo tiempo de echar ni un vistazo al espacio cuando él ya le estaba dando la siguiente orden.

—Siéntese. —Conciso, directo e imposible de rebatir. De manera que ella acató. Pero una vez sentada en la primera silla que vio, una plegable, de madera, que había junto a la gran mesa de proyectos que dominaba el despacho, se dio cuenta de que no había sido buena idea.

Ahora se sentía aún más pequeña frente a él, que, con los brazos cruzados, la observó con gesto molesto.

—Sé que lo último que quería hoy era volver a vernos...

—Por supuesto—la interrumpió—. ¿Qué está haciendo aquí? —volvió a preguntarle inclinándose sobre ella. Y volvió a escrutar su mirada, como si buscara algo en sus ojos.

Jenna parpadeó varias veces, abrumada, sometida al escrutinio.

—He venido a disculparme.

—¿Por qué? Usted no ha hecho nada, salvo saltarse la recomendación de descanso de la doctora y levantarse de la cama antes de tiempo —le dijo sermoneándola.

Jenna volvió a parpadear sorprendida. «¿Estaba preocupado por ella?».

—Estoy bien. Pero necesitaba hablar con usted. Nuestro comportamiento de ayer fue inaceptable, estuvo totalmente fuera de lugar. Sé que no tenemos excusa y si quiere

demandarnos, está en todo su derecho. Fue una agresión y... haré todo lo que esté en mi mano para compensárselo —le dijo completamente apenada.

—¿Demandarlos? Señorita Hopper, ya no está en Nueva York. Y aquí no arreglamos las cosas así.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo las arreglan?

Él achicó la mirada y se inclinó aún más hacia ella. Se puso nerviosa al instante.

—¡Le advierto que estoy completamente en contra de la violencia! —le advirtió Jenna en tono alarmado.

Él solo sonrió ante su comentario crispado. Y para su sorpresa, lo vio elevar la mano sin previo aviso. Tomándose la libertad de tocarla, apoyó la palma en su mejilla y acarició con su pulgar suavemente la zona en la que había recibido el golpe el día anterior, justo bajo su ojo derecho. En su dedo quedó parte del maquillaje que ella había usado esa mañana para cubrir la mancha morada que empezaba a salirle.

Dylan frunció el ceño aún más si cabía.

—Es menos de lo que parece —quiso quitarle ella importancia.

—Parece un golpe feo que le debe doler bastante —apuntó él a una distancia tan corta que ella pudo apreciar el olor de su colonia. Cerró los ojos un segundo para recrearse en el aroma amaderado e inhaló hasta llenar sus pulmones en un acto reflejo. Al volver a abrir los ojos, se dio cuenta de que él la seguía observando con interés.

—Al menos no se ha hinchado —dijo en tono despreocupado, echándose para atrás, pero chocó con el respaldo—. El hielo ha desinflamado la zona y solo queda la marca.

Los dedos masculinos siguieron tanteando la piel con delicadeza, no muy conforme con su declaración, como si necesitase cerciorarse.

—¿Le importaría dejar de hacer eso? —preguntó Jenna enlazando la mirada con la suya para infundir seguridad a sus palabras.

No fue una buena idea, porque en cuanto se perdió en la marea gris de sus ojos, se vio atrapada. No pasó ni un segundo, pero ella sintió que se había detenido el tiempo.

—Por supuesto, pero no deje de ponerse hielo en la zona. Irá a peor. Hágame caso, lo digo por experiencia —indicó él incorporándose y, por fin, poniendo distancia entre los dos.

—Así lo haré —admitió ella levantándose de la silla—. Y antes de irme, por favor, además de las disculpas de mi equipo, me gustaría tener la oportunidad de darle las gracias por la ayuda que me ofreció ayer. Si no hubiese sido por usted, estoy segura de que me habría estallado la cabeza.

Él la miró sorprendido.

—¿Antes de marcharse? —preguntó con gesto serio y confuso, obviando por completo tanto las disculpas como el agradecimiento.

—Sí, estoy segura de que no quiere saber nada más de nosotros y estará deseando perdernos de vista. Le prometo que no le molestaremos más —añadió y empezó a girar sobre sus talones para dirigirse a la puerta.

—¡No! De eso nada. ¡No va usted a ninguna parte! —El tono autoritario retumbó por todo el espacio.

—¿Cómo... dice? —Lo miró perpleja.

—Tenemos un contrato —sentenció tajante.

—Un contrato que usted rompió. No nos quería aquí, ¿recuerda? Y luego... —Quiso recapitular porque no entendía lo que estaba pasando.

—Y luego fui a buscarla para pedirle disculpas. Me pasé de terco y la verdad es que sigue sin hacerme gracia este tema de la televisión, las cámaras siguiéndonos todo el día y metiéndose donde no les importa. Aun así... la necesito.

Aquellas dos palabras, juntas, cambiaron el ritmo de su corazón, frenándolo en seco, dolorosamente.

—Pero si luego le dimos una paliza...

Aquellas palabras arrancaron en Dylan una carcajada que llenó todo el despacho.

—Encanto, hace falta mucho más que un par de arañazos de una gata salvaje y el puñetazo de un tipo en el estómago para tumbarme. Lo de ayer fue solo un pequeño altercado. Ya lo he

olvidado. Está claro que la morena mataría por usted y su cámara no se queda atrás. La lealtad es algo que muy pocos se ganan. Si los que la rodean la creen digna de ella, no veo mejores referencias.

—Entonces, ¿quiere que trabajemos juntos? —preguntó alucinada. Había hecho las maletas aquella misma mañana, afrontando por fin la realidad de que había perdido el proyecto. Y por qué no confesarlo también, sintiendo el alivio de que tras esa reunión, él no volvería a alterar sus sentidos.

—Eso es lo que he dicho. Ahora solo depende de usted. ¿Quiere cerrar el trato? —Le ofreció su palma abierta y esperó su respuesta.

Jenna parpadeó sorprendida. Lo miró a los ojos, a esos dos océanos tormentosos que la dejaban sin aliento. Y luego a esa mano curtida, capaz de colapsar su sistema nervioso. Y dando un paso al frente, fundió su mano con la de él, que la abrazó entre sus dedos, para cerrar el acuerdo. Uno, dos, tres segundos más tarde, seguían allí los dos, en la misma postura, aceptándose el uno al otro.

Toc, toc, toc... Los golpes en la puerta de la oficina los sacudieron del momento. Se soltaron y Jenna esbozó una sonrisa nerviosa.

—Tengo que decírselo al equipo. Y estaría bien ponerse hoy mismo a trabajar.

—Por supuesto, hay mucho que hacer. Ahora les enseñaré la empresa y les presentaré a las familias. Y esta tarde le haré un tour por las minicasas.

—¡Oh! ¡Eso me encantaría! Cuanto antes hable con ellos, antes podré saber cuáles son sus necesidades —repuso entusiasmada, mientras se dirigían a la puerta.

La felicidad le duró lo que tardó él en pasar junto a ella y abrir, pues al otro lado, lo primero que encontraron fue el foco de una cámara grabando las primeras imágenes de ambos juntos.

—¿Qué demonios hacen aquí? ¿No se supone que no llegaban hasta dentro de tres días? —preguntó Dylan molesto tras la puerta, después de cerrárselas a las cámaras en las narices. Con la

mano aún apoyada en el metal, agachó el rostro para clavar su mirada interrogativa en ella.

—No tengo ni idea —dijo ella tan sorprendida como él.

Dylan la miró suspicaz, mientras la tenía acorralada entre su cuerpo y la puerta.

—¡Lo juro! Estoy tan extrañada como tú, como usted. Perdón, me he puesto nerviosa. — Quiso excusarse por haberlo tuteado. La verdad era que le resultaba imposible pensar con claridad si no le daba algo de espacio.

—Tú está bien. Iba a ser muy extraño seguir tratándonos con tanta cortesía doce semanas —murmuró él, y después golpeó la puerta sobre su cabeza, levemente con el puño—. ¡Maldita sea! Esto tira por tierra mis planes de tener un primer encuentro con las familias sin tanto público. Quería darles la oportunidad de conocerte sin sentirse cohibidos por las cámaras.

Jenna lo vio pasarse la otra mano por la frente y la cabeza mientras resoplaba. Su enorme pecho, a escasos centímetros de su rostro, se agitaba por el enfado. Tuvo la tentación de posar allí su palma para tranquilizarlo, pues entendía perfectamente que le incomodara verse expuesto. A ella tampoco le hacía gracia tener que revivir esa experiencia de ser el objetivo. Pero se dio cuenta de lo improcedente que era tocarlo, y prefirió pasar por debajo de su brazo, para alejarse de él adentrándose en la oficina.

—Es la única salida, ¿verdad? —preguntó mirando a un lado y a otro.

Dylan la miró sorprendido.

—En realidad, no. Aunque... no... no creo que quiera arrastrarse bajo la plataforma de sujeción del contenedor para escapar de sus amigos.

—No son mis amigos. Estoy segura de que Leo no está grabando. A estos los envía el programa. Y han llegado a propósito antes, sin avisar. Así que estoy tan molesta como tú. Por eso, dime, ¿dónde está esa misteriosa salida?

Él la repasó de arriba abajo, desde el vestido beige con falda de vuelo por encima de la rodilla hasta sus carísimos tacones de piel marrón. Si salían por donde él pensaba iba a destrozarte todo el conjuntito, además de las rodillas.

—No, no tiene sentido. No ganaríamos nada con esta artimaña. Tarde o temprano habrá

que hacerles frente —dijo él, reafirmandose en que era una mala idea.

—Pero no tiene por qué ser hoy. Solo los despistaremos para la reunión con las familias. Y mañana empezaremos con el programa —resolvió ella bajo la atenta y estupefacta mirada de Dylan mientras abría su bolso. Sacó una goma del pelo con la que recogió su cabello rubio en un moño improvisado. Después se colocó el bolso cruzándolo sobre el pecho y le sonrió, lista para la misión.

—Creo que no lo has entendido —apuntó yendo hasta su mesa. Apoyó las manos en ella y la empujó con fuerza, desplazándola lo suficiente para mostrar la trampilla que había en el suelo. Descorrió el pestillo que la mantenía cerrada y la puerta cayó, abriéndose. Con un gesto de su mano, la invitó a observar por el hueco que había quedado. La abertura era lo suficientemente espaciosa para que cupiesen, pero el terreno estaba formado por piedras y tierra pura y dura. Tendrían que descender por el hueco y arrastrarse unos cuantos metros bajo el contenedor para salir por la parte de atrás.

Él la vio fruncir el ceño y pensó que se estaba arrepintiendo.

—Si no quieres hacerlo...

—Claro que sí. No es eso. Nada nos asegura que después de la huida no nos encontremos con más cámaras atrás. Necesitamos una distracción, y tengo a la persona perfecta para proporcionarnosla.

Dylan frunció el ceño.

—¿La gata salvaje?

—La reina del drama. Ella montará un buen numerito. Ya lo ha hecho antes y le encanta. Solo tengo que darle la señal —dijo tomando su móvil y, mientras se acercaba a la ventana, escribió con rapidez un mensaje a Krysten. En cuanto la vio leerlo, y sonreír, también lo hizo ella —. Perfecto, ya podemos ponernos en marcha.

Dylan estaba alucinado. Ella estaba dispuesta a hacer esa locura para conocer a las familias de la forma que él deseaba. Y no supo qué decir. Debería agradecerse, pero no encontró las palabras exactas que expresasen lo que significaba para él. Así que optó por hacer lo que hacía

siempre. Dar órdenes.

—Si de verdad quieres hacer esta locura, hagámoslo bien —dijo alejándose de ella. Abrió uno de los armarios de la pared y sacó un mono azul de trabajo—. Póntelo —le ordenó ofreciéndoselo.

—No tenemos tiempo, en un par de minutos el show empezará...

—Póntelo —repitió en un tono aún más enérgico. Ella parpadeó sorprendida y él bajó el tono para su siguiente frase—. Así evitarás destrozarse las rodillas y el vestido. Me lo agradecerás cuando no vayas hecha un desastre a conocer a las familias.

Dar una primera buena impresión sí le importaba, así que terminó por estirar el brazo y aceptar la prenda. Antes de poder negarse, Dylan ya la estaba ayudando a colocárselo sobre su ropa. La sujetó por los hombros cuando se puso a la pata coja para introducir la primera pierna, y luego pasó un brazo por su cintura para la segunda. Cuando se enderezó, empezó a cerrarle la cremallera del enorme mono que le había colocado. Al instante, el recuerdo del que se puso en su casa para buscar pruebas biológicas pasó por su mente y torció el gesto.

—¿Demasiado grande? —preguntó él.

—Un poco, pero no importa —dijo ella, colocándose el cuello. Entonces el olor masculino que tanto la embelesaba llenó sus fosas nasales—. Es tuyo, ¿verdad? Huele a ti.

Dylan la observó sin saber qué decir. ¿Eso era bueno o malo? Cuando Jenna le dio la espalda para inspeccionar de nuevo el hueco, estiró el cuello de su camiseta y se olió a sí mismo. Olía como siempre y se encogió de hombros. La observó preparada frente al hueco y se preguntó: ¿quién era aquella sorprendente mujer?

CAPÍTULO 15

Dylan no lo podía creer. En menos de dos minutos, el mundo parecía estar acabándose. Fuera del contenedor se oyeron gritos, alboroto y lo más importante, por la ventana vieron a dos cámaras apartarse de la puerta para centrarse en el escándalo.

—No podemos perder tiempo. No tardarán en darse cuenta de que es un engaño —le dijo ella, volviendo a la trampilla. Y ni corta ni perezosa, se sentó en el suelo y descolgó las piernas por el hueco. Elevó el rostro y justo antes de saltar, le sonrió.

Por un segundo, Dylan se quedó tan paralizado como extasiado con aquel gesto espontáneo, que iluminó el rostro de la mujer.

Dylan se deslizó tras ella y cerró la puerta, que tenía pestillo a ambos lados. Reptó por el suelo y se colocó a su lado.

—Tenemos que ir en esa dirección. Es un poco más largo, pero desde allí salimos directamente al aparcamiento de atrás, donde tengo estacionado el coche.

—Me parece perfecto. ¿Me guías entonces? —preguntó Jenna con una sonrisa.

Parecía incluso que aquello la estaba divirtiendo. Dylan le devolvió el gesto, sin pensar, y se adelantó un poco. Allí abajo había tubos y cables de conexión de los suministros y no quería que se hiciera daño. Fueron a un buen ritmo, hasta que ella se detuvo, de repente, para colocarse bajo el mono el bolso que le presionaba el estómago. Él se detuvo a su lado.

—¿Quieres descansar?

—No, ya no queda mucho. Aunque nunca imaginé que arrastrarse por el suelo fuese tan buen ejercicio —confesó, resoplando.

El mono estaba evitando que se raspara toda la piel, pero podía sentir cada piedrecita del terreno en los antebrazos y el interior de sus rodillas y muslos. Aun así, le pareció lo más loco y divertido que había hecho en años. Solo de pensar en que se estaban escapando de las cámaras,

como dos fugitivos, su corazón bombeaba tanta adrenalina que se sentía eufórica.

—Sigamos —dijo ella sin dejar de sonreír.

Él se detuvo solo un segundo a disfrutar de su gesto y entonces vio como este cambió radicalmente. En los ojos de Jenna pudo ver auténtico pavor y giró la cabeza a tiempo de ver una serpiente reptar frente a ellos.

Una cascabel *sidewinder*. Y sí, era muy venenosa.

—No te muevas ni un milímetro —le susurró mientras él echaba un brazo atrás, subió la pernera de su pantalón y, con sigilo, desenfundó el cuchillo táctico que llevaba sujeto a la pierna. Era un hábito de su época en la unidad especial a la que había pertenecido en el ejército. Y en ocasiones como aquella, se alegraba de no perder las viejas costumbres.

Jenna se quedó de piedra al verlo sacar el arma y apretó los labios cuando estuvo a punto de soltar una exclamación. Él le guiñó un ojo, con el propósito de tranquilizarla. Pero lo que a ella más le sorprendía era que estuviese tan tranquilo. Aquella templanza la hizo sentir segura, lo que la ayudó a mantenerse en silencio.

Buena chica, pensó Dylan, y centró su atención solo en la serpiente. Tenían que tener cuidado. La *sidewinder* se movía de lado, haciendo un patrón en S. De entre las de su especie, era la más pequeña de Nevada, aunque eso no hacía que fuese menos peligrosa. Le gustaba estar parcialmente enterrada en la arena. También se la llamaba la cascabel cornuda por las dos escamas en forma de cuerno que tenía sobre sus ojos. No le sorprendía ver una allí. La constructora estaba ubicada en un terreno enorme, a las afueras de Riverbrook, y rodeada de vegetación. Estaba claro que esta se refugiaba del sofocante calor de fuera.

Tuvieron que contener la respiración los dos largos minutos que esta tardó en decidir ignorarlos y desviar su camino hacia la zona menos iluminada de la plataforma. Aun así, esperaron un poco más hasta estar seguros de que sus movimientos no llamarían su atención, haciendo que regresara. Cuando Dylan dio el O.K. a Jenna para seguir avanzando, a ella le dolieron los pulmones intentando volver a respirar después de haber estado conteniendo tanto

tiempo el aliento.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

Ella solo pudo asentir vigorosamente, por los nervios.

—Pues vamos allá. —Él quiso darle un golpecito en la parte baja de la espalda para animarla a andar y se le fue la mano hasta el trasero femenino, sin querer.

—Perdón... —No consiguió terminar la disculpa porque la vio salir entonces, escopetada, como si le hubiese dado la salida en una carrera de galgos. No lo iba a negar, no había sido su intención en absoluto meterle mano, pero ver su trasero puntiagudo, enfundado en el mono, zigzaguear ante sus ojos a toda velocidad el resto del camino fue un auténtico placer.

En cuanto llegaron a su destino, Dylan se adelantó para echar un vistazo y, tras comprobar que, como suponía no había nadie en esa zona, salió de debajo del contenedor y se incorporó con rapidez para ayudarla.

—Gracias —soltó ella sin aliento y roja como un tomate; no sabía si del esfuerzo de haber reptado como la mejor de las marines, o por la cachetada que le había dado en el trasero. Dylan tuvo ganas de reír, pero las aguantó, pues en ese momento era más importante llegar hasta su coche y terminar felizmente con la huida.

En cuanto estuvieron en la seguridad del interior de su Ford Ranger, ambos suspiraron, se miraron y sonrieron. Dylan no tardó en arrancar el motor y en ponerse en marcha para salir por la salida trasera de la propiedad. No tenían tiempo que perder.

—Si me hubiesen dicho esta mañana que iba a empezar el día reptando como en mi época de instrucción, no hubiese apostado ni un penique —aseguró mostrando esa sonrisa ladeada que a Jenna le alteraba el pulso. Cuando él la miró, ella desvió el rostro, disimulando su turbación arreglándose el flequillo.

—Y no te olvides de la serpiente —apuntó Jenna abriendo mucho los ojos, recordando la escena—. No he pasado tanto miedo en mi vida —añadió bajándose la cremallera del mono para

despojarse de él y de la protección de goma de los zapatos, pues estaba asfixiada.

Dylan siguió sus movimientos por el rabillo del ojo, intentando no distraerse de la conducción. No lo iba a negar, la chica tenía un cuerpo precioso. Menudo, proporcionado y generoso donde a él más le gustaba, como ese trasero que había palpado con toda la mano. Tuvo que aclararse la garganta cuando sintió que el recuerdo de aquel rápido contacto despertaba partes de su anatomía en ese inconveniente momento.

—No ha estado mal, no —dijo, obligándose a centrarse solo en la carretera.

Ella, mientras, terminó de deshacerse del mono y, tras doblarlo meticulosamente, lo colocó sobre su regazo.

—Échalo atrás si te molesta —le dijo él.

—¡Oh, no! Te lo he dejado lleno de tierra. Te lo devolveré lavado. —Jenna levantó la naricilla, con decisión y él, a pesar de que no lo veía necesario en absoluto, guardó silencio aceptando.

—¿Dónde hemos quedado? —Jenna preguntó un minuto después al no reconocer la carretera.

—En la Asociación de Veteranos. Allí no nos molestará nadie.

—Perfecto, estoy deseando conocerlos a todos.

Dylan se sorprendió al ver su expresión ilusionada. No lo había esperado, con todas las celebridades que le había contado su hermano que conocía y para las que había trabajado ella.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro —repuso—, me has salvado de una serpiente. Ahora te debo una de las gordas.

Dylan rio.

—Lo tendré en cuenta para el futuro. Pero ahora solo tengo curiosidad por saber qué te ha traído a Riverbrook. ¿Por qué has aceptado un proyecto como el mío?

Ella lo miró un momento. Recordó las cosas de las que la había acusado hacía tan solo veinticuatro horas, cómo la escrutó entonces y su forma de decirle: «usted no encaja aquí», como si ella solo pudiese hacerlo en los círculos en los que se había criado.

—¿Me creerías si te digo que esas personas me importan? ¿Que me cuesta mirar a otro lado cuando sé que está en mi mano ayudar a alguien que lo necesita?

Él guardó silencio, meditando sus preguntas.

—Ya, imagino que no —suspiró resignada—. Soy como soy, y no puedo evitar parecer que vengo de donde lo hago. Y por eso muchos no han llegado a conocerme jamás. Se quedan en la superficie. En la niña pija, de buena familia, que daba clases de esgrima, cenaba los viernes en el club de campo y pasaba los veranos en Los Hamptons. Pero ¿sabes? Aunque no lo creas, hay mucho más.

Jenna lo miró con seguridad, convirtiendo aquella última frase en una declaración. Sus miradas se enlazaron una milésima de segundo que pareció detener el tiempo. Y él supo que no mentía. Lo más curioso de todo fue descubrir que quería desentrañar el misterio de aquella mujer fina, elegante, aparentemente delicada, pero capaz de enfrentarse a él para defender a su equipo, ponerse un mono de trabajo, reptar por el suelo y arriesgarse a la picadura de una peligrosa serpiente para dar la oportunidad a las familias de tener un encuentro sin cámaras.

Sí, sabía que la señorita Jenna Hopper era un misterio desde el instante en el que sus miradas se cruzaron en el lago. Despertó su curiosidad e interés entonces y ahora esa necesidad estaba creciendo inesperadamente.

—La verdad es que sí lo creo —se limitó a decirle él, volviendo a compartir otra furtiva mirada con ella.

Y el corazón de Jenna sonrió.

CAPÍTULO 16

—Señorita Hopper, estamos encantados de tenerla por fin con nosotros —le dijo el hombre al que acababan de presentarle como el coronel Jenssen.

—Coronel, puedo asegurarle que el placer es todo mío —respondió ella con una cálida sonrisa, muy diferente al gesto pétreo de Dylan, que a su lado la iba acompañando por todo el recorrido que le hicieron, de las instalaciones de la asociación.

Parecía tenso e incómodo cuando ese debía de ser su terreno. Y sentirlo así, hizo que lo mirara más de una vez queriendo averiguar qué se le estaba escapando.

—Confío en que el mayor Dalton haya sido un buen anfitrión y le haya dado una calurosa bienvenida.

Jenna miró a Dylan y al coronel que esperaban su respuesta y se dio cuenta de que la tensión del primero venía por la presencia del segundo.

—La verdad, coronel, es que fue cuando menos... interesante. Por el rabillo del ojo advirtió como Dylan ladeaba la cabeza para estirar su cuello tenso.

—¡Ya! —dijo el hombre con cierta tirantez, seguramente sabiendo que Dylan no había estado muy dispuesto a colaborar con ella. Pero después de todo lo ocurrido, se sintió en la obligación de defenderlo.

—Ha sido extremadamente paciente con nosotros, que no le hemos puesto las cosas fáciles. Y estoy segura de que nuestra colaboración será muy beneficiosa para el proyecto. Ambos estamos dispuestos a dar lo mejor de nosotros para que así sea —apoyó sus palabras con una cándida sonrisa y el coronel le devolvió el gesto impresionado y agradecido con su discurso.

El resto del recorrido se desarrolló de la misma forma. El coronel le fue mostrando cada sala y programa que se llevaba a cabo en ellas. Las instalaciones estaban cuidadas, pero en algunas vio la necesidad de actualizarlas. El coronel le explicó que centraban los escasos

recursos de los que disponían en la zona del gimnasio de rehabilitación y las terapias, que eran lo más prioritario. Ella asintió, pero no dejó de dar vueltas a las grandes posibilidades que tenían aquellos espacios para hacerlos más acogedores, funcionales y útiles. Y por fin llegaron a la sala común; una habitación más grande, con amplios ventanales que proporcionaban una buena iluminación, en la que, salvo por un sofá que había pasado por mejores momentos y una vieja televisión, el espacio estaba ocupado por varias mesas redondas con sillas alrededor.

En la más amplia de todas, pudo reconocer las caras sonrientes y expectantes de los participantes en el proyecto. Les devolvió el gesto, feliz de conocerlos por fin, sobre todo después de haber llegado a creer que no podría hacerlo nunca.

—Señorita Hopper...

—Jenna...

El coronel y Dylan hablaron a la vez con la intención de comenzar con las presentaciones. Se miraron entre ellos con una tensión que era posible palpar en el ambiente.

—Hola, soy Sully—se adelantó este a presentarse, tras advertir el momento de confusión—. Estoy muy contento de que vaya a participar en la construcción. Mi hija la admira mucho y estoy seguro de que va a hacer un gran trabajo.

—Muchas gracias, Sully, por la confianza que depositan en mí. ¿Está su hija aquí? Me encantaría conocerla —le preguntó, y la mirada del hombre se entristeció.

—No... ella...

—Jodhi no ha podido venir —intervino Dylan pasando un brazo por los hombros de Sully de forma protectora—, pero lo hará pronto. ¿Verdad, amigo? —apuntó clavando su mirada gris en la emocionada del hombre, que asintió.

Jenna supo que ahí había una historia que contar y no quiso indagar en presencia de los demás. Decidió dirigirse a todos, y volviéndose hacia ellos, fue recorriendo sus rostros esperanzados.

—Les puedo asegurar que trabajaré duro para convertir sus casas en auténticos hogares. Esta primera reunión es muy importante porque necesito que me lo cuenten todo. Los hogares no

se llenan con muebles o cosas. Se forman de personas y momentos. Y para eso no solo necesito conocer sus necesidades de espacio, también tengo que saber cómo ocupan su tiempo, qué les apasiona, con qué sueñan, que momentos son los que quieren vivir en sus nuevos hogares. Y yo haré todo lo que esté en mi mano para hacerlos una realidad.

Recibió sonrisas de todos, excepto de Dylan, que parecía contener una tormenta en sus ojos. Decidió que no era el momento de preocuparse por su recién estrenado socio. Ya lidiaría con él después. Había ido a conocer a las familias y las siguientes horas sería toda suya.

—Si les parece, para que estemos más cómodos podemos hacer reuniones privadas hoy mismo.

Todos aceptaron su idea con entusiasmo.

—Coronel Jenssen, ¿hay algún espacio un poco más privado en el que podamos hacer las entrevistas? —Se giró hacia él, dispuesta a empezar.

—Por supuesto, mi sala de juntas creo que servirá.

—Muchas gracias, es usted muy amable —le dijo ella posando una mano en su antebrazo. Su gesto consiguió relajar la expresión del coronel, que sonrió como no le había visto hacer Dylan en la vida.

—Perfecto, pues empecemos —dijo el hombre y, ofreciéndole su brazo, la dirigió a ella y a Sully a su sala de juntas. No se le escapó que Dylan los seguía a un par de pasos de distancia.

Cuando llegaron, ella fue la primera en ser invitada a pasar. Después lo hizo el soldado y Dylan cerró la comitiva tras él, dejando fuera al coronel. Jenna no supo si eso era procedente o no, pero al ver que la puerta no se volvía a abrir, dejó las cosas como estaban. Todos tomaron asiento y se encontró de repente entre ambos hombres. Lo primero que hizo fue abrir su bolso y sacar su Ipad. Abrió un archivo nuevo en su aplicación de notas y sonrió al soldado.

Cuarenta minutos más tarde, conocía toda la historia de Sully: los tres servicios que había hecho en el ejército, su periodo en Afganistán, que estaba superando un trastorno de estrés postraumático, su lucha para recuperar a su hija de doce años y la necesidad de tener un hogar que darle cuanto antes para conseguirlo. Sully le habló largo y tendido sobre su hija, que parecía

el centro de su mundo. Le contó sobre sus gustos, sobre su pasión por tocar el violín, el gran talento que tenía y que quería una habitación turquesa. Y Jenna no dejó de tomar notas e incluso hacer algunos bocetos de ideas que le surgían mientras hablaban.

Cuando terminaron, volvió a prometer a Sully que todo saldría bien y este le dio un espontáneo abrazo que le llegó al alma. El hombre se despidió de Dylan también y salió de la sala con gesto esperanzado. Para su sorpresa, tras esto, Dylan no invitó a pasar a las siguientes, las sargentos Terry y Michelle Maxwell, que se sorprendieron al ver que cerraba la puerta tras la salida de Sully.

—¿Qué haces? —le preguntó Jenna a Dylan, confusa, tras ver las caras de desconcierto de las dos mujeres a las que había impedido el paso.

—¿Qué estás haciendo tú? —le preguntó él en un tono que le recordó al que empleó con ella cuando se conocieron en el bar.

—Mi trabajo —se defendió, sin entender qué pasaba.

—¿Tu trabajo es dar falsas esperanzas a la gente? ¿Hacerles creer que podrán tener todo lo que se les antoje para después dejarlos caer en la cruda realidad?

—¡Yo no estoy haciendo eso! No prometo cosas que no puedo cumplir. Eso sería absurdo.

—Le has prometido a Sully una habitación insonorizada para que su hija pueda practicar el violín, ¿en una minicasa! ¿Sabes lo que cuesta eso? El presupuesto es ajustado. Muy ajustado, incluso con la aportación del programa. Tenemos que llevar a cabo ocho proyectos en doce semanas. Puede haber algo de personalización, pero no nos podemos permitir mucho más o corremos el riesgo de no poder terminarlos todos.

—Soy consciente de ello. Pero ¿pensabas que venía a poner unos cuantos cuadros, dar el toque de Jenna Hopper y figurar en las fotos? He venido a hacer mi trabajo. Sé perfectamente dónde estoy y cuál es el presupuesto. No intento acaparar la dirección de tu proyecto, pero no he venido a figurar. Y sinceramente, creo que hay cosas que no se pueden debatir, simplemente hay que hacerlas.

—Simplemente hay que hacerlas —repitió él con cierta burla, sin poder creer lo que estaba

oyendo. A Jenna le molestó su sarcasmo. Apenas acababan de empezar y ya la estaba poniendo en duda.

—¿Y tienes una varita mágica para conseguirlo?

—Ese no es problema tuyo. Lo solucionaré y punto —dijo cerrándose en banda. Si él se ponía hostil, para ella había terminado el debate—. Y ahora, si me disculpas, me queda un largo día de entrevistas por delante.

Él boqueó para protestar, pero ella no le dio la opción, pues pasando por su lado, abrió la puerta y con una radiante sonrisa, invitó a pasar a la pareja.

CAPÍTULO 17

—¡Jenna! —Los golpes de la puerta, hicieron que esta levantase la vista de los papeles que tenía sobre la mesa de despacho improvisada que había montado en el dormitorio. Trasladó la de la cocina hasta allí y reubicó un par de muebles, pero ahora tenía una zona de trabajo funcional.

—¡Pasa! —Invitó a entrar a Krysten, que asomó la cabeza por la abertura—. ¿Vienes a cenar? Te vendría bien un descanso, llevas dos días con eso —dijo señalando con la cabeza el despliegue de planos, documentos, notas y diseños que había ido acumulando esos dos días.

—No tengo hambre —fue su respuesta.

—Lo sé, nunca la tienes cuando estás en modo poseída por el dios del diseño. No ves más allá del trabajo, pero tienes que alimentarte y descansar.

—Tengo que darme prisa. Dylan sigue con la construcción de su modelo prototipo y si no incorporo los cambios a tiempo, luego costará el doble hacerlos —indicó volviendo a bajar la vista a la mesa. Abrió la *tablet* y empezó a revisar algo en ella, mientras con el bolígrafo de colores, regresaba a su recién estrenada costumbre de cambiar de color en secuencias de trece clics separadas por una pequeña pausa.

No había nada que hacer, ya la había perdido otra vez. Lo entendía. Aquello era lo que apasionaba a su amiga. Llevaba meses sin hacerlo y ahora era como si le hubiesen dado un chute doble de su droga favorita. Pero le preocupaba que no se cuidase lo suficiente, pues tenía tendencia a olvidarse de ella misma y sus necesidades cuando estaba centrada en un trabajo.

—Está bien, te traeré algo del bar. Voy a cenar en el Dalton Cave.

El comentario hizo que levantase de nuevo la cabeza y la mirase con expresión extraña.

—¿Que Dalton ha hecho qué? —preguntó.

Krysten sonrió con malicia.

—Que se está paseando desnudo por el lago —añadió para ver su reacción, que fue abrir

los ojos desorbitadamente y azorarse al instante. Como parecía estar a punto del colapso, le aclaró—: Es una broma, loquita.

—No tenía que habértelo contado, eres un mal bicho —le reprochó su amiga tras sacudir la cabeza.

—Al menos has despertado un segundo de tu trance creativo.

Jenna, aún con las mejillas azoradas, volvió a bajar el rostro y le hizo señales con la mano para que se marchara ya.

—Está bien, me voy. No trabajes mucho —le dijo antes de cerrar la puerta, aunque sabía que aquella recomendación caía en saco roto.

Una vez en el exterior, Krysten dudó de si acercarse al bungalow de Leo y preguntarle si quería ir a cenar. No era una invitación, por supuesto, pero si le pasaba como a ella, no tendría ganas de cenar solo. Eran compañeros de trabajo, tampoco era tan extraño cenar juntos, ¿no?

Sopesando esa opción, decidió ir a preguntarle. Por hacerlo, no perdía nada, ¿verdad? Sin querer responderse así misma esas preguntas, dirigió sus pasos hasta el bungalow de Leo, pero cuando llegó a la puerta, se mordió el pulgar con nerviosismo. Giró sobre sus talones, arrepintiéndose de haber ido hasta allí, pero solo dio un paso antes de volver a detenerse. Llenó sus carrillos de aire y puso los ojos en blanco, molesta consigo misma. Había ido hasta allí para invitarlo y parecía tonta. Volvió a girar, pero en cuanto se vio de nuevo frente a la puerta recordó la discusión que tuvieron hacía unos días frente al bar. Él había intentado hacer de padre con ella, reprochándole el haberse metido en la discusión entre Jenna y Dalton. La acusó de ser demasiado impetuosa. Insistió en que no pensaba en las consecuencias y no sabía cuántas tonterías más. Como si se creyese con algún derecho sobre ella.

No, no iba a decirle nada. Estaba cansada de que la tratara como si fuera una niña. Y aún no había olvidado que en el coche, a su llegada, la acusó de egoísta y de no pensar en nadie salvo en ella. No la conocía en absoluto. Y aún se preguntaba cómo era posible que hacía un año hubiese caído en la tentación de acostarse con él.

Estaba bueno, sí. Más que el chocolate de 75% de cacao, su favorito. Pero era

desesperante, un auténtico grano en el culo. Y aunque el sexo con él merecía un poco de sufrimiento, nunca el de pagar el precio de acabar con su estabilidad mental. No era el único hombre sobre la faz de la tierra. Y dispuesta a hacérselo entender a él, y sobre todo a sí misma, volvió a girar sobre sus talones y se marchó sola al bar.

Cuando entró en la cueva de los Dalton, ya estaba preparada, lista y dispuesta a pasar un buen rato. Tenía ganas de divertirse, distraerse y borrar al pesado de Leo de su mente de un plumazo. Y plumazo era equivalente en su mente a «con otro tío». «¿Por qué no hacerlo con el más guapo en varios miles de kilómetros a la redonda?», se preguntó al ver a Bobby D. entregar unos platos en una mesa. Sonrió a los clientes con esa sonrisa de un millón de dólares capaz de poner el cuerpo de cualquier mujer a mil revoluciones, y lo colocó a la cabeza de su lista de objetivos.

Se pasó una mano por la melena oscura, por encima de los hombros, echándola para atrás y decidida caminó hacia la barra, contoneando las caderas dentro de su vestido corto vaquero de tirantes. Sabía que le quedaba muy bien, la minifalda de vuelo era sexy y juguetona, tal y como se sentía ella. La acompañó con una sonrisa entre dulce y pícara hasta llegar a la barra. Y bajo la atenta mirada de Bobby D., que ya había reparado en ella, se sentó en uno de los altos taburetes, cruzando sus largas piernas en un movimiento que ya habría querido la Stone en *Atracción Fatal*. Bobby D. amplió su sonrisa y ella se mordió el labio inferior con una sutileza descarada.

—Buenas noches, señorita Grey —le dijo él, apoyando ambas manos en la barra para dedicarle toda su atención.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó ella.

—¿Qué? —repuso confuso.

—Decir mi nombre haciendo que parezca erótico.

Los labios masculinos dibujaron una sonrisa azorada, bribona y coqueta. Y Krysten sintió que los polos se derretían al tiempo que sus ovarios.

—¿Qué puedo ponerte? —Se hacía el tímido. «¡Qué encanto!», pensó Krysten. Estuvo tentada de provocarlo con alguna burrada de las suyas, pero decidió que jugar a la seducción

también era divertido.

—Tengo hambre —declaró—. Y seguro que tienes una larga... lista de especialidades. ¿Por qué no me sorprendes?

Bobby D. volvió a deleitarla con esa sonrisa matadora que iluminó sus ojos de forma pícaro.

—Por supuesto. No tardo. ¿Te apetece mientras un rosado?

—Me has leído la mente —repuso ella.

—Apuesto a que sí. —Se limitó a decir él tomando una copa. Le sirvió la bebida fría y burbujeante. Y tras dejar la botella junto a la copa, se marchó a la cocina.

Krysten se miró en el espejo que había tras la barra. Sus ojos no mostraban su alegría habitual. Agitó la cabeza y, cogiendo la copa, se la bebió de un trago.

Una copa llevó a otra, y para cuando se fue a dar cuenta, se había bebido casi entera la botella acompañando el delicioso solomillo con salsa a la pimienta que le había servido, junto a una divertida, distendida y muy reveladora conversación. El mediano de los Dalton había llegado a ser mejor compañía de lo que había esperado al llegar. Era un gran conversador, tenía un sentido del humor muy parecido al suyo, también le gustaba el coqueteo, los dobles sentidos y pasar un buen rato sin más aspiración que la de distraerse de las cotidianidades de sus vidas. Habían compartido las anécdotas más divertidas de los castings y rodajes a los que había asistido él cuando fue a Los Ángeles para convertirse en actor, y ella le relató los momentos más locos y excéntricos del programa de Jenna.

Estuvieron más de dos horas riendo. Cuando terminó la cena, él salió de la barra y, mientras jugaban a los dardos, empezaron con los chupitos de tequila. Sabía que tenía garantizada la resaca del día siguiente, pero no le importó. Solo quería anesthesiarse. Y para qué negarlo, Bobby D. era la mejor de las compañías para eso. Incluso sabía bailar, y bien. Algo que no había llegado a encontrar jamás en ningún tío con el que hubiese estado, incapaces todos de seguirle y aguantarle la fiesta. Ese hombre era un premio gordo. No dejaba que ningún tipo la

acompañara a casa, a no ser que tuviera claro que lo invitaría a subir hasta su apartamento. Y a Bobby sí lo dejó.

Llegaron a los bungalós, más pasados de la cuenta, chistándose el uno al otro para ordenarse no hacer ruido y evitar despertar a los inquilinos del resto de las cabañas. Sus buenas intenciones no impidieron que aun así chocaran con un par de sillas de los porches vecinos, ni las risas de ambos después de las caídas. Las volvieron a colocar como estaban y salieron corriendo, huyendo de la escena, como dos niños pequeños que sabían que habían hecho una trastada. Entre risas, llegaron por fin a la puerta de Krysten. La abrió, pero en lugar de entrar, se abrazó a una de las columnas blancas del pequeño porche del bungaló, buscando un punto de apoyo.

—Lo he pasado genial —confesó él—. No me había divertido tanto desde mi regreso de Los Ángeles—añadió sujetándose a la misma columna. Sus rostros quedaron a solo unos centímetros y ambos volvieron a reír a carcajadas, para después chistarse nuevamente el uno al otro ordenándose silencio.

Aun así, llamaron la atención del vecino del bungaló de al lado, que abrió la puerta para ver qué pasaba. Y este no era otro que Leo. En cuanto se dio cuenta de que era ella y que iba acompañada y bebida, le regaló una mirada de esas suyas, reprobatoria y decepcionada. Lo que hizo que en su mente se reprodujeran las palabras: «al cuerno con Leo». Y acto seguido, giró el rostro hacia Bobby D. y le plantó un beso hambriento, desesperado, furioso e incendiario hasta que oyó la puerta de Leo cerrarse con un portazo y las ganas se le pasaron, como si le hubiesen tirado una jarra de agua helada.

Miró a Bobby, que la observaba alucinado, y solo pudo farfullar un «lo siento» antes de darse de la vuelta y entrar en su bungaló.

CAPÍTULO 18

Dylan llegó a la obra con prisa y mal humor. Había tenido una reunión en el ayuntamiento por unos permisos de obra que necesitaba que aceptaran de una vez por todas, pero al parecer un trámite que no requería más de un par de semanas, en aquel pueblo llevaba dos meses de retraso porque el concejal de urbanismo, primo segundo del alcalde, no había tenido tiempo aún para gestionarlo. Sabía que aquellas excusas eran solo chorradas. El culpable era el alcalde, que quería fastidiarlo. Tom Felton era muy consciente de que no ganaba un centavo con el proyecto de las minicasas, y que para poder mantener su empresa de construcción necesitaba continuar con el resto de trabajos particulares para los que lo habían contratado. Tenía que seguir pagando sueldos, impuestos y demás. Y que le retrasara las obras ponía en riesgo su negocio.

El alcalde no lo iba a admitir jamás, pero él estaba detrás de aquella jugada sucia y rastrea que tenía como único fin el de pillarlo por las pelotas. Ya se lo había sugerido sutilmente al decirle que si fuese invitado a la obra, teniendo la oportunidad de dar su apoyo públicamente ante las cámaras del programa, se sentiría tan satisfecho y agradecido como para incitar a su primo a subir la licencia que quería tramitar a la cima del montón de licencias pendientes. Por supuesto, le había dicho que se metiera la invitación, el montón de licencias y a su primo por el...

—¡Hola, jefe! —interrumpió sus incendiarios pensamientos Liam, al pasar frente a él, cargando con un carísimo motor eléctrico. Durante un segundo se quedó viéndolo pasar, alucinando, hasta que reaccionó.

—¡Liam! ¿Qué estás haciendo con eso? ¿De dónde ha salido?

—Eh... Lo han traído hace un rato. La señorita Jenna me ha dicho que es para la casa de Cole, y me ha pedido que lo lleve para comprobar que va a encajar en el sitio en el que quiere poner la terraza.

—¿Terraza? ¿Qué terraza? —preguntó furioso.

No esperó una respuesta y, sin decir una palabra más, se dirigió a grandes zancadas hacia la zona en la que se estaba construyendo la minicasa del cabo Sanders, un exmarine que, durante una misión de reconocimiento, pisó una mina terrestre y perdió las dos piernas. Tras su lesión había sido retirado del servicio y después de los interminables meses de recuperación, intentaba rehacer su vida. Algo muy difícil cuando no conseguía trabajo y, por lo tanto, tampoco casa en la que vivir. Actualmente lo hacía con un amigo que lo estaba acogiendo durante un tiempo, pero se sentía un estorbo. Quería volver a ser independiente y retomar las riendas de su vida, pero cada vez se le hacía más cuesta arriba. Dylan esperaba que la minicasa que iban a proporcionarle le quitase el peso, al menos, de conseguir una vivienda. La estaba haciendo adaptada a él, para que pudiese moverse con la silla por el interior. Una sola planta, diáfana y con muebles a medida. Todo lo que podía necesitar. Pero al parecer, su nueva socia no opinaba lo mismo y estaba instalando también un carísimo motor en la vivienda.

Cuando llegó a la parcela, el movimiento que vio le heló la sangre en las venas. Había el doble de obreros trabajando en la casa de los que él tenía asignados, lo que significaba que esos trabajadores no estaban haciendo lo que les había ordenado en la obra que ya tenían adjudicada.

Apretó los dientes. La señorita Hopper no había dado señales de vida desde que fueron a la asociación de veteranos y conoció a las familias. Le comunicó que trabajaría unos días en su bungalow diseñando algunas ideas que rondaban por su cabeza, y se las presentaría a su vuelta. Pero eso no era lo que había hecho. En lugar de exponerle sus sugerencias, había ido a su obra y, aprovechando que él no estaba, empezó a dar órdenes a sus empleados y cambiar sus proyectos sin contar con él.

Estaba furioso, tanto como para entrar en la minicasa como un toro desbocado e ir hacia ella con mirada incendiaria. Jenna estaba de pie, frente a la encimera de la pequeña cocina, mirando unos planos con el ceño fruncido.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —le dijo él en un tono tan brusco que consiguió que sus hombres dejaran de trabajar para mirarlo.

Jenna, sorprendida, alzó la vista. El gesto furioso de Dylan presagiaba una terrible tormenta. Comprobó que todos los miraban, expectantes, incluidos los dos cámaras que la seguían a todas partes y el que lo había seguido a él desde que entró en la constructora. Y alzó la barbilla para demostrar que no se sentía intimidada.

—Buenos días, Dylan —le dijo con calma y media sonrisa. Llevaba muchos años haciendo eso y no pensaba alterarse delante de las cámaras.

—Puedo asegurarte que están muy lejos de ser buenos. Acabo de ver a Liam cargando un motor eléctrico al que no he dado el visto bueno, y desde luego no está dentro del presupuesto. Así que, ¿no tienes nada que contarme? —le espetó clavando su mirada furiosa en ella.

—En realidad sí, muchas cosas. Si quieres vamos a tu oficina y te enseño los nuevos planos.

—Yo no he aprobado nuevos planos. —Su tono fue tajante, peleón, y Jenna casi pudo ver frotarse las manos a los productores cuando vieran las grabaciones. Miró a Leo y este levantó un pulgar, para que supiese que le iba a echar una mano.

Jenna aguantó la respiración mientras su cámara cambiaba de ángulo enfocando los planos, en lugar del rostro colérico de Dylan, que parecía a punto de explotar.

—¿De veras no prefieres que vayamos a tu oficina? Allí podrás verlo todo con más calma —insistió ella, pues desde la firma del contrato, Dylan había dejado claro que la oficina era como su casa y no daba permiso a las cámaras para entrar.

—No voy a esperar un minuto más, quiero saber lo que estás tramando. ¡Ya!

El muy cabezota no se lo estaba poniendo fácil, pensó. Así que, resignada, desplegó todos los planos, apuntes y diseños que había hecho para esa casa, ante sus ojos.

—Tenía dudas sobre algunos proyectos. Apunté bastantes cosas en las entrevistas y cuando estudié los planos, me di cuenta de que podíamos darles algo más. Llamé a algunos de los futuros propietarios...

—¿Que los llamaste? —preguntó con mirada gélida, pero Jenna prefirió ignorar el gesto y prosiguió.

—Por supuesto. Necesitaba más información. En el caso del cabo Sanders, me quedé con la duda de qué era lo que lo motivaba. Cuando las cosas se tuercen, cuando tiene un mal día y necesita distraerse con algo, ¿qué es lo que le hace feliz? ¿En qué ocupa su tiempo? Y se lo pregunté. ¿Sabías que le encanta cocinar? —No le dio tiempo a contestar—. No solo le encanta, sino que lo hace muuuuy bien. Las arepas que se están comiendo los chicos hoy las ha hecho él. Son realmente deliciosas.

Dylan miró en derredor y se dio cuenta de que muchos de sus hombres estaban con la boca llena. Todos ellos le sonrieron y asintieron, corroborando sus palabras. Sacudió la cabeza.

—¿Qué tiene que ver eso con todos estos cambios y con que haya un motor en medio del salón?

—Ahora voy a eso, pero antes deberías saber que cuando le pregunté a qué le gustaría dedicarse, me confesó que soñaba con preparar sus propios platos en su restaurante. Y entonces pensé que podíamos convertir la minicasa no solo en su hogar, sino también en su negocio. Podíamos hacer que fuese un *food truck*. Una de las grandes ventajas de una minicasa es su movilidad. Cole conduce un coche potente. Podría llevarse su casa y su comida a cuestas. Solo necesita una cocina completa, adaptada a sus necesidades, y un porche abatible.

Por la expresión de Dylan, Jenna supo que su mente no paraba de hacer cuentas.

—¿Solo? ¿Te parece poca cosa? ¿Sabes lo que costaría...?

—Lo sé perfectamente. Y en cuanto a la primera pregunta, me parece poca cosa. Darle no solo un hogar, sino una forma de vivir, un sustento, un trabajo que además le apasiona, me parece vital y algo que no tiene precio.

La mirada verde y cristalina de Jenna se clavó en la tormenta que azotaba la de Dylan con seguridad y templanza. El duelo duró varios e interminables segundos, en los que ella leyó en su mirada desde su deseo de estrangularla, su debate interior, la forma en la que se fue deshinchando la vena de su sien y, finalmente, cómo vació sus pulmones, aceptando que le costaría luchar contra la lógica de su discurso.

—No lo sabía. No sabía que quería cocinar. Y por supuesto, me encantaría darle todo lo

que necesita, pero... no podemos permitirnoslo. —Se pasó una mano por el pelo y la nuca, agobiado—. Y eso es algo que no parece entender. Todos merecen un hogar, y que se cumplan sus sueños.

De repente una idea pasó por su mente.

—¿Con cuántos has hablado? ¿Cuántos de mis proyectos has rediseñado? —Sus ojos volvieron a convertirse en dos líneas suspicaces.

—Con todos. He modificado todos los proyectos —le dijo ella, y después tomó aire para decir a la carrera—. Lo tenía que hacer. ¿Sabías que Terry y Michelle quieren adoptar un bebé? Están con los trámites y puede que estas mismas navidades consigan completar su familia. Necesitan una habitación para el bebé.

El sacudió la cabeza procesando la información y ella aprovechó para continuar.

—Lo de Ben y Ronda Allen es poca cosa. Un baño más grande, en el que quepa una hermosa bañera de patas. Es lo que quiere Ben para su mujer. Ella tiene un problema en los huesos y los baños la ayudan con sus dolores.

Dylan ladeó la cabeza, alucinando, pero ella lo quiso tomar como una invitación a continuar. Era ferviente defensora de que las malas noticias había que darlas cuanto antes. Así tendría más tiempo para hacerse a la idea.

—En cuanto a los Ortiz... No me mires así. Imagina por un momento lo que es tener a tres niños pequeños en una casa de esas dimensiones. Hay que ser creativos con sus cuartos, darles más espacio de almacenamiento, construir una habitación que les sirva para el estudio. Y en el jardín, un parque de juegos. La pequeña April tiene hiperactividad, necesita desfogarse...

—¡Para! —le ordenó él alzando una mano—. No puedo oír más. ¿Cómo...? —Quería preguntarle cómo había podido averiguar tanto sobre ellos en dos días, cuando él llevaba trabajando en aquello meses. Pero ya se lo había dicho, preguntándoles. No sabía si estaba más enfadado con ella por haber destrozado sus planos, su trabajo y su presupuesto, o con él por no haber pensado en esas cosas.

Fuese como fuese, eso no cambiaba el gran problema que tenían; la falta de dinero.

—¿Cuánto? —preguntó, aunque no quería saber la respuesta.

—Miles... —No la dejó terminar.

—Miles... ¡Maldita sea, Jenna! —alzó la voz y su desesperación llenó el espacio—. Y apuesto a que a todos les has prometido, como hiciste con Sully, que cumplirás sus sueños.

Ella llenó sus pulmones y asintió.

—¿Y cómo demonios esperas que lo hagamos? Además de los costes del material, hay que sumar la contratación de más personal, porque hay trabajo y tenemos un plazo para acabar —le dijo como si ella no fuese consciente de lo que era trabajar en una obra.

Cerró su Ipad, cogió su bolígrafo multicolor y lo miró con frialdad. Sabía que se enfadaría por el presupuesto, ya le había dejado clara su preocupación antes con ese tema. Pero esperó que, cuando le contase las situaciones particulares de cada familia, valorase sus ideas, su esfuerzo y su papel en la obra.

Pero no había sido así.

—Tranquilo, tú no tendrás que hacer nada. Yo lo solucionaré —dijo en tono decepcionado. Y tras su herida declaración, pasó por su lado y salió de la minicasa, seguida por su séquito de cámaras.

CAPÍTULO 19

—¡Jenna...! —Krysten corrió tras ella al verla pasar con paso decidido— ¡Jenna, espera! —insistió a punto de alcanzarla.

Su amiga ladeó la cabeza y la miró. Aunque durante un segundo solo pudo apreciar un destello furioso en sus ojos, luego Jenna parpadeó y terminó por enfocarla.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué tienes esa cara? ¿Te ha hecho algo el grandullón? —le preguntó al oído para que no lo oyeran los micrófonos de las cámaras.

Su amiga se limitó a sacudir la cabeza de una forma nada convincente y Krysten apretó las mandíbulas, exhalando el aire por la nariz, lentamente.

—Necesito que me pongas con Mike Shapiro —le dijo con tono serio, pero tras su declaración la vio temblar ligeramente.

—¿Shapiro? ¿Estás segura? —Se limitó a preguntarle en un susurro, pero sus ojos expresaron con claridad que le parecía una pésima idea.

—Completamente. Ponme con él —le ordenó, y se alejó de ella algunos pasos.

Krysten, cogiendo el móvil, se interpuso entre los cámaras y su amiga levantando una mano para detenerlos. Después, mientras escuchaba el tono de llamada en el oído, dibujó con la punta de sus tacones una línea en la tierra, frente a ella.

—El que pase de aquí sufrirá una muerte lenta y agónica —sentenció.

Leo y el otro cámara la miraron interrogativamente.

—¿Lo habéis entendido? —Fue lo único que añadió ella.

Leo bajó la cámara y dio un toque en el brazo al otro, para que hiciera lo mismo.

—Tío, yo tengo que hacer mi trabajo —protestó el compañero—. La cadena quiere que lo grabemos todo.

—Si no le haces caso, lo único que vas a grabar es tu firma en el contrato de despido, que ella redactará con tu sangre —le dijo Leo.

El tipo sonrió incrédulo hasta que la mirada lunática de Krysten se clavó en la suya. Entonces no solo bajó la cámara, sino que alzó ambas manos declarando su rendición. El gesto asesino de Krysten aumentó cuando escuchó al otro lado de la línea la voz del hombre con el que quería hablar su amiga. Y aguantándose las náuseas que le provocaba escuchar su voz, le anunció que Jenna quería hablar con él y le entregó el teléfono a su amiga.

Durante varios minutos estuvo observándola, hablando a varios metros de distancia con aquel gusano inmundo, sin entender por qué había querido hacer esa llamada. Jenna lo había estado evitando tres meses y ahora, en ese momento, ¿quería hablar con él? Algo no le cuadraba. No había más que verla para saber que lo estaba pasando fatal. Su postura tensa, la rigidez de sus hombros, el brazo izquierdo sobre su vientre, como si este le doliera horrores, la lividez de su rostro... Hubiese hecho lo que fuese por salvarla de ese momento, pero no podía. Había sido su decisión.

Bufó, confusa; al menos necesitaba saber de qué iba todo aquello. Y esperando que Leo y pelopaja, que era el mote que le había puesto al otro cámara, pues le caía fatal, pudieran arrojar algo de luz a sus dudas, giró sobre sus talones para interrogarlos.

Pero en ese momento, como salido de la nada, apareció Bobby D. Y para su sorpresa, llegó acompañado de una sonrisa y le dio un ligero beso en la mejilla, a modo de saludo. Sinceramente, no había esperado que fuese tan amable, después de su comportamiento del día anterior, y no pudo menos que sonreírle.

—¡Hola! ¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida, viendo además que llegaba acompañado de un chico y un carrito con cajas.

—Jenna me llamó hace unas horas y me encargó la comida para todo el equipo. Al parecer alguien ha estado alabando mi cocina por ahí, haciéndola popular —le dijo él agradecido, guiñándole un ojo.

Y no se equivocaba, en cuanto vio a su amiga esa mañana, y tras tomar un fuerte

reconstituyente para la resaca, le relató la noche anterior, incluyendo la maravillosa cena que había degustado en el bar.

—Me parece perfecto. Posiblemente tu comida sea lo único que nos alegre el día de hoy —farfulló mirando de nuevo a Jenna, que seguía hablando. Luego, instintivamente, miró a Leo, que la observaba con las mandíbulas apretadas.

—Vamos, te diré dónde puedes dejar todo eso. Y mientras Jenna termina, nos tomamos un café. ¿Te parece?

—Perfecto —repuso Bobby D. Y bajo la atenta mirada de Leo, se marcharon juntos hacia la carpa donde se servía la comida.

Allí, Bobby D. y el chico vaciaron los carros con las cubetas térmicas con rapidez mientras Krysten preparaba los cafés.

—¿Quieres uno tú también? —le preguntó Krysten al chico.

—No gracias, voy a dar una vuelta —repuso, el chaval—. Buscaré a mi hermano.

Krysten alzó una ceja y Bobby D. sonrió.

—A Dylan. Carter es nuestro hermano pequeño.

—¿Ese es Carter, vuestro Carter? —preguntó sorprendida.

—¿Nuestro Carter? —repitió extrañado.

—¡Vaya! Jenna me ha hablado mucho de él. Y tenía razón, es el más guapo de los tres.

La carcajada limpia de Bobby D. fue refrescante para sus oídos.

—Al parecer sí que lo es. Pero ¿cómo es eso? ¿Jenna conoce a nuestro hermanito?

—¡Oh, sí! Y es súper fan suya.

—¿Súper fan? No entiendo nada...

Krysten se dio cuenta de que, ciertamente, no tenía ni idea de lo que le estaba hablando, e imaginó que el don que tenía el pequeño de los Dalton para la música era un secreto para su familia. Frunció el ceño. Si era así, tampoco le correspondía a ella revelarlo.

—Pregúntale luego a tu hermano —decidió tirar balones fuera—. Por cierto, lo pasé muy bien anoche. —Quiso cambiar el tema y abrir la puerta para disculparse por el beso con el que

dio por finalizada la velada.

Bobby D. suspiró.

—Sí... yo también lo pasé muy bien. No me había divertido tanto desde que regresé de Los Ángeles. Aunque tengo que reconocer que no solo he venido por la comida. Quería comentarte algo de lo que pasó anoche...

—Oh, vaya... Lo sé, lo sé. Yo no debí... —Quiso excusarse, incómoda.

—No, no te disculpes. Es muy probable que yo te diera lugar a confundirte. Nos lo pasábamos tan bien, jugamos y nos reímos, pero yo no... A ver, me caes genial, eres muy especial, Krysten, pero...

Ella sonrió, al verlo en ese apuro. Y posó una mano en su brazo. Él bajó la mirada para fijarse en el gesto.

—Lo sé, Bobby D. No es por mí, es por ti... que eres gay.

Bobby D. abrió tanto los ojos que creyó que le iba a dar un ictus.

—¿Cómo...? ¿Cómo lo sabes?

Krysten alzó una ceja.

—¿Tanto se me nota? —preguntó estupefacto.

—Bueno, no sé si se te nota mucho. Tampoco eres el primer gay que conozco. Tengo muchos amigos en Nueva York que lo son. Imagino que al final terminas por tener una especie de sensor. —Sonrió—. Por eso quería disculparme por haberte besado ayer. No debí hacerlo. Fue una estupidez. Lo siento mucho si te hice sentir violento.

—Violento no. Solo me sorprendió. Pensé que lo estábamos pasando bien, como amigos y me pilló por sorpresa. Pero... una pregunta: Si sabías que soy gay, ¿por qué lo hiciste?

Krysten suspiró apoyando la cabeza en su mano, y giró el rostro hacia Leo.

—Por ese zoquete —dijo señalándolo.

—¿El tipo del bungalow de al lado?

—El mismo.

—¿Es tú...?

—¡No! ¡Qué va! Pero tuvimos algo hace un año.

Krysten volvió a mirar a Leo y este que no les había quitado el ojo de encima, frunció el ceño.

—Y al parecer sigue habiendo algo pendiente entre los dos —apuntó Bobby D.

—No, ¡qué va! Leo es un grano en el culo que está fastidiándome todo el día. Se mete en mi vida, se cree con derecho a decirme lo que puedo o no hacer, a tratarme como una niña y sacarme de quicio, nada más. Y por eso te besé, para darle en las narices haciéndole saber que no necesito su permiso para hacer lo que quiera. Soy una mujer adulta y tomo mis propias decisiones.

—Ya... —repuso Bobby sin tener claro si aquella era toda la verdad. No creía que Krysten le estuviese mintiendo, pero estaba claro que el tipo la miraba de una forma que no tenía nada que ver con un sentimiento paternal de protección.

—¿Por qué te ha sorprendido tanto que hubiese averiguado que eres gay? ¿Es un secreto? —le preguntó ella de repente.

El gesto relajado de Bobby cambió radicalmente a uno incómodo y tenso.

—¡No fastidies! ¿No has salido del armario? —Krysten, alucinada, clavó su mirada estupefacta en él, escudriñando su rostro.

—Bueno... sí salí del armario mientras viví en Los Ángeles. Antes de marcharme no quería ni pensarlo. Sabía que era diferente. A veces me sentía forzado a actuar como se suponía que era un Dalton. Mi padre siempre hablaba de sus chicos, sus vástagos, los tipos más duros de Riverbrook. Se sentía especialmente orgulloso de eso. Mi hermano, Dylan, es el sumun de esa idea. No hay un tipo más duro, más seguro, imponente y militar de las fuerzas especiales... No sé... Me sentí en la obligación de ser lo que se suponía que tenía que ser.

—Y cuando te fuiste a Los Ángeles, donde no te conocía nadie y no tenías que guardar las apariencias, te liberaste —apuntó ella presionando su brazo para demostrarle su afecto. Bobby D. posó la mano sobre la suya en señal de agradecimiento.

—¿Y por qué regresaste? Si allí te sentías más tú, más libre...

—Sí, era yo y podía hacer lo que quisiese, pero laboralmente las cosas no salieron como yo esperaba. Me quedé sin blanca y luego mi padre murió. Poco después, nos encontramos con un hermano más.

—¿Carter?

—Sí. Mi padre lo tuvo con otra mujer. Tuvo una aventura de la que nunca supimos nada, ni siquiera tras la muerte de mi madre hace diez años. No descubrimos la existencia de Carter hasta dos meses después de la muerte de mi viejo. La madre de Carter también murió, de cáncer. Curiosamente, igual que la nuestra. El chaval se quedó huérfano de padre y madre y no tenía a nadie, salvo a nosotros. Dylan decidió dejar su unidad en el ejército y regresar a casa, y yo también, pues entendimos que teníamos que darle a Carter lo que nosotros no habíamos podido obtener de mi padre: estabilidad.

—Fue muy loable por vuestra parte. Carter tiene suerte de tener dos hermanos como vosotros.

—Y nosotros de tenerlo a él. Es un buen chico, pero aún le cuesta confiar en nosotros. Es reservado y un poco distante. Siempre anda por ahí haciendo no sabemos qué. No sé, supongo que son cosas de la edad. —Hizo una pausa y suspiró—. Tampoco puedo reprocharle su hermetismo cuando yo estoy viviendo una mentira.

—Y ahora que no está tu padre, ¿por qué no te sinceras con ellos? ¿Crees que te rechazarían? —preguntó sorprendida.

—No lo sé. Siempre me digo que no es el momento para remover las aguas, que lo haré pronto, que no dejaré que pase demasiado tiempo... Pero no lo he hecho aún.

—Bueno, cada persona tiene sus tiempos. Por mí no te preocupes, porque yo te guardaré el secreto. Es más, seré tu ligue de pega.

—¿Mi ligue de pega? —preguntó con una sonrisa.

—Claro. Estoy segura de que las chicas de este pueblo y el ochenta por ciento de las turistas que vienen por aquí están locas por ti. No dudo de que te dejen docenas de servilletas con teléfonos apuntados todas las semanas.

—¿Cómo sabes eso?

—Las vi la otra noche en un cajón de madera tras la barra —confesó con una sonrisa pícara.

—Son las tonterías de Amy, la camarera. Dice que voy a cumplir un Record Guinness.

—¿Y no te molesta tener que estar espantando pretendientas todos los días?

—Un poco sí, la verdad.

—Pues por eso, yo seré tu novia de pega. No creas que es un gesto completamente altruista. Tenerte como novio de pega me ayudará también a deshacerme del pesado de Leo, que dejará de meterse en mi vida.

—Krysten, ¿estás segura de que eso es lo que quieres, quitártelo de encima? —preguntó no terminando de creerlo.

—¡Por supuesto! Es lo que más deseo en el mundo —dijo, quizá con demasiado énfasis, como si intentase convencerse más a sí misma que a él.

Bobby D. no quiso que cometiera un error del que más tarde pudiese arrepentirse, y se preparó para insistir, pero entonces Krysten se levantó de la mesa de repente.

—Jenna ha terminado de hablar. Tengo que ver cómo está —dijo apurada—. Nos vemos luego, novio de pega —añadió, y dándole un beso ligero en los labios, salió corriendo de allí en busca de Jenna, que caminaba azorada, pasándose una mano por la frente.

—¿Qué has hecho? —Jenna vio llegar a Krysten hasta su lado para preguntarle con gesto apurado, y lo primero que hizo fue entregarle el teléfono como si este le quemara.

—Lo que tenía que hacer. No había otra forma. Todos tendrán lo que necesitan, eso es lo importante —repuso deteniéndose en seco para sujetarse el puente de la nariz. Inclino la cabeza hacia delante, cuando la punzada de dolor que la atravesó se intensificó hasta nublarle la vista.

—Jenna... ¿A qué precio? —Krysten la sujetó por el brazo, reconociendo el mal estado de su amiga.

—Eso no importa. Necesito que le digas a Dylan que en unos días empezarán a llegar

todos los pedidos con los materiales que faltan y también más personal. Por supuesto, él podrá seleccionar a los que considere más adecuados.

—Pero ¿no prefieres decírselo tú?

—Quiero que lo sepa cuanto antes y yo ahora necesito encerrarme en el coche para tener unos minutos de paz. Me va a estallar la cabeza.

—Te acompaño —resolvió Krysten cuando vio que encogía los ojos y se los cubría con la mano, síntoma inequívoco de que empezaba a molestarle la luz.

—No, el coche está aquí al lado. Tiene los cristales tintados, estaré bien. Por favor, ve a hacer lo que te he encargado.

Y dicho aquello, Jenna se deshizo de su agarre y caminó, malograda, hasta la furgoneta negra que habían alquilado el día anterior para hacer de oficina móvil. Krysten la observó unos segundos con preocupación, pero luego fue a cumplir los deseos de su amiga con presteza. Al pasar junto a las cámaras, sin embargo, Leo atrapó su brazo para detenerla. El contacto hizo que le hirviera la piel allí donde la tocó.

—¿Qué crees que ha pasado? —le preguntó con el mismo gesto preocupado que sabía que tenía ella.

—Ha vendido su alma al diablo. Shapiro solo entiende de cifras, audiencia y pasta. No se iba a conformar con menos que sangrarla.

—¿Y por qué lo ha hecho? —preguntó mirando al coche en el que su jefa se introducía en ese momento.

—Porque es Jenna Hopper.

Las palabras de Krysten salieron de sus labios con una mezcla de orgullo y compasión hacia su amiga. Y sin más que decir, se marchó.

CAPÍTULO 20

Dylan vio llegar el enorme tráiler lleno de mercancías y entornó la mirada, mientras Liam daba indicaciones al conductor para que pudiese adentrarse en el recinto sin llevarse a nada ni a nadie por delante. Había pasado una semana desde su discusión con Jenna y desde entonces no habían dejado de llegar trabajadores y mercancías. También había acondicionado una zona de descanso y comida para los trabajadores, con cámaras frigoríficas para que dispusiesen de bebida y tentempiés frescos. Contrató a Bobby D. para el catering de todo el equipo y a Carter como segundo ayudante. Lo más sorprendente de todo fue que su hermanito pequeño había no solo aceptado, sino que se había estado presentando al trabajo todos los días, encantado con su nueva ocupación, yendo todo el día haciendo recados de un lado a otro de la obra con su nuevo patinete eléctrico todoterreno.

Él no había conseguido que el chaval se involucrase ni en la constructora ni en el bar, y la señorita Hopper lo había logrado con uno de sus inocentes aleteos de pestañas, algo que se le debía dar muy bien, pues conseguía todo cuanto quería. Como los fondos para todas aquellas mejoras de las casas, personal y demás cambios que había hecho en *su* empresa, *su* proyecto. Aunque ya no lo pareciera en ambos casos.

—¿Aquí, jefe? —Liam buscó su confirmación y él abandonó sus pensamientos para asentir.

Un minuto más tarde, el conductor bajó y, tras abrir el portón trasero del enorme camión, sacó una *tablet*.

—Necesito una firmita —le dijo. Él fue a hacer los honores, pero entonces el hombre le apartó la pantalla, para aclarar —: de la señorita Jenna Hopper.

Dylan apretó los dientes, pero sonrió, tensó.

—Por supuesto. —Miró a un lado y a otro buscándola, pero no la vio. Se dio cuenta de que

era algo que le ocurría con demasiada frecuencia. Ella igual aparecía de la nada, en el momento oportuno en el que había que tomar una decisión, como desaparecía a ratos sin tener ni idea de dónde localizarla.

—¿Y dónde demonios está esta mujer, ahora? —preguntó apoyando las manos en las caderas.

—Estará en su oficina —dijo Liam—. Siempre está allí, proyectando, cuando no está en las casas.

—¿Su oficina? —preguntó alucinado. Era la primera noticia que tenía de que ella se hubiese construido una oficina.

Y entonces Liam le señaló una furgoneta oscura, estratégicamente colocada en medio de la zona de trabajo. Había tanta gente y vehículos nuevos, de personal, proveedores, cámaras, gente del programa... que no había reparado en ella en esos días.

—Amigo, yo tengo que descargar ya. ¿Van a tardar mucho? —preguntó el conductor del camión.

—Espere, la señorita Hopper, vendrá en un minuto —le ordenó. Y sacudiendo la cabeza, fue a grandes zancadas hasta la furgoneta que Liam le había indicado.

Cuando llegó al vehículo, lo primero que notó fue el calor que desprendía, a pesar de estar bajo una carpa blanca. Esas no eran condiciones para trabajar. El motor estaba apagado, con lo que no tenía el aire acondicionado puesto. Volvió a negar con la cabeza y abrió la puerta lateral, corriéndola a un lado.

—Jenna, necesitamos tu... —Las palabras de Dylan quedaron atrapadas en su garganta, junto al nudo que intentó tragar y no pudo, al encontrarla semidesnuda de cintura para arriba, trabajando, mientras se daba aire con un pequeño ventilador de mano.

—¡Mierdis! ¿Es que no sabes llamar? —preguntó Jenna, cogiendo rápidamente su blusa y abrazándose a esta, intentó cubrir el sujetador de encaje rosa que él ya tenía grabado en la mente a fuego.

—Es un coche, no se llama a los coches —repuso él, girando el rostro para que pudiese

vestirse.

—Es mi despacho, mi espacio, mi escondite...

—¿Te escondes de mí? —rió Dylan.

—¡No! Claro que no, no te creas el ombligo del mundo, Dylan Dalton. Me escondía de ellos —dijo señalando a los cámaras que lo seguían a él y que ahora habían descubierto su lugar de retiro.

Se metió la blusa por debajo de la falda y pasó las manos por su pelo, que con el calor del interior del coche se le había quedado pegado a la frente.

—No importa, ahora tendré que buscar otro lugar. —Descendió de la furgoneta resoplando y forzó una sonrisa para las cámaras.

Parecía realmente molesta, y Dylan la escrutó con curiosidad.

—¿Y qué quería, señor Dalton? —le preguntó ella como si interpretara un papel para las cámaras.

—Ha llegado un nuevo camión y necesitan tu firma —dijo señalándole el enorme vehículo.

—Claro, por supuesto. —Empezó a caminar por el terreno, hasta donde le había señalado, con la barbilla levantada.

Dylan, que se había quedado un segundo viendo el contoneo de sus caderas, enfundadas en esa falda de tubo, decidió apresurar el paso e ir con ella.

—Pensé que el camión de ayer era el último —comentó ya a su lado.

—Y lo era. Pero entonces pensé que también podíamos dar a los niños de los Ortiz una piscina. Te lo habría comentado, pero cuando tuve la idea ya eran las doce de la noche y te habías ido.

Dylan parpadeó varias veces, alzó las cejas y luego frunció el ceño.

—¿Una piscina? —preguntó incrédulo.

Jenna asintió satisfecha al llegar al camión y asomarse al interior. Había tenido que vender su alma al diablo para conseguir aquel cheque en blanco, enteramente destinado a la obra. Y ahora no pensaba reprimirse en nada. Que su sacrificio sirviera para cumplir todos los sueños de

las familias. Y si eso significaba sangrar a la productora, que sangraran ellos también.

—Tranquilo, no es una piscina olímpica. Lo justo para que los niños la disfruten, puedan dar fiestas e invitar a sus amigos del colegio. August, el mediano, tiene problemas para relacionarse con sus compañeros. Seguro que lo ayuda con ese tema.

Dylan, una vez más no daba crédito a lo que oía. Le alucinaba la capacidad que tenía Jenna de estar pendiente de todo, de conocer cada detalle de las familias, los proyectos, los avances de las distintas obras y el presupuesto. No sabía lo que había pasado, pero se las había ingeniado para conseguir cuanto había deseado, y mucho más. Y por eso, él no podía negarse a nada. La vio mirar con estupefacción la tableta que le ofrecía el hombre para firmar, y torcer el gesto en una mueca de fastidio. Entonces se sacó del bolsillo una toallita desinfectante y con semblante serio, la pasó meticulosamente por toda la superficie, sin dejarse un centímetro sin limpiar. Solo después, deslizó el dedo por la pantalla para dejar su rúbrica.

—Lo siento, nunca se sabe cuánta gente ha tocado estas cosas antes que una —dijo incómoda, cuando vio que todos la observaban.

—Lo que usted diga, señorita —repuso el conductor con sorna.

—Exactamente, ella manda. —Se oyó decir a sí mismo Dylan, molesto por el gesto del hombre. Y se ganó una mirada sorprendida de Jenna. Él le sonrió y, con una mano, le indicó que prosiguiera. Ella solo asintió.

—No tiene que descargarla aquí, sino en el lugar en el que estará ubicada la casa. Liam lo guiará hasta allí y dirigirá la operación de descarga. ¿Te parece bien, Liam? —preguntó a este, que se había quedado alucinado al darle semejante responsabilidad.

—Claro, señorita Hopper —dijo con una enorme sonrisa.

—Perfecto, sé que harás un buen trabajo.

El enorme irlandés asintió y se puso en marcha con el hombre del tráiler.

Dylan y Jenna los miraron un par de segundos, mientras comenzaban las maniobras para pasar el gigantesco tráiler por el terreno.

—Gracias. —Se limitó a decir ella con la intención de marcharse y desaparecer de nuevo.

—Espera, Jenna, ¿podemos hablar un momento? —le preguntó él, sorprendiéndola. No le extrañaba. Prácticamente no habían cruzado palabra desde la discusión que tuvieron antes de que ella consiguiera los fondos.

—Eh... claro —dijo Jenna dudando, mirando antes a las cámaras.

El gesto volvió a extrañarle, y por eso añadió:

—En mi oficina.

Ella asintió y por el rabillo del ojo vio que los cámaras ya no se molestaban en seguirlos, pues sabían que esa zona estaba prohibida para ellos.

—¿Qué... qué estás haciendo? —le preguntó Jenna alucinada cuando lo vio vaciar la mitad de su mesa de trabajo con ambos brazos, tirando lo que había allí encima, al suelo, sin miramientos.

—Darte una oficina en la que trabajar. Me parece increíble que lo hayas estado haciendo escondida en esa furgoneta. ¿Por qué lo has hecho? —la increpó.

Jenna suspiró, dejando caer los hombros. Los últimos días, desde la llamada a Mike Shapiro, habían sido horribles. Se sentía vapuleada, impotente y cansada, realmente cansada. Lo único que la mantenía en pie era el trabajo. Y por eso se volcaba en él día y noche. Así podía dejar de pensar en lo que se le venía encima y centrarse en lo que realmente importaba, lo bueno que saldría de toda aquella pesadilla por la que tendría que pasar.

—Necesitaba un respiro, un refugio de las cámaras, un lugar en el que poder pensar y trabajar tranquila. Solo eso —repuso encogiéndose de hombros esperando que le bastase con una verdad a medias, porque no iba a contarle lo que realmente la hacía desear cavar un hoyo en la tierra y esconder la cabeza.

Él la miró analíticamente, como esas otras veces en las que había parecido que quería desentrañarla. Y quiso distraerlo.

—Pero en fin, no hacía falta que hicieras esto. —Señaló todo lo que él había tirado al suelo.

—Por supuesto que no, es mejor que pases el día cociéndote dentro de la furgo, como si estuvieras haciendo escuchas para la policía, pero en ropa interior.

—¡Oh, dios mío! —Se llevó las manos a las mejillas—. Eso no lo tenías que haber visto.

—¿Por qué? Es un sujetador precioso —apuntó por el simple placer de comprobar qué nivel de rojez podían adquirir sus mejillas.

—Ese comentario está... fuera de lugar. —Se cruzó de brazos como si aún estuviese expuesta ante sus ojos. Y él desplegó esa media sonrisa suya que la ponía taquicárdica.

—No te pongas así. Aún no estamos ni igualados. Tú me has visto a mí como mi madre me trajo al mundo.

«¿Aún?», pensó ella, y sacudió la cabeza. Tan solo el recuerdo hizo que las mejillas de Jenna ardieran como si estuviese febril y sus ojos brillaran con un anhelo que desechó al instante.

—Eso también ha sido improcedente. Por eso no es buena idea que compartamos espacio de trabajo —dijo elevando la barbilla—. Además, después de la discusión en público, ante las cámaras, del otro día...

—En cuanto a eso... Lo siento —declaró él tras interrumpirla. Lo miró indecisa, sin saber qué esperar—. No estoy acostumbrado a que nadie, salvo yo, dé órdenes en mi empresa. Llevo mucho tiempo haciendo las cosas solo, y me cuesta ceder el control.

—Me he dado cuenta. Pero mi intención no era restarte autoridad, ni nada por el estilo. Solo quiero hacer bien mi trabajo.

—Lo sé. Tengo que reconocerlo, tampoco esperaba que fueras tan buena. Me ha sorprendido tu entrega y dedicación al proyecto. —Dio un paso hacia ella, y la intensidad de su mirada hizo que Jenna tragase saliva.

—Bueno, no sé... Como he dicho, solo intento hacer bien mi trabajo —repitió, intentando que no se le notaran los nervios. Rodeó la mesa del escritorio para poner distancia entre los dos. Cuando elevó el rostro, sus miradas volvieron a enlazarse y sintió que el corazón se le aceleraba en el pecho, desbocado. Sin saber cómo, encontró el bolígrafo multicolor en su mano y empezó a hacer clics con él de manera compulsiva.

Dylan ladeó la cabeza, sonrió y siguió aproximándose a ella. Jenna se dio cuenta de que no tenía salida al sentir el archivador a su espalda. Los clics ya iban más rápidos que su corazón. Y lo peor era que no podía parar, lo que la hacía sentir abochornada. Cuando Dylan llegó hasta ella, lo primero que hizo fue estirar el brazo y tomar su mano. Sus dedos largos y fuertes abarcaron su muñeca y la voltearon con delicadeza. A Jenna le pareció percibir la caricia de su pulgar en la piel fina del interior de la muñeca, allí donde su pulso era más evidente y la descarga que le provocó su contacto subió por su brazo hasta centellear en su pecho. Su presencia, abrumadora y demasiado próxima, la hizo cerrar los ojos un segundo.

Tentadora, pensó Dylan. Demasiado tentadora y peligrosa, ¿por qué no reconocerlo? Aún no le había cogido el punto a la señorita Hopper. Le gustaba, sí. Lo excitaba, mucho. Pero aún no la conocía lo suficiente. No sabía mucho sobre ella y eso lo mantenía alerta, pues no le gustaba el mundo en el que se movía. Todo el rollo ese de los escándalos y la televisión seguían sin hacerle gracia. Pero aquella mujer tenía tantas caras y aristas, que cada momento que pasaba con ella era para descubrir una cosa nueva. Como en aquel instante, cuando la oía jugar otra vez con su bolígrafo.

Los primeros días, al oír el soniquete incesante cuando ambos estaban en el mismo espacio, se ponía de los nervios. Ahora, sin embargo, se había descubierto un par de veces buscándolo, pues eso significaba que su dueña no andaba lejos. No había querido preguntarle por qué lo hacía, pero acababa de descubrir que era un acto que reflejaba su nerviosismo.

Él la ponía nerviosa y eso le produjo un placer especial. Durante esos días en los que ella parecía evitarlo y perderse por la obra cada dos por tres, había llegado a pensar que él solo le provocaba indiferencia. Pero al parecer, nada más lejos de la realidad.

Un diablillo en su cabeza le gritó que bajase hasta su rostro y se apoderase de su boquita como había imaginado ya unas cuantas veces que hacía. Un diablillo muy travieso y persistente ese, sí señor. Miró los labios femeninos, entreabiertos, provocadores, y volvió a preguntarse a qué sabría esa mujer. Se inclinó sobre ella lo suficiente como para que sus rostros quedasen a

solo unos centímetros. Y la necesidad de besarla le dolió hasta en las entrañas. Peligrosa, muy peligrosa. Una mujer como ella podría hacerle perder la cabeza.

—¿Qué... haces? —le preguntó Jenna en un susurro, pero no se movió. Sin embargo, el aliento dulce acarició su mejilla.

Tuvo ganas de gruñir, sobre todo cuando vio cómo se le erizaba la piel del delicado y níveo cuello. Hincar allí los dientes, succionar esa piel con sus labios y saborearla... Volvió a atizarlo la necesidad y cerró los ojos un segundo, como si hubiese recibido un puñetazo.

—Nada. Solo quería tomar prestado tu bolígrafo —dijo tomándolo de su mano.

Ella lo vio arrebatárselo y, cuando dio un paso atrás, parpadeó confusa. Una confusión que a él le supo a dulce recompensa.

—Vamos a firmar otro contrato, pero esta vez solo entre tú y yo. Uno que marque las bases de nuestra relación... laboral. Y el uso de la oficina. Así no habrá más malentendidos entre nosotros, y podrás quitarte la blusa tranquila siempre que quieras, sin temor a que te vea.

Y de nuevo tuvo el placer de disfrutar de ese rubor encantador que teñía sus mejillas a la mínima provocación.

CAPÍTULO 21

Seis semanas de paz y tortura. Así podía definir Dylan cada una de ellas, con sus días, horas, minutos y segundos. Sí, Jenna y él habían conseguido con aquel acuerdo que improvisó escribiéndolo sobre unos planos antiguos, trabajar y convivir las doce horas que pasaban al día juntos en la oficina y la obra. Y no había sido fácil, al menos para él, cumplir cada punto. Se había dicho a sí mismo que lo de poner unos límites y horarios para el uso del despacho y sus reuniones de intercambio de ideas en privado, sin cámaras, había sido para evitar roces, discusiones y malentendidos entre ambos. Pero desde que firmaron el acuerdo, habían trabajado mucho más juntos, compartiendo momentos de la rutina de la obra, las risas, las frustraciones, los problemas, las soluciones, cada anécdota, cada mirada, los roces en los diminutos espacios de las casas, las insinuaciones y las bromas, decenas de cafés, debates a media noche, cuando ya no quedaba nadie más que ellos en la obra, el momento de llevarla a casa, las canciones tarareadas a media voz en el coche, la sonrisa de la despedida y las ganas, día tras día, de terminar la jornada con un beso.

Lo que decía, una auténtica tortura que, al despertar, deseaba que volviese a comenzar, para maldecir de nuevo cuando la puerta del bungalow de Jenna se cerraba tras un *buenas noches*. Todos los días, a la mañana siguiente, el primero que llegaba a la obra, dejaba preparado el café del otro sobre la gran mesa de trabajo. El café solía ir acompañado de una nota con algo concerniente a la obra, otras veces solo con un: «¡Buenos días!». Y tanto si era el que escribía, como si era el que la recibía, aquel era el momento en el que una sonrisa se dibujaba en sus labios. No recordaba quién había empezado con aquella costumbre, pero ahora la esperaba con cierta ilusión quinceañera.

Jenna tenía una letra preciosa y sorprendentemente legible, comparada con la suya. Y tal vez fuese por eso que había guardado cada nota en su cajón de la mesa. A veces, cuando tenía

que coger algo de allí, tomaba alguna entre sus dedos y la releía. Entonces la imaginaba jugando con su bolígrafo de colores, mientras pensaba lo que le iba a poner, aunque todas sus notas estaban escritas en morado.

Pero esa mañana la sonrisa no llegó a sus labios. Abrió la puerta de la oficina, fue hasta el escritorio, y sobre él, efectivamente, estaba el café, pero sin nota. La buscó por la mesa o el suelo, por si se había caído, pero no. No había nada. Un sentimiento extraño, como de pérdida, apareció en su pecho. ¿Por qué? ¿Por una simple nota? ¿Qué pasaría cuando ella se fuese en menos de cinco semanas?

De repente sintió que el cuello de la camisa le estaba apretando y se desabrochó un botón. No le pasaba nada. Su repentino desasosiego no tenía nada que ver con la futura marcha de Jenna, era por la fiesta de ese día. Las familias del proyecto habían querido organizar una barbacoa para darles las gracias. Y ese hubiese sido un gran momento de distensión para todo el equipo de no ser porque, tanto el alcalde como el coronel Jenssen se habían sumado, convirtiéndolo en un acto para las cámaras y la autopromoción del alcalde. Ya no iba a ser algo privado y relajado, sino un acto en el que tendría que fotografiarse, contestar a periodistas y portarse como un promotor en lugar de estar celebrando con los soldados los grandes avances en las obras y que en pocas semanas dispondrían de sus nuevos hogares.

Resopló y tomó la taza de café. Dio el primer sorbo, que le supo a gloria, y salió de la oficina dispuesto a trabajar con Jenna hasta que llegase la hora de marcharse. Pero tampoco eso salió como esperaba. No la encontró en ninguna de las ocho casas, ni en ninguna otra parte de la obra. Era extraño, porque desde que llegó con sus diseños y miles de ideas innovadoras para los proyectos, no había faltado un solo día. Se preguntó si estaba enferma. La llamó por teléfono y no obtuvo respuesta. Tampoco estaban ni Krysten ni Leo. La falta de noticias provocó que a lo largo de la mañana su humor fuese cambiando y agriándose hasta empezar a comunicarse con gruñidos. No se dio cuenta de que era así hasta que Liam le recordó que era la hora de marcharse a la barbacoa y, al responderle, fue literalmente lo que hizo: gruñir como un animal, lo que provocó que su jefe de obra le preguntase con una ceja alzada:

—¿Todo bien, jefe?

—¿Te parece que todo está bien?

—Eeeeh, sí. Todos los proyectos van según lo previsto, no hay retrasos, ni problemas que no podamos solucionar. Y ahora nos vamos a una estupenda barbacoa, ¿se puede pedir algo más?

—¿Qué mi compañera no me deje solo con los políticos, burócratas, la prensa y las cámaras del programa? —bramó.

—Ok. Ya veo que es un problema de mujeres. Mejor me voy. —Y antes de poder protestar y decirle que no se trataba de nada de eso, Liam se marchó raudo y veloz, lo que lo dejó aún más enfadado que antes.

Su humor no mejoró durante el trayecto hacia el lugar de la celebración hasta que vio a Krysten con sus habituales auriculares con micrófono, dando órdenes al personal del programa. Donde solía estar Jenna, advirtió a la gata salvaje, y viceversa. Así que bajó rápidamente de la Ford para ir a su encuentro. En cuanto la alcanzó, la tocó en el hombro para llamar su atención.

—¿Dónde está Jenna? —le preguntó sin miramientos.

—Buenas tardes, grandullón. Yo también me alegro de verte —le dijo ella con una amplia sonrisa, e hizo una pausa para darle la oportunidad de reformular su saludo y añadir buenos modales a su frase.

—Buenas tardes, gata salvaje. ¿Dónde está Jenna?

Krysten sonrió, demasiado satisfecha con haberse salido con la suya, lo que lo exasperó aún más.

—¿Dónde va a estar? Trabajando, como siempre —soltó y giró sobre sus talones para volver a sus tareas. Dylan la rodeó y volvió al ataque.

—Como siempre no, porque no ha ido a la obra en toda la mañana. La he llamado, pero no coge el teléfono. La verdad, no me parece profesional desaparecer de esa manera en medio de la obra sin que se la pueda localizar —dijo, más por el enfado y la frustración que por pensar que ella hubiese faltado de verdad a su profesionalidad. Si algo había aprendido de ella esas semanas era que Jenna Hopper era la persona más seria y responsable que había conocido en su vida. Y

solo por eso, y porque al meterse con ella iba a despertar a la fiera de Krysten, tenía que haberse callado.

—¿Poco profesional?

La mirada incendiaria de la morena casi lo hizo retroceder un paso. Aún más cuando Krysten alzó el micro de sus auriculares, desconectándolo, levantó el dedo índice y lo clavó en su pecho, como si quisiera atravesarlo.

—Mira, grandullón, me caes bien. Eres un tipo decente, pero a veces todo lo que tienes de grande lo tienes de tonto del culo. —Dylan entornó la mirada, pero a ella le dio igual—. Te aseguro que lo último que querría ella sería llegar tarde ni al trabajo ni a este momento tan especial con las familias. Y mucho menos tener que hacerlo por estar vendiendo su alma al diablo para conseguir los fondos que hacían falta para las mejoras de las casas.

Nada más terminar su discurso, Krysten se tapó la boca y abrió los ojos, mortificada por haber sido una bocazas y haberle contado lo que prometió a Jenna que jamás le revelaría.

—¡Dios mío! Me va a matar. Me voy... —dijo dándose la vuelta, queriendo huir de la escena, pero Dylan la tomó del brazo, deteniéndola. Se había quedado de piedra con la declaración y quería saber qué demonios estaba pasando allí.

—¿Qué es eso de vender su alma? ¿Qué ha hecho para conseguir los fondos? ¿No se los dio la productora?

La morena se pasó la mano por la frente, al tiempo que se mordió la uña del pulgar, nerviosa.

—¡Krysten!

—¡Voy! ¡Voy! —dijo ella resoplando. Ya no podía rebobinar y hacer como que no había dicho nada, así que solo le quedaba desembuchar—. ¿Quieres saber lo que ha hecho? Pues humillarse ante todo el país, contando el momento más denigrante y bochornoso de su vida, de su carrera: El día en que su ex la destrozó sin piedad en directo en un programa al dejarla por otra, contando además todas sus intimidades, sin la menor decencia. Después de aquello, Jenna quedó destrozada y ha estado evitando a las cámaras y el público. Y te aseguro que no ha sido

sencillo, porque todas las cadenas y programas del país querían la exclusiva, ver su dolor en primera persona, grabar las lágrimas de la novia de América. ¿Creías que conseguir la financiación necesaria para los proyectos sería gratis? No seas iluso. Ha tenido que hacer lo que tú no querías que hicieran con tus soldados, vender su alma al diablo. Y ahora, si me disculpas, ya he dicho demasiado. —Y tras su declaración, se marchó dejándolo allí, petrificado.

Dylan no llegaba a entender la situación, lo que estaba pasando, ni lo que había hecho ella. Pero no tenía buena pinta en absoluto. Su hermano le había intentado hablar de ese momento en la televisión, pero él solo había oído la palabra escándalo y sacó sus propias conclusiones. Ahora se arrepentía de no haber prestado más atención. Aquello era algo gordo, lo suficientemente importante como para que hiciese algo que nunca pensó que haría, y fue coger su móvil y buscar la noticia. No tardó ni dos segundos en toparse con la grabación en YouTube del programa. En la miniatura del vídeo se la veía llorando y ya algo le heló la sangre en las venas, antes de dar al *play* y empezar a visualizar el video.

Algo salvaje, peligroso e incendiario se despertó en el pecho de Dylan. Apagó el móvil y lo guardó en el bolsillo, dándose cuenta de que le dolían las mandíbulas de apretarlas. Quería destrozar a ese tipo, al gusano que se había atrevido a decir todas aquellas barbaridades intentando rebajarla, vejlarla y destrozarla...

No llegaba a imaginar el dolor por el que había pasado Jenna. Lo que debía haberle costado volver a aceptar otro proyecto. Ahora entendía las palabras de Krysten el día que se conocieron y volvió a cantarle las cuarenta por haber tratado con frialdad a Jenna. También su forma de protegerla, como quería hacer él en ese momento.

¿Cómo se había atrevido ese gusano...? Jenna era tan dulce, tan buena persona, tan empática, sensible, fuerte, entregada... No había conocido a nadie como ella. Y él se había atrevido a romperla en público, como si fuese alguien prescindible, desechable.

Apretó los puños cuando estos le hormiguearon por la necesidad de liarse a puñetazos con el tipo, con los de la cadena, con los que habían puesto precio a sus lágrimas y su dolor.

¿Por qué lo había aceptado ella? Miró en derredor y contempló a los hijos de los Ortiz corriendo y riendo, a Sully con su hija, decorando una de las mesas de picnic, a Cole en la parrilla haciendo la carne junto a Terry y Michelle, y lo supo. Por ellos. Por sus sueños y esperanzas, por darles una vida y no conformarse con un techo, una simple casa, sino la oportunidad de tener un hogar. Se pasó las manos por el pelo y sacudió la cabeza, intentando deshacerse de la tormenta que azotaba su mente, mezcla de sentimientos. Hacía mucho que no se sentía así de quebrantado, de confuso y perdido. Y entonces la vio.

Jenna salió del coche con gesto roto y sujetándose el puente de la nariz como le había visto hacer otras veces. Tenía el semblante desencajado y, sin embargo, cuando la pequeña April corrió hacia ella, dibujó una sonrisa en sus labios y se agachó para acogerla en sus brazos. Algo se partió en el pecho de Dylan. Tal vez la coraza con la que se había estado protegiendo de ella. La barrera que había interpuesto entre los dos por no querer terminar de creer, de abrirse, de admitir que se estaba... enamorando de la señorita Jenna Hopper.

CAPÍTULO 22

Dylan pasó la siguiente hora observando a Jenna ir de acá para allá, saludando, besando, abrazando, haciéndose fotos y firmando autógrafos. Cada vez que alguien se le acercaba, ella sonreía y aceptaba satisfacer a todas esas personas. No solo a las familias del proyecto, también a todos los curiosos que se habían acercado a la barbacoa, sabiendo que ella estaría allí. No se había dado cuenta de lo famosa que era hasta ese momento.

—Siempre es así —oyó que decían a su lado, y giró el rostro para contestar a Leo.

—¿En todas partes? —preguntó sin dejar de mirarla.

—Sí —dijo, y suspiró.

—¿Y cómo lo soporta? —No podía imaginar que debía de sentirse al no tener un minuto de intimidad.

—No tengo ni idea, sobre todo porque no le gusta todo esto.

—¿En serio? Pues es tan amable...

—Jenna es amable, es muy maja, intenta que todo el mundo se sienta bien, y agradece el apoyo de la gente. Es una buena persona. Por eso sigo trabajando con ella. A mí no me gusta mucho este mundillo de la tele, ¿sabes? Prefiero grabar documentales y proyectos de crítica social.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Este proyecto es diferente, ayudamos a la gente, pero las reformas de casas...

Dylan rio y Leo lo miró sin entender qué tenía de gracioso lo que le estaba contando.

—Perdona, perdona... No dudo de que te guste trabajar con Jenna, pero sí que sea tu único motivo. He visto como miras a la gata salvaje. Y no es por presumir, pero cualquier tipo se lo habría pensado dos veces antes de ir a por mí. Y tú lo hiciste sin dudar el día que me diste un

puñetazo.

Tras la sorpresa inicial, Leo dejó que una tibia sonrisa escapase de sus labios.

—Bueno, me has pillado. —Se pasó una mano por la nuca y cabeceó, avergonzado.

—No ha sido difícil. Cuando estaba en el ejército, parte de mi trabajo consistía en localizar amenazas, y tú quieres asesinar a mi hermano cada vez que lo ves con Krysten.

Leo carraspeó. Tenía toda la razón del mundo. Había fantaseado varias veces con la forma de deshacerse de él.

—Bueno, es que no esperaba que ella empezase a salir con alguien justo ahora. Vine para poder hablar de lo nuestro, pasar tiempo juntos, aclarar las cosas y decirle lo que siento. Pero no hago más que fastidiarla una y otra vez. O yo no me explico como deseo o ella tergiversa mis palabras, pero no conseguimos hablar el mismo idioma.

—Te entiendo, las relaciones son complicadas —apuntó Dylan volviendo a mirar a Jenna—. Pero si ella te importa de verdad, tendrás que hacer algo, ¿no? ¿O la vas a dejar escapar?

Leo lo miró sorprendido.

—¿Te das cuenta de que me estás aconsejando que le levante la novia a tu hermano? —le preguntó riendo.

—¿Sabes? Si consigues levantársela —dijo posando una mano sobre su hombro y clavando la mirada en él—, es que no era la persona destinada para mi hermano.

Leo inclinó la cabeza, reconociendo que eso tenía lógica. Después miró a Krysten, riendo a carcajadas con Bobby D. y algo se le encogió en el estómago. Sí, si no quería pasar el resto de su vida lamentándose, tenía que hacer algo.

—Gracias —le dijo Leo. Y tras darle la mano, se marchó.

Dylan volvió a apoyarse en la pared para seguir observando a Jenna, pero se enderezó rápidamente al ver que ella se apartaba del grupo. En cuanto se alejó lo suficiente, volvió a apretarse el puente de la nariz con una mueca de dolor. Y supo que había llegado a su límite.

Jenna dio gracias de haber llegado a la construcción en la que estaban los baños, justo a

tiempo de sentir que todo le daba vueltas. Se sujetó a la rugosa pared de ladrillo y cerró los ojos un momento.

—¿Por qué has aguantado tanto? —El tono imperativo de Dylan la sorprendió. Aunque no tanto como el hecho de que él la tomara de la barbilla para escrutar su rostro y apreciar que la tormenta de sus ojos estaba cargada de preocupación.

—No es nada, solo otra migraña.

—¿Solo otra migraña? Casi no puedes tenerte en pie —le dijo rodeándola por la cintura. Jenna se sintió de repente pegada a su enorme pecho, con aquel brazo poderoso sosteniéndola de manera que sus pies casi no tocaron el suelo. Y así la guio hasta el interior de los baños.

Al aturdimiento de la migraña, se sumó el que le provocaba su contacto. El calor y la dureza de su cuerpo, presionándola contra su costado. Y ese olor... ese olor que nublaba aún más sus sentidos.

—No hace falta, puedo andar yo sola —quiso protestar.

Necesitaba tener el control, sobre todo un día como aquel en el que se había sentido un títere, un juguete en manos de otros, una marioneta. Y lo peor de todo, para dejar que la destrozaran públicamente. En dos días saldría la entrevista en televisión y volvería a revivir la pesadilla de hacía unos meses. Volvió a sentir una punzada de dolor y se le nubló la vista. Y contradiciendo sus palabras, se aferró a su pecho, sujetándose a su camisa.

—No tiene nada de malo que te dejes ayudar en momentos como este —le dijo Dylan apartándole un mechón de pelo de la frente, y ella solo pudo asentir. Solo quería que el dolor parara para volver a pensar con claridad.

No supo a dónde la llevaba hasta que sintió que la elevaba del suelo y la sentaba sobre la encimera de un lavabo.

—¿Estás incómoda? —le dijo con las manos aun en su cintura.

—No... —Consiguió replicar en un susurro, pero tenía el corazón a punto de salirse del pecho. Él la sujetaba con firmeza con sus grandes palmas de dedos largos y fuertes. Pero, de pronto, la soltó y se vio a sí misma frunciendo el ceño.

—Bien, relájate y concéntrate en tu respiración.

Y de nuevo, como aquel primer día en su bungalow, él colocó las manos en su cabeza, presionando con sus dedos distintos puntos de su cráneo, sienes y cuello y empezó a masajearla, provocándole un alivio casi instantáneo. Era magia pura, electricidad, corriente que iba de una a otra conexión cerebral apaciguando el sufrimiento, sedando el dolor y llevándola lentamente a una sensación de placer y nirvana reconfortantes.

Minutos más tarde, se oyó así misma suspirar. Y poco después, gemir mecida por la embriaguez deliciosa que le proporcionaban sus manos, esas manos que ahora quería sentir por todo su cuerpo. En cuanto aquel pensamiento cruzó por su mente, sintió arder sus mejillas.

—¿Estás bien? —le preguntó él en un susurro ronco.

Se moría por abrir los ojos y perderse en el océano de su mirada, pero se obligó a no hacerlo, o en ese momento estaría perdida.

—Un poco mejor —dijo sin querer que él parase—. Tienes unas manos... prodigiosas.

—No lo sabes bien —repuso él, y no le hizo falta mirarlo para saber que en sus labios se había dibujado esa sonrisa indecorosa que la volvía loca.

Se humedeció los labios en un acto reflejo y el que pareció gemir fue él. Pero el sonido fue más como un ronroneo grave y sexy. Su corazón se aceleró al instante, sobre todo cuando él se aproximó más a su cuerpo y, al hacerlo, presionó con las caderas sus rodillas, que se abrieron sin resistencia para recibirlo.

«¡Oh dios mío! ¡Oh dios mío!», empezó a repetirse en su mente. ¿Qué estaba pasando? ¿Se estaba poniendo más cómodo o aquello era el comienzo de algo? Se puso tan nerviosa que empezó a hablar.

—¿Y esta técnica tuya de masaje la aprendiste en el ejército?

—No, que va. En el ejército no me enseñaron a aliviar el dolor, precisamente.

Una nota amarga aderezó sus palabras y casi se arrepintió de haber formulado la pregunta, pero él continuó hablando en tono neutral.

—Me enseñó mi madre. Era fisioterapeuta y especialista en técnicas orientales para aliviar

el dolor. Yo de niño tenía muchas migrañas y ella me ayudaba con este procedimiento.

—¡Oh! Pues entonces debería darle las gracias a ella también —dijo agradecida.

—Me temo que ya no es posible. Mi madre murió de cáncer hace diez años.

Nada más oír su declaración, Jenna abrió los ojos. Su mirada se fundió con la de él, a tan corta distancia que pudo apreciar todas las motas grises, verdes y azules de sus iris. Sin pensarlo, elevó las manos y posó ambas palmas en sus mejillas queriendo ser ella la que aliviase ese dolor que entristecía su mirada.

—Lo siento, lo siento mucho —le dijo en tono suave.

—No importa, hace mucho tiempo de eso. —Él intentó desviar la mirada, pero ella no lo dejó.

—El dolor, como el amor, puede durar para siempre.

Dylan ladeó la cabeza y medio sonrió, sabiendo que tenía razón. Él cargaba con toneladas de dolor desde hacía muchos años. Sobrevivía a él, convivía con él y lo superaba cada día cuando los recuerdos lo acechaban. Pero ahora, en ese momento, con ella entre sus brazos, a escasos centímetros de su boca, mientras se perdía en su mirada verde, cálida y dulce, no había dolor.

Quiso aferrarse a ella, como a una tabla de salvación, y volvió a tomarla por la cintura, descendió hasta sus caderas y la presionó contra él, necesitando sentirla más, mucho más. Bajó el rostro hasta el de ella y apoyó la frente en la suya.

—Jenna... —dijo en un susurro cargado de necesidad—. Jenna... yo...

—¿Sí?

Ambos compartieron su respiración agitada, saboreando el segundo que precede a la entrega, cuando el aire está cargado de electricidad, de tensión, de anhelo, de hambre contenida, de deseo y de necesidad. Sus labios casi se rozaron. Él exhaló y ella contuvo el aliento. Y Dylan supo que había llegado el momento.

No podía negarlo más, ya no quería hacerlo. Sabía cómo era el alma de esa mujer, tan

frágil como fuerte, decidida, entregada, generosa, luchadora, dulce y cautivadora como para tenerlo extasiado, rendido a ella y al embrujo de su boca.

Jenna bajó las manos hasta posarlas en su pecho, donde su corazón latía con fuerza, tronando en su caja torácica. Y entonces él fue el que atrapó su rostro entre las manos, acarició con el pulgar el labio lleno y tentador y descendió, dispuesto a devorarla.

—¡Mami, me hago pis! ¡Se me escapa! ¡Se me escapa! —Las protestas de una niña se oyeron justo detrás de la puerta.

—April, cariño, aguanta un poco más, ya estamos —se escuchó la voz de la madre, apurada.

Dylan solo tuvo tiempo de tomar a Jenna por la cintura y bajarla del lavabo antes de que la puerta se abriera y madre e hija los mirasen, atónitas.

—Este es el baño de chicas —reprendió April a Dylan inmediatamente.

El gesto de Layla, su madre, era todo un poema.

—Tienes razón, April, me he confundido. Soy un despistado, pero ya me iba —dijo él yendo hasta la puerta.

Hasta su marcha, la niña no lo perdió de vista con el ceño fruncido, mientras su madre evitaba enfrentarlo, incómoda con la situación. Y Jenna le regaló la última mirada, completamente roja, mordiéndose ese labio inferior que, de no haber sido interrumpidos, habría sido todo suyo.

CAPÍTULO 23

Jenna caminó por la obra a paso ligero. Volvía de supervisar la instalación de la terraza superior para el proyecto de los Harris. Había querido construirles un pequeño observatorio con una mesa para planos estelares, una zona con tumbonas reclinables y un telescopio, pues ambos eran fans absolutos de la astronomía. Ella había sido piloto en las fuerzas aéreas. Una de las mejores y un gran referente también para muchas otras mujeres piloto. Pero, entonces, empezó a tener aterradores espasmos en las extremidades, y tras visitar varios especialistas y hacerse múltiples pruebas, descubrieron que tenía la enfermedad de Huntington. Aquello, por supuesto, acabó con su carrera y sus sueños, no solo de volar, sino de entrar en el programa espacial como había ansiado desde niña. Miranda tenía treinta y cinco años y ver su lucha diaria era estremecedor. Vivía con la amenaza constante de la degeneración de su enfermedad, con sus incapacidades presentes y futuras, y solo parecía estar realmente en paz mirando a las estrellas. Y por eso Jenna no había tenido más opción que la de instalar un ascensor en la casa, además de una terraza en la que pudiese soñar cuanto quisiese.

Si no hubiese sido porque era un día muy importante para ese proyecto y necesitaba estar segura de que todo se hacía según lo planeado, no habría salido en todo el día de la oficina, pues hacer ese recorrido para atravesar la constructora daba la oportunidad a las decenas de periodistas y curiosos que habían visto la entrevista la noche anterior de curiosear por la valla metálica que circundaba la obra para sacarle más fotos, hacerle más preguntas y acosarla de forma inmisericorde.

Por suerte, Dylan no había ido a la obra tampoco esa mañana. Tras la barbacoa, el alcalde le había concedido los permisos que necesitaba para el resto de sus obras y llevaba dos días fuera de allí, trabajando en sus propios proyectos. Eso había evitado que presenciase el circo que se había montado en torno a ella. No tenía ni idea de lo que diría al verlo, pero sin duda no le iba a

hacer ni pizca de gracia.

También esos dos días le habían dado la oportunidad de pensar en lo que había estado a punto de pasar entre los dos en la barbacoa. Ya no se reconocía a sí misma. Había perdido absolutamente el control, porque jamás imaginó que estaría dispuesta a tener un momento tórrido en un baño público, de esa manera, sin pensar en quién podía verlos, en las consecuencias, o en lo inapropiado del lugar. Daba gracias de que la interrupción de Layla y April hubiese sido en ese justo momento y no cinco minutos más tarde, porque no tenía ni idea de lo que habrían llegado a ver ambas.

Solo de pensarlo, se acaloró y, abanicándose el rostro, llegó resoplando hasta la ansiada oficina. Subió los escalones rápidamente y, en cuanto entró y cerró la puerta tras ella, se apoyó en la superficie metálica y suspiró aliviada de sentirse a salvo de cualquier objetivo.

Unos inesperados golpes en la puerta la hicieron pegar un brinco.

—¿Sí? —preguntó con voz chillona.

—Jenna... soy Carter. Venía a enseñarte una cosa, si no estás ocupada...

Jenna suspiró aliviada al oír que se trataba del chico. Y se giró a abrir la puerta.

—Pasa, rápido, que esos buitres tienen las cámaras preparadas para disparar a la mínima oportunidad.

—¿Te estás escondiendo? —le preguntó él con una sonrisa perezosa.

—Sí —suspiró—. Lo confieso. Necesitaba un respiro. Ya no podía más.

—¿Tan horrible es ser famoso? —la interrogó con curiosidad, apartándose el flequillo largo de la cara.

Jenna lo invitó a sentarse en una de las sillas que rodeaban la mesa y le brindó una sonrisa. Sabía que ese tema debía provocarle una gran curiosidad, ya que quería ser una estrella famosa de la música y no quiso que se llevara una mala impresión.

—No siempre, la verdad. También hay momentos buenos. La gente, por lo general, es agradable. Me refiero a los fans, las personas que te siguen y que apoyan tu trabajo. No siempre van a estar de acuerdo con lo que hagas y a veces te criticarán, pero eso no tiene la menor

importancia, si tú crees que estás dando lo mejor de ti.

—Entiendo. —Asintió con un brillo especial en su mirada turquesa.

—El problema son los que se quieren beneficiar de tu trabajo. La prensa sensacionalista, los *haters*, la gente aburrída que habla por hablar. Esos hacen más daño, tergiversan las historias, desfiguran tu imagen hasta convertirla en algo sórdido que no tiene nada que ver con la realidad. Por eso es importante rodearse de personas que te mantengan con los pies en la tierra, que te quieran y te apoyen incondicionalmente.

—¿Como la gata salvaje?

—¡No la llames así! Eso son las tonterías de tu hermano —protestó ella riendo, sabiendo que si el chico nombraba así a su amiga era porque Dylan lo hacía todo el día, desde que esta le plantó cara por primera vez.

—Lo digo con cariño. Krysten me cae muy bien. Es auténtica.

—Sí que lo es. —Volvió ella a sonreír—. Igual que tú.

Carter se ruborizó de una forma adorable. Y a Jenna le dieron ganas de revolucionarle el flequillo, aunque no lo iba a hacer para no avergonzarlo aún más.

—Bueno... y dime, ¿qué era lo que querías enseñarme? —preguntó expectante.

Carter se levantó de la silla y sacó del bolsillo de su pantalón su *mp3* y los auriculares inalámbricos. Le ofreció ambos y alzó las cejas castañas un par de veces, creando expectación.

A los pocos segundos de que Jenna se los colocase en los oídos, sus ojos se abrieron desorbitadamente. Se tapó la boca con las manos y disfrutó alucinada del tema que había escuchado en su versión inicial, en el lago, el día que lo conoció. Se quedó fascinada con los arreglos, las melodías y la calidad del sonido incorporados. La voz de Carter se distinguía con una cadencia maravillosa. Y el efecto sonoro iba de un auricular a otro, balanceándose y haciendo que creyese estar en un concierto en vivo. La piel se le puso de gallina y se emocionó como la primera vez que oyó la canción, hasta el punto de sentir que se humedecían sus ojos.

Cuando la música acabó, se quedó unos segundos en silencio, con el corazón aleteándole en el pecho, conmovida.

—Carter... es... es fantástico. ¡Realmente impresionante! ¿Qué es eso que has hecho con el sonido?

—Tiene un efecto 8D.

—¡Guau! Me has dejado sin palabras. No había escuchado algo así, jamás.

—No es algo nuevo, pero mi forma de utilizarlo es diferente. A esto es a lo que he destinado lo que he ganado estas semanas trabajando para ti. Quería grabar algunos de mis temas para subirlos a las plataformas, y este es el de presentación. Eres la primera en escucharlo.

—¡Vaya, Carter! Tú sí que sabes hacer que una chica se sienta especial —le dijo emocionada, limpiando la pequeña lágrima que se le había escapado por el rabillo del ojo—. Gracias por confiar en mí —posó una mano sobre su hombro, sintiéndose orgullosa de él.

—No, gracias por apoyarme y darme esta oportunidad.

—Solo te he dado un trabajo de verano —repuso ella, restándole importancia. Pues era todo mérito suyo.

—Sabes que no ha sido solo eso. Y tus contactos me han ayudado mucho a encontrar buenos profesionales para la grabación. Has sido mi hada madrina y este disco te lo voy a dedicar a ti.

—¡Carter Dalton! No sigas diciéndome esas cosas o no me quedará más remedio que esperar una década para casarme contigo.

—Vaya, señorita Hopper, ¿está seduciendo a mi hermanito?

La contundente voz de Dylan interrumpió el momento de risas y camaradería entre ambos.

—No, he dicho que lo esperaré una década. No me cansaré de decir que es el más guapo de los hermanos Dalton —dijo ella, dispuesta a seguirle la broma.

—¡Auch, hermano! Eso tiene que doler —le dijo Carter dándole un golpecito en el pecho con la palma. Dylan agarró a su hermanito por el cuello y, acercándolo a su pecho, le revolucionó el flequillo.

—¡Enano descarado! —rio.

Carter atacó directamente a la axila y Dylan se revolvió por las cosquillas, soltándolo.

—Ten cuidado, viejo, ya no estás para estos trotes.

Dylan le regaló una mirada entornada y Carter solo amplió la sonrisa.

Mientras, Jenna, divertida, disfrutaba de la escena entre ambos. Como hija única, jamás había vivido esa camaradería, por lo que fue refrescante y curioso verlos divertirse juntos.

—¿Y qué estabais haciendo? —preguntó Dylan entonces.

—Pues... —Iba a contestar ella, y empezó a señalar la mano de Carter, donde ya estaban sus auriculares, pero el chico la interrumpió.

—Nada. Nada en especial, solo charlábamos —dijo al tiempo que guardaba el *mp3* y los auriculares en su bolsillo.

Dylan los miró alternativamente, terminando por ella.

—Sí... nada en especial. Solo charlábamos, como dice Carter. Ha sido un día... raro y ha venido a distraerme un rato.

—Claro, por la prensa —apuntó Dylan señalando hacia la puerta.

—Sí, por ellos. Llevan aquí desde primera hora, y lo siento... Sé que es lo último que querías...

—No te disculpes, tú no has hecho nada. Demasiado aguantas —dijo él mirándola con una calidez y comprensión que no esperaba. Y su pulso se saltó un latido, durante el segundo eterno en el que se quedaron prendidos el uno del otro. Se preguntó si Dylan había visto la segunda entrevista más humillante de su vida y era compasión lo que había apreciado en sus ojos.

—Hey, ya veo que sobro... Me voy marchando. —Los sorprendió Carter de repente.

Jenna desvió la mirada, avergonzada. «¿La tensión entre ambos era tan evidente?», se preguntó.

—Espera, no te vayas. Igual puedes hacernos un favor —oyó que Dylan le dijo a su hermano y giró de nuevo para ver qué se le había ocurrido.

—Claro, lo que sea.

—Bien, porque no tenemos a la gata salvaje, que es la mejor en esto. Así que tendrás que ser creativo.

—¿Qué es lo que quieres, una distracción? —preguntó Jenna sorprendida.

—Exactamente. ¿Recuerdas nuestra primera fuga? Hoy es un buen día para repetirla, ¿no te parece? Podemos tomarnos el resto del día libre, ir al lago y darnos un baño... —El aire se llenó de esperanza y tentación, y tuvieron otra mirada de complicidad.

Carter carraspeó.

—¿Soléis hacer ese tipo de cosas? Me refiero a lo de fugaros y eso. —Volvió a mirarlos alternativamente, alzando una ceja.

—¡Oh, no... no! —dijo ella rápidamente.

—Solo cuando hace falta —repuso Dylan al tiempo—, pero ahora lo más importante es pensar en la forma de distraerlos para que nosotros salgamos por la trampilla del suelo.

Carter repasó la ropa de Jenna, como lo hizo su hermano mayor el día que se fugaron y sonrió, incrédulo.

—Ahí donde la ves, es capaz de enfrentarse a una serpiente de cascabel —dijo Dylan.

—A ver, en realidad, el que se enfrentó a la serpiente fuiste tú —puntualizó ella, sonriendo.

—Esto se pone cada vez más interesante. —Tras mirarlos divertido, Carter se cruzó de brazos—. ¿Y qué queréis que haga? ¿Que provoque un incendio o algo así?

—¡De eso nada! —exclamó Dylan rápidamente.

—¿Por qué no cantas algo ahí fuera? Eso no lo esperarán, seguro—sugirió ella.

Carter la miró de una forma extraña que no supo descifrar. Y Dylan rio de repente como si fuera algo absurdo.

—Carter no canta ni en la ducha —intervino Dylan, riendo.

—¡Claro que canta! ¡Y lo hace extraordinariamente bien! —Lo defendió ella, sorprendida con su comentario.

—No, Jenna... no —dijo el chico, bajando la mirada.

—¿Cómo que no? Carter, eres un gran artista. Vas a sacar tu primer álbum y va a ser un éxito mundial. Yo estoy muy orgullosa. ¿Tú no lo estás?

Dylan apoyó las manos en las caderas y ladeó la cabeza con el gesto fruncido en una mueca.

—¿Un álbum? ¿De qué diablos estás hablando? Si a Mi hermano no le interesa ni la música, ni... nada en realidad —apuntó Dylan con cierta sorna.

—¡Tú no sabes nada de lo que me interesa! ¡No sabes nada de mí! —saltó Carter, al escuchar el tono de su hermano.

Dylan lo miró estupefacto.

—Eso no es cierto. Eres mi hermano. Y si no pasamos más tiempo juntos, es porque siempre estás por ahí perdido, haciendo no sé qué, en realidad.

—Claro que no lo sabes, no te molestas en saberlo. Solo quieres que trabaje en la constructora o en el bar, como si no tuviera más salidas que esas. No quiero hacer ninguna de las dos cosas.

Jenna, que presenciaba la discusión de los hermanos, dio un paso atrás, sintiéndose mortificada, pues sin pretenderlo, ella solita había provocado esa situación.

—Si te he dicho mil veces que trabajes con nosotros es para pasar tiempo contigo, para que te involucres en el negocio familiar y que no creas que no te incluimos en nuestras vidas. Porque todo esto es tuyo también. —Le intentó explicar Dylan.

—Pero ¿y si esto no es lo que quiero? ¡Tengo mis propios sueños! Unos que no pasan por quedarme toda la vida en Riverbrook.

Dylan lo miró atónito. Suspiró y se pasó la mano por el pelo.

—Bien, está bien... ¿Y por qué no nos lo dijiste? ¿No confías en nosotros? Somos tus hermanos.

—Por eso mismo —dijo Carter dándose la vuelta. Necesitando unos minutos para pensar antes de hablar. Llevaba tanto tiempo queriendo contarle cómo se sentía... Finalmente se dio la vuelta y lo enfrentó, sabiendo que ya no podía dar marcha atrás—. ¿Cómo iba a decirles que no aspiro a vivir aquí cuando vosotros habéis dejado vuestras vidas y carreras para estar conmigo? ¿Crees que no sé lo que habéis sacrificado?

Dylan negó sacudiendo la cabeza.

—Carter... tanto Bobby D. como yo somos adultos. Nosotros tomamos nuestras propias decisiones. Y decidir dejar lo que estábamos haciendo para ser una familia, no fue un sacrificio, fue nuestra elección. Todos somos libres de hacer lo que queramos con nuestras vidas, pero sabiendo que nos tenemos los unos a los otros. Es lo único que pretendíamos que entendieras al volver para estar contigo. Que, si alguna vez lo necesitas, tus hermanos siempre estarán ahí, para ti.

Las palabras de Dylan la enternecieron hasta el punto de tener que contener un hipido de emoción. Los vio allí, mirándose, reconociéndose el uno al otro y sin poder decirse una palabra.

—Un abrazo puede que sea una buena forma de poner la guinda a esta conversación — sugirió ella cuando comprobó que ninguno se atrevía a dar el siguiente paso.

Ambos la miraron, y después lo hicieron entre ellos. Dylan fue el primero en moverse. Posó una mano en la nuca de su hermano y lo acercó a él para abrazarlo. Carter, tras un momento de sorpresa, lo abrazó por la cintura, devolviéndole el gesto. Un par de minutos más tarde, se separaban para mirarla a ella con gesto expectante.

—¿Y ahora qué? —les preguntó ella.

—No quiero perderme tu primer concierto, así que habrá que pensar otra cosa —dijo Dylan a su hermano, y este le sonrió.

—Bueno, a mí lo del fuego me sigue pareciendo una buena idea —señaló Carter. Y el comentario le costó una mirada reprobatoria de ambos.

—Pues, quizá lo mejor sea dejar lo del lago para otro día... Hoy hay mucha gente y...

—No, de eso nada. Nos merecemos ese descanso —dictó Dylan sin dejar que el tema entrara en debate.

—Bueno, no quería llegar a este punto, pero si no queda más remedio... Todo por la familia —dijo Carter. Y acto seguido la miró a ella de arriba abajo, para preguntarle: —. ¿Qué talla usas?

CAPÍTULO 24

—Aún no puedo creer que estemos en el lago —dijo Jenna abriendo los brazos, al llegar al final de la plataforma del embarcadero, como si pudiese abrazar la maravillosa estampa que se presentaba ante ella. Desde el día que llegó allí, hacía ya casi ocho semanas, estaba enamorada de la belleza de aquel lugar.

Cerró los ojos e inhaló profundamente. Ya no hacía tanto calor como cuando llegaron allí. Estaban en la segunda quincena de septiembre y las temperaturas habían bajado varios grados, aunque no tanto la humedad. Y por eso, el bochorno hacía que siguiese siendo apetecible zambullirse en las cristalinas aguas color turquesa.

—Yo no puedo creer que mi hermano se haya disfrazado de mujer para hacerse pasar por ti y engañar a todos haciéndoles pensar que te ibas de la obra en tu exfurgo-oficina.

—Ha sido una locura, ¿verdad? Y todo un detalle por parte de Carter arriesgarse así por mí.

—Está claro que lo tienes encandilado.

—No digas tonterías. ¡No es verdad!

—¡Oh! Sí lo es. Y entiendo perfectamente sus motivos —le dijo él colocándose a su lado para clavar su mirada gris y tormentosa en la suya verde y esperanzada.

Las palabras de Dylan llegaron hasta ella caldeando sus mejillas al instante. «¿Aquello era una especie de piropo? ¿Una declaración o algo así?».

—¿De qué conoces este sitio? Me sorprende que no haya nadie por aquí —dijo ella intentando aligerar la tensión del ambiente.

Dylan suspiró antes de contestar.

—Mi padre nos traía a pescar a Bobby D. y a mí cuando éramos niños. Él conocía los mejores sitios para hacerlo. Y decía que este era el suyo, que aquí todos los peces llevaban su

nombre y el de nadie más.

—Tu padre debió ser un hombre interesante.

—Creo que interesante no es la palabra que lo definía. Carismático, arrogante, manipulador y egoísta se acercan mucho más —dijo él despojándose de las botas de trabajo y los calcetines.

—Oh... lo siento.

—No pasa nada. Supongo que lo que no te mata te hace más fuerte. Y yo me fortalecí a marchas forzadas. Creo que todos los pasos que he dado en mi vida, han ido dirigidos a no ser como él. Con lo que supongo que, de alguna manera, le debo lo que soy.

Jenna reflexionó sobre sus palabras y suspiró.

—Aunque no lo creas, te entiendo perfectamente.

—Ah, ¿sí? Cuéntame algo más sobre eso —dijo él sentándose en el filo del embarcadero, e invitándola a hacer lo mismo con un gesto de su mano.

Jenna aceptó y se quitó las enormes zapatillas y los calcetines de deporte de Carter antes de hacerlo. Al sentarse y apoyarse en la madera, la mano de Dylan y la suya se tocaron. Y esa corriente eléctrica que él le provocaba la atravesó de nuevo. En su mente se reprodujo la escena de su casi beso, y la primera palabra salió como un jadeo de sus labios.

—Mis padres... mi infancia... No puedo decir que fuese mala. Sería muy egoísta por mi parte tacharla así, cuando fui una privilegiada en muchos aspectos. Mi padre se dedica al sector joyero y siempre hemos vivido acomodadamente.

—Entiendo —dijo él, pero no hubo ni burla ni ironía en su voz.

—Sí, todo lo que puedas imaginar y más. Y sé que decir que una jaula es una jaula, aunque sea de oro, me hace parecer el cliché de la niña rica rebelde, pero para mí fue así. Yo no encajaba en el club de campo, ni en el ambiente falso y almibarado en el que se movían mis padres. No congeniaba con los hijos de sus amigos. Y por mucho que me esforzase, no sentía que formase parte de verdad de la estampa familiar.

—¿No te sentiste una niña querida?

Jenna contuvo el aire y se dio cuenta de que por primera vez iba a decir aquello en voz alta.

—En realidad, no. Mis padres me tuvieron porque era lo que se esperaba de ellos. Todos sus amigos tienen hijos, los herederos de sus imperios, y ellos necesitaban a uno para el suyo. Pero les salí yo.

—Entonces tuvieron suerte. —Dylan le brindó una de sus sonrisas y ella fijó la vista en sus labios. La desvió antes de tener la tentación de lanzarse sobre él.

—Creo que ellos no opinan lo mismo. Cuando no encajas en la cuadrícula que te han impuesto, no ven quién eres, solo las diferencias que hay con lo que esperaban que fueras.

—Me es imposible pensar que no se sientan orgullosos de la hija que tienen, de quien eres, de lo que has conseguido tú sola. A mí me pareces admirable, increíble y... para qué negarlo, fascinante.

Otra mirada, esa mirada clavada en la suya mientras le decía todo aquello. No tenía nada de fascinante, se dijo. Solo era ella, Jenna. Una mujer complicada, con sus tics y defectos.

—Gracias, pero creo que te está sentando mal tanto sol —le dijo poniendo una mano sobre su frente, bromeando—. ¡Uf! Sí, estás muy caliente. Deliras por culpa de la insolación.

Dylan sonrió y tomó la mano que ella había puesto en su frente, pero lejos de soltarla, entrelazó los dedos con los suyos, en un gesto tan íntimo e inesperado que la sonrisa de Jenna se borró de sus labios y su corazón empezó a latir desbocado. Sobre todo cuando él se llevó su mano a los labios y dejó un beso en el dorso, de improviso.

—Me parece que no encajas muy bien los cumplidos —dijo él contra su piel, alzando la mirada para enlazarla con la suya—. No pasa nada. Trabajaremos en ello.

Jenna quiso protestar y preguntarle a qué se refería, pero Dylan siguió hablando, y sin soltarla, se puso en pie.

—Pero ahora, vamos a darnos un baño en el lago. Para eso hemos venido, y estarás de acuerdo conmigo en que es lo mejor para bajarme la calentura, ¿verdad?

Dylan no esperó una respuesta. Y tras tirar de ella para levantarla, la soltó y empezó a quitarse la ropa, frente a ella. Jenna abrió mucho los ojos cuando él se despojó de la camiseta gris

que llevaba ese día y su poderoso torso quedó al descubierto. La tiró a un lado sin miramientos y entonces la señaló.

—Tu turno —le dijo posando las manos en las caderas.

Desnudarse frente a él... no había pensado en ello. Se sintió excitada y cohibida a la vez. No podía hacerlo, pensó. Y entonces escuchó la voz de su ex, en su cabeza, llamándola mojigata delante de todo el país, y apretó las mandíbulas. «Está bien», se dijo a sí misma. «Eres una mujer hecha y derecha y vas a hacerlo». Y mientras se convencía de que podía hacerlo, tomó el filo de la enorme camiseta de Carter y, elevando los brazos, intentó sacársela por la cabeza.

No tardó ni un segundo en darse cuenta de que se había quedado enganchada dentro de la prenda, que ni subía ni bajaba.

—¡Oh! ¡Mierdis! —exclamó abochornada.

Dylan rio y se acercó hasta ella.

—No pasa nada, yo te ayudo —le dijo. Y en cuanto sintió la proximidad de su cuerpo y sus manos acariciando sus brazos, para deslizar la camiseta por ellos, se quedó inmóvil y conteniendo la respiración.

Cuando quedó liberada, lo primero que vio fueron sus ojos, clavados en los de ella.

—Tienes una forma muy graciosa de maldecir —apuntó él con esa sonrisa perezosa suya.

—Es que... no me gustan las palabras malsonantes —declaró mientras doblaba la camiseta y la dejaba cuidadosamente en el suelo. Después alzó la vista para enlazarla de nuevo con la de él.

—¿Y por eso decidiste trabajar en la construcción, rodeada de obreros que se pasan el día diciéndolas?

—Bueno, no me opongo a que las digan los demás. —Se encogió de hombros.

—Ya, entonces solo te reprimes a ti misma.

«Otra vez ese gesto burlón», pensó ella al advertirlo en su rostro.

—Yo no me reprimo —repuso rápidamente, para defenderse.

—Está bien saberlo —dijo él llevando las manos hasta la cintura de sus vaqueros. Y con

una lentitud exagerada, desabrochó el botón e hizo descender la prenda por sus piernas fuertes, hasta los tobillos. Después se los terminó de quitar y posó ambas manos en sus caderas, como retándola a mirar.

Y miró. ¡Y tanto que miró! Como que tuvo que obligarse a sí misma a dejar de hacerlo cuando él carraspeó, para, señalándola con la mano, invitarla a hacer lo mismo.

—Claro, me toca a mí —dijo en un susurro nervioso.

Ella lo tenía más fácil. Los pantalones de Carter eran anchos y llevaban la cinturilla con goma elástica, así que solo tuvo que deslizarlos por sus piernas. Los cogió y dobló para colocarlos junto con la camiseta, a un lado. Después lo miró aferrándose las manos, nerviosa por sentirse expuesta. Se habría cubierto si eso no la hubiese hecho parecer una remilgada.

—¿Podemos ya...? —La pregunta de si podían ya tirarse al agua quedó a medias cuando lo vio tomar el filo de su bóxer negro ajustado, bajarlo y despojarse de él.

—¡Mierdis! ¡Mierdis! ¡Mierdis! ¡Te los estás quitando también! —dijo apartando la vista, tapándose los ojos.

Oyó su risa grave acercándose a ella y empezó a temblar. No era la primera vez que se desnudaba con un hombre, pero siempre había sido en un lugar íntimo, en un dormitorio, con luz tenue, a veces incluso dentro de la cama. Pero no así, exhibiéndose.

—Tres mierdis... ¿Tengo que sentirme halagado? —preguntó llegando hasta ella y tomando sus manos. Jenna siguió con la mirada apartada, hasta que sintió que él le colocaba las manos sobre su pecho duro, caliente y excitante.

Sin pretenderlo sus dedos se estiraron, intentando abarcar toda la piel que pudiesen. «¡Oh, vaya! Tiene un cuerpo esculpido por los dioses», pensó. El calor de su vientre empezó a descender hasta su sexo y este palpitó con una necesidad turbadora. Las manos de Dylan, mientras, acariciaron sus brazos, ascendieron hasta sus hombros y rodearon su espalda para encontrar los corchetes que abrochaban su sujetador negro de encaje. Y Jenna cerró los ojos.

Sintió que los tirantes dejaban de presionarle los hombros y estos deslizarse junto a los dedos masculinos por sus brazos. También cuando las copas dejaron de cubrirlos y el aire

acarició sus pezones, color canela.

El gruñido que escapó de los labios masculinos la hizo elevar la vista. El pecho de Dylan se agitaba con su respiración cuando declaró:

—Eres preciosa.

Y la miró con un deseo, una devoción y un anhelo que Jenna no había visto jamás. Algo en su mente estalló en ese momento. Y por primera vez en su vida se sintió sexy, casi poderosa, al ver que era capaz de excitar a ese hombre con solo mirarla. Y por eso, porque algo en ella cambió en ese momento, le sostuvo la mirada cuando él tomó el filo de sus braguitas y durante todo el proceso en el que él descendió para despojarla de ellas. Lo vio admirar sus curvas y la intimidad de su sexo níveo y expuesto, y solo pudo morderse el labio inferior.

—Vamos al agua —le ordenó él—. Ahora sí que necesito enfriar mi estado —confesó bajando la mirada entre los dos cuerpos. Ella lo imitó y abrió los labios al contemplar la erección sublime que le había provocado.

Dylan sacó la cabeza del agua, tras una buena zambullida, y lo primero que vio fue a Jenna mirando a un lado y a otro, buscándolo, preocupada. Al tirarse, había necesitado bucear un poco para darse el tiempo de templar su ánimo. Jenna lo volvía loco. Lo llevaba haciendo desde el primer día que la vio, y ahora estaba en el agua, con él, desnuda. Y en lo único que podía pensar era en besarla, en tocarla, en sentirla.

Pero necesitaba un momento; quería hacerlo bien, con calma. Jenna y él apenas habían pasado tiempo juntos, a solas. Ni siquiera se habían besado y no era un ligue más. Había empezado a sentir cosas por ella, cosas que no se había permitido considerar antes con ninguna otra mujer. Tampoco se había planteado hasta el momento tener una relación estable con una. Su vida, su trabajo en los Delta Force, lo había mantenido centrado en los objetivos, en las misiones. No había querido una relación en la que tener que abandonar una y otra vez a su pareja, ocultarle su otra vida, las mentiras...

Por motivos diferentes, pero la vida de su madre había sido así. Aguantando sus ausencias,

viviendo con un hombre al que no conocía en realidad. No, jamás había querido eso. Tampoco se había sentido tentado. Su trabajo le gustaba demasiado, a pesar del dolor, de las pérdidas, de haber presenciado más horror del que cualquier ser humano debería ver en su vida. Sin embargo, todo había cambiado al descubrir que tenía un hermano menor que lo necesitaba en casa. Y ahora, sentía que quería tomar un nuevo camino gracias a la mujer que lo buscaba en el agua.

Y luego estaba ella, había sufrido ya demasiado. Aún estaba intentando superar el daño que le habían infligido, sobreponerse a la traición y la humillación. Se merecía que fuera paciente con ella, que le demostrase la sensibilidad, decencia y honestidad que no le habían dado hasta el momento. Que supiera que la veía más allá de lo que mostraba a simple vista, que la veía a ella, a quien era en realidad.

—¡Oh! ¡Ahí estás! ¡Me has dado un susto de muerte! —dijo aliviada al darse la vuelta y encontrarlo por fin.

—¿Pensabas que te desharías tan rápidamente de mí? —preguntó él feliz de ver su preocupación—. Encanto, eso no va a pasar.

Se acercó solo un poco más a ella. Necesitaba ver la expresión de sus ojos, pero con la distancia suficiente para no caer en la tentación de tocarla. Ahí estaba ese brillo salvaje que escondía su mirada. Jenna era tan comedida, educada, siempre en su sitio, pero desde la primera vez que cruzó la mirada con la de ella, y vio ese destello, esa fuerza suya, luchando por salir, supo que era diferente.

—Bien. —Se limitó a decir Jenna. Y para su sorpresa, fue ella la que acertó la distancia sin dejar de mirarlo directamente a los ojos.

Dylan contuvo el aliento.

—Bien —repitió él en tono grave. Lo tenía embrujado. Parecía una ninfa tentadora, fascinante y seductora. El agua se reflejaba en sus ojos verdes, y la piel de su rostro y hombros brillaba cubierta de pequeñas gotas bañadas por el sol. Sus labios estaban enrojecidos y entreabiertos y supo que estaría perdido si no se alejaba un poco más de ella.

No tuvo oportunidad de replantearse qué hacer, porque para su sorpresa, Jenna acertó la

distancia hasta que tan solo hubo unos centímetros entre sus rostros. Elevó los brazos y le rodeó el cuello, pegándose a él.

—Jenna... —exhaló en un suspiro ahogado y extasiado.

—¿Sí? —preguntó ella pegando la frente a la suya. Y con el resto también lo hizo, el resto de su sinuoso cuerpo: su pecho, su abdomen, sus piernas se enlazaron bajo el agua y se buscaron como los polos opuestos de un imán.

—Voy a hacerte mía hasta que grites mi nombre —declaró él con un gruñido. Y no pudiendo soportar más el dolor de la necesidad que ella le provocaba, abordó su boca con codicia.

Jenna sintió los labios masculinos y exigentes presionar los suyos, y después la invasión de su lengua diestra asaltando su boca con urgencia. La misma urgencia que mostraron sus manos, aferrándola por las caderas para acoplarla a él, para recorrer su espalda, para acariciar su piel bajo el agua, dejando caminos de fuego por donde la tocaba. Jamás había compartido esa necesidad animal con nadie. Pero él era fuego, era destrucción, era las llamas que la consumían y despertaban a la vida. Y ella no podía pensar, solo sentir. Sentir la lengua masculina jugar con la suya, enredándola en una maraña de deseo que provocaba descargas por su cuerpo, en sus pezones, en su vientre, en su sexo palpitante y hambriento de atención. Enloquecida, enajenada, vendida a un deseo que la devastaba con cada caricia. Él la aferró por los glúteos, aprisionándolos con sus palmas abiertas y la apretó contra su sexo, esa erección imponente que la llamaba a gritos. Jamás antes había deseado tanto ser poseída, que la llenasen por completo, perder la cabeza. Y cuando él empezó a moverla arriba y abajo, para frotar su miembro erecto contra el centro de su feminidad, las descargas de placer, desatándose en olas en su interior, la sorprendieron, ahogándola en la nebulosa de esa embriaguez devastadora.

¿Qué le estaba pasando? Se sentía en la boca de un abismo, incontrolada, perdida a un placer sobrecogedor. Y entonces él la apoyó contra uno de los pilares del embarcadero y bajó una mano hasta su sexo.

—Mírame —le ordenó cuando ella cerró los ojos, justo antes de introducir tres dedos entre sus pliegues.

Y con una pericia que ella no conocía, los abrió para frotar su centro, desde el clítoris hasta las puertas de su vagina. Cuando creía que iba a adentrarse en ella, volvía a ascender, haciéndola pensar que la mataría por la necesidad de sentirlo en su interior. Pero entonces volvía a estimular su botón del placer dilatándolo, haciendo que latiese agonizante, y regresaba abajo, acariciaba la entrada de su cavidad y al borde de la destrucción volvía a ascender. Jenna perdió la cuenta de las veces que él la torturó de esa forma, solo entregada al despertar de su cuerpo, a aquellas sensaciones únicas y extasiantes. La primera sacudida de placer la pilló tan desprevenida que de su garganta escapó un gemido que terminó ahogado contra el cuello de Dylan. Y luego llegó otra, y otra, y otra más, y con cada una se contraían sus músculos vaginales, deseosos de atrapar su miembro erecto, pero él no se lo concedió, centrado solo en alargar el orgasmo femenino hasta el delirio, hasta conseguir su dulce recompensa. Con la última y devastadora sacudida ella lo obsequió gimiendo su nombre, completamente rota por el placer.

Y mientras Jenna saboreaba los vestigios del éxtasis, él volvió a devorar su boca para beberse su aliento.

CAPITULO 25

Frígida.

Quizás era de las cosas más humillantes de cuantas la había llamado Kevin en público. Y no lo iba a negar, también ella lo había pensado de sí misma durante mucho tiempo. Pues jamás, jamás en sus veintiocho años, había sentido algo ni remotamente parecido a lo que acababa de sentir con las caricias de Dylan, y sin ni siquiera haberla penetrado.

Acababa de tener su primer orgasmo. Un orgasmo devastador que sentía que la había roto por dentro, y al mismo tiempo le había dibujado una sonrisa satisfecha que no creía que se le pudiese borrar del rostro en todo el día. Por suerte, él no podía ver su gesto de boba en ese instante, pues seguían abrazados, entrelazados y saboreando los vestigios del momento que habían compartido. Y sentía en su interior que él acababa de cambiarla para siempre. Puede que hubiese sido incluso antes de tocarla, cuando él le dijo que era preciosa. Y se lo había demostrado, no solo con palabras, también con esa mirada, con la reacción de su cuerpo. Apretó los labios al recordarlo, conteniendo el gesto emocionado.

Solo Krysten lo sabía, pero jamás se había sentido especialmente guapa, mucho menos sexy. Imaginaba que había sido un problema de inseguridad que llevaba arrastrando desde la pubertad. Cuando se desarrolló, su cuerpo cambió y empezó a ganar peso. Recordaba los comentarios *preocupados* de sus padres al respecto. También de algunos compañeros de la escuela, las bromas y burlas. La dieta y el ejercicio a la que la sometieron con doce años atajaron *su problema* a tiempo. Sobre todo porque siempre fue muy disciplinada para conseguir satisfacer a sus padres y así encajar en la cuadrícula.

Con catorce seguía siendo la gordita, aunque ya no tenía sobrepeso, pero sí una ansiedad acuciante que la llevó a adquirir varios tics.

Y estos ya no la abandonaron.

Como tampoco esa visión de sí misma de que no era suficientemente hermosa, ni bella, ni

destacable. No era llamativa, tampoco fea, pero no tenía nada especial que pudiese hacer que un hombre perdiese la cabeza por ella y la desease de esa forma animal, como lo había hecho Dylan.

Sus relaciones habían sido lo que hasta el momento ella consideraba normales, discretas, puede que monótonas. A veces había sentido algo de placer, pero jamás había llegado al éxtasis, hasta ese momento. Cuando se dio cuenta de que sus parejas sexuales se enfadaban o se sentían mal por su falta de fervor, empezó a fingir por ellos. Y puede que por ella misma un poco también, para no sentirse un bicho raro. Una mujer defectuosa incapaz de vibrar como lo hacían las demás. Tal vez por eso no se había sentido cómoda, ni libre para experimentar cosas.

De todos sus secretos, ese era el que había guardado más celosamente, por pudor y vergüenza. Y fue aquel precisamente, el primero que Kevin le escupió a la cara delante de todo el país, el día que la dejó para justificar su abandono. Cerró los ojos y sin darse cuenta, se aferró con más fuerza al hombre que la sostenía contra su cuerpo, haciéndola sentir segura por primera vez.

—¿Estás bien? —le preguntó él contra el hueco de su cuello y consiguió que su piel se erizase.

Jenna suspiró.

—Muy bien —dijo con un estremecimiento.

Su tono no debió convencer a Dylan, que la apartó para tomar su rostro y escudriñar su mirada. Jenna se mordió el labio cuando vio que él advertía la lágrima que escapaba de sus ojos por la emoción. Quiso desaparecer en ese momento. ¿Qué mujer lloraba después de tener un orgasmo? Ella solita había acabado con la magia de aquel instante. O al menos eso pensó hasta que Dylan borró su lágrima con el pulgar y, tras perderse en su mirada, atrapó de nuevo su boca, besándola con la misma pasión y entrega que minutos antes. Salvo que esta vez se dilató, deleitó y saboreó, con una ternura exquisita que a ella le caldeó el alma.

Jenna se habría pasado allí toda la vida, enredada a su cuerpo, a sus besos, a su sabor, a todo lo que él la hacía sentir por primera vez, pero de repente, unas voces los interrumpieron.

—Mira, nena, este parece un buen sitio, no hay nadie.

Las risas de una pareja joven llenaron el ambiente. Dylan y ella se miraron, y mientras ella abría los ojos como platos, él sonrió por la situación.

—Te equivocas. Hay ropa en el suelo —repuso la chica.

Jenna se llevó una mano a la boca y la cubrió.

—¿Son dos tíos? —preguntó el chico—. Pero... no los veo por ninguna parte. ¿Crees que estarán por aquí... haciéndolo?

—¡No seas morbosos, Rusty! ¿A ti qué te importa? Además, en cualquier momento volverán, así que vámonos.

—¡Joder, nena! ¿Crees que hay muchos sitios como este por aquí? Podemos pasar un buen rato... Estoy cachondo y necesito desahogarme... —Se oyó a tal Rusty poniéndose acaramelado—. Echamos uno rapidito y nos vamos, ¿vale?

Los ojos de Jenna se abrieron espantados y estuvo a punto de exclamar, alucinada. Al tiempo, Dylan le tapó la boca para impedirlo. Con la otra mano le hizo una señal para que se mantuviera en silencio y quieta en el sitio. Fuesen quienes fuesen, no quería que vieran a Jenna y arriesgarse a que la reconocieran. Pero antes de separarse de ella, le dio un rápido beso en los labios. Estaba a punto de salir a decir un par de cosas al tal Rusty, cuando ambos oyeron la respuesta de la chica.

—¡Serás gilipollas! ¿Qué te has pensado? ¿Que soy tú puñetera muñeca hinchable? —preguntó la chica ofendida, y con razón.

Dylan y Jenna se miraron y sonrieron.

—No se te ocurra volver a hablarme así o lo primero que hago es decírselo a tu madre, Rusty Wester —le advirtió la chica.

—Pero nena...

—Ni nena ni nada. Y ahora llévame a casa que tengo que pensar si es el momento de ir cambiando de novio.

Lo siguiente que escucharon fue a la pareja alejarse mientras él intentaba disculparse, y ella le hacía pagar su comportamiento.

—¡Vaya! Eso ha sido impresionante —dijo Dylan, volviendo hacia ella.

—Sí que lo ha sido. Me alegro de que le haya plantado cara.

—Es la única forma de parar a los abusones —apuntó él.

Y Jenna se dio cuenta de que tenía toda la razón. Ella, sin embargo, había dejado que la vapulearan, abusaran y la utilizaran con todo el tema de la ruptura con Kevin, sin defenderse. Se sintió decepcionada consigo misma. ¿Por qué ni siquiera se lo había planteado?

—Bueno, creo que esta interrupción nos ha dejado claro que el sitio no es tan privado como yo pensaba. Deberíamos buscar un lugar que sí lo sea. ¿Te parece? —le preguntó él sin ser consciente de su turbación.

Ella volvió a asentir y sonrió, pero su declaración sobre los abusones y la escena que habían presenciado, no abandonaron del todo su mente en todo el trayecto hasta su bungalow. A pesar de que Dylan no se lo estaba poniendo fácil, pues la besó mientras se vistieron a toda prisa, también al entrar en el coche y antes de arrancar. También después, cuando comprobaron que no había prensa frente a su puerta, pues la creían en la obra. Y volvió a hacerlo cuando cerraron la puerta de su cabaña, tras ellos y por fin se quedaron solos.

—¿Quieres que me vaya? —le preguntó él una vez dentro.

—No, claro que no —repuso, rápidamente. Y para que no hubiese dudas, fue hasta él y, aferrándose a su cuello, lo besó.

—Bien... —Su tono ronco indicó a Jenna que sus besos habían vuelto a afectarlo. Él recorrió su rostro y le apartó un mechón de cabello hacia atrás del hombro—. Porque yo no quiero irme —añadió contra su boca.

Ambos sonrieron y volvieron a besarse.

—¿Y ahora? —preguntó ella dándose cuenta de que estaban solos, en su casa, calientes y deseosos, tan cerca de su cama como para que los llamase de forma tentadora. Se estaba dejando llevar por primera vez en la vida, saliendo de su zona de confort, olvidándose de lo que era correcto, prudente o sensato. Y era solo por él. Todo aquello significaba algo, algo que la ponía nerviosa. Pero se negaba a pensar en eso ahora, pues solo quería que aquello no terminase.

—Cariño, ahora vamos a repetir lo del lago, pero bien hecho.

Jenna tragó saliva. «¿Él creía que aún se podía mejorar?». La mirada lobuna que le brindó junto a la sonrisa indecorosa que a ella tanto le gustaba, le dijeron que así era.

—¡Oh... dios... mío! ¡Dios mío!

Jenna soltó las sábanas que hasta el momento estaba apretujando con las manos, y cogió el primer almohadón que encontró en la cama para colocárselo sobre el rostro y ahogar el grito desgarrador que brotó de su garganta al creer que moriría de placer. La última sacudida la dejó exhausta y sin aliento. Consumida y deshecha, apuró las trazas del placer desgarrador que Dylan acababa de proporcionarle. Mientras él aún, con la cabeza entre sus muslos, besaba el interior de los mismos, su pubis henchido, y su vientre, prieto de intentar contener el placer de forma dolorosa.

—Déjame verte —le dijo él entonces, quitándole el cojín de la cara—. Fascinante —añadió embelesado recorriendo su rostro.

Ella lo miró sin entender.

—Tienes fuego en la mirada —le aclaró.

—Ahora mismo tengo fuego en cada centímetro de mi cuerpo —repuso a punto de que le diera un ataque de risa, de pura felicidad y asombro—. No lo sabía... no tenía ni idea de que se pudiese sentir algo como esto. —Y nada más confesarlo, se tapó la boca con la mano.

—¿No te lo habían hecho antes? —le preguntó él, sorprendido.

—Así no.

Dylan se incorporó de rodillas aún entre sus piernas. Y Jenna suspiró con su visión sobrecogedora.

—Aclárame eso —le ordenó él.

—No sé... Antes de hoy, me parecía... un trámite —dijo sintiendo que se le arrebolaban las mejillas. Y Dylan alzó una ceja—. No sé explicarlo bien. Era como si fuese algo que se hacía por compromiso. Al final me sentía incómoda y era yo misma la que lo evitaba.

Cuando Dylan la miró a los ojos, ella se encogió de hombros. Quiso apartar la mirada, pero él se inclinó sobre ella, hasta cubrirla, buscando su boca. La besó largo y tendido, deleitándose. Jenna percibió su propio sabor en los labios de Dylan y extrañamente se sintió poderosa.

—Siento que hayas tenido experiencias como esas. El sexo no debería convertirse jamás en un trámite. Es una oportunidad única de ser generoso con la persona que te importa.

A Jenna le fascinó su forma de decirlo. «A Dylan... ¿le importaba?». No quiso detenerse en ese pensamiento y lo descartó para centrarse en sus últimas palabras. No había duda de que Dylan era un amante generoso y se preguntó qué más exploraría junto a él.

—Yo también quiero ser generosa. —Se oyó a sí misma declarar y le regaló una sonrisa traviesa, mientras se mordía el labio inferior. Apoyó ambas manos sobre su pecho fuerte y empezó a acariciarlo, descendiendo lentamente por su cuerpo.

Cuando él se dio cuenta de que iba derecha a tomar su miembro erecto, descendió, no dejando espacio entre sus cuerpos para impedirselo. Ella lo miró confusa y él negó con la cabeza, chasqueando la lengua contra el paladar.

—Aún no.

—¿Por qué? Yo también quiero darte placer.

—Y me lo estás dando. Me vuelve loco ver cómo disfrutas, como te retuerces y llegas al límite. Me enloquece tu forma de romperte, de intentar controlarlo y rendirte.

La dejó hechizada. Sí, no había duda de que era un amante muy generoso. Y eso la hizo desearlo aún más.

—Soy una mujer fuerte y ahora mismo me siento más segura que nunca. No necesito que me trates como si fuera a romperme, porque no lo haré. Tampoco que seas paciente, porque no podré soportarlo. Quiero más de lo que me has dado en el lago, más de lo que acabas de darme. Lo quiero todo en realidad. Y ahora.

Dylan se quedó hipnotizado. El brillo salvaje de su mirada, resplandecía más que nunca. Estaba decidida y lo deseaba tanto como él a ella. Tomar la decisión de ir despacio, después de

haber visto las dos entrevistas y escuchar lo que había dicho su ex, había sido una tortura. Pues cada vez que la veía rota de placer, solo pensaba en poseerla, hacerla suya, llevarla al límite final. Entregarse a ella y sentir su rendición entre sus brazos. Pero Jenna acababa de sorprenderlo otra vez, con su fuerza, su decisión y su audacia. Y sabiendo lo que pensaba, no iba a poder resistirse más. Mucho menos cuando ella movió las caderas bajo su cuerpo para acoplarse más a él.

Parecía otra mujer. Ya no evitaba su mirada, ni se enrojecía. Estaba entregada por completo. Y se lo hizo saber, elevando las caderas para abrazarlo con sus piernas.

—No sabes lo que haces. No voy a poder contenerme —dijo él incorporándose un poco.

—Eso espero —repuso ella, provocadora.

—Maldita sea, Jenna —gruñó él cuando ella acarició sus pezones con las yemas de sus dedos. Aguantó un gemido entre los dientes. Y cuando Jenna elevó la espalda para buscar su piel con la intención de besarla, posó una mano tras ella y la llevó consigo, hasta sentarla sobre su regazo.

Sus cuerpos quedaron frente a frente, ella sentada sobre él, envolviéndolo con sus piernas, y abrazándolo por el cuello. Se besaron otra vez, con ansiedad, con hambre, con expectación. Dylan atacó su cuello y ella enredó los dedos en su cabello, jadeando, con la respiración entrecortada. Posó una mano en su nuca y la inclinó hacia atrás. Se deleitó más con la piel suave de su cuello, de su clavícula y, cuando ella se arqueó, tomó uno de sus pechos, llenos y desafiantes con la palma de su mano y se lo llevó a la boca, para lamerlo, mordisquearlo y succionarlo con avidez. Jenna elevó el trasero para facilitarle el ángulo y entonces tomó ambos senos para torturarlos al tiempo. Enterró el rostro entre ellos, inhaló el olor de su piel caliente y atrapó su trasero con ambas manos. La redondez succulenta de sus curvas, lo volvía loco y supo que no quería aguantar más.

Sujetándola por las caderas, la guio hasta su incontrolable erección, y a las puertas de su sexo, la obligó a mirarlo. Despacio la hizo descender lentamente por su miembro, dejando que este la llenase mientras veía las reacciones de verse invadida en su rostro. Y de repente, ella le quitó el control y presionó, bajando y haciendo que terminase aquella lenta tortura, colmándose

por completo.

Dylan gimió y ella con él. Y entonces empezó el endiablado baile de sus caderas, ambos buscando el acople perfecto, la unión sublime de sus cuerpos ahora desbocados, sin control. Él la tenía cogida por las caderas mientras lo cabalgaba, dominada por la misma necesidad que lo consumía a él. La luz que entraba por la ventana, iluminaba la redondez de sus senos bailando delante de su rostro, la exquisitez de su piel brillante por el sudor, y el gesto de éxtasis que arreboló sus facciones cuando se vio a las puertas del orgasmo. Quiso ayudarla y elevó las caderas para profundizar más en la penetración. Un segundo más tarde, ella exhalaba un gemido delirante. La sintió vibrar, sacudirse, y la forma en la que sus músculos vaginales se cernieron en torno a su miembro, con codicia, lo estremeció. De tal forma e intensidad, que en pocos segundos él solo pudo dejarse llevar por su propio placer.

El gruñido que salió de su garganta fue pura necesidad contenida y después liberada. Se buscaron con la mirada, compartiendo la complicidad de un momento único de entrega absoluta. Y como si ambos sucumbiesen al mismo anhelo, se abrazaron. Él la rodeó por la cintura y apoyó la frente en su pecho que subía y bajaba tan agitado como el suyo. Ella lo rodeó con sus brazos pegándose a él, y apoyó la mejilla sobre su cabeza, tras suspirar, pues sabía que lo que acababan de hacer había cambiado su mundo para siempre.

CAPÍTULO 26

—¡Buenos días, pesadilla! —El saludo de Leo pilló desprevenida a Krysten que pegó un respingo por el susto.

—Buenos días —se limitó a decirle con desdén, como si el simple hecho de coincidir con él le molestara esa mañana de sábado.

No contuvo sin embargo las ganas de repasarlo de arriba abajo, concienzudamente. El maldito estaba bueno de narices, y esa mañana se había puesto esa camisa azul que a ella tanto le gustaba, con las mangas dobladas hasta los codos. El vaquero del mismo color, le sentaba de maravilla, ajustado a sus caderas y a ese culito prieto que debería estar prohibido. Y las botas camel que le regalaron el año anterior todos los del equipo por su cumpleaños, pero que ella personalmente había elegido e ido a comprar.

Aun así, se dio la vuelta resoplando, dispuesta a marcharse sin mediar con él una sola palabra más. Pero entonces, Leo la interceptó poniéndose a su lado. Lo primero que llegó a ella fue el aroma de su colonia. Aspiró por instinto y dándose cuenta de que estaba disfrutándola, arrugó la nariz.

—Te importa, tengo prisa —le dijo esquivándolo.

—¡Oh! ¿Algún plan interesante? —La sonrisa amable de Leo la puso en alerta.

No se fiaba un pelo de él. Llevaba todas aquellas semanas, meses en realidad, desde el día de su llegada, tocándole las narices. Siendo un borde de primera, bufando cuando la veía pasar por su lado e ignorándola cuando tenían que trabajar juntos. «¿Y ahora era amable?», se preguntó entornando la mirada.

—Pues sí, un planazo en realidad. ¡Voy a pasar la mañana con mi novio! ¿Sabes? Quiere enseñarme a cocinar. Es un verdadero encanto. El hombre más atento que he conocido en mi

vida —dijo con un entusiasmo que no había mostrado jamás, ni en las rebajas de zapatos Jimmy Choo.

Y no mentía, había quedado con Bobby D. que iba a hacerle un risotto. Pero era un plan de amigos, normal y corriente, para contarse cómo les había ido la semana. y compartir el chisme de que su mejor amiga y el hermano de él, habían pasado la noche juntos.

Jenna le mandó un mensaje la noche anterior para pedirle que no la despertara esa mañana para ir a desayunar, y avisarla de que tampoco estaría disponible en todo el día. Evidentemente, ante aquella respuesta, le hizo un tercer grado telefónico hasta conseguir que le confesara que se lo estaba pasando pipa con el grandullón.

Todo había estado dentro de sus planes desde que lo vio hacía tres meses en las noticias en su móvil. Entonces ya supo que era perfecto para ella. Un hombre de verdad, hecho y derecho, no como Kevin que tenía más de artificial que el Kent de la Barbie. Pero, aun así, aun esperando que surgiera la magia entre ambos, la noticia la había pillado por sorpresa. Y era algo tan gordo como para merecerse una sesión de cotilleo con su amigo, acompañado de una buena comida y un estupendo vino. Además. Quería aprovechar la charla para sacar toda la información que pudiese a Bobby D. sobre su hermano, porque ahora que tenía una aventura con su mejor amiga, necesitaba saber mucho más de él. Pues no pensaba dejar que nadie volviese a herir su maltrecho corazón.

Así que no, no tenía tiempo ni para Leo ni para sus tonterías esa mañana. Cuanto antes lo espantara, mejor.

Estaba a punto de soltarle una fresca, cuando él habló:

—Sí que es un encanto, sobre todo si conoce tus antecedentes en la cocina.

La sonrisa de Krysten se tensó en sus labios, haciéndola parecer una muñeca diabólica. Lo sabía, sabía que no podía estar ni dos segundos sin decirle algo desagradable. Como en ese momento, en el que claramente sacaba a colación la única vez en la que había “cocinado” para él, y quemó las dos pizzas precocinadas que iba a servir. Pero no pensaba dejar que notase que la había molestado.

—Los conoce y, aun así, está deseando que hagamos esto juntos. En eso consiste el amor de verdad, en quererse y aceptarse mutuamente, a pesar de los defectos.

Ella hablando de amor de verdad, pensó. Tuvo que darse la vuelta y ocultarle el rostro cuando una mueca de asombro hacia si misma apareció en su rostro.

—Pues sí, sí que te ha dado fuerte. Krysten Grey hablando sobre amor verdadero, ¿quién lo iba a decir?

Y antes de que pudiera protestar, él continuó.

—Definitivamente este Bobby D. parece un tipo especial.

—Lo es, lo es.

—Ya lo veo. Creo que he sido injusto con él y eso no está bien. Debería darle una segunda oportunidad y conocerlo más. Puede incluso que podamos ser buenos amigos.

La respuesta de Leo la dejó patidifusa. Pero aún más cuando lo oyó continuar.

—Me apunto a vuestro plan. Yo siempre he querido aprender a hacer risotto. Es una receta perfecta para lucirse en una cita romántica. Y así tendré la oportunidad de conocerlo un poco. Además, si es algo tan serio, seguro que quiere conocer a tus compañeros y amigos.

—Tú y yo no somos amigos —la frase le salió del alma. No supo si porque se había tomado demasiado bien su creciente y falsa relación o porque quisiese aprovechar para aprender una receta que hacer a otra mujer en una cita romántica. Lo que le pareció una desfachatez.

—Bueno, hubo un tiempo que sí que lo fuimos. Y seguimos siendo compañeros. Me gustaría pensar que somos capaces de solventar nuestras diferencias y recuperar esa amistad. Sería bueno para el trabajo, y para nosotros.

Su argumento fue tan maduro, tan elocuente y lógico que Krysten no supo ya que decir que no la hiciera quedar como una cría con una pataleta. Asintió como si fuese tan madura como él y pudiese dejar el pasado atrás por el bien común. Aunque sabía que ahora le iba a tocar hacer la representación del siglo de la novia perfecta.

Así que, con el ánimo de un condenado al patíbulo, pero el gesto encantado de una recién premiada a la lotería, aceptó subir al coche de Leo y que este la llevara a su “cita” con su

“novio”.

El viaje fue una auténtica montaña rusa de emociones. Estar en un espacio cerrado, pegada a él era una tortura porque podía apreciar su aroma, su calor, la piel dorada de sus brazos, cerca, demasiado cerca. En un par de ocasiones se tuvo que reprender al darse cuenta de que estaba repasando ciertas partes de su anatomía con avidez. Entonces empezaba la fase de recordarse que lo odiaba, para después decirse a sí misma que debía comportarse de manera adulta, responsable y ya que había decidido desecharlo de su vida, intentar que la relación entre ellos fuese lo más amigable posible.

Y aunque estaba en esa etapa conciliadora de su diatriba mental cuando llegaron al bar, bajó del coche en cuanto este se detuvo y se adelantó a entrar. Solo para, con grades espavientos, abrazar a un Bobby D. estupefacto y plantarle un beso en los morros como si besar sus bonitos labios fuese lo que necesitase para vivir.

—¡Ay, cariño! ¡Qué ganas tenía de verte! —le dijo, aún colgada de su cuello.

Ella lo miró a los ojos y le hizo una mueca para hacerle entender que estaba en plena actuación. Pero Bobby solo entendió del todo la escena cuando vio entrar tras ella a Leo. Entonces, le devolvió el abrazo rodeándola por la cintura, reaccionando.

—Y yo a ti, cielo —repuso él y depositó un pequeño y tierno beso en la punta de su naricilla. Se miraron aparentemente embelesados hasta que sintieron que Leo llegaba hasta ellos.

—¡Oh! ¡Hola Leo! ¿Cómo tú por aquí? —le preguntó Bobby D. apartándose un poco de ella y ofreciéndole la mano, a modo de saludo.

—Ya ves, tío. Krysten me ha hablado de la maravillosa cita que tenéis para enseñarla a hacer risotto, y he pensado... ¡Qué buena oportunidad para aprender también!

La sonrisa de Bobby D. se amplió en su rostro, algo forzada.

—Eeee.... ¡Claro! ¡Por supuesto! Cuantos más mejor —repuso él en tono despreocupado.

—Perfecto, no quería interrumpir nada importante. Tampoco quería romper vuestros planes. Ya me entiendes, si era una cita con final feliz...

Bobby D. no pudo evitar sonreír. Y Krysten tuvo ganas de estrangular a Leo, otra vez.

—Por supuesto que habrá final feliz, siempre lo hay, ¿verdad cielo? —se giró hacia Bobby D. y sonrió melosa—. Pero no pasa nada. Si no te importa ser un poquito sujetavelas, nos contendremos hasta después de la comida. Y ya en privado, le daré yo a mi Bobby D. el postre.

Llamas fulgurantes, demoledoras y destructoras, iluminaron la mirada castaña de Leo que, tras un segundo de observarla fijamente a los ojos, como si la quisiera asesinar, terminó por sonreír.

—No me importa en absoluto. Solo he venido a aprender, pasar un buen rato con amigos, y conocer más a este fantástico hombre —apuntó mirando directamente a Bobby—. Si has sido capaz de derretir su gélido corazón y conseguir que al menos no quemé un par de pizzas, tienes toda mi admiración —dijo directamente para él.

CAPÍTULO 27

Bobby D. tardó un segundo en reaccionar tras apreciar los celos, la desesperación y el calvario por el que estaba pasando ese hombre que Krysten se empeñaba en decir que solo quería fastidiarla. Por otro lado, ella aprovechaba cualquier ocasión para darle en las narices, lo que le indicaba que tan indiferente no le era. La llegada de ambos juntos lo había pillado por sorpresa y todo había sucedido ante él, como si fuera un simple espectador. Pero ahora se daba cuenta de que tenía la oportunidad de ayudar a la que ya consideraba una de sus mejores amigas. Krysten merecía ser feliz, y si Leo era como parecía, podía ser el hombre que lo consiguiese.

Vio por el rabillo del ojo que a Krysten el comentario de Leo la había herido de verdad. No le extrañaba, lo de “gélido corazón” iba cargado con cierto desquite. Y se acercó a rodearla con su brazo, antes de que volviese a saltar como una fiera.

—Bueno, a mi chica le gusta ir de dura, pero en realidad tiene un corazón dulce como el caramelo. Solo hay que darle buena comida y hacerla sonreír para llegar a verlo. ¿Verdad, cielo? —preguntó a Krysten, haciendo que desviase la mirada incendiaria hacia él.

—Por supuesto, amor —repuso ella, casi entre dientes.

—Venga, vamos entonces a la cocina a hacer ese risotto. Seguro que nos divertiremos —dijo él dispuesto a convertir aquella clase de cocina en una misión cupido. Y para azucar un poco más el tema, cuando dejó pasar a Krysten primero hacia el interior, le dio una cachetada en el trasero, asegurándose de que Leo viese el gesto.

Krysten sorprendida, pegó un respingo y él guiñó un ojo a Leo con falsa camaradería. Cuando vio que él soltaba el aire por la nariz, dilatándola como un toro enfurecido, sonrió para sus adentros.

—¡Vaya! ¡Menuda cocina! —dijo Leo admirado cuando entraron en lo que él consideraba sus dominios.

—Sí, la cocina de mi madre. Ella compaginaba sus terapias con llevar la cocina del bar. Todos los platos que sigo haciendo aquí, son de su libro de recetas —añadió señalándoselo. Leo y Krysten fueron entonces hasta donde él decía y al mismo tiempo intentaron hacerse con el archivador plastificado de su madre.

Los vio mirarse, forcejear ligeramente y, al final, aceptar dejarlo sobre una de las mesas para ojearlo a la vez. Él mientras se lavó las manos y se puso el delantal.

—Hay muchísimas recetas —dijo admirada Krysten— ¿Sabes hacerlas todas?

—Sí. A Dylan nunca le interesó la cocina, pero yo pasaba horas aquí con mi madre. Le contaba mis cosas, siempre estuvimos muy unidos. Y amar la cocina fue algo que heredé de ella.

—¡Qué bonito! Seguro que guardas muchos recuerdos de vosotros aquí juntos—señaló Krysten.

—Muchos, tal vez por eso sigo encargándome de cocinar. De alguna manera es como si cada vez que lo hago, estuviese con ella. Atesoro muchas anécdotas de cada uno de esos platos, y las recuerdo mientras las preparo.

Bobby D. estuvo a punto de emocionarse y sacudió la cabeza, tomando un plato.

—Pero bueno, vamos a empezar con la receta. Me gusta preparar las cosas con antelación y ya lo tengo todo aquí listo. Mirad —llamó la atención de ambos y ellos se acercaron para ver mejor—, tenemos ajo, cebolla picada muy fina, puerro, aceite de oliva virgen extra...

Leo cogió la botella de cristal para apreciar el precioso color verde oscuro del aceite.

—Es oro líquido. Me lo traen de España. No hay otro mejor, y marca la diferencia.

Leo asintió y dejó la botella tras oler el aceite, interesado.

—También tenemos mantequilla, arroz *arborio Scotti*, vino blanco seco —dijo elevando un dedo para incidir en la importancia de que así fuese—. Caldo caliente de verduras y pollo... Este lo he hecho esta mañana —Aclaró—. Y queso *parmigiano reggiano*, que rallaré en el último momento.

—Todo esto, tu forma de exponerlo y explicarlo, me parece fascinante. ¿Te importa si te grabo mientras haces la receta? Así también me aseguro de no saltarme ningún paso cuando la

quiera hacer yo —le pidió Leo.

A Bobby D. le sorprendió la petición, pero se sintió halagado y negó con la cabeza.

—Claro, como quieras. No hay problema.

—Bobby no se siente incómodo delante de las cámaras, estuvo un tiempo en Los Ángeles, trabajando como actor —dijo Krysten de la manera más natural.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué hiciste? —preguntó Leo con curiosidad mientras sacaba su móvil y lo configuraba para la grabación.

—Bueno, cosas variadas. Anuncios, comerciales, capítulos sueltos para diversas series...

—Salió en NCIS —lo interrumpió Krysten.

—¿En serio? ¡Me encanta esa serie! En realidad, todas las de acción —dijo Leo empezando a hacer pruebas de luz con los ingredientes y con el propio Bobby D. que se vio inspeccionado de repente por la cámara de su móvil.

—Pues él ha participado en muchas. Incluso salió en un capítulo en Lucifer.

—Bueno, fueron dos capítulos, pero solo hacía de confidente... nada relevante. No conseguí que eso cuajara y regresé a casa.

—Pues la cámara te la comes. Quedas muy bien —apuntó Leo haciendo un plano en torno a él.

Bobby D. se sonrojó.

—Bueno, será mejor que empecemos. Si vas a grabar, empezaré volviendo a presentar los ingredientes, para que no te olvides de nada cuando hagas la receta.

Y así lo hizo durante unos minutos, mientras Krysten y Leo lo miraban atentamente. Y después prosiguió.

—El primer paso para hacer risotto es el sofrito, que es la base. Y para ello añadiremos un poco de aceite o mantequilla. Yo prefiero usar aceite en este punto —aclaró—, en una cacerola hasta cubrir su base. Y cuando esté caliente, echamos la cebolla, ajo y puerro, picados. Hay que rehogarlos a fuego lento con paciencia y vigilándolos hasta ver que cambian de color. ¿Lo veis? —preguntó minutos después cuando esto pasó.

—Madre mía eso solo es el sofrito y huele de maravilla —apuntó Krysten con una mano en su estómago. Bobby y Leo sonrieron.

No se habían dado cuenta, pero la pareja de “enemigos” se había acercado, como los polos opuestos de un imán, hasta estar uno al lado del otro.

—Una vez hecho el sofrito, es hora de añadir los ingredientes adicionales. El segundo paso para hacer un risotto es tostar el arroz. Este es un paso fundamental porque será la clave para dar esa textura tan característica de los risottos. Para ello, hay que poner el fuego medio-alto y tostar el arroz *arborio* unos 3-5 minutos, hasta que se vuelva un poco transparente. Y sin parar de moverlo para que no se queme.

Durante todo el proceso, Leo fue cambiando de un ángulo a otro, haciendo planos de la comida, de él durante las explicaciones, y de Krysten atendiendo. Bobby D. pensó que estaba claro que se trataba de un caso de deformación profesional. No podía evitarlo, aunque no dispusiese de su cámara y tuviese que conformarse con la de su móvil. Para ello Krysten empezó a colaborar con Leo, sin darse cuenta, moviéndole objetos que impedían la fluidez de sus planos, e incluso apoyó la mano en su espalda para avisarlo cuando estuvo a punto de tropezar con un taburete.

—Después añadiremos el caldo al risotto. También el vino que dejaremos evaporar. —La cocina se llenó del aroma de arroz, la verdura y el caldo y el vino y todos inhalaron. Bobby D. llegó a ver incluso una sonrisa entre Leo y Krysten al hacerlo—. A continuación, bajamos el fuego y añadimos el caldo, éste debe de estar muy caliente y, además, debemos incorporarlo poco a poco, removiendo cada vez así, durante 15-18 minutos. Solo sazonaremos en la fase final de la cocción del *risotto*.

Los dos asintieron y al aproximarse a ver cómo iba la cocción sus cabezas chocaron. Bobby apretó los labios para no sonreír y ellos disimularon su turbación, apartándose rápidamente. Los siguientes minutos los vio mirarse furtivamente. Pidió a Krysten que sirviese unas copas del vino que había empezado y ella lo hizo, dando una a cada uno. El brindis de los tres, fue digno de grabar, porque él parecía haber desaparecido de la ecuación. A Krysten se le

cayó un poco de vino en la blusa y se limpió los labios bajo la atenta mirada de Leo que tragó saliva. A Bobby D. casi le dio pena tener que seguir explicando la receta.

—Y, para terminar, el último paso: mantecar el risotto. Una vez cocinado y retirado del fuego —dijo colocando la olla sobre una tabla de madera—, es hora de añadir una cucharada de mantequilla y *parmigiano reggiano* rallado para que adquiera una textura más melosa. Yo prefiero comprar la pieza de queso y rallarlo personalmente. Para mi gusto queda mejor. A ver qué os parece —les dijo tras emplatarlo. Después tomó una cuchara y se la ofreció a Krysten, invitándola a probar.

Su amiga tomó la cuchara y sonrió antes de llenarla con una porción. Después colocó una mano debajo y sopló el risotto que humeaba. En cuanto lo introdujo en su boca, una explosión de gestos inundó su cara. Abrió los ojos alucinada, apretó los labios intentando retener el sabor, después cerró los ojos y gimió. Y para finalizar, los volvió a abrir, asintiendo.

—¡Es increíble! ¡Está buenísimo! ¡Oh, dios mío! Es casi mejor que un orgasmo —soltó con su franqueza habitual.

—¿Tanto? Déjame probarlo, pesadilla —le dijo Leo. Y ella, en lugar de pasarle la cuchara, la llenó para él. Sopló lentamente y se lo ofreció.

Leo repitió los gestos de Krysten y Bobby D. sonrió satisfecho. Cuando vio que aquellos dos se miraban nuevamente con deseo, lo tuvo claro; tenía que desaparecer.

—¡Oh! Mierda... Tengo que irme —dijo sacando su móvil del bolsillo de atrás. Mi hermano... me necesita.

—¿Dylan te necesita para sus juegucitos sexuales con Jenna? —preguntó Krysten, extrañada.

—¿Jenna y mi hermano? —curioseó Bobby D., sorprendido.

—Sí... desde ayer... —alzó ambas cejas varias veces.

—¡Vaya...! —exclamó atónito y turbado por un momento—. Pero no.... No...—dijo sacudiendo la cabeza— Me refería a Carter. Es él el que me necesita. Voy a ver lo que quiere y vuelvo, ¿vale? Vosotros id comiendo que el risotto no se puede hacer esperar —añadió

quitándose el delantal a toda prisa. Y antes de que pudiesen decir nada, salió de la cocina pitando.

Solo cuando estuvo fuera, se permitió sonreír plenamente. Por ellos y por la sorprendente pareja formada por Dylan y Jenna, esperando que los cuatro aprovecharan las oportunidades que les estaba brindado la vida.

CAPÍTULO 28

Jenna, sentada en la cama, miraba a Dylan vistiéndose sin saber muy bien cómo sentirse y qué pensar. Habían pasado las últimas cincuenta horas juntos, solos, construyendo una burbuja que estaba a punto de explotar. Sabía que él se iba en ese momento por ella, para que no lo encontraran los periodistas que la esperaban cada mañana durante su salida hacia la obra. Lo hacía para protegerla, pero Jenna solo quería que se quedara un poco más. «Como si un poco más fuese a bastarle», se dijo a sí misma, con ironía.

Y tampoco entendía esa necesidad.

Sí, acababa de pasar el mejor fin de semana de su vida junto a un hombre que jamás imaginó que pudiese estar en su destino, pero que ahí estaba. Porque ya no podía decirse, como durante las primeras doce horas, que con él solo había sucumbido a la pasión. No después de haberle abierto su corazón, contado sus más íntimos secretos, sus aspiraciones, sus sueños, su infancia, los errores que había cometido, sus viajes para causas humanitarias, su relación con Kevin, sus miedos e ilusiones. Solo había una persona que conocía casi todas esas cosas, y era Krysten. Y si se había descarnado delante de él, era porque... era porque... Bajó el rostro sabiendo que tenía que terminar de formular la frase en su mente, aunque se hubiese prohibido a sí misma, tras la ruptura con su ex, volver a hacerlo.

Era injusto también comparar a Kevin con el hombre que tenía frente a ella, abrochándose el botón del pantalón. No podía haber dos personas más distintas en el mundo. Y Dylan tal vez no cuadraba en el círculo edulcorado de su familia, de sus amigos de Nueva York, ni en los ambientes en los que se había movido hasta el momento, pero encajaba perfectamente en su corazón. Era todo lo que había podido imaginar que querría en un hombre, y más.

Pero, ¿qué era ella para él?

—¿Qué te ocurre? —Alzó la vista de nuevo para mirarlo cuando le preguntó. Dylan le

sonrió y ella le devolvió el gesto.

—No es nada. Solo... me da la sensación de que al abrir esa puerta...

—Nada cambiará después. Nada podría alterar lo que acabamos de vivir juntos, o lo que siento por ti —declaró él agachándose frente a ella.

La tomó de la nuca y la atrajo hacía él para besarla con una pasión que hizo que se le nublara la mente, hasta el punto de hacer que dejara de pensar, en qué sería lo que sentiría él por ella. Y esa era la prueba fehaciente de que lo mejor era poner algo de distancia y pensar fríamente, sin esa maraña de sentimientos nuevos y turbadores que él le provocaba.

—Quiero que sepas que jamás me he abierto con nadie como lo he hecho contigo. Nunca había compartido mi infancia o lo que significó para mí crecer con un padre como el mío y con una madre que sufría cada día, como nosotros. Tampoco mi prematura entrada en el ejército, mi paso por la academia, los Rangers, y mis destinos hasta entrar en la unidad de los Delta Force. Jamás había querido confesar a nadie las pérdidas que sufrí, las decisiones que tuve que tomar y que me perseguirán para siempre. Ni que algunas de esas heridas seguirán abiertas de por vida, y de ahí mi necesidad de devolver a esos hombres y mujeres, a esas familias, parte de su futuro, por saber lo que han perdido en el pasado. Sí te he contado todo eso, es porque... Jenna, jamás he conocido a una mujer como tú. Ni he sentido esto que siento estando contigo. —Se levantó y se sentó junto a ella en la cama, para tomarla de la mano y llevársela a su pecho.

El corazón de Jenna se saltó un latido.

—Dylan...

—Déjame decirlo. Necesito decirlo...

Se miraron a los ojos y en un segundo rememoraron lo que habían compartido no solo esas preciadas horas, también las últimas semanas, meses. Dylan elevó la mano y llevó los dedos hasta su mejilla para acariciársela con delicadeza. Su piel se erizó justo antes de que él abriese nuevamente los labios para pronunciarse.

Y entonces, unos golpes en la puerta, los interrumpieron.

Dylan frunció el ceño y giró el rostro hacia la entrada, mientras Jenna parpadeaba varias

veces, confusa, saliendo del momento de ensoñación que parecía haber estado a punto de vivir.

—¿Esperas a alguien? —le preguntó él sin dejar de fruncir el ceño.

—Eeee... no. A nadie. No son ni las cinco de la mañana. Solo a Krysten se le ocurriría venir a esta hora, y solo por algo urgente.

—Entonces, tal vez sería conveniente abrir —dijo levantándose, dispuesto a hacerlo, pero de repente se detuvo—. Bueno, si vamos a mantener lo nuestro en secreto, deberías abrir tú.

“Lo nuestro”

Jenna se levantó de la cama, envuelta en la sábana mientras en su cabeza esas dos palabras revoloteaban como una bella mariposa. Se subió la sábana hasta el cuello, y mientras Dylan se colocó tras la puerta. Y tras compartir una última mirada, abrió esperando encontrarse con su amiga.

—Bobby D... ¡Qué... sorpresa!

—Siento molestaros —dijo con gesto mortificado—. Está mi hermano aquí, ¿verdad?

Jenna, tras un segundo de estupefacción, asintió.

—¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo? —Dylan salió de detrás de la puerta y preguntó a su hermano.

—Lo siento, he venido porque es urgente. Liam te ha estado llamando, pero no conseguía dar contigo.

Dylan sacó el móvil del bolsillo, confuso, y vio que lo tenía en silencio. Y que, efectivamente, no solo tenía varias llamadas de Liam sino de otras muchas personas de la obra, vecinos y conocidos.

—¿Qué demonios ha pasado?

—Un incendio. Uno enorme que no consiguen controlar y que va directo a la constructora —le dijo su hermano con gesto consternado.

El mismo que se les quedó a Dylan y Jenna, que lo miraron con pavor.

—Voy para allá —resolvió inmediatamente.

—Vamos —apuntó Jenna entrando a vestirse a toda prisa. Solo consiguió alcanzar un

pantalón vaquero, una camiseta y unas zapatillas de deporte. No tardó ni dos minutos en vestirse, pero cuando llegó a la puerta, Dylan parecía desquiciado por los nervios.

—No lo puedo creer —masculló entre dientes cuando entraron en el coche, y dio un golpe al volante, ofuscado.

Jenna, sentada a su lado, se limitó a posar una mano en su brazo.

—Sé que es imposible que no estés nervioso, pero primero vamos a ver cuál es el estado real de la situación —quiso tranquilizarlo.

—El estado real es que, si el fuego alcanza la propiedad, no solo perderemos las minicasas, todos y cada uno de los proyectos en los que hemos estado trabajando estos meses, el futuro de esas familias, y... mi empresa.

Jenna quiso decirle que no lo iba a perder todo, que ella estaba con él, que lo enfrentarían juntos y lo superarían. Que también era su proyecto y que toda esa gente se había ganado un trocito de su corazón. Pero él no habría escuchado nada de lo que quisiera decirle en ese momento, porque solo había fuego en su mirada. Ese fuego que amenazaba con quitárselo todo. Estaba ofuscado y ya lo había visto así antes. Era mejor dejarle espacio, permitirle respirar y esperar a que se atemperasen las cosas. Lo único que podía hacer ella por el momento, era estar a su lado.

Bobby D. los seguía en su coche y cuando llegaron a la constructora, aparcó justo detrás de ellos. Los tres salieron al tiempo y se detuvieron a los pocos pasos, a contemplar estupefactos a los operativos de incendios y emergencias allí trabajando y luchando contra el fuego devastador que bajaba por la montaña. El cielo incandescente, el aire cargado de ceniza y el calor abrasador, hacían que pareciera un auténtico infierno.

—Están evacuando a cerca de diez mil habitantes de las poblaciones vecinas...

—¿Carter? —le preguntó girándose hacia él, con gesto pétreo.

—Está a salvo, en el bar. Allí ya se han reunido varios vecinos para atender a los que vayan viniendo. La carretera norte del pueblo está bloqueada por el tráfico.

—Vuelve al bar —le ordenó—. Quiero que estés con él y que organices la ayuda desde

allí, para las personas que lleguen escapando del incendio —añadió, posando una mano en el hombro de su hermano.

Bobby D. asintió.

—Deberías ir con él, allí estarás más segura... —le dijo a ella.

—Yo me quedo —repuso Jenna con un tono decidido que no dio lugar a réplicas.

Dylan bufó.

—Aquí no puedes hacer nada —insistió en tono tajante.

—No me subestimes —declaró, e inmediatamente se giró hacia Bobby dando el debate con Dylan por zanjado—. ¿Podrías también hacerme el favor de asegurarte de que Krysten y Leo están bien?

—Por supuesto. No hay problema.

—Muchas gracias —repuso más tranquila. Y le dio un abrazo antes de que se marchara.

—No me gusta que estés aquí —reiteró Dylan, cuando ya estaban solos.

—Pues asúmelo ya. Te he dicho que no pienso irme. Mira, allí llegan más bomberos, tal vez debamos ir a preguntar por la situación.

Dylan la miró un segundo en el que ella no supo qué estaría pasando por su cabeza, pero terminó por asentir. Y tomándola de la mano, fueron juntos a informarse.

—Perdón —dijo Dylan al bombero que vio dar las órdenes a la brigada que bajaba del camión. Cuando este se dio la vuelta, lo reconoció— ¡Eric!

—¡Dylan! Cuando nos han mandado a este puesto, lo primero en lo que he pensado ha sido en tu empresa —le dijo el hombre, con gesto preocupado. Eric y él se conocían desde la escuela. Habían sido compañeros de clase y su hermano pequeño ahora trabajaba para él en la obra, como carpintero.

—Sí, acabo de enterarme. Me ha avisado Bobby D. y al llegar y ver esto... —Dylan se dio cuenta entonces de que su amigo acababa de reparar en la mujer a la que aferraba de la mano.

—Es Jenna, mi... Trabaja conmigo en el proyecto de las minicasas.

—Sé quién es. ¿Quién no conoce a Jenna Hopper? —repuso el hombre, volviendo a

observar sus manos entrelazadas. Pero Jenna no la apartó. Y por lo tanto, él tampoco.

—Dime, ¿qué puedes contarme de la situación? —atajó Dylan sabiendo que solo podría disponer de él un par de minutos, pues todos sus compañeros ya estaban en marcha siguiendo las órdenes que les había dado al llegar.

—No voy a mentirte, la cosa no pinta bien. El incendio que, amenaza con seguir avanzando en las próximas horas por los fuertes vientos, ha quemado ya más de doscientos kilómetros de bosque. Hasta hace un par de horas iba dirección Truckee, pero de repente el viento ha cambiado y desde entonces no hacemos más que seguir la nueva dirección del fuego. Tenemos a todas las brigadas trabajando en este incendio y te puedo asegurar que hacemos todo lo que podemos. Es inclemente, ya hemos contabilizado más de ciento cincuenta construcciones calcinadas.

Jenna empezó a toser, y ocultó el rostro contra la manga de su camiseta. Dylan se giró hacia ella inmediatamente, para ver cómo estaba.

—No deberíais estar aquí. Sé que es difícil para ti ver peligrar tu negocio y quedarte a un lado y rezar, pero no puedes hacer nada más. Nosotros nos ocupamos de esto. Y vosotros de manteneros a salvo.

Dylan miró hacia su empresa, las obras casi terminadas de las minicasas, las oficinas, los almacenes repletos de materiales que valían cientos de miles de dólares... Y luego observó a Jenna, cobijada bajo su brazo, tosiendo a causa de la ceniza que espesaba el aire, pero manteniéndose junto a él. Y tuvo claro lo que tenía que hacer.

—Gracias, Eric —le dijo posando la mano en su hombro—. Tened mucho cuidado —añadió despidiéndose de él. No quiso ni mirar atrás, y se apresuraron hacia el coche.

Una vez dentro, Jenna lo vio meter la llave en el motor y quedarse inmóvil tras arrancar, escrutando el camino que debían tomar para salir de allí, pero con la mirada perdida. Ella no podía ni imaginar las cosas que se le estarían pasando por la cabeza. Era una situación tan límite, dramática e impotente que cualquier cosa que intentara decirle sabría a poco, demasiado poco. Quería consolarlo, decirle que todo iba a salir bien. Pero, ¿y si no era así? Y entonces, como si él

hubiese averiguado lo que necesitaba en ese momento, se giró hacia ella y tomando su rostro entre las manos, la besó.

La besó con una necesidad, un anhelo y una desesperación, que Jenna sintió vibrar cada célula de la piel masculina. Tensarse y luego relajar todos sus músculos. Y al terminar el beso, inspirar con ansiedad y exhalar con templanza el aire que olía a fuego y destrucción.

El transcurso del día se hizo eterno en el Dalton Cave, repleto de gente que rezaba para encontrar su hogar intacto tras aquella pesadilla. Había grupos que charlaban yendo desde la esperanza a la desesperación y el fatalismo. Algunos lloraban, otros hacían bromas para no pensar. Y ellos intentaban cuidar de todos. Krysten, Bobby D., Leo, Carter, Dylan, algunos de los chicos de la obra, y ella, se encargaron de servir bebidas y comida para todos, de calmar los ánimos cuando se alteraban y de animarlos cuando les inundaba el desaliento. Seguían las noticias en la radio y la televisión, y a las ocho de la tarde, descubrieron que el viento había cambiado nuevamente de dirección. Jenna y Dylan se miraron, preguntándose si eso significaría que se habían salvado, pero solo una hora más tarde, averiguaron cuando Eric llamó a Dylan, que así había sido.

Aun así, las horas siguientes estuvieron pendientes de cada nuevo dato y avance, pues allí había muchas otras personas en una situación límite de incertidumbre. Pero no fue hasta las cuatro de la mañana del siguiente día que, con el alma en vilo y agotados física y mentalmente, escucharon que habían conseguido extinguir el incendio por completo.

Los vítores, la celebración, los suspiros de alivio, sonrisas, llantos, abrazos y besos, como el que le dio Dylan, pillándola por sorpresa, llenaron el local haciendo que todos sintiesen que se enfrentaban a una nueva oportunidad, una nueva vida.

CAPÍTULO 29

Krysten salió de la oficina sacudiendo las manos por el nerviosismo. ¿Dónde estaban Jenna y Dylan?, se preguntó por quinta vez. Aunque en el fondo, tampoco sabía si quería que aparecieran. Pues no creía equivocarse al pensar que, en cuanto lo hicieran, se desataría la tormenta. Las ratas solo salían de las cloacas, precediendo a una catástrofe, pensó mirando hacia la puerta de la oficina, cerrada a su espalda.

Se pasó una mano por la frente y resopló. Tenía que haber sido un día para celebrar. Esa mañana terminaban dos de los proyectos y todo el equipo estaba entusiasmado por ver los resultados, después de todo por lo que habían pasado.

El fuego había retrasado las obras dos semanas, hasta que las cenizas del incendio dejaron de caer y pudieron limpiarlo todo. Fue el momento de ver que se habían convertido en una gran familia y que, hasta el último de ellos, arrimaba el hombro por el bien del proyecto. Habían sido dos semanas extenuantes de trabajo, sin tiempo siquiera de parar a pensar. Los días se alargaban y por la noche caían derrotados, después de tanto trabajo. Pero lo habían logrado. Y la celebración de esa mañana era su recompensa.

Y cuando pensaba que ya nada podía ir mal, aparecían esos gusanos... Resopló. Los había dejado en la oficina con la excusa de ir a por bebidas, pero en realidad lo que quería era esperar en la puerta a que Jenna y Dylan llegasen para avisarles antes de que entrasen. Bajó las escaleras metálicas con rapidez, buscando ya con la mirada a Carter, para hacerle el encargo de las bebidas, y así ella poder estar pendiente de su llegada a la constructora. Pero entonces apareció Leo de la nada y su cuerpo se volvió a tensar, al instante.

—Krysten, tenemos que hablar —le repitió, igual que las tres veces que lo había intentado en las últimas semanas.

—Ahora no puedo, Leo... —le dijo pasando por su lado, sin dejar de buscar a Carter con la mirada.

—Nunca puedes. Siempre estás muy ocupada, pero es importante —le reprochó él.

—Sí, lo estoy. Tengo un trabajo que hacer, hemos pasado por un incendio, casi perdemos las minicasas y no he dormido más de cinco horas diarias y... —Suspiró agotada—... como bien dices estoy ocupada. —Volvió a cambiar de dirección para buscar por el otro lado y de nuevo lo dejó atrás.

—¿Tanto como para no tener cinco minutos para hablar de nosotros? —La pregunta hizo que se detuviera de repente. Su respiración se agitó aún más, hasta el punto de hacer que sus hombros subiesen y bajasen repetidamente.

—Leo, en realidad no veo de qué tendríamos que hablar. No hay un nosotros. Nunca lo ha habido —dijo sin darse la vuelta. Sin atreverse a mirarlo a los ojos mientras pronunciaba esas palabras que la estaban matando.

—Eres una mentirosa. —La acusación la pilló completamente desprevenida. Y con ella Leo consiguió que se diese la vuelta con mirada centelleante—. Ódiame si quieres, casi lo prefiero a que retornes a tu indiferencia, a que vuelvas a hacer como que no hay nada entre los dos. Como si los besos y caricias que nos dimos en la cocina de tu novio, no hubiesen significado nada para ti.

Krysten se mordió el labio inferior. ¿Qué debía decirle en ese momento, que Bobby D. no era su novio? ¿Qué desde que volvieron a besarse no había dejado de pensar en él, en sus labios, en sus caricias, en su cuerpo, su sabor, su piel? ¿Tenía que confesarle que tenía miedo? Ella, Krysten Grey, ¿tenía que admitir lo que llevaba sintiendo por él desde hacía más de un año? ¿Que no iba a dejar que le rompiera el corazón otra vez? ¿Qué las segundas oportunidades no iban con ella?

Lo cierto era que no podía seguir así para siempre, y tal vez sí, soltar todo lo que llevaba dentro era justo lo que tenía que hacer. Apretó los labios y tomó aire para infundirse valor. No podía parecer que le decía todo aquello en un arranque de los suyos. Necesitaba que entendiera

que todo era producto de una reflexión, de lo que llevaba sintiendo tanto tiempo.

Y entonces, por detrás de Leo vio a Carter. Recordó que tal y como le había dicho, no era el momento. Y pasando por su lado, levantó la mano para llamar al chaval, que en cuanto la vio, salió corriendo hacia ella. A su espalda sintió a Leo resoplar resignado, y también sus pasos sobre la grava de la obra, alejándose de allí.

Tal vez era mejor así, quiso pensar, pero en su corazón algo se encogió dolorosamente.

—¿Qué pasa? —dijo Carter cuando llegó hasta ella.

Krysten puso una mano sobre el hombro del chico, necesitando un punto de apoyo.

—¿Estás bien? —le preguntó él, preocupado.

—No... Sí... Da igual. —Sacudió la cabeza. Tenía que centrarse—. Necesito que hagas algo por mí.

—Claro, lo que quieras.

Krysten le sonrió, pero el gesto no llegó a sus ojos.

—Mira, hay unas personas esperando a Jenna y a tu hermano en la oficina. Tengo que entretenerlos mientras ellos llegan. No quiero que empiecen a dar vueltas por la obra ni a husmear. Y les he prometido unas bebidas y algo de picar. ¿Puedes encargarte de llevarles eso, mientras yo intento localizar a la parejita?

—Sí, claro. Pero, ¿por qué estás tan nerviosa? ¿Quiénes son? —preguntó al ver el estado de su amiga. Krysten solía ser como un huracán, y en ese momento parecía a punto de hundirse.

—Son dos víboras. No quiero que hables con ellos, ni les digas quién eres, ni respondas a ninguna de sus preguntas. No sabes nada, ni puedes darles datos de nada. Eso sí, pon bien la oreja, no vaya a ser que digan algo que nos interese saber antes de que tu hermano y Jenna se reúnan con ellos.

—Vale, vale. Ver, oír, callar y servirles comida y bebida. Dalo por hecho.

Krysten le brindó media sonrisa.

—Sin duda, eres mi Dalton favorito.

—Eso se lo dices a todos —le dijo el chico con una sonrisa pícaro y con ella consiguió que

su gesto se ampliase.

—Anda corre, granuja —le dijo. Y un segundo después lo veía ir en busca de las bebidas.

Y entonces, la sonrisa se borró de los labios de Krysten de repente, pues vio entrar por las puertas la Ford Ranger de Dylan. Corrió hacia el vehículo, como si compitiera contra Usain Bolt, y llegó casi sin resuello.

—Están aquí —dijo en cuanto bajaron del coche, ambos con una enorme sonrisa.

—¿Quién está aquí? —Dylan fue el primero en preguntar, esperando que Jenna diera la vuelta al coche, para darle la mano.

—Los Volturis —repuso Krysten con una mueca.

—¿Los qué? —preguntó Dylan sin entender nada.

—¿Es que no has visto Crepúsculo? —fue el turno de Krysten de interrogarlo con gesto alucinado.

Jenna que sí había entendido la referencia, perdió el color de repente. Y su mano no llegó a aferrarse a la de Dylan, al quedarse paralizada.

—Son los malos, los demonios, los responsables de la cadena...

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Jenna, consternada.

—No tengo ni idea, pero no debe ser nada bueno, porque Mike no deja de sonreír y Viola, ha traído sus tacones de Cruella de Vil.

Jenna cerró los ojos un momento y se sujetó el puente de la nariz. No había vuelto a tener una migraña desde que empezó su relación con Dylan, a pesar de las dificultades y todas las cosas que habían tenido que superar esas dos semanas. Y, sin embargo, ahí estaba de nuevo esa punzada de dolor que no auguraba nada bueno.

—No entiendo qué es lo que está pasando —indicó Dylan confuso.

Jenna lo miró a los ojos, lamentándose de no haber puesto a Dylan en antecedentes sobre esas personas. Tampoco había imaginado que irían hasta allí. ¿O tal vez sí tendría que haberlo previsto? Ahora ya era demasiado tarde.

—Bueno, pues vamos a ver qué quieren. Hoy es un gran día, venimos de dar testimonio en

favor de Sully, frente a la jueza para que recupere la custodia de Jodhi. Y hemos debido de ser muy convincentes porque se la ha concedido. En unos días estará con su padre, y hoy terminamos su nuevo hogar. Así que nada ni nadie puede estropear un día como este —dijo Dylan, convencido. Y empezó a caminar hacia la oficina con paso resuelto.

Jenna, sin embargo, sentía que toda la felicidad que la embargaba cuando llegaron, se había evaporado. Y empezó a adivinar las nubes tormentosas que acechaban sobre ellos. Percibió la mano de Krysten aferrarse a la suya y apretársela intentando infundirle valor. Le había contado, tras el fin de semana con Dylan, que no iba a dejar que la volvieran a usar y vapulear nunca más y que les plantaría cara. Aunque no imaginó que tendría que ser tan pronto. Aun así, le devolvió el apretón. Y después, soltándose, caminó con rapidez para entrar justo detrás de Dylan en la oficina, y no dejarlo solo con ellos ni un segundo.

—¡Jenna, querida! ¡Cuánto tiempo! Desde el... incidente, ¿no? —Fue lo primero que escuchó Dylan al entrar, de la mujer que lo observó un segundo con interés y descaro, antes de dirigirse a Jenna con los brazos abiertos, como si fueran viejas amigas. Aunque la reacción seca y tensa de Jenna, no decía lo mismo. Tampoco le pareció de buen gusto que sacase a relucir aquel episodio que tanto daño le había hecho.

—Sí, desde entonces —repuso ella. Y levantó la barbilla dejándole claro que no le podía hacer daño por ese lado. Jenna permitió que la saludara con dos besos que no llegaron a tocar sus mejillas y le devolvió una sonrisa tensa.

—Y este tiene que ser el famoso señor Dalton. Soy Viola Davis —se presentó la mujer, girándose hacia él para volver a repararlo de arriba abajo. Después le ofreció su mano a modo de saludo.

Dylan le devolvió el gesto y esta le sonrió, ladina.

—¡Oh! ¡Cuánta energía! No me extraña que le hayas echado el lazo, querida —dejó caer a una Jenna alucinada.

—No sé a lo que te refieres, pero imagino que no habréis venido hasta aquí a hablar de mi vida privada, ¿verdad? —preguntó molesta.

—No te enfades, querida —intervino por primera vez Mike, con un gesto frío que a Dylan le recordó al de los malos en las películas de James Bond.

«¿De verdad existía gente así?», se preguntó.

—Hemos venido en son de paz. Es más, a haceros una propuesta. Por cierto, soy Michael Shapiro —se presentó este a Dylan. Y cuando le devolvió el gesto supo que no, no le gustaba en absoluto. No era un apretón firme y honesto, como el de un hombre en el que se pudiera confiar.

Los cuatro se miraron y se pudo palpar la tensión en el ambiente. Y entonces, como caído del cielo, Carter llamó a la puerta y apareció con las bebidas y aperitivos, del catering que solían ofrecer al personal de la obra, como le había encargado Krysten. Tal y como imaginó Jenna, no prestaron la menor atención al chico, al que tomaron por un simple recadero, y Mike siguió hablando sin importarle su presencia.

—Hemos traído una presentación del que queremos que sea nuestro próximo proyecto —dijo Shapiro haciendo un gesto a Viola para que abriese el portátil que habían dejado sobre la mesa—. Estoy seguro de que lo encontraréis muy interesante, yo diría que hasta estimulante a la hora de tomar una decisión.

Jenna tragó saliva. Y Dylan posó las manos en las caderas, sin entender qué tenía nada de aquello, que ver con él.

—Bueno, yo imagino que para esto no me necesitarán y tengo muchas cosas que hacer... —quiso excusarse para seguir con su trabajo.

—Por supuesto que lo necesitamos —lo interrumpió Mike, sonriendo de nuevo—. Señor Dalton, es usted la piedra angular de nuestro proyecto.

Dylan enarcó una ceja.

—Perdón, pero creo que le he entendido mal. Yo no me dedico a la televisión.

—No se dedicaba, pero aquí está. Bajo la observación de nuestras cámaras las veinticuatro horas del día. No creo que haya sido tan ingenuo como para no darse cuenta de que, al convertirse en objetivo, sería centro de interés.

Dylan cruzó los poderosos brazos ante su pecho y frunció el ceño.

—Yo no soy del interés de nadie, no se equivoque.

La carcajada de Shapiro inundó la oficina, llegando al exterior cuando Carter abrió la puerta para salir. Después de cerrarla tras él, volvió a instalarse el silencio.

—Una imagen vale más que mil palabras —intervino Viola, y presionando un botón, hizo que la pantalla se llenase con lo que parecía la cabecera de un programa.

Dylan y Jenna dieron un paso adelante para ver mejor las imágenes que empezaron a sucederse ante ellos, con la voz en off de un presentador que iba relatando la historia que habían montado con imágenes de ellos dos, juntos. Las había de discusiones como la que habían tenido el día que ella le informó del cambio en los planos en los proyectos, otras de Dylan ordenando cosas a sus hombres, o trabajando en dichas obras con ellos, incluso varias de él sin camiseta. También desacuerdos entre ambos en los que Jenna miraba varias veces a las cámaras, incómoda con la situación, momentos compartidos y de complicidad entre ambos trabajando juntos, cuando entraron en su bungalow el día del lago, cuando salieron para el incendio cogidos de la mano, y besándose en el coche... y todo bajo la historia de “La bella y El bestia”. Lo habían montado todo haciéndolo parecer un salvaje, un hombre rudo, impetuoso y difícil de tratar, al que amansaba ella con su dulzura, su elegancia, su cariño y su paciencia.

Jenna vio como Dylan fue apretando las mandíbulas hasta pensar que se las partiría y temió su reacción.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó enfadada.

—Querida, lo sabes bien. Lo que hacía falta para lavar tu imagen. Somos conscientes de que cuando pasó lo de Kevin debimos actuar mediando de tu parte —dijo con una preocupación falsa que Jenna no creyó ni por un momento—. Nos equivocamos. Por eso te propusimos la entrevista, para darte la oportunidad de salvar parte de tu imagen. Eres la estrella de nuestro canal, no tenemos intención de perderte. Tampoco esperábamos este tórrido romance con el mayor Dalton, pero ya que nos lo habéis puesto en bandeja... Imagina un programa con ambos a la cabeza, tú demostrando al mundo que no has caído en desgracia después de la humillación sufrida por Kevin y que has conseguido enamorar a este hombretón. No nos vamos a engañar, es

el prototipo de hombre que, por rudo que sea —dijo para ella en tono más bajo, como si Dylan fuese un mero espectador—, hace que nos volvamos locas.

Jenna sacudió la cabeza sin poder creer lo que estaba oyendo.

—Será un éxito aún mayor que tu programa anterior —intervino Shapiro—. Ya lo hemos presentado a un grupo de prueba, y la respuesta no ha podido ser más entusiasta. Es un filón. Sois un filón —terminó levantándose del taburete en el que estaba sentado y abrochándose la americana, como si el asunto estuviese zanjado.

—¡No! —la contundente negativa de Dylan llenó el espacio— No piensen que voy a participar en algo así. ¿Y cómo...? ¿Cómo han conseguido...? —empezó a preguntar recordando las imágenes de todos los momentos que creía privados entre Jenna y él. Y de repente la miró a ella, con estupefacción.

—¿Has sido tú? ¿Tú has dejado que nos graben? ¿Has dejado que hagan esto para lavar tu imagen como dicen? —preguntó furioso.

Las dudas que vio en sus ojos grises, poseídos por la tormenta devastadora de su decepción hacia ella, la dejaron paralizada por el dolor. ¿De veras los había creído? ¿No la conocía lo suficiente para saber que jamás haría algo así?

—No la culpes, Jenna sabe bien cómo funciona este negocio. Y no hay nada como un fénix renaciendo de las cenizas para volver a ser la más cotizada del mercado. Los espectadores adoran este tipo de historias...

—¡Oh, dios mío! ¿Os oís hablar? Sois... Sois todos... —dijo levantando el dedo y señalándolos uno a uno, hasta que llegó a Jenna. A ella la repasó de arriba abajo y con una mueca de repulsa desvió la mirada, negando. Después se dio la vuelta, dispuesto a marcharse.

—¡Dylan... no! Yo no... —Sus últimas palabras quedaron amortiguadas por el sonido del portazo que dio él al salir. El mismo que partió su corazón en mil pedazos.

—¡Vaya! ¡Qué carácter! —dijo Viola con una risita nerviosa—. No importa, entrará en razón en cuanto vea cuanto podemos reportar a su empresa.

—¡Cállate! —le ordenó de repente Jenna, furiosa y harta de escucharla— No va a volver,

no va a venderse. Él no es así. Es un hombre íntegro y no le importa lo que le podáis ofrecer. Lo habéis ofendido y jugado con su imagen, con nuestra relación, como si os creyerais con derecho a dirigir nuestras vidas. ¡No lo consentiré! ¿Me oís? ¡No pienso dejaros hacerlo!

Los dos la miraron estupefactos, hasta que Shapiro volvió a intervenir.

—Lo harás. Claro que lo harás, por la cuenta que os trae a ti y a él. Este proyectito vuestro aún no ha terminado. Y podemos hacer que todo acabe hoy mismo. Nos llevaremos los materiales, a los trabajadores, y las casas que hemos costeadado.

Jenna lo miró estupefacta.

—No, no podéis hacerlo —dijo incrédula—. Habéis invertido demasiado y estamos a punto de acabar. Solo quedan un par de semanas...

—No te equivoques, a mí solo me importa ganar. Y el coste de este proyecto entra dentro de mi riesgo calculado. Me da igual darle carpetazo y hundirlo. O salgo ganando, o aquí no gana nadie —la amenazó.

Jenna lo miró con una templanza que no sentía porque en su interior un huracán de sentimientos la estaba azotando, llevándola al límite. Aun así, le sostuvo la mirada y le dijo:

—Pues apunta este día en tu agenda, porque acabas de perder por primera vez en tu vida. —Y levantando la barbilla salió de allí, rota, pero orgullosa de haber tomado la decisión de marcharse.

CAPÍTULO 30

—Y con esto ya está todo, supongo —dijo Jenna tras firmar la última hoja, y devolver el bolígrafo a la agente. Esta lo tomó, al igual que la carpeta con los documentos de la venta, y sonrió como si le hubiese tocado un millón de dólares. No le extrañaba, la comisión de la venta de su apartamento no debía ser poca cosa.

—Bueno, no del todo. Esto es suyo —le dijo la mujer de unos cuarenta y tantos años y la elegancia que se espera de la representante de una de las mejores agencias Inmobiliarias de Manhattan, entregándole dos cheques.

—Estupendo —repuso, ojeando los pedazos de papel a los que se reducía el valor del que había sido su hogar. Comprobó que todos los datos estaban correctos en ambos, y asintió.

—Es una pena que deje este apartamento, es maravilloso. Una de las mejores propiedades de la zona, sin duda —apuntó la mujer recorriendo el salón con admiración.

—Lo sé. Desde que lo adquirí no he hecho más que recibir ofertas de agencias con clientes interesados, pero me enamoré nada más verlo y entonces no era capaz de vender.

—Le entiendo, ¿quién no se cautivaría de un lugar así?

Durante un segundo ambas se mantuvieron en silencio, admirando el ambiente elegante y acogedor que había logrado crear allí cuando reformó la casa. Esa había sido también una de las razones de conseguir vender su apartamento tan rápido. Era una obra de Jenna Hopper, y eso aún significaba algo.

—Bien —dijo ella, no queriendo recrearse demasiado en los recuerdos que había creado allí. Algunos habían sido buenos, pero otros solo hablaban de traición y de una época de su vida que había dejado completamente atrás—. La acompañó a la puerta —apuntó con la intención de despedirse ya de la agente.

—Por supuesto... ¿Y ha decidido ya dónde quiere mudarse? —le preguntó la mujer mientras caminaban por el pasillo que llevaba hasta la entrada— ¿Puede nuestra agencia ayudarla a encontrar su nuevo hogar? —insistió no queriendo perder la oportunidad de conseguir una nueva operación.

—Me temo que no. Me voy fuera del país.

La agente la miró con sorpresa.

—Pero me quedo su contacto, por si en alguna otra ocasión volviese a necesitar de sus servicios —atajó ella antes de que le preguntase más por sus planes.

—¡Oh! Muchas gracias. Ha sido un placer trabajar para usted, señorita Hopper —aseguró ofreciéndole su mano.

Jenna le devolvió el gesto.

—Igualmente, Catherine —repuso abriéndole. Tras traspasar el umbral, la mujer le regaló una última sonrisa y se marchó.

Jenna cerró la puerta y apoyó la espalda en la madera, exhalando lentamente. Miró de nuevo los cheques y los nombres impresos en ellos. Y los sacudió entre sus dedos, sintiendo que acababa de dar otro paso hacia su cambio de vida.

—¿Ya se ha ido? —preguntó Krysten apareciendo de repente.

—Sí. Operación cerrada —repuso caminando hacia ella—. Ya está hecho y no hay vuelta atrás.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —le preguntó su amiga que aún no podía creer lo que estaba pasando.

—Completamente. Nunca lo he estado tanto en mi vida, como en este momento.

La respuesta de Jenna dejó perpleja a Krysten. No parecía su amiga. Y por mucho que le dijera que estaba bien, no podía creerla. Estaba demasiado entera, segura, decidida. No se había permitido ni un minuto de duelo por la ruptura con Dylan y debía estar sufriendo. La conocía mejor que nadie y sabía que jamás se había entregado a un hombre como lo había hecho con él. Se había enamorado de Dylan Dalton hasta las trancas. Era imposible que estuviese así de fría e

impasible. Más aún tomando todas las decisiones, drásticas y tajantes con las que había decidido cambiar su vida.

—Jenna, han pasado cuatro días y no has dicho ni una sola palabra sobre Dyl...

Jenna levantó la mano a modo de advertencia para detenerla, pues no quería ni oír su nombre. Y Krysten se calló, no sin antes suspirar de impotencia.

—Esto es para ti —le dijo Jenna entonces—. No digas nada, no es limosna, ni un prestamos ni nada por lo que debas darme las gracias. Es una inversión en ti. Me consta que no solo eres una maravillosa ayudante, sino también una gran diseñadora.

Krysten abrió los ojos, sorprendida. Y Jenna sonrió.

—¿Creías que no averiguaría que fuiste tú quien redecoró mi bungalow en el Mystic River?

Krysten entrecerró la mirada.

—Esa cotilla entusiasta de Susan...

Jenna sonrió.

—No fue culpa suya. Me sorprendió tanto que tuve que interrogarla.

—Ya... —repuso Krysten, y por primera vez desde el día que se conocieron, la vio sonrojarse.

Jenna fue hasta ella y la tomó por los hombros.

—Siempre he sabido que tenías mucho talento. ¿Crees que no he escuchado tus opiniones en las reformas que hemos hecho estos años? ¿Qué no te he visto ojear revistas con nuevas tendencias, los catálogos de los proveedores, y dirigir en los proyectos cuando yo no podía? Ahora es el momento de apostar por ti. Puedes crear tu propia empresa de diseño, Krysten.

—No sé... no sé... qué decir... —dijo ella. Y esta vez Jenna sí que sonrió abiertamente.

—¡Krysten Grey sin saber qué decir! Me lo tomaré como un sí —decidió, y la abrazó con fuerza.

Krysten, conmovida, le devolvió el abrazo. Y Jenna pudo sentirla incluso estremecerse por la emoción. Al cabo de largos segundos se separaron mientras ambas limpiaban sus mejillas de lágrimas. No solo por el gesto que había tenido Jenna con ella, sino por la inminente separación

de las dos, en tan solo unos días.

—También tienes que ocuparte de este —le dijo Jenna entregándole el otro cheque—. Ya sabes lo que tienes que hacer con él. De hecho, te pediría que tu primer trabajo como diseñadora, fuese ayudar a terminar la obra. No se me ocurre nadie mejor en quien delegar ese proyecto, y lo sabes.

—¿Qué dices? ¡Es tuyo! Es tu trabajo. Deberías hacerlo tú.

—No puedo. Yo ya no... No importa. Tienes el dinero que hace falta, tu talento, los planos, y todo lo demás.

—Con esto podrías subvencionar varios proyectos como este, ¿lo sabes? —le preguntó Krysten, admirando la cantidad desorbitada escrita en el cheque.

—Mejor. Hay mucha gente que necesita ayuda.

—¿Y tú? Estás renunciando a todo lo que has conseguido por la venta de tu casa.

—No renuncio, invierto en cosas que me parecen importantes. Además, a mí no me hace falta ese dinero y menos a donde voy.

—¿Sigues empeñada en irte a la India? —preguntó Krysten con la esperanza de que cambiase de idea.

—Sí —repuso su amiga con un gran suspiro—. Es exactamente lo que voy a hacer. Ya he comprado los billetes. Me voy en dos semanas. Justo las que tengo para vaciar el apartamento. Así que tengo mucho que hacer.

Krysten vio a su amiga tomar una caja vacía del suelo y dirigirse hacia su cuarto y sintió que la perdía.

Y en ese momento llamaron al timbre.

—¡Abre tú por favor! —le pidió Jenna ya desde el final del pasillo.

—¡Vale! —repuso tras resoplar, y fue hacia la entrada.

En cuanto abrió la puerta, se quedó de piedra.

—¡Leo! ¿Qué haces aquí? —Parpadeó varias veces, estupefacta. Aún más cuando él pasó por su lado y se adentró en el piso sin ser invitado.

—Tengo que hablar con Jenna. Necesito que vea una cosa.

—¿Una cosa? ¿Qué cosa? ¿Y tú no te habías vuelto a La Pampa Argentina? —preguntó yendo tras él.

Leo la miró con el ceño fruncido, pero no le contestó, en su lugar fue directamente hacia la televisión de plasma que había en el salón y cogió el mando para encenderla.

—¿Qué ocurre aquí? He oído gritos —dijo Jenna llegando al salón, y los miró sorprendida.

—Hola jefa, siento aparecer así, sin avisar. Pero necesito que veas esto —dijo a la carrera sin dejar de tocar botones—. Será mejor que te sientes.

—Me estás asustando —apuntó ella.

—No tienes por qué. Te lo explico: Vi el montaje que os preparó la productora a Dylan y a ti, y... bueno, no pude evitar darme cuenta de lo que habían estado haciendo.

—Ya sabemos que tergiversaron todo, Leo —protestó Krysten.

Él solo la miró un atisbo de segundo, antes de seguir explicando a Jenna.

—Lo más importante para mí no era el contenido sino las imágenes y desde dónde se habían estado realizando las tomas. Y me di cuenta de que algunas de ellas se habían grabado desde el interior de la oficina de Dylan.

—¿Cómo? ¡No puede ser! ¡Ese era un espacio seguro! —repuso Jenna no queriendo creerlo. Allí habían pasado cosas entre Dylan y ella...

—Siento decir que sí. Alguien colocó cámaras allí sin que lo supiéramos.

—¿Pelopaja? —preguntó Krysten cayendo en la cuenta del cámara que nunca le había caído bien.

—Sí, el mismo. La productora le pagó para que las pusiese y él fue el que recopiló las imágenes más... personales sobre vosotros. También os seguía fuera de la obra y el día del incendio.

El gesto de Jenna se torció en una mueca horrorizada.

—Pero volviendo al tema de la oficina. Cuando lo descubrí, me di cuenta de que, si la cámara seguía allí, también habría grabado todo lo que ocurrió en vuestra reunión con Shapiro y

Viola. Y decidí hacer mi propio montaje, contando la verdadera historia de lo que ha supuesto este proyecto para todos, para vosotros, y de la jugada rastrera que han intentado haceros. También de la amenaza y de que esas familias podrían quedarse sin sus viviendas solo por la ambición de la cadena —dijo satisfecho.

—¿Y por qué me da que aún hay más? —preguntó Krysten viendo el gesto de Leo.

—Porque lo hay, pesadilla. Mirad —ordenó él llegando al canal de noticias que buscaba.

Y en aquel instante la presentadora del programa, anunciaba a los espectadores las reveladoras imágenes que destapaban las malas artes de la productora de televisión y las amenazas a una conocida y querida por todos, diseñadora de la televisión.

Jenna que aún no había procesado las palabras de Leo, se quedó paralizada viendo el montaje que había preparado Leo y enviado a la televisión. Este no tenía nada que ver con el de la cadena. Mostraba la humanidad de la labor que habían estado realizando, la ilusión y felicidad de las familias, el trabajo en equipo. Sí, había miradas cómplices entre Dylan y ella y algunos gestos más de cariño, pero tratados desde el respeto. Y después, la conversación con los productores, sus amenazas, su respuesta y como ella abandonaba la oficina con la intención de no volver a dejarse pisar por nadie.

Jenna ya no pudo seguir escuchando las duras palabras de la presentadora hacia los productores y el resto de comentarios y reacciones de la gente a la que habían mostrado la noticia en directo en la calle. Se alegraba de que todo saliese a la luz. Ese juicio público era lo que merecían Shapiro y Viola, pero ella se había quedado anclada en la mirada de Dylan hacia ella en una de las escenas. Una mirada que le recordó lo mucho que lo había amado y lo feliz que había sido por primera vez en su vida, junto a él.

El dolor la atravesó de tal forma, que tuvo que llevarse una mano al pecho. Se levantó del sofá y miró a sus amigos.

—Gracias, Leo. Significa mucho para mí, de veras. —Quiso que supiese la importancia que daba a su gesto—. Perdonad, necesito unos minutos a solas—. Y sin más, dejó el salón sintiendo que se estaba rompiendo en su interior.

CAPÍTULO 31

—¡Dylan...! ¡Hermanoooo! —lo llamó Bobby D. entrando en casa. Y siguió haciéndolo mientras la recorría buscándolo.

No recibió respuesta y empezó a preocuparse. Había ido a buscarlo a la obra y allí le habían dicho que no había aparecido en todo el día. Dylan jamás faltaba al trabajo, aunque estuvieran en una situación como aquella, en la que parecía que podía estar todo perdido. Pues tras la discusión que le había contado que tuvieron Jenna y él con los productores, y la posterior marcha de Jenna, todo se había ido a pique. Dos días más tarde habían aparecido los abogados de la cadena, y el día anterior también los camiones que pretendían llevarse todo lo que habían pagado aquellos carroñeros. Habían conseguido parar el desalojo, pero era algo temporal. Hasta que los abogados de unos y otros consiguieran aclarar las condiciones y obligaciones de cumplimiento de la cadena, aun siendo ellos los que cesasen el contrato antes de tiempo. Por lo tanto, la obra de las minicasas, de momento estaba parada. Pero el resto de trabajos que tenían contratados, no. Por eso no entendía que este no hubiese ido a trabajar.

Con paso decidido fue hasta la habitación de su hermano, al final del pasillo de aquella planta principal, y al abrir la puerta se quedó en shock. Dylan estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en los pies de la cama, con un aspecto lamentable, mirando la televisión. Observó el aparato, a todas luces nuevo, porque todavía llevaba los plásticos pegados en la parte de atrás, y alzó una ceja.

—¿Te has comprado una tele? —le preguntó sin poder creerlo.

—Sí, es la única forma de verla —repuso él señalando la pantalla—. ¿Sabes que hacen reposiciones de todas las temporadas de su programa en tres plataformas? Ni siquiera sabía que había tantos canales y sitios para ver la televisión. También tenías razón en eso de que se hacen

programas de todo. De todo... Hay gente decorando tartas y otros que cocinan platos con sobras. He visto que había uno sobre la tripulación de un barco de lujo, y varios de gente que liga sin verse la cara en todo el programa.

Bobby D. lo miró alucinado y se cruzó de brazos.

—Pero sin duda, el mejor de todos, es el de Jenna... —Dylan suspiró tras pronunciar su nombre y Bobby sonrió—. Es una mujer impresionante. Hace unas cosas... tiene un ingenio... Y la gente. Todo el mundo llora cuando ve lo que ha hecho con sus casas...

—Lo sé, ya te dije que seguía el programa —contestó a su hermano, aunque no sabía si este lo oía o no, pues estaba como en trance mirando en la pantalla un primer plano de Jenna sonriendo.

Y entonces su hermano mayor, el tipo más duro que había conocido en su vida, dobló las rodillas y apoyando los codos en ellas, se cogió la cabeza con desesperación.

—La he perdido. A la mujer más maravillosa que he conocido jamás. Al amor de mi vida. La he perdido por imbécil y cabezota. Ni siquiera la escuché. Me enfurecí, entendí lo que pretendía hacerme esa gente y me cegué. Lo vi todo negro y salí de allí acusándola como si fuera una más de ellos.

—Sí, te equivocaste. Pero no eres de los que dan una batalla por perdida. Aun puedes arreglarlo —le dijo Bobby yendo hacia él, y ofreció la mano para ayudarlo a levantarse.

Dylan la miró sopesando si aceptarla o no. Aun no se había fustigado lo suficiente por su estupidez. Pero entonces oyeron la puerta y a Carter, llamándolos a ambos, y se levantó con rapidez. Se colocó la ropa y pasó las manos por el rostro y el pelo, a tiempo de que su hermano pequeño no lo viese en ese lamentable estado.

—¿Qué hacéis aquí? Os he buscado por todas partes. ¿Habéis visto las noticias? —les preguntó con una sonrisa.

—No... no... ¿Por qué? —dijo él aun disimulando que se sentía peor que en toda su vida.

—Porque deberíais verlas. Jenna y tú estáis en cabecera en todos los noticiarios y programas, también en las redes sociales. Es un boom.

—Carter, hermanito... no deberías ver esa basura. No creas todo lo que ves en televisión... —empezó a decir creyendo que por fin los de la cadena habían cumplido con su amenaza y habían sacado a relucir los videos de ambos.

—¿Basura? Es lo mejor que he visto jamás, excepto por el momento en el que te vas de la oficina enfadado con Jenna y ella se enfrenta sola a los productores... Pero esos gusanos han quedado en evidencia delante de todo el país. Se van a ir a la ruina. En todas partes hablan del escándalo y están empezando a salir más trapos sucios sobre los responsables del programa.

Dylan, que se había quedado anclado en el momento que le había descrito la discusión en la oficina, frunció el ceño sin comprender. No podía ser... ¿Cómo podía haber salido a la luz ese momento?

—No lo entiendo... ¿Cómo es posible?

—Leo. Ha sido Leo. Él lo ha entregado a la prensa. Mira, podéis verlo vosotros mismos — dijo Carter sacando su móvil. Puso el vídeo que ya estaba colgado en todas partes y le pasó el aparato a su hermano para que lo viera. Bobby D. no tardó en colocarse a su lado para no perderse.

El rostro de Dylan fue cambiando de color a medida que se iban sucediendo las imágenes. Desde las que contaban su labor, entrega y trabajo en las obras, la felicidad e ilusión de las familias, las anécdotas de la obra con el equipo, y la complicidad entre Jenna y él, hasta la grabación de lo sucedido en su oficina, las amenazas vertidas a Jenna y como ella, tras defenderlos a ambos, se marchaba renunciando al programa.

Ella había dado la cara por él. Lo había defendido y luchado por ellos como él no había sido capaz de hacer. Y después, dolida e imaginaba que profundamente decepcionada con él, se había marchado para siempre.

«No merecía menos», se dijo a si mismo sintiendo que se hundía aún más en el pozo en el que se había encontrado esa mañana al levantarse y darse cuenta por fin, de la realidad de que jamás volvería a estar con ella.

—Vas a ir a por Jenna, ¿no? —le preguntó Carter, esperanzado.

Él resopló.

—No va a querer verme. No creo que quiera volver a saber nada de mí, ni de nada que tenga que ver conmigo. Le he hecho lo peor que le podía hacer, después de todo por lo que ha pasado en su vida, con su ex, con la gente del programa...

—A ti también te engañaron. Esos tipos está acostumbrada a manipular... —intervino Carter.

—Yo la conozco. Sé cómo es. Ella me lo demostró desde el primer momento, y aun así, ni la escuché. No merezco que me perdone.

—Hermano, todo el mundo merece una segunda oportunidad. Te has equivocado, pero tú también eres un gran hombre. Tienes valores, ética, honor, eres la persona más generosa y desinteresada que conozco, un referente para nosotros y para muchos otros. Y lo más importante de todo, no te rindes. No lo has hecho jamás. Ni en tus misiones, en el trabajo, con esta familia, ni con Carter, ni conmigo. Y no creo que debas hacerlo ahora, cuando está en juego tu felicidad —le dijo Bobby D.

—Nuestra felicidad —apuntó Carter de repente—. Yo también quiero que vuelva Jenna. Y si no consigues hacerlo, me casaré con ella en diez años. Me lo ha prometido, y no os olvidéis de que soy su Dalton favorito.

Los tres hermanos sonrieron por el comentario.

—La verdad es... que estoy perdidamente enamorado de esa mujer. Y no consigo imaginar mi vida sin ella —volvió a mirar la pantalla de la televisión en la que seguía su imagen congelada.

—Eres un hombre afortunado. La has encontrado, ahora solo tienes que luchar por ella —le dijo Bobby D.

—Tienes razón —repuso suspirando y posó una mano sobre el hombro de su hermano—. Ojalá, algún día tú encuentres a un hombre que te haga tan feliz a ti, como yo lo he sido con ella.

Dylan sintió que el cuerpo de su hermano se tensaba bajo su contacto, y se giró hacia él.

—¿Un hombre...? ¿Lo... sabes? —Miró alternativamente a sus hermanos y estos

sonrieron— ¿Lo sabéis?

—Bobby D., jamás te he visto mirar a una mujer como lo haces con Matt Bomer.

Bobby se sonrojó hasta las orejas y vio que Carter reía con su expresión.

—Pero, ¿por qué no has dicho nada? —preguntó alucinado.

—No me correspondía a mí hacerlo. Pensé que en algún momento lo harías tú, cuando te sintieses preparado. Creí que sabías que te queremos como eres y que nada puede separarnos — añadió Dylan mirándolo a los ojos. Y tras advertir la emoción en los de su hermano, los tomó a ambos por el cuello, para acercarlos a él y fundirse los tres en un abrazo.

—Deberíamos tener más momentos como este, porque me doy cuenta de que tenemos serios problemas de comunicación —dijo Carter, pensando en la cantidad de secretos que se habían estado guardando, sin motivo.

—¡Qué chico más listo! —dijo Dylan revolucionándole el flequillo. Y Bobby D. añadió:

—No te extrañes, es un Dalton.

Y entonces el teléfono de Dylan sonó para avisarle de un mensaje e inmediatamente después de otro. Cogió el aparato y vio sorprendido que se trataba de Krysten. Lo primero que vio fue la imagen de un cheque, expedido a nombre de la constructora. Y después el aviso de que al día siguiente volvería a la obra.

Y en ese momento, su corazón se detuvo esperanzado.

CAPÍTULO 32

—¡Buenos días, preciosa! —saludó Bobby D. a Krysten en cuanto esta entró en su cocina.

—Buenos días, guapo —dijo sin mucha convicción de que lo fueran, y se sentó en uno de los taburetes que su amigo tenía alrededor de la mesa central que usaba para preparar los alimentos antes de cocinar.

—¿Problemas en la obra? —le preguntó él cuando vio que ella apoyaba una mano en la mejilla, con abatimiento en lugar de contarle, como cada día, las novedades de la obra.

—Mi problema es tu hermano. El grandullón no atiende a razones. Solo habla de ir a por Jenna, de buscarla esté donde esté, de que no puede vivir sin ella...

—Está enamorado...

—Está pesadísimo. Ya le he explicado mil veces que no puedo localizarla. Dejó el apartamento hace tres días, antes del plazo estipulado. Y aunque le he preguntado mil veces donde se está alojando hasta que se vaya, no me lo dice. Le mando mensajes y me contesta, pero siempre está liada con los preparativos de su marcha y no consigo hablar con ella. Viajar a Manhattan sería una estupidez. Perdería el tiempo en una ciudad tan grande y ni siquiera sabemos si sigue allí aún. Hay que ser más inteligente y trazar un plan. Tengo un par de ideas, pero el grandullón es un cabezón y no quiere esperar.

—¿Y entonces? ¿Qué piensas hacer? Porque te conozco y esa cabecita tuya no se da por vencida.

—Pues me parece que voy a engañarlos a ambos.

—¿Engañar a los dos? —Bobby D. dejó de cortar la carne para mirarla alzando una ceja.

La pregunta quedó en el aire cuando de repente, fueron interrumpidos.

—¡Hola! Perdón... ¿Molesto?

Krysten se enderezó en el taburete nada más reconocer la voz de Leo, entrando en la cocina.

—¿Qué haces aquí? —Su pregunta fue la cálida bienvenida que le dio.

—Tranquila, pesadilla. No he venido hasta aquí por ti —repuso él, levantando las manos.

—¡Ah! ¿no? —curioseó ella confusa, sin dejar que Bobby D. le preguntara por el motivo de su visita.

—No, ya me has dejado claro varias veces que no tenemos nada que hablar. Y lo he entendido perfectamente —le dijo a ella. Le dedicó una última mirada y se giró hacia Bobby D.

—Amigo, he venido por ti.

—¿Por mí? Eso sí es una sorpresa.

—Ya imagino, pero... bueno. Antes de irme con Jenna a la India tenía que dejar otro asunto pendiente zanjado.

—¿Te vas a la India, con Jenna? —El corazón de Krysten se detuvo tan bruscamente que creyó que le iba a dar un infarto.

Leo suspiró con impaciencia.

—Sí, me voy con ella para hacer la grabación de un documental. Y ahora si me disculpas... —Quiso retomar la conversación con Bobby D, pero Krysten volvió a interrumpirlo.

—¿Entonces estás en contacto con ella? ¿Habláis todos los días y eso? —preguntó no dejando que la marcha de Leo la volviera loca hasta después.

—Sí, claro. Tenemos mucho que preparar —Leo vio que su pesadilla estaba dispuesta a seguir con el interrogatorio y alzó una mano para detenerla—. Ya sé que es muy difícil para ti, pero podrías estarte calladita un minuto. Esto es importante.

Krysten, molesta, cerró el pico cruzándose de brazos. Y después le regaló una sonrisa cínica.

—Bien. Como iba diciendo tenía un asunto pendiente, y ese eres tú —dijo señalando a Bobby D. que se quedó estupefacto. Y lo primero que pensó fue que Leo había ido a partirle la cara, pues aún creía que era el novio de Krysten.

—Leo, creo que deberíamos hablarlo antes, porque hay algunas cosas en las que estás confundido —dijo levantando las manos en son de paz.

Leo frunció el ceño.

—Me parece que el que se confunde eres tú —Entornó la mirada, por no entender a Bobby —. ¿Recuerdas el día que te grabé haciendo la receta del risotto?

Bobby D. asintió repetidamente.

—Claro, lo pasamos bien —repuso, y miró a Leo y Krysten pues esta le había contado que ese día ambos se liaron en su cocina.

—Sí, estuvo bien. Sobre todo, la grabación que te hice. Me encantó tu espontaneidad, lo mucho que sabías de cocina y la energía que generabas con la cámara. Así que decidí hacer algo. Y... quiero presentarte a alguien.

Bobby D. sacudió la cabeza, sorprendido y miró a Krysten confuso mientras Leo desde la puerta, hacía señales a alguien para que entrara.

—Bobby D., este es Evan Peters —dijo invitando a pasar a un hombre joven de unos treinta años, rubio, con el pelo ondulado, los ojos castaños y serenos y la planta de un modelo de ropa interior—. Es director y productor en el canal “Come, Vive, Ama” y ha venido a conocerte porque tras ver tu vídeo quiere hacerte una propuesta para un programa de cocina para su canal.

Bobby D. se quedó estupefacto. Tanto como para no saber qué decir y sentir que las palabras se le atoraban en la garganta, mucho más cuando el productor fue hacia él, y tras dedicarle una cálida e imponente mirada, le ofreció su mano.

Tardó un segundo en darse cuenta de que debía devolverle el gesto. Y al hacerlo, el tacto de la otra piel, suave, firme y estimulante, lo perturbó.

—Es un placer... —consiguió decir, sin poder apartar la mirada de la de ese hombre que había ocupado toda su capacidad de atención.

—Definitivamente, el placer es mío —repuso el otro, con el mismo interés. Pues ninguno de los dos, pareció seducido por la idea de apartarse, ni romper el contacto que habían iniciado.

Leo los miró a uno y a otro, sorprendido. Y no tardó ni dos segundos en darse cuenta de lo

que estaba pasando. Aquello era química, química pura. Una atracción visceral e instintiva, como la que sintió él por Krysten nada más conocerla. Y frunció el ceño. Después miró a su pesadilla que sonriente miraba la escena y se preguntó ¿qué diablos estaba pasando? ¿No se suponía que era su novio? ¿No había sido Bobby D. el motivo por el que ella no había querido darle una segunda oportunidad? ¿O lo había estado engañando todo aquel tiempo? Los motivos por los que ella podía haber estado haciendo algo como aquello, esos meses, empezaron a pasearse por su mente, uno tras otro, haciendo que se replantease todo lo que había creído hasta el momento. Y entornó la mirada.

—Está claro que necesitáis un rato a solas, para hablar del proyecto. Mi labor aquí ha terminado. Bobby D. te deseo mucha suerte en tu futuro proyecto. Y Evan, no lo dejes escapar, es un tipo fantástico, y un gran fichaje para tu cadena —declaró para ambos, esperando que captasen sus dobles mensajes.

Después fue hasta Krysten y tomándola de la mano, tiró de ella.

—Vamos, pesadilla, tampoco pintas nada aquí —le dijo mientras la sacaba casi a rastras de la cocina, junto a él. Y escuchó de fondo a ambos hombres darle las gracias.

Ya no les prestó atención, pues todo su interés estaba en tener unas palabritas con aquella bruja del demonio que había estado jugando con él durante meses. En realidad, si se ponía a pensarlo, desde hacía más de un año, en el que había convertido su vida en un infierno.

Disfrutar del gesto estupefacto de Krysten no tuvo precio para Leo. La sacó de la cocina y al pasar por la barra, ella se le revolvió. Por lo que no le quedó mas remedio que agacharse, tomarla por los muslos, y echársela al hombro para sacarla del bar. Por supuesto, ella se retorció y protestó, pero aguantó el envite hasta que estuvieron en el exterior y lo suficientemente apartados como para no dar el espectáculo en público.

—¡Maldito animal, bruto, y...! —En ese momento Leo la dejó en el suelo y se calló para apretar las mandíbulas y fulminarlo con la mirada— ¿Se puede saber qué demonios haces? ¡Quería ver lo que pasaba!

—Sí? ¿Te interesa mucho cotillear como tu novio liga con un hombre? ¿Eres de esas?

¿Tenéis una relación tan abierta?

Krysten boqueó un par de veces, como un besugo. Y se cruzó de brazos, en actitud defensiva.

—El tipo de relación que yo tenga con Bobby D. no es de tu incumbencia. —Intentó añadir un tono altanero a sus palabras que no logró en absoluto.

—¡Oh! Por supuesto que sí lo es. Porque me has estado mintiendo durante meses, restregándomela en cada oportunidad que has tenido. Y me la has llegado a poner como excusa para no hablar de lo nuestro. Me has dicho que eras muy feliz, que no había nada entre nosotros y luego me has besado...

—¡Me besaste tú! —saltó ella para defenderse.

—De eso nada, preciosa. Te me tiraste al cuello. Me besaste y yo por supuesto, me dejé y lo disfruté. Pero empezaste tú. Siempre empiezas tú, y lo acabas tú. Yo soy el títere que va bailando al son que marcas. Ahora me besas, ahora no. Ahora quieres cenar conmigo, después no. Pasamos la mejor noche de mi vida juntos y al día siguiente actúas como si no hubiese pasado nada.

Krysten lo miró perpleja.

—¿Eso no fue lo que pasó?

—¡Por supuesto que sí! Lo hicimos, estuvimos por fin juntos después de dos años de tonteos, mensajes velados, miraditas, y ahora sí, pero luego no. Me tenías loco y lo sabías. Y mientras veía como, de vez en cuando, quedabas con otros. Otros que escuchaban tus risas en “mis” citas, besaban tus labios, cuando me correspondía a mí, y tocaban tu piel cuando yo me moría por hacerlo.

—Yo no... —Krysten se quedó sin palabras, sin saber qué decir ante semejante declaración.

—Tú sí. Es imposible que no supieras lo colado que estaba por ti. Y cuando por fin estuvimos juntos, pensé que todo cambiaría entre nosotros. Pero al día siguiente... —Leo apretó las mandíbulas—...al día siguiente cuando fui a buscarte para darte los buenos días, y te oí

hablar por teléfono con otro... Tan melosa y cariñosa como lo habías estado conmigo tan solo unas horas antes, como si yo solo fuera una más de tus conquistas.

—¡Eso no es verdad! Aquel día no solo pasaste de mí, me trataste mal, empezaste a llamarme pesadilla y criticaste todo mi trabajo. Y no pienso dejar que me culpes a mí porque recuerdo perfectamente esa mañana ya que fue la que tú me partiste el... —Se detuvo antes de confesar el daño que le había infringido—. Y no, no hablaba con un ligue esa mañana. Era el cumpleaños de mi sobrino y no podía ir a su fiesta, tal y como le había prometido, porque estábamos en aquella reforma en Arizona.

—Pero no dijiste nada...

—¿Qué querías que te dijera? Cuando terminé de hablar con él fui a buscarte, me moría por verte, y tú me trataste como si me despreciaras. Me di cuenta entonces del gran error que había cometido dejando a un lado mis miedos y permitiendo por primera vez ilusionarme contigo. Esa noche me abrí a ti, te conté mis cosas, te hablé de mi familia, algo que no hago jamás. Y cuando vi que me tratabas de esa forma, me prometí que no volvería a cometer ese error —le soltó lanzándole toda aquella declaración, dejándose llevar. Al terminar tenía el corazón a mil y la respiración tan agitada como para sentir que todo su cuerpo temblaba.

Se miraron, intentando asimilar las palabras de uno y de otro. Asumiendo que se habían equivocado ambos, por su orgullo, obstinación y miedo. «¿Y ahora qué?», se preguntó Krysten, nerviosa. Ya lo habían dejado todo claro, como él quería.

«¿Ese era el final de todo?»

Y entonces Leo respondió a sus preguntas, acortando la distancia entre ambos y antes de que pudiese reaccionar, la tomó entre sus brazos, y la besó. No fue delicado, ni tierno, ni cauto. Dejó salir toda la necesidad, la furia y la desesperación que ella le había generado durante todos esos meses e invadió su boca con urgencia, pegándola a su cuerpo como si pudiera reclamarla al fin como suya. Demostrándole que jamás sentiría lo que sentía con él en otros brazos, con otra boca, en otra piel. Krysten gimió y él sonrió.

—¿Quieres más? —le preguntó contra su boca— Pues dímelo.

Krysten enarcó una ceja.

—Dímelo tú primero —repuso ella rápidamente.

Leo frunció el ceño y dejó salir el aire por su nariz exhalando con pesadez.

—¿Por qué tengo que decirte yo primero que te quiero? —preguntó ella intentando deshacerse de su abrazo.

Leo la retuvo a tiempo, por la cintura. La atrajo hacia él, pegándose a su espalda, y se acercó a su oído para susurrarle:

—Te amo, pesadilla.

Krysten sonrió y su piel se erizó con la caricia de su aliento.

—Yo también te amo —repuso ella, cuando él la giró para ver su reacción. Y antes de que pudiese decir algo que estropease el momento, se apoderó de nuevo de su boca, para atrapar sus ansiadas palabras.

CAPÍTULO 33

Jenna no podía creer que estuviera de nuevo en el aeropuerto Reno Tahoe. Se había ido de allí hacia solo dos semanas y, sin embargo, parecía que había pasado toda una vida. Tal vez porque había cambiado el rumbo de la suya por completo. No lo iba a negar, seguía con el corazón roto. Probablemente lo seguiría estando mucho, muchísimo tiempo. Porque Dylan seguía siendo lo primero que aparecía en su mente al despertar, y después lloraba un rato hasta que se sentía anestesiada. Y cuando ya no podía vaciarse más, se obligaba a pensar en otras cosas, en su nuevo plan de vida y en los nuevos proyectos que abordaría, pero era muy difícil porque todo le recordaba a él.

Hasta cuando se tomaba su primer café de la mañana, aún esperaba encontrar el que le preparaba Dylan en la obra, o la nota que lo acompañaba y que siempre le había arrancado una sonrisa.

Se moría de ganas por saber cómo iban los proyectos, qué avances estaban haciendo, si tenían algún problema. Pero incluso se había impuesto poner algo de distancia con Krysten durante ese tiempo, para no caer en la tentación de involucrarse, de preguntar por las familias, por el equipo, por Carter, Bobby D.... o por Dylan.

Sabía que cada paso atrás la hacía sufrir de una forma tortuosa que le impedía mirar hacia delante. Por eso la ponía tan nerviosa estar allí de nuevo. Y si lo había hecho había sido solo por Leo. Era un gran amigo al que debía mucho por su lealtad, por su lucha contra las injusticias y por haber hecho la grabación que le permitió limpiar su nombre y poner a los productores en su sitio, frente a la opinión pública. Además, ahora también parecía que se iba a convertir en su cuñado, al haber solucionado sus diferencias con Krysten y haber empezado una relación con ella, por fin.

Se alegraba por ambos, pues se merecían ser muy felices, y no conocía a dos personas más destinadas a estar la una con la otra. Y por eso cuando Leo la llamó para contarle que tras su viaje a Riverbrook había hecho las paces con Krysten, le preguntó si no sería mejor para ambos que se quedase allí con ella, en lugar de irse a la India. Leo le había asegurado que no era necesario. Le declaró que su relación era tan fuerte como para aguantar algunas semanas de distancia, las necesarias para hacer su documental y que después volvería a Nueva York con Krysten. Pero Leo sí le hizo una petición que la dejó sin palabras ni excusas; que fuese hasta allí para presenciar el momento en el que iba a pedir matrimonio a su mejor amiga. Quería darle una gran sorpresa y le aseguró que no sería lo mismo si ella, la que Krysten consideraba su hermana, no estaba en ese momento tan importante de su vida.

Jenna, emocionada, solo había puesto una condición para aceptar el encuentro. No quería correr el riesgo de encontrarse con Dylan. No le dijo que no sería capaz de soportarlo, pero sus amigos la entendían y Riverbrook, a pesar de ser un pueblo pequeño, estaba lleno de rincones hermosos en los que Leo podía dar la sorpresa a Krysten sin que ella corriese el riesgo de encontrarse con el hombre que seguía ocupando sus sueños.

Los recuerdos del día que llegaron a Reno se abrieron paso en su mente, en cuanto salió por las puertas de la terminal y vio a Leo, esperándola, igual que ese día. Cuando él la reconoció fue hacia ella para ayudarla con todo su equipaje, que no era poco, pues en seis horas tenían que estar de vuelta en el aeropuerto para coger otro vuelo hasta la primera escala destino Nueva Delhi.

—Bienvenida, jefa —la saludó él y le dio un fuerte abrazo. Jenna sonrió al verlo tan feliz como para que la ilusión iluminase sus ojos castaños.

—Ya no firmo tus cheques, Leo —le dijo devolviéndole el gesto.

—Para mí siempre lo serás, además de una gran amiga —repuso él.

—Bueno, pretendes casarte con mi hermana. Así que vamos a ser más que eso —añadió ella, abriendo la puerta del copiloto—. ¿Estás muy nervioso? —le preguntó entrando en el coche.

—Mucho— dijo él, sentándose en el asiento del conductor.

—Me lo imagino. Es un momento muy importante.

—Por eso quería que estuvieras aquí. Ninguno de los dos nos perdonaríamos que te lo perdieras. Gracias a ti nos conocimos y gracias a ti he tenido la oportunidad de verla estos últimos tres años y enamorarme de ella.

La mirada enamorada de Leo, le llegó al alma.

—¡Oh, Leo! ¡Qué bonito! ¡Me alegro tanto por vosotros! ¡Os merecéis tanto ser felices...!

—Tú también, Jefa. ¿Cómo estás? —La pregunta la pilló desprevenida. No quería hablar de ella, porque ni siquiera sabía cómo responder a esa pregunta. Era tanto lo que sentía, tantos sentimientos los que la azotaban que no había palabras para describirlo. Tampoco quería empañar la felicidad del momento con sus cosas. Así que se limitó a sonreír y decir.

—Estaré bien. —Cuando la miró con preocupación ella añadió: —. Te lo prometo. —Leo la escrutó con pesar y ella quiso desviar la atención—. Y dime, ¿cómo has conseguido que Krysten no se huelga nada? ¿Qué le has dicho que estabas haciendo ahora mismo?

—Ha sido fácil, solo le he dicho que tenía que terminar de preparar las maletas, y que quedábamos en el lago para pasar un rato a solas antes de mi marcha.

—Pues espero que no se haya olvidado nada. Es muy intuitiva y brujilla —repuso recordando las veces que había intentado sorprenderla y había fallado.

—Yo también lo espero. Aunque lo que más me preocupa es que me diga que sí, y no opte por empujarme al lago.

—Bueno, lo del lago yo no lo descartaría, pero después de decirte que sí.

Ambos se rieron imaginando la escena y Jenna pidió a Leo que le contara cómo había sido el momento de la reconciliación, lo que hizo que el resto del viaje, estuviese bastante entretenida con la historia. Tanto fue así que ni se enteró cuando llegaron al lago.

—¿Hemos llegado? —le preguntó al darse cuenta de que Leo había detenido el coche.

—Casi. Ahora vamos a coger una canoa para ir a la otra orilla. He preparado el escenario allí. Pero quiero pedirte un favor. Como necesito saber cuál será la reacción de Krysten cuando vea lo que he montado, ¿te importaría taparte los ojos, como voy a hacer con ella y así luego me

dices, si es suficientemente impactante?

Jenna rio, sorprendida con la propuesta.

—Es un poco raro, pero sabes que te diré que sí. Solo dime, ¿has llevado antes una canoa?

—Por supuesto, ¿por quién me tomas? —dijo Leo riendo.

Jenna suspiró.

—Está bien. Entonces, úsame de conejillo de indias.

—Gracias, eres la mejor —apuntó él sacando un pañuelo del bolsillo trasero de su pantalón. Y tras colocarse detrás de ella, le tapó los ojos con cuidado de que no pudiese ver nada. Después, entre risas, la guio a ciegas hasta el embarcadero y la ayudó a subir a la canoa. Nerviosa, tomó asiento y se sujetó a la tabla de madera que le servía de asiento. En cuanto la brisa del lago le acarició la piel, los recuerdos de los momentos vividos allí con Dylan, llenaron su mente. Desde el momento en el que se vieron por primera vez, hasta su primer beso y orgasmo. Las mejillas le ardieron al instante y soltó una mano para abanicarse. La canoa dio un pequeño bote contra el agua y ella soltó una risita nerviosa.

—¡Uy! Esto se mueve mucho. ¿Estamos seguros?

—Puede que no —le dijo una inconfundible voz masculina que hizo que se le detuviera el corazón en seco, para después desbocársele.

Llevó una mano hasta sus ojos y se despojó del pañuelo, esperando estar sufriendo delirios.

—¡Dylan!

—Hola, Jenna —le dijo él clavando su mirada gris en ella de aquella forma, de esa forma con la que parecía leerle el alma.

Sacudió la cabeza y miró a un lado y a otro, dándose cuenta de que estaba ya a bastante distancia de la orilla, en medio del agua.

—Lo siento, pero necesitaba hablar contigo y sabía que no me lo pondrías fácil, así que busqué la forma de hacer que me concedieras unos minutos, antes de que te marcharas y me olvidaras para siempre —dijo él tirando los remos por la borda.

—¡Oh! Dios mío, ¿estás loco? ¿Y ahora cómo vamos a volver? —exclamó ella

inclinándose a un lado para ver hundirse los remos. Y al hacerlo la canoa se tambaleó corriendo el riesgo de que ambos cayeran al agua.

Dylan, rápidamente fue hasta ella y la sujetó entre sus brazos. En el momento en el que sintió las manos masculinas en su cuerpo, este despertó del letargo al que había estado sometido desde la última vez que estuvieron juntos. Y asustada, se apartó. No podía sentirse así con él, no después de lo que le había hecho.

—Por favor, no me toques —le dijo sin querer mirarlo a los ojos.

Él alzó las manos inmediatamente y la canoa volvió a tambalearse con ellos de pie, lo que provocó que fuese ella la que se sujetara a él con fuerza.

Elevó la vista, avergonzada y sus miradas se enlazaron. Sus dedos, aferrados a su camisa azul, blanquearon por la presión y sus fosas nasales se llenaron del olor de su colonia y su piel. Cerró los ojos e inspiró.

—Tranquila, estoy contigo. Vamos a movernos muy despacio. —Y su voz ronca hizo vibrar el pecho fuerte en el que ella había apoyado tantas veces la cabeza, sintiendo que estaba por fin en casa.

Y solo pudo asentir.

—Bien. Ahora bajaremos a la vez, lentamente. ¿De acuerdo? —le preguntó.

Ella volvió a asentir.

—Mírame —le ordenó él cuando vio que ella bajaba la vista—. Si miras hacia abajo te marearás con el movimiento de la canoa y te costará más mantener el equilibrio —aclaró.

Ella tomó aire lentamente y elevó la mirada. Mantuvieron el contacto todo lo que duró la operación de descenso hasta que estuvo sentada de nuevo en la tabla. Y entonces exhaló aliviada.

—Bien... Así que me has secuestrado. ¿Es alguna táctica especial de Los Delta Force? —preguntó volviendo a mirar en derredor, comprobando de nuevo que no tenía salida, salvo la de tirarse al lago y darse una buena carrera nadando hasta la orilla.

—No me has dejado más salida. Krysten me dijo que no querías saber nada de mí.

—Ya, pero estoy segura de que la muy bruja ha sido cómplice en este plan de secuestro.

—No te enfades con ella. La culpa es toda mía. Necesitaba verte...

—¿Para qué, Dylan? Esto no tiene sentido, si quieres disculparte por lo que pasó en tu oficina...

—Sin duda mereces una y mil disculpas. Y yo, que no me perdones con ninguna de ellas. Pero además, no podía dejar que te marcharas sin decirte que te amo.

En su interior Jenna abrió los ojos desorbitadamente, pero el gesto no llegó a su rostro, estupefacto.

—Te amo Jenna. Tanto que me resulta doloroso no despertarme a tu lado cada día. Tanto que no hago otra cosa que ver reposiciones de tu programa una y otra vez, para sentir que no te he perdido del todo. Necesito tus sonrisas, tus cafés por la mañana, las notas sobre la mesa de la oficina, tus mierdis cuando algo no sale como quieres, la forma de fruncir el ceño cuando estás concentrada en tus planos, como me abrazas durante la noche y tus besos por la mañana. Necesito hasta tus trece clics separados por pequeñas pausas para luego volver a continuar.

El corazón de Jenna se saltó un latido. La amaba. Decía que la amaba con sus rarezas, sus cosas buenas y las malas.

La amaba.

—Pero no me creíste. Pensaste que era capaz de hacer las cosas de las que me acusaron, que era uno de ellos y que solo te había utilizado.

—No. No lo creí. No lo hice, te lo juro. Solo me... ofusqué, me cegué cuando vi la sordidez y ligereza con la que esa gente, la que vive en tu mundo es capaz de jugar con la vida de una persona. En ese momento me sentí dolido y asqueado y necesité espacio. Solo temí, durante un momento, que quizás tú me vieras como me habían pintado ellos en el vídeo. Vi tu cara en esas imágenes...

Jenna se quedó paralizada al escuchar aquello. No había imaginado que él se hubiese podido sentir así.

—Yo jamás te he visto de esa forma. Nunca —le dijo ella con sinceridad. Necesitando que él la creyera.

—Lo sé. Al cabo de un rato regresé a disculparme. A decirte que me había equivocado, a pesar de haberme comportado exactamente como me describían en el vídeo. No merecía tu perdón. Y entonces descubrí que te habías marchado. Eso me... destrozó. Nunca me había sentido como lo hice en ese momento, ni como lo he estado haciendo desde entonces; roto, incompleto.

Rota e incompleta. Hacía unos minutos no sabía cómo describir cómo se sentía y él lo había hecho en dos palabras. Pero desde que le había contado cómo se había sentido y le había confesado que la amaba, algo aleteaba en su corazón de forma diferente. Lo miró a los ojos, a esos ojos grises y tormentosos capaces de hacer cambiar el ritmo de su corazón desde la primera vez que lo vio en aquel mismo lago.

—Yo también me he sentido rota e incompleta —confesó al fin. Tenía que haberte advertido sobre cómo era esa gente. Yo ya sabía que no eran trigo limpio. Solo les interesan las cifras, la audiencia y el dinero. Y no les importa conseguir lo que quieren a costa de quien sea. Yo sabía lo que eran capaces de hacer y, sin embargo, no fue hasta que Leo publicó el vídeo y empezaron a salir sus trapos sucios, que descubrí que ellos orchestaron junto a Kevin que la ruptura fuera en directo en el programa de recaudación para conseguir la máxima audiencia — Jenna se miró las manos—, Incluso a mí, que ya sabía de lo que eran capaces, consiguieron engañarme. Manipulan y juegan con la gente y hacen que dudes de ti mismo y de los demás.

—Yo jamás volveré a dudar de ti, Jenna. Te lo he dicho y te lo repetiré mil veces si hace falta —dijo Dylan, y ante la sorpresa de Jenna, se inclinó hacia delante, hacia ella haciendo que se volviese a tambalear la canoa, arrodillándose frente a ella—. Te amo. Te amo como jamás he amado a nadie. Y no quiero pasar un solo día más de mi vida sin ti. Por eso, Jenna Hopper...

Jenna se llevó las manos a la boca cuando lo vio sacar una cajita. Entonces él la abrió ante sus ojos y ella alzó una ceja, sorprendida al ver el precioso solitario que había en su interior.

—¿Quieres casarte conmigo? —le preguntó él al fin.

Jenna apretó los labios conteniendo una sonrisa emocionada, mientras sentía cómo se le caldeaba el corazón. Era el amor de su vida, no tenía duda de eso. Lo amaba y lo seguiría

amando para siempre. No quería volver a sufrir por amor. Pero, ¿estaba dispuesta a vivir una vida sin él?

—Encanto, me estoy clavando algo en las rodillas, ¿podrías dejar de torturar...? —empezó a preguntarle él. Pero antes de terminar la frase Jenna se lanzó encima suya. Ambos cayeron en la canoa y ella sobre él, le dijo con una gran sonrisa;

—Sí, Dylan Dalton, me casaré contigo.

Dylan la apretó contra él y la besó como había soñado aquellas dos semanas que lo hacía. Como esperaba poder hacer el resto de su vida.

Y entonces oyeron una voz femenina en la lejanía que preguntó:

—¿¡Qué ha dicho!?

Jenna se arrodilló rápidamente buscando la voz, hasta que vio a Krysten en la orilla, gritándoles con un megáfono. Y no estaba sola.

—¡Ha dicho que sí! —gritó Dylan a su lado.

Y entonces todos los que la acompañaban, que no eran otros que todas las familias del proyecto, amigos, obreros, los trabajadores, Carter, Krysten, Leo, Bobby D. y un tipo que no supo identificar pero que iba de la mano de este último, gritaron felices con la noticia, montando un escándalo que retumbó por todo el lago.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó alucinada.

—Han venido a asegurarse de que no cogías ese vuelo. Y esperaban que ambos les hiciéramos entrega de las llaves de sus nuevos hogares. Están impacientes —le dijo con una gran sonrisa.

—Bueno, dejaremos que esperen solo un minuto más, porque quiero otro beso de mi futuro marido. Te amo Dylan Dalton.

—Y yo a ti, Jenna Hopper.

EPÍLOGO

Jenna y Krysten se miraron sonrientes y después al hombre que, frente a ellas, aguardaba que ambas firmasen el documento que las unía en aquella nueva aventura.

—¿Estás segura de esto? —le preguntó Krysten, alzando una ceja.

—Completamente. No se me ocurre mejor compañera de viaje —repuso ella.

Krysten le devolvió una enorme sonrisa, y tras asentir, fue a firmar.

—Acuérdate de hacerlo con tu firma y no con la mía —apuntó Jenna interrumpiéndola. Y el notario las miró frunciendo el ceño, confuso.

Krysten le hizo un gesto con la mano, restando importancia al comentario y sonriendo, terminó por firmar el contrato.

—Perfecto —dijo el hombre tomando el documento y colocándolo en dos montones perfectamente alineados, sobre la mesa—. Enhorabuena, señoritas...

—Señoras —apuntaron ellas al unísono, y ambas se giraron para sonreír a sus respectivos maridos, que aguardaban a sus espaldas.

—Señoras —corrigió el hombre—. Pues yo las declaro, socia y socia en esta empresa.

Jenna y Krysten se miraron sonrientes. Se levantaron de las sillas plegables que habían puesto frente a la mesa improvisada con dos caballetes y una tabla, en mitad de la obra, y se fundieron en un fuerte abrazo. Este fue interrumpido segundos después, por los vítores de los obreros que empezaron a aplaudir y silbar, escandalosamente. Se separaron entonces, girándose hacia los demás. Los primeros en darles la enhorabuena por la reciente creación de su nueva empresa de diseño en la que iba a ser socias, fueron Dylan y Leo, que las abrazaron y besaron, compartiendo su felicidad.

Hacía dos meses que ambas se habían casado con aquellos dos maravillosos hombres, dejando a un lado sus vidas en Nueva York para instalarse en Riverbrook y seguir trabajando en

el proyecto de las minicasas para veteranos.

Este, tras la publicación del vídeo de Leo, había obtenido más ayudas, patrocinios y apoyo, desde todas partes del país. Incluso otras asociaciones de veteranos se habían mostrado interesados en realizar proyectos similares en sus respectivos estados, para los que les pedían colaboración. Lo que les garantizaba que ayudarían a cientos, tal vez miles de personas en los próximos años.

—¿Lo has grabado todo? —preguntó Krysten a Leo.

—Por supuesto. Lo edito y lo subo al canal—le dijo dándole un rápido beso en los labios antes de marcharse.

Para que su proyecto siguiese teniendo visibilidad, Leo estaba grabando un programa con el devenir de la obra, los proyectos y las causas en las que participaban y lo subía a YouTube, donde estaba teniendo muchísimo éxito. También subía actualizaciones a redes sociales, y todos estaban encantados con saber más de su labor.

—Yo me voy a ver a Bobby D. y Evan por si necesitan que les eche una mano con la cena de navidad —apuntó Krysten.

—Mientras no te acerques mucho tú a los fogones... —no perdió la oportunidad Dylan de meterse con ella. Y Krysten de regalarle una de sus miradas retadoras.

—Hoy no, grandullón. Hoy no vas a conseguir picarme. Estoy feliz, contenta de que vayamos a pasar nuestras primeras fiestas juntos, de que Bobby D. y Evan hayan venido a pasar estos días, después de los primeros meses de grabación del programa por todo el país...

—Tenemos que celebrar también que el primer tema de Carter se ha puesto en el número uno de venta en las plataformas de descarga —apuntó Jenna, orgullosa.

—Sí, mi hermanito se está convirtiendo en una estrella de la música. Es un poco raro —dijo pasándose una mano por la nuca—. Empiezan a llamarlo chicas a todas horas a casa.

—¿Y te extraña? Es el más guapo de los hermanos Dalton —dijo Krysten sonriente, mientras se marchaba.

Dylan miró a Jenna y esta se encogió de hombros.

—Cariño, asúmelo, lo es —repuso ella muy seria, al quedarse solos—. Ya sabes que, de no habérmelo pedido, me habría terminado casando con él. Hasta el momento es mi Dalton favorito.

Dylan gruñó entre risas y fue a por ella, a besarla en el cuello, hasta que reparó en cómo había formulado la frase.

—¿Hasta el momento? ¿Crees que van a aparecer más Dalton por ahí, de la nada? —preguntó él con una sonrisa.

—De la nada... no —apuntó ella tomando la mano grande de Dylan y llevándosela al vientre—. ¿Sabes lo que pasa cuando dos personas pasan cincuenta horas encerradas, sin dejar de hacer el amor, y sin protección?

Dylan no tardó ni un segundo en comprender lo que le estaba diciendo y abrió mucho los ojos, sorprendido. Ella asintió, corroborando sus sospechas. Y ambos se miraron, embelesados, compartiendo el momento que terminó en un abrazo emocionado, de pura felicidad.

—Gracias —fue lo único que consiguió decir Dylan, más conmovido de lo que había estado en toda su vida.

—Gracias a ti, Dylan Dalton, por haber hecho todos mis sueños realidad.

FIN

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero agradecer a mis maravillosas Marisa Guillén y Mónica Agüero por ser las mejores lectoras cero que se puedan tener. Por estar siempre para mí, aguantar mis ritmos de locura, ser amigas incondicionales y regalos que me han caído en suerte en la vida y que no sé si merezco. Si no fuera por vosotras, no podría hacer que los días tuvieran treinta horas y publicar todo lo que publico. Un millón de gracias.

En segundo lugar, un gracias enorme a mi preciosa Helanya, por prestarme su “mierdis”, y esa dulzura innata en Jenna que hace que se gane tu corazón al instante.

Gracias a mi maravillosa Nune Martínez por su paciencia, por aguantarme cuando aún quiero darle una vuelta más a la portada y por ser la increíble artista y profesional que es. Eres única, lo sabes.

Gracias también a Anabel y Juanjo para sacar tiempo de donde no existe para seguir mis frenéticos ritmos para la corrección. Sois dos joyas y unos profesionales increíbles.

A mi querida Mar, mil gracias por estar siempre ahí, por ser además de una maravillosa maquetadora, una amiga incondicional. Te quiero, niña.

Y a mi Josephine, porque eres un ser de luz. Porque no hay nadie con un corazón tan grande ni tan puro. Por convertirte en una hermana y estar siempre ahí. Por ser una gran inspiración para crear a la perfecta Jenna. Te quiero, parabatai.

SOBRE LORRAINE COCÓ

Es autora de ficción romántica desde hace casi veinte años. Nacida en 1976 en Cartagena, Murcia, ha repartido su vida entre su ciudad natal, Madrid, y un breve periodo en Angola. Apasionada de la literatura romántica en todos sus subgéneros, abarca con sus novelas varios de ellos; desde la novela contemporánea, la fantasía paranormal, suspense, new adult, o chick lit.

Lectora inagotable desde niña, pronto decidió dejar salir a los personajes que habitaban en su fértil imaginación, primero escribiendo poesía y más tarde a través del relato y la novela.

En septiembre del 2013 consiguió cumplir su sueño de publicar sus primeras obras gracias a la plataforma de autopublicación de Amazon, KDP. Su primera novela tuvo una inmejorable bienvenida por parte de los lectores, que la posicionaron en el N°1 en la categoría de romántica, durante cinco meses, en España y Amazon.com. Sin duda este hecho la animó a seguir publicando el resto de sus novelas, que hoy son más de cuarenta.

Tras su primer éxito en Amazon, en 2014 firmó un contrato con la editorial **Harlequín Harper Collins** para la publicación de su serie *Amor en cadena*, que consta de ocho títulos. En septiembre del 2015 publicó *Se ofrece musa a tiempo parcial*, galardonada en 2016 como mejor comedia romántica, en los **Premios Infinito**. En 2015 recibió el **Premio Púrpura a la mejor autora romántica auto publicada**. En 2018 fue galardonada con el **Premio literario NORA**, concedido por lectores y compañeros escritores. En 2019, le otorgaron el **Premio Infinito** como mejor novela de ficción romántica, por *La coleccionista de noches vacías*, mejor novela romántica por *Como en una canción country*, mejor portada por *La coleccionista de noches vacías*, y mejor escritora de romántica. Participó en el **Premio Literario de Amazon** de ese mismo año, con *La coleccionista de noches vacías*, resultando **finalista** entre más de 2.400 novelas publicadas de cuarenta países.

Sus éxitos como autora híbrida, la han llevado a firmar contratos y ver publicadas sus obras con editoriales como **Storytel** y **Word Audio Publishing International**, que las acercado a los lectores en formato audiolibro, para todo el mundo. Y la traducción y publicación en 2022, de algunos de sus libros, al ruso, finlandés, polaco y danés.

En la actualidad se dedica a su familia y la escritura a tiempo completo. Es habitual verla en las redes, en continuo contacto con sus lectores. Y sueña con seguir haciendo lo que le apasiona, viajar por el mundo y cosechar historias y personajes que llevarse en el bolsillo.

Podéis encontrarla en:

www.lorrainecoco.com

<https://www.facebook.com/groups/219104291622789/>

<https://www.instagram.com/lorrainecocoautora/?hl=es>

<https://twitter.com/LorraineCoco>

Mis libros en Amazon: <https://cutt.ly/Ce3Bddw>

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

SERIE AMOR EN CADENA:

Perdición Texana – Editorial Harlequín Harper Collins

Ríndete, mi amor - Editorial Harlequín Harper Collins

Unidos por un ángel - Editorial Harlequín Harper Collins

Una boda sin fresas - Editorial Harlequín Harper Collins

Mi pequeña tentación - Editorial Harlequín Harper Collins

Gotas de chocolate y menta - Editorial Harlequín Harper Collins

Con la suerte en los tacones - Editorial Harlequín Harper Collins

Dulce como el azúcar - Editorial Harlequín Harper Collins

OTROS LIBROS:

La coleccionista de noches vacías

Se ofrece musa a tiempo parcial - Editorial Harlequín Harper Collins

Besos de mariposa - Editorial Harlequín Harper Collins

Penélope, ¿pececilla o tiburón? - Editorial Harlequín Harper Collins

Los días grises y tu mirada azul

Jugando a las casitas

Como en una canción country

Un amor en construcción

SERIE SWEET LOVE

Ni contigo ni sin ti

Vamos nena, rómpeme el corazón

Tú, mi atracción favorita

Menos dulce y más picante, ¡por favor!

Anochece en tus labios y amanecer en tu piel

SERIE PARANORMAL:

Dakata

La Portadora

El destino de Noah

Trilogía Semillas Negras

Bye Bye, Love

Las hermanas DeMarsi y sus extraordinarias formas de amar

COLECCIÓN BOCADITOS:

Hecho con amor

Eres la nata de mi chocolate

Sexy Summer Love

Autumn Passion Love

Besos de cereza

SERIE SUSPENSE ROMÁNTICO:

Lo que busco en tu piel

Lo que encuentro en tu boca

Lo que quiero de ti

Lo que tomo de ti

TRADUCCIONES:

Texan Downfall (Love in Chains, Book 1)

Naiade, La portatrice di vita (ItalianEdition)

Part-Time Muse For Hire

Fatto con amore (Italian Edition)

Come panna sulcioccolato (Italian Edition)

You're the cream to my cocoa

Todos ellos disponibles en digital, papel, Kindle Unlimited y audiolibro, en las principales plataformas.